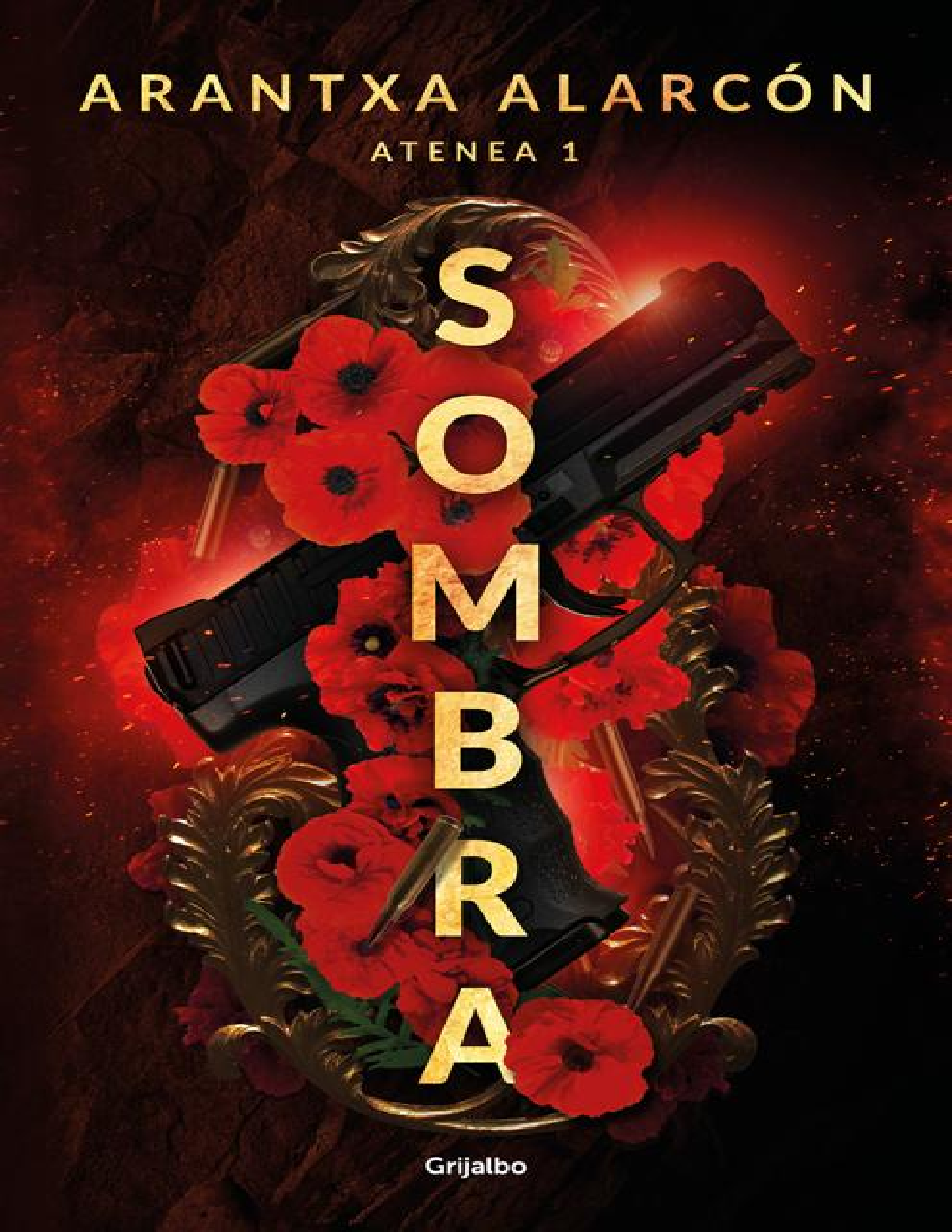
ARANTXA ALARCÓN

ATENEA 1



Grijalbo

ARANTXA ALARCÓN

Sombra

(Serie Atenea 1)

Grijalbo

A David. Mi espacio seguro. Mi compañero de vida.
Porque tu forma de quererme es la brisa
que me empuja a volar alto

Nota de la autora

Todos los personajes y sus acciones son producto de la imaginación de la escritora, es decir, que han salido de esta loca cabecita. Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.

Esta novela contiene algunas escenas violentas que podrían dañar la sensibilidad de ciertas personas. Si lo que te apetece leer es una historia apacible que traiga sosiego y tranquilidad a tu corazón, puede que este libro no sea el que buscas. Sin embargo, si anhelas adentrarte en una trama en la que se mezcla el suspense, el erotismo y la venganza, estás de enhorabuena, porque vas a pasártelo en grande.

¡Bienvenida, mi ávida lectora!

1

VEGA

«Tum, tum. Tum, tum».

Mi corazón late impaciente, empujado por la adrenalina que parece haber sustituido la sangre de mis venas. Nada puede fallar esta noche. Hemos tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle y he investigado a cada una de las personas que están en el edificio: invitados, personal de servicio y, por supuesto, la familia anfitriona.

Sebas va revisando que todo esté en orden mientras reparte copas de champán a los asistentes del evento. El de camarero es uno de mis disfraces favoritos porque nos permite ser invisibles a la vez que nos fundimos entre la gente. Ya podemos estar hablando de personas de la alta sociedad londinense, importantes directivos o miembros de una organización criminal…; nadie suele mirar dos veces a aquel que le sirve. Además, como parte del personal, nos obligan a utilizar pinganillos para estar coordinados con el jefe de sala, lo que nos facilita la comunicación entre nosotros sin que nadie sospeche.

Miro distraídamente a mi compañero y este me hace la señal que estaba esperando. Es la hora.

Pido disculpas a los clientes que se encuentran al otro lado de la barra en la que estoy sirviendo bebidas y me cubro la boca para toser dos veces. Después espero un segundo, dos, tres y… no sucede nada. Mis nervios se crispan. Entreno y lidero un equipo de élite en el que los errores no están permitidos, no cuando tu propia vida y la de tus compañeros dependen de que todo se haga según lo planeado. Aguanto un poco más y escucho la risa lejana de una mujer.

«Santa mierda. ¿Está con una tía?».

Salgo de la barra por la parte de atrás simulando lidiar con un ataque de tos y hablo solo cuando me aseguro de que no hay nadie a mi alrededor.

—¿Qué mierda está pasando, Félix? ¿Dónde coño andas?

—Todo controlado, jefa —afirma apurado, volviendo a concentrarse en la misión. Demasiado tarde.

—Quiero acceso a las cámaras.

—No es necesario, he revisado que…

—¡Ahora! —ordeno, sin darle opción a buscar excusas. Cada minuto, cada maldito segundo puede ser decisivo en nuestro trabajo y él no ha estado a la altura.

Cuando desbloqueo el teléfono, el vídeo ya se está reproduciendo. Veo a Lucas protegiendo la puerta del despacho del que Mark debe extraer el maletín. No deberían tardar más de tres minutos. Corrijo, no pueden tardar más de tres minutos, pues es el tiempo del que disponemos antes de que los perros de Vladimir hagan su ronda por el segundo piso.

Sigo atenta a la pantalla. Apenas han transcurrido unos segundos cuando el ascensor se abre y, mierda, esto no debería estar

pasando. Lucas se gira, pero tarda algo más de la cuenta a causa de la sorpresa y el hombre que emerge del elevador tiene el tiempo justo para tirarse al suelo y disparar contra mi compañero. Se me corta la respiración. El ángulo de la cámara no me permite ver si le ha dado, así que me dirijo a las escaleras lo más rápido que puedo sin llamar la atención y, en cuanto cruzo la puerta antiincendios, modifico la frecuencia de mi pinganillo para que todo el equipo pueda oírme.

—¡Azul! ¡Os quiero a todos preparados!

No me paro a comprobar si Sebas me ha escuchado; la vida de Lucas está en peligro y una vez que lo pongamos a salvo, alguien pagará las consecuencias de lo que ha ocurrido. Subo los escalones de dos en dos y, antes de abrir la puerta que me separa de mis compañeros, observo en el móvil que Mark ya ha reducido al intruso y está comprobando a Lucas.

—¡Actualización! —exclamo nada más irrumpir en el *hall*. Me acerco a ellos mientras mantengo el arma en alto y la mirada en todas partes.

—Le ha dado en la cadera, un solo disparo. Creo que no es grave, pero aún tiene la bala dentro.

—Sebas, te necesitamos aquí —hablo al pinganillo—. Félix, quiero todos los ascensores libres y el puto helicóptero en la terraza en treinta segundos.

—Oído, Sombra.

Me alegra que no haya respondido con la altanería de siempre, porque no sé si voy a ser capaz de controlarme cuando lo tenga frente a mí, y no necesito una excusa más para ponerlo en su sitio.

Lucas es un tío grande. Y cuando digo grande, más bien quiero decir enorme. Su apodo bien podría haber sido la Mole. Sebas y Mark lo meten en el ascensor como pueden mientras yo los cubro. No está inconsciente, pero poco le falta, y ver el camino de sangre que deja a su paso no hace más que alimentar mi cabreo. Me quito la americana que forma parte de mi uniforme de camarera en cuanto las puertas del ascensor se cierran y puedo bajar el arma.

—Mierda, Lucas, aguanta. Mark, presiona la herida con esto —ordeno pasándole la prenda de ropa hecha una bola.

—Sombra, no sé de dónde coño salió ese tío. Ya tenía el maletín en la mano cuando escuché el timbre del ascensor y…

—No fue culpa vuestra —le corto—. Hablaremos una vez que estemos en Atenea.

Por suerte para Félix, al llegar a la última planta del edificio, el helicóptero ya nos está esperando junto a él. Ayuda a Sebas y a Mark a cargar con Lucas y entre los tres consiguen subirlo. Tiene la prudencia de no mirarme a la cara, chico listo, pero no lo suficiente.

Ya nos hemos elevado varios metros de altura cuando la puerta de la azotea se abre y seis hombres vestidos de negro aparecen apuntándonos con sus pistolas. Disparan contra nosotros; sin embargo, estamos demasiado lejos y los perros de Vladimir no pueden hacer otra cosa que gritar con frustración. Les hemos robado en sus narices y no han podido evitarlo.

Realizamos el trayecto en tensión. La bala no parece haber dañado nada importante, pero Lucas sigue perdiendo sangre y su piel está cada vez más pálida.

Siento cómo la ira se va abriendo paso en mis entrañas y, por un momento, temo no poder controlarla. Normalmente es él quien se

da cuenta y consigue hacerme volver con solo mirarme, pero Lucas no está disponible y me cuesta un mundo hacerlo sola.

Cuando llegamos a Atenea, el personal sanitario nos espera ya en el helipuerto con una camilla. Veo a mi tío detrás de ellos, con la mirada impenetrable que lo caracteriza. Lleva puesta la misma ropa de siempre: traje negro y camisa blanca. Solo se lo quita para entrenar, y supongo que para meterse en la cama, aunque tengo mis dudas. Esa es la imagen que proyecta al mundo. No muestra ningún signo de preocupación mientras ve cómo suben con cuidado a nuestro compañero en la camilla y le colocan un gotero antes de conducirlo con urgencia al interior.

Me hace una señal con la cabeza para que lo siga. Sé que necesita una explicación detallada de lo sucedido esta noche, pero no puedo dársela ahora, todavía no. Niego ligeramente para que solo él se dé cuenta del gesto y sé que me entiende al momento.

Nadie me sigue ni me pregunta cuando cruzo los pasillos de Atenea y me encierro en el gimnasio. Necesito sacar la rabia que llevo dentro con el saco de boxeo o será la cara de Félix la que acabará hecha mierda tras mis puños. Golpeo una y otra vez mientras las imágenes de lo sucedido esta noche pasan por mi cabeza de forma repetitiva. Cuanto más rápido se suceden, más duros son mis ataques hasta que caigo rendida en el suelo y casi puedo acariciar la paz que siempre anhelo y rara vez alcanzo.

Me ducho sin prisa y con agua fría y paso por la enfermería antes de ir a buscar a mi tío. Lucas se encuentra bien: le extrajeron la bala y comprobaron que no había dañado ningún órgano. Es un tipo duro y estoy segura de que en unos días volverá a estar dando por saco en los entrenamientos.

Respiro hondo y entro en el despacho.

—Me alegro de que te hayas dignado a venir —sisea mi tío señalando la silla que hay al otro lado de su mesa. Su despacho es sobrio, sin ningún tipo de detalle que lo convierta en personal. Es el suyo por tamaño y ubicación, pero observando el interior, podría pertenecer a cualquier otra persona mañana y no sería necesario cambiar nada.

—Tendrás un informe completo antes de las diez de la mañana. Siempre cumplo.

Nos mantenemos la mirada con las barbillas alzadas. Soy la única que se atreve a plantarle cara y me cuido mucho de no hacerlo cuando hay testigos delante.

—Habla.

—Félix la cagó. Lo quiero fuera de mi equipo desde ya. De hecho, pienso que debería estar fuera de la organización, pero eso es cosa tuya.

—Félix lleva con nosotros casi seis años y sabes que lo necesitamos.

—Nadie es imprescindible y no es la primera vez que se distrae en medio de una misión —lo contradigo—. No lo quiero a mi lado. Por su puta culpa, Lucas ha recibido una bala y hemos estado a punto de ser descubiertos. ¿Qué habría pasado si en ese ascensor hubiesen ido tres hombres en lugar de uno?

Rechina los dientes mientras me mira fijamente. Quería que le contase lo que ha pasado a pesar de estar enterado de todo. Él siempre está enterado de todo. Tiene ojos y oídos en cada misión y no se despega de las cámaras cuando soy yo la que ha salido de caza. Sabe que estoy furiosa desde el mismo momento en que ha

visto las puertas del ascensor abriéndose y, por alguna extraña razón, creo que en realidad esta reunión que estamos teniendo es solo porque piensa que hablar me hará sentir mejor, como si no me conociera.

—Que los hubieseis reducido igualmente —musita tranquilo.

—¿A qué precio? No trabajaré con alguien que no se toma en serio la protección de sus compañeros. Se distrajo con una tía. ¡Con una tía cualquiera! —exclamo echando mi cuerpo hacia delante en la silla—. Ese hijo de puta estaba ligando en lugar de bloquear los ascensores en el momento exacto en que debía hacerlo. No tiene mi confianza. Está fuera.

—OK, pero el equipo queda en pausa hasta que encuentres a alguien que lo sustituya y Lucas pueda volver a la calle.

—En realidad, ya he pensado en alguien. —Me recuesto de nuevo en el respaldo de la silla y me ajusto la máscara que muestro al mundo. La máscara que hice a medida para Sombra.

—No tenemos a nadie preparado y lo sabes.

—Quiero a Alba.

Cierra los ojos, temía que fuese ella a quien nombrase. Me conoce mejor de lo que me gustaría. De hecho, es la persona que mejor me conoce dentro de la organización.

—No me hagas explicarte por qué es una mala idea.

—Sé lo que vas a decir: es muy joven, apenas lleva unos meses dentro y no está lo suficientemente entrenada para defenderse de algunos ataques.

—¿Y?

—También sabes que puedo rebatirlo: la conocemos desde hace años, aprende rápido y es capaz de hacer magia con las teclas, una

magia que no he visto nunca en Félix. Intensificaremos su entrenamiento y nos dará apoyo desde Atenea hasta que esté preparada para salir con nosotros.

El silencio se extiende a nuestro alrededor, llegando a cada rincón de la habitación mientras nos miramos a los ojos. No aceptaré a Félix de nuevo y la organización no se puede permitir tenernos mucho tiempo en pausa. Somos el equipo más letal y certero de todos, somos quienes formamos al resto de los soldados y los que nos encargamos de las misiones más arriesgadas. Mi tío no tiene otra salida que no sea decirme que sí, y los dos lo sabemos.

Un leve asentimiento basta para mí. Mis labios no sonríen, aunque un soplo de alivio me recorre el pecho.

Estoy a punto de levantarme cuando añade de repente:

—Feng ha vuelto a aparecer.

Todo mi cuerpo entra en tensión cuando nombra al hijo de puta al que llevamos años siguiendo la pista. El tipo es un sádico malnacido cuyo negocio principal es la trata de blancas. Por lo que sabemos, recluta a la mayoría de las chicas en países del este, pero también las hay de otros orígenes. Todas ellas tienen una cosa en común: son arrancadas de sus vidas en contra de su voluntad, despojadas de todo lo que poseen y conocen, incluidas su dignidad y autoestima. Todas ellas son aniquiladas y moldeadas de nuevo bajo las sucias manos de una sola persona, el maldito Feng Bao.

Cuando empecé a formar parte activa de Atenea, mi tío ya llevaba años buscándolo y, en el momento en que me confesó sus motivos, se convirtió en algo personal también para mí, en mi única obsesión, en mi razón para querer convertirme en alguien letal.

—Dime que no se ha esfumado ya.

A pesar de llevar tanto tiempo tras él, nunca conseguimos avanzar demasiado. Desaparece durante meses para después aparecer en cualquier ciudad europea tan solo unos días; a veces, si hay suerte, durante un par de semanas, pero nunca el tiempo suficiente. Las pocas pistas que deja nos llevan siempre a un callejón sin salida.

—Esta vez puede que tengamos algo. Se reunió con Liam Brown.

—Me suena el nombre, ¿quién es?

—Disponemos de un informe sobre él, hace años que lo investigamos y no lo hemos perdido de vista. Su padre era un traficante de drogas que llegó a darse a conocer en la zona oeste de Londres, pero desde que Liam asumió el mando del negocio, ha ido ganando poder de forma acelerada.

Me acerca el informe y al abrirlo, la imagen que observo me causa cierta curiosidad. Es la primera vez que veo una foto de este hombre, y hay algo en él que me llama poderosamente la atención. Su mirada es tan intensa que parece capaz de salir del papel de un momento a otro.

—¿Es socio de Feng?

—Liam tiene varios negocios. El tráfico de drogas es uno de ellos, pero son las armas las que lo han llevado a la cima. También posee varios clubs y discotecas en Londres y se dice que cuenta con un ejército de soldados que darían la vida por él. Su tapadera principal es Industrias Brown.

—Vaya, debe de ser un tipo carismático.

—Y letal. Si pasas la página verás el resultado de algunas de sus torturas. Su mano derecha es su primo Alex, un hombre sanguinario que parece estar como una puta cabra.

—Entendido. Les haré una visita —afirmo cogiendo la carpeta y levantándome para prepararme. Esto es justo lo que necesito para olvidar el desastre que ha sucedido hoy.

—Siéntate —sisea—. Por el momento, no irás a ninguna parte. Es el único hilo del que podemos tirar para llegar al hijo de puta que mató a tu hermana y no vamos a romperlo por precipitarnos.

Cierro los ojos y suspiro, sé que tiene razón. Los recuerdos de Isabel comienzan a llegar, pero no puedo ir a ese lugar de mi mente, no en este momento.

—Entiendo que ya has pensado en un plan mejor.

—Dedicaremos un tiempo a investigar a ese hombre, averiguaremos dónde pasa cada minuto del día, cuándo come, cuándo duerme, cuándo caga y cuándo folla. Nos meteremos en su casa y, desde las mismas entrañas de lo que él llama su Hermandad, iremos directos a nuestro objetivo.

—Feng Bao —apruebo apretando los puños con fuerza.

—Eso es.

2

VEGA

Veinte años antes

Es muy pronto, tanto que me he tenido que levantar cuando todavía es de noche, pero estoy feliz porque mamá nos ha prometido que, después de la actuación de Isabel, iremos a comer a un sitio de hamburguesas y podremos pedir helado de postre. Mi hermana es la bailarina más importante de su clase de ballet, y dentro de unos años yo seré tan buena como ella. Esta mañana la he ayudado a prepararse; lleva un maillot dorado, las bailarinas que le trajeron los Reyes Magos y un tutú con purpurina de la que brilla mucho. Le he preguntado si me lo dejará probar y me ha dicho que depende de cómo me porte.

Isabel tiene doce años, seis y medio más que yo, le encanta hacerse la mayor y recordarme que ella es la que manda. Hace poco empezó a utilizar brillo de labios, como todas las adolescentes, y me advirtió que, bajo ninguna circunstancia, puedo ponérmelo yo. La verdad es que a mí no me importa mientras me deje llevar un ratito esa ropa de chica grande y me haga la trenza por las mañanas. Solo

ella sabe hacerla como me gusta, pero eso no se lo he dicho a mami porque no quiero que se ponga triste.

Mamá ha puesto música en el coche y habla con papá mientras él conduce. Isabel y yo estamos jugando a mi juego favorito y esta vez voy a ganarle.

—Vamos, tramposa, tienes que cerrar los ojos —insiste de nuevo. No sé cómo lo hace para pillarme siempre.

Me agacho todo lo que el cinturón de seguridad me permite y meto la cabeza entre las piernas, poniendo las manos alrededor para que vea que de verdad no estoy mirando.

—No veo nada, Isabel, lo prometo.

—¿Seguro?

—Ajá.

—¿Seguro, seguro, seguro? —pregunta y me clava los dedos en las costillas para hacerme reír.

—Eso no vale, si me haces cosquillas no puedo.

—Está bien, te creo. Empiezo. Veo… una fuente enorme de piedra con una sirena en lo alto.

—¡Verdad! ¡Es la que hay detrás de la casa de mi amiga Rebeca!

—Muy bien —me felicita acariciándome el pelo mientras yo sigo agachada y más concentrada que nunca. Lo he conseguido sin hacer trampa—. Ahora, una un poco más difícil. Veo… un rascacielos.

—¡Es mentira, no hay rascacielos en Valencia! —respondo orgullosa de mí misma.

—Vaya, me has pillado. Te estás volviendo más lista, así que voy a pensar una superdifícil que no puedas adivinar.

Se queda en silencio y, de repente, oigo un ruido feo que se mezcla con los gritos de mamá y de Isabel, y salgo disparada hacia

la puerta. Me hago daño cuando choco con el hombro, pero no puedo levantarme porque el coche no se está quieto. Grito yo también, me duele y quiero que todo deje de dar vueltas.

Siento otro golpe y otro más. Cierro los ojos mientras me sujeto la cabeza y lloro.

—¡Mamá! —Escucho a Isabel, lejos.

El coche se para después de mucho rato, pero no puedo moverme. Alguien desabrocha mi cinturón y me abraza.

—¿Estás bien? Vega, dime que estás bien —grita mi hermana.

La miro. Tiene sangre en la mejilla y los ojos muy abiertos. Llama a mis padres, sin embargo, ellos no responden. A mamá le pasa algo, parece que esté descansando, aunque está rara. Su cabeza ha salido por el cristal de al lado, la tiene fuera. Su cuerpo está dentro y le sale mucha sangre del cuello, un montón de sangre, como si fuese una fuente. Lloro y la llamo. Mi papá tampoco responde. Voy a levantarme para verle, pero Isabel se pone delante y me abraza. Se quita el cinturón y me pide que abra la puerta.

—Vamos, Vega. Ábrela —insiste.

—Quiero a mamá y quiero ver a papá. Déjame verlo, Isabel, por favor. Por favor…

Mi hermana me aparta, abre mi puerta y me coge de los hombros para que la mire. Ella también está llorando, ¡y tiene sangre!

—Vega, ¿te acuerdas de que siempre me dices que no eres una niña pequeña? Esta mañana me lo gritaste cuando te reñí por usar el pintalabios de mamá. —Asiento, no soy pequeña, pero ella nunca me cree—. Sé que no lo eres. Has crecido mucho en el último año y este es el momento en que nos lo vas a demostrar. Mamá y papá se

han hecho daño y mi pierna está atrapada en el asiento de papá. —Miro su pierna por primera vez y chillo. También tiene sangre allí.

—Papá. ¡Papá! Tu silla le hace daño a Isabel.

—¡Vega! —grita mi hermana, zarandeándome para que la mire solo a ella—. Tienes que demostrarme lo mayor que eres. Necesito que salgas del coche y busques ayuda. Trae a alguien, a quien sea.

La miro. No quiero irme del coche. No quiero alejarme de ella ni de mis padres.

—Vamos, Vega, por favor. Haz lo que te pido, mamá necesita un médico. ¡Corre!

Hago lo que me dice. Bajo del coche y salgo corriendo todo lo rápido que puedo. Me duelen las piernas y el hombro, pero le he dicho a Isabel que lo haría. Corro hasta que choco con un hombre que me sujeta del brazo para que no caiga de culo al suelo. Va vestido igual que mi papá cuando va al trabajo, con una camisa blanca y un traje oscuro. Mamá siempre le dice que está guapo cuando se pone esa ropa.

Intento explicarle lo que pasa, aunque estoy llorando y parece que no entiende nada de lo que le digo y, entonces, un ruido que no puedo aguantar entra por mis orejas y se queda allí. El sonido duele mucho.

Me giro y veo llamas salir del coche de papá. Hay mucho fuego y humo negro y el coche casi no se ve. Intento salir corriendo, sin embargo, el señor sigue agarrándome del brazo y no me deja moverme. Me dice algo, pero no le entiendo.

Mis oídos pitan, tengo miedo y solo quiero ir con mi familia.

No me gusta este sitio. Es demasiado grande y, aunque duermo con otras niñas, tengo miedo por las noches. El primer día no podía parar de llorar y me intenté escapar muchas veces. Entonces, la señora que manda me llevó a su despacho y me dijo que esta es mi casa ahora. También me contó que mis papás e Isabel habían muerto y me prometió que ella y el resto de las personas que hay en la casa grande van a cuidar de mí. Me llevó al cementerio para que me despidiera de ellos, pero ¿cómo iba a decirles adiós si no estaban? Lloré más e intenté escaparme otra vez. Lo intenté muchas veces, aunque siempre me atrapaban. Quizá, no soy grande como pensaba. Ni siquiera pude conseguir a alguien que nos ayudara, como Isabel me pidió.

No hablo con las demás niñas ni tampoco con la señora que manda ni con las profesoras. Ninguna de ellas me entiende.

Todas las noches salgo al pasillo y me subo al muro que hay bajo la ventana, después cierro la cortina para que no me descubran y me quedo allí esperando, en el hueco, mirando hacia fuera para que mis papás me vean cuando vengan a por mí. Mi papá es fuerte, puede levantarnos a mí y a Isabel a la vez, así que podrá trepar por la fachada y salvarme. Sé que no se murió en ese accidente. Él nunca se moriría sin decírmelo.

Hay algo que nadie sabe y es que cada noche aparece una magdalena de chocolate en mi escondite secreto. No sé quién la pone, pero creo que es mi hermana, que por fin me ha encontrado. Si ella sabe que estoy aquí, no tardarán en venir a buscarme.

Como hago siempre, salgo del cuarto cuando sé que todos duermen. Comparto la habitación con cinco niñas. Normalmente, hacen como si yo no existiese, creo que es porque no hablo. Hoy he

tropezado sin querer con las zapatillas que Susana había dejado en el suelo. Ella es la más mayor, tiene casi diez años y es mala. Me ha empujado y me ha dicho que, la próxima vez que me acerque, me cortará el pelo y le dirá a la señora que manda que lo he hecho yo sola. Me ha entrado mucho miedo, no puede cortármelo, mamá adora mi pelo largo y a Isabel le gusta trenzármelo por las mañanas. Me he metido en la cama llorando mientras ella y María se reían diciendo que yo era un bebé. Las demás no han dicho nada, nadie le lleva nunca la contraria.

He llegado a mi escondite todavía con lágrimas en los ojos, ¿por qué no han venido aún a por mí? ¿Me porté mal y por eso me están castigando a quedarme aquí? A lo mejor han dejado de quererme porque tardé mucho en salir del coche cuando mi hermana me lo pidió. A ella le dolía la pierna y yo no quería irme sola porque tenía miedo. Seguro que está enfadada conmigo.

Hoy no hay magdalena de chocolate y eso me pone más triste. Me siento en el hueco de la ventana, encojo las piernas hasta que tocan mi pecho y me abrazo a ellas. Quiero volver a casa con mamá y papá.

La cortina se abre despacio y sigo llorando cuando aparece una señora de pelo blanco y sonrisa grande. No la conozco, aunque ella me mira como si supiese quién soy. Me encojo un poco más, pero mi espalda choca con la pared que hay detrás y no puedo esconderme.

—Tú eres Vega, ¿verdad? —Le digo que sí con la cabeza—. Vaya, estás triste y justo hoy se me ha olvidado traerte la magdalena. —Abro los ojos y me limpio las lágrimas que no me dejan verla bien. ¿Ella es la que me trae los dulces? ¿Por qué?—. Ay, perdóname, mi niña, que ni siquiera me he presentado. Me llamo Amparo y soy la

cocinera de este sitio. Tú tampoco puedes dormir, ¿eh? —Niego—. Te entiendo, es difícil dormir cuando uno está triste. Y dime, ¿crees que ayudaría algo de chocolate? A mí me relaja y me hace soñar con cosas bonitas. Ayer mismo soñé que mi Antonio tenía veinte años menos, se presentaba con aquella melena que lucía y esos músculos que servían para cascar nueces, me cogía y me llevaba a la ca… A bailar, me llevaba a bailar. ¿Te gustaría probar? A lo mejor tú también sueñas cosas chulas. —Muevo la cabeza arriba y abajo, pero ella frunce el ceño—. A ver, Vega, si voy a compartir mis dulces contigo y vamos a ser amigas, creo que merezco que me hables. ¿Te parece un buen trato?

Me quedo pensando. Amparo me gusta y sus magdalenas son las más ricas que he probado nunca, incluso más que las de la pastelería que hay delante de mi casa y que siempre tiene una cola enorme. Al final, le tiendo la mano.

—Trato.

Y de esta forma, hago una nueva amiga. La única que tendré en los próximos años.

Amparo es la única persona en la que confío aquí dentro, bueno, y fuera también, porque apenas salgo de este oscuro edificio. También es la única con la que puedo hablar más de dos frases seguidas. Cuando llegué al centro hace cinco años, lo hice sin entender que mi vida se había roto en pedazos y que tendría que empezar de cero sin el apoyo y la protección de mi familia. No quería dormir porque mis sueños siempre terminaban en pesadillas, así que pasé bastantes noches llorando en la ventana del pasillo. El día que Amparo se acercó y me tendió su mano, cambié la ventana por una silla en su

cocina. Al principio solo hablaba ella, lo hacía sin parar, me contaba cosas sobre el pueblo en el que vivía, sus fiestas, los cotilleos de sus vecinos. Su marido había muerto y, quitando a sus amigos, estaba sola en el mundo, igual que yo.

Mi relación con el resto de las personas de la casa grande no ha mejorado desde el día en que llegué. Siempre he sido el bicho raro, la niña que apenas habla; ni siquiera me molesto en hacerlo cuando se meten conmigo o me empujan. Este hecho me ha traído muchos problemas. Algunas de mis compañeras quisieron experimentar, y conseguir que hablase se convirtió en uno de sus pasatiempos favoritos. Al principio se conformaban con bromas absurdas, como poner caca dentro de mi cama para ver si me chivaba o tirarme los libros cuando chocaban conmigo adrede en los pasillos. Pero hoy Susana ha cruzado la línea que no pensé que existía y algo se ha roto en mi cabeza.

Cuando me he levantado de la cama y me he mirado en el espejo del baño, la mitad de mi pelo había desaparecido. Tenía el cabello negro, liso y muy largo, casi hasta la cintura, igual que el de mamá. Susana me lo ha cortado esta noche mientras dormía —sé que ha sido ella— y ahora apenas me llega por encima del hombro. Llevo años soportando sus burlas, sus humillaciones y sus desprecios, y lo he hecho siempre en silencio, pero hoy lo siento diferente. Hoy quiero gritar, aunque ningún sonido sale de mi garganta mientras recuerdo a Isabel acariciándome el pelo antes de irnos a la cama. Ya no soy capaz de acordarme de su cara, la perdí en algún momento, y ahora tengo solo su voz y la imagen de sus manos deslizándose por mi cabello.

Lanzo mi puño contra el espejo y algunos pequeños trozos saltan al lavabo. Me sorprendo a mí misma, no por el dolor que siento en los nudillos ni por haber llevado a cabo un acto de violencia casi por primera vez en mi vida, sino por cómo me siento después de hacerlo: aliviada, serena. Y es una sensación extrañamente reconfortante.

Salgo del baño que da a la habitación sin soltar una sola lágrima y me topo de frente con la cara de satisfacción de Susana. No está sola, la acompaña su grupito de fans, esas que la adoran y le ríen cada una de las bromas.

—¡Tú!

Mi voz sale ronca, en un grito que las sobresalta. No están acostumbradas a escucharme y se asustan. Su temor alimenta mi esperanza y me convierto en alguien que no reconozco. Me abalanzo sobre Susana y golpeo su cara con mis puños, igual que he hecho con el espejo hace solo un minuto. Ella se defiende y pide ayuda, aunque ninguna de sus amigas se atreve a acercarse; de hecho, ahora me miran con horror y me doy cuenta de que me gusta más recibir miedo que desprecio.

Puede que algo se haya roto dentro de mí, pero también noto una nueva Vega creciendo rápido, una más fuerte y capaz de sentir orgullo de sí misma.

Cuando la profesora de Lengua me dice que tengo que ir al despacho de Dirección, no me sorprendo: he pisado demasiadas veces ese lugar para hacerlo. Apenas me ha dado tiempo a sentarme y la directora se lanza a hablar.

—Recoge tus cosas y despídete de quien quieras, vendrán a por ti en dos horas.

—¡Ja, no puedes deshacerte de mí hasta que alcance los dieciocho y hace apenas una semana que cumplí los quince! Por más que te pese, eres el último recurso y estás obligada a cargar conmigo —respondo a Noemí con altanería.

—Ser la directora de este centro no me obliga a cargar con nadie, es mi trabajo.

—Uno que haces de forma bastante deficiente, por cierto.

—¡Vega!

—¿Qué? —Levanto la cabeza para mirarla por primera vez desde que he entrado—. ¿Acaso vas a fingir que alguno de los niños te importa más allá de la paga que el Estado te ingresa para sufragar su manutención? ¿Es que no duermes bien por las noches cuando llega una nueva alma desvalida al centro?

—Te estás pasando —me advierte.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Echarme? Ah, sí, eso es lo que estás intentando. Y cuéntame: ¿dónde se supone que envía el Estado a las niñas que no las soportan ni en el orfanato?

—Tu tío viene a buscarte. De ahora en adelante, vivirás con él.

Suelto una carcajada ante su respuesta; en cambio, ella permanece seria.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Mira, Vega. Sé que no confías en mí y que no soy una de tus personas favoritas, pero yo también acabo de enterarme. Si hubiese sabido que tenías un familiar vivo, yo misma hubiese hecho todo lo posible por uniros. Aunque no lo creas, siempre he tratado de conseguir lo mejor para cada uno de vosotros.

Un familiar. Un tío… Alguien que no se ha preocupado por mi existencia hasta ahora. Alguien que va a separarme de la abuela Amparo, la única persona que tengo en el mundo. Ni hablar.

—¿Puedo negarme? —pregunto intentando mantener la capa de indiferencia que normalmente me envuelve.

Noemí suspira y sus ojos se llenan de compasión antes de responder. Una compasión que no soporto.

—Me temo que no.

3

VEGA

—Industrias Brown tiene sedes en Londres, Manchester, Liverpool, Barcelona y Madrid. Su actividad legal se centra sobre todo en la arquitectura, pero hace ocho años se abrieron a otras ramas del sector inmobiliario y eso impulsó su expansión. —Los miembros de mi equipo me escuchan en silencio, sentados alrededor de la mesa de la sala de operaciones, mientras expongo parte de la información que llevamos dos meses recopilando y que tienen detallada en las carpetas que les he entregado—. Liam Brown es el CEO de la compañía y vive en Londres, aunque posee otras residencias en varias ciudades inglesas y en Barcelona. Su segundo al mando es su primo, Alex Reigadas, cuyo padre murió en un accidente de coche junto a su cuñado, el padre de Liam, y las mujeres de ambos. Esto sucedió hace doce años. Desde ese momento, nuestro hombre pasó a dirigir todo el conglomerado empresarial y también el conjunto de negocios ilegales que él mismo se ha encargado de diversificar y hacer crecer como la espuma.

—Os advierto, está muy bien protegido —afirma Sebas.

—Más de lo que esperábamos —corroboro—. Como sabéis, Sebas lleva tres semanas formando parte del equipo de seguridad que

Liam tiene en su casa de Londres. La información que ha conseguido hasta ahora la encontraréis detallada en la cuarta hoja del dosier.

—Ayer llamaron a la empresa de guardaespaldas, necesitan incorporar una persona más en su equipo —añade Alba desde su sitio en la mesa, con una seguridad que no había visto hasta ahora en ella y la cual me llena de orgullo—. El único problema es que siempre piden hombres. De hecho, todo el personal de seguridad es masculino, y la culpa la tiene este tío. —Aprieta un botón en el mando a distancia y aparece en la televisión la imagen de un hombre de unos cuarenta años, moreno, con perilla y cara de pocos amigos—. Su nombre es Henry Palmer y, por lo que sabemos, ocupa un alto cargo en la Hermandad. Una de sus funciones es dar el visto bueno a todas las personas que trabajan tanto en la casa como en cualquiera de los clubs de Londres. Es de gatillo fácil y cree que las mujeres son un ser inferior por naturaleza.

—Una joya —me burlo—. El objetivo de hoy es conseguir que me den el puesto a pesar de ser mujer, y para eso, necesitamos que no sea Henry quien me entreviste. Alba, ¿tienes esa parte controlada?

—La tengo, Sombra. El coche de Henry permanecerá atrapado en un atasco quince minutos antes de vuestra cita. Si todo sale como esperamos, será Alex Reigadas quien te reciba y decida si te quedas o no.

—Me quedaré, eso te lo aseguro.

Tres horas más tarde me encuentro en la puerta de casa de Liam Brown, aunque utilizar la palabra «casa» para describir esta enormidad me parece ridículo. El edificio cuenta con dos plantas y una fachada de unos treinta metros de ancho. Hay seis balconeras de piedra, ocho ventanales y un enorme portón doble al que se

accede subiendo un puñado de escalones. El jardín que la rodea está perfectamente cuidado y, por un momento, tengo la sensación de haberme transportado a un capítulo de *Los Bridgerton*.

Aparco el coche lejos de la entrada principal, en el lugar que me ha indicado el tipo de seguridad que había en la garita. Dos hombres me escoltan por una entrada lateral y atravesamos un pasillo hasta llegar a la puerta de una habitación.

—Repíteme tu nombre —ordena el más alto de los dos, también es el más grande.

—Vega Santana.

Da dos golpes en la puerta y no la abre hasta que la persona que está al otro lado le da permiso. No puedo ver nada más allá de la espalda del grandullón que tengo delante. Cuando se hace a un lado, me yergo y entro con seguridad en el despacho, parándome a la altura del enorme escritorio de madera maciza. El tipo que me ha acompañado se va y, tras cerrar la puerta, me quedo sola frente a Alex Reigadas. Lo reconozco por las fotos que he visto de él. Moreno, nariz grande, espalda ancha y bastante atractivo. Podría ser mi prototipo de hombre, si tuviera uno.

Se pone de pie con elegancia y me tiende la mano, mirándome fijamente a los ojos. No alcanzo a adivinar si pretende intimidarme o es solo su forma de ser.

—Por favor, siéntate —pide haciendo lo mismo al otro lado de la mesa que nos separa—. No me gustan los cambios y no me gusta que intenten venderme gato por liebre.

—Lo lamento. Sé que pedisteis a Ray, pero tuvo un problema personal y no podrá incorporarse al equipo. Mi jefe me ha

comentado que ha hablado con Henry al respecto y han quedado en enviar un reemplazo. Ese soy yo.

—¿Tú eres el reemplazo? —pregunta con un escepticismo que me cabrea.

—Lo soy y te aseguro que estoy igual o más capacitada para el puesto que mi compañero.

—Permíteme que lo dude. —Echa la espalda hacia atrás y me observa de arriba abajo con descaro. No me molesta; de hecho, estoy acostumbrada a llamar la atención de los hombres. Me he vestido con un vaquero negro, un suéter ceñido del mismo color que deja ver parte del escote y mi chaqueta de cuero roja; llevo unas botas moteras hasta la pantorrilla y el pelo recogido en una coleta tirante. Apenas me he puesto maquillaje, pero me he ahumado los ojos y he dado algo de color a los labios. Utilizo todas las armas que tengo y una de ellas es mi cuerpo. Si juego, lo hago con todo.

Le doy unos segundos más para que termine su escrutinio. Parece que le gusta lo que ve y eso suma a mi favor.

—¿Puedo hablar con claridad? —pido a la vez que me apoyo en el respaldo de la silla.

—Por favor, no te cortes.

—Tengo mejor puntería que Ray, soy más rápida que él y también más certera en mis golpes. Solo hay una cosa que mi compañero pueda ofrecerte y yo no, y no creo que te interese esa parte de su anatomía.

Suelta una carcajada y noto cómo se relaja por primera vez desde que he entrado en la habitación. Yo, en cambio, permanezco inmutable.

—Joder, esta es la entrevista más surrealista que he hecho nunca.

—Me alegra divertirte, pero hablo en serio. Estoy capacitada para el puesto. Es más, yo diría que estoy sobrecualificada.

—Si eso es lo que piensas, ¿por qué estás aquí?

—Obviamente, por dinero. Dejé el ejército hace tres años y, desde entonces, he estado trabajando en el sector privado, que es bastante más lucrativo. De todas formas, entre tú y yo, el ejército tampoco era lo mío.

—Vale, entiendo por qué estás aquí, pero ¿por qué debería contratarte? No tenemos mujeres en nuestro equipo. ¿Qué te hace especial?

Sonrío de lado y hago una pausa. Sus ojos vuelven a pasearse por mi cuerpo, tal como suponía que pasaría. Lo tengo.

—Como ya te he dicho, soy mejor que Ray. De hecho, soy tu mejor opción.

Se pasa los dedos por la barba, queriendo hacerme creer que lo está valorando, pero sé que ya ha tomado la decisión y que estoy dentro. Siguiente objetivo: acercarme a Liam y descubrir qué tipo de negocios tiene con Feng.

—De acuerdo. Tengo ganas de ver qué tal te las apañas con Henry. Va a ser muy divertido cuando le diga que tú eres el nuevo fichaje. Él te explicará cómo funciona todo y también las condiciones de tu contrato. Lo que sí te adelanto es que el jefe es muy exigente y que da igual el turno que te asignen: estarás disponible las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, y harás cualquier cosa que se te ordene. Si no estás conforme, es mejor que te vayas ya mismo.

—¿Es una broma? Me paga el doble de lo que cobré en mi último servicio, haré lo que haya que hacer para proteger a ese hombre. Si lo que me estás preguntando es si recibiría una bala por él, no lo dudes, forma parte del acuerdo. ¿Cuándo lo conoceré?

—¿A Liam? Puede que nunca.

Eso está por ver. Sé que cuenta con un gran número de hombres bajo su mando, la mayoría, miembros de la Hermandad, y según la información que ha conseguido Sebas, solo unos cuantos venimos de fuera. Nosotros somos los intrusos, unos intrusos altamente entrenados y cualificados a los que relegan a un segundo plano por no gozar de la confianza suficiente para acercarnos al jefe. Pero eso va a cambiar pronto.

4

LIAM

—Vamos, hombre. A mi primo le gusta jugar y te romperá uno a uno los dedos de ambas manos si no nos das la información que te ha pedido. ¿No podemos ahorrarnos tiempo y gritos? Tengo cosas importantes que hacer —me quejo mirando al sujeto que mi primo mantiene maniatado a una silla de metal. Tiene la cara hecha un cristo de los puñetazos que le ha dado antes incluso de formularle la primera pregunta, y no debe de ser nadie importante, porque el tipo ni siquiera me suena. Consulto la hora en mi reloj de muñeca y le hago una mueca a Alex.

—¡Venga ya, déjame quedármelo al menos un rato!

A Alex le divierte torturar despacio a su presa, jugar con su mente explicándole con todo lujo de detalles lo que le hará a continuación. Cuando mi padre vivía y yo no tenía la responsabilidad con la que cargo hoy en día, no me importaba esperar a que se desfogase como más le gusta, pero ahora no. Ahora no dispongo de tiempo para esto. Lo único que quiero es saber qué coño hacía este tío merodeando por los alrededores de mi almacén para poder marcharme a casa y meterme en la cama de una jodida vez.

—Acaba o lo haré yo. —Zanjo la discusión.

—Pero quiero divertirme un poco más. Vamos, Liam, antes te encantaba hacer esto conmigo. Dime que no disfrutas ni un poquito al verlo. —Aprieta la cara del hombre con una mano, hundiendo los dedos en la carne de sus mejillas, mientras con un cuchillo dibuja la A de Alex en su frente—. Puaj, me ha quedado fatal. ¿Por qué tienes la frente tan pequeña?

El hombre lo mira con terror, pero no responde. La sangre mana de su nueva herida, tiene tres dedos rotos, una navaja clavada en el centro de la mano izquierda y seguramente carece de fuerza para hablar después de los treinta minutos que lleva aguantando los juegos macabros de Alex. Este lo observa con verdadera curiosidad, murmurando que todo el mundo va a pensar en lo mal que dibuja. Realmente, está como una cabra.

—Me estoy cansando de esto —advierto dirigiéndome directamente al tipo atado en la silla—. Dime qué coño hacías merodeando en mi almacén a estas horas.

—Trabajo al lado, yo so… solo buscaba un sitio em…, tranquilo para descansar un rato —balbucea sin mirarme a los ojos. En un movimiento rápido, saco la M18 que guardo en la cintura y le disparo en la rodilla derecha. Sus gritos resuenan por todo el almacén—. Desprecio a los mentirosos. Última oportunidad —advierto apuntando entre sus ojos.

—No tengo nada que ver con ellos, lo juro —musita entre sollozos mientras la sangre brota a borbotones de su herida. Si no consigue taponarla pronto, no le va a dar tiempo ni de explicarse—. Hace dos noches estaba en un ba-bar, entró un tío y me dio doscientas libras para que me acercara a esta nave y después le describiera todo lo que viera alrededor. Me dijo que me entregaría

cien libras más si contaba a la gente que encontrara trabajando, y que si conseguía describirle cómo era el interior, serían doscientas. Por fa-favor, no sé nada más. Dejadme ir. Juro por mi vida que no sé nada más. No sé quién es ese hombre.

—¿Dónde y cuándo ibas a pasarle la información?

—T-tiene que llamarme por teléfono más tarde. —Se observa la pierna con horror—. Le diré lo que queráis, pero, por favor, llevadme al hospital. Yo…

—¡Silencio! Joder, no puedo concentrarme con tu lloriqueo —se queja Alex y después me mira, queriendo saber si me creo la historia que el despojo humano que tenemos delante acaba de contarnos. Se meó encima en cuanto mis hombres lo atraparon, así que sí, imagino que solo es un puto cobarde que buscaba dinero fácil.

Me acerco, le agarro del pelo con fuerza y le levanto la cabeza para que me mire a la cara.

—Escúchame bien, pedazo de mierda. He decidido ser misericordioso contigo, pero la Hermandad no olvida una cara, así que más te vale marcharte de la ciudad y no volver a cruzarte en mi camino ni en el de ninguno de mis hermanos. —Lo suelto de golpe y me dirijo a dos de mis hombres que permanecen a cierta distancia —. Hacedle un torniquete y aseguraos de darle una buena despedida antes de devolverlo a las calles.

—Qué aguafiestas —protesta mi primo poniendo cara de fastidio —. Quería divertirme un ratito más con mi nuevo amigo.

—No me jodas. ¿Dónde está su teléfono?

Se lo saca del bolsillo del pantalón y me lo muestra para que vea que no hay nuevas llamadas. Al ver que estoy empezando a perder la paciencia, se pone serio.

—¿Quién crees que lo ha enviado?

—No lo sé, pero no me gusta. Nadie se ha atrevido nunca a venir aquí. El resto de las organizaciones sabe que el almacén nos pertenece y que acercarse a nuestra casa sin ser invitado supone una muerte segura. ¿Quién nos ha desafiado?, ¿y por qué hacerlo justo ahora?

—¿Crees que saben algo de Amapola? —pregunta bajando el tono de voz para que nadie más que yo pueda escucharle. Amapola es un secreto que guardamos celosamente y solo un puñado de personas conocemos su existencia. Dudo un segundo antes de responder y es entonces cuando el caos se desata en el almacén.

Las balas comienzan a llover desde la entrada, uno de mis hombres cae al suelo herido y el resto buscamos refugio detrás de los bultos de mercancía apilada.

—Veo cuatro en la entrada principal y dos, no, tres, detrás de aquellos palets de la derecha —grito para que mi primo y los dos guardias que tenemos más cerca me escuchen. Josh está arrastrando a su compañero herido hacia una zona segura. Cuando lo consigue colocar fuera de peligro, se gira y levanta el pulgar hacia arriba antes de comenzar a disparar contra nuestros atacantes desconocidos.

—Oído. Hay cuatro más en la entrada lateral —responde mi primo. Se levanta y dispara su arma varias veces—. ¡Sí! Ahora son tres.

Me asomo por la izquierda y veo a otro grupo de hombres acceder al almacén por delante. Llevan pasamontañas, son muchos y están demasiado organizados para pertenecer a cualquier banda de la calle.

—¡Me cago en todo! ¿Quiénes son y de dónde salen esos tíos?

Seguimos disparando sin descanso, pero nos superan en número y cada vez se encuentran más cerca. Se están desplazando hacia los lados para rodearnos y pronto nos quedaremos sin munición con la que defendernos.

Estoy cabreado. Nadie viene a mi casa y me falta al respeto, joder.

De pronto, empiezan a dispararles desde atrás y tienen que dividir sus fuerzas para protegerse.

—¡Yijaaaa! ¡La caballería llegó al establo! —grita Alex mostrando su mejor sonrisa—. ¡Es hora de destripar a los cerdos!

Aprovecho la distracción, le pido que me cubra y salgo corriendo en dirección a las cajas de madera que tenemos unos metros por detrás. Siento las balas pasar a mi alrededor, pero no me detengo hasta llegar al primer cajón de madera y saltar sobre él para alcanzar el otro lado. Yo también sonrío al abrirlo y ver algunos de mis juguetes favoritos dentro.

—Nadie ataca a la Hermandad y se va de rositas —murmuro para mí mismo.

Saco una de las preciosas ametralladoras ligeras M249, la coloco en el suelo y empiezo a cargarme a los hijos de puta que se han atrevido a entrar en mi casa.

Poco después, Alex aparece a mi lado sonriendo de oreja a oreja mientras sostiene un rifle en sus manos que, sin duda, también ha sacado de la caja mágica.

—Querías quedarte con todos los juguetes para ti solo, ¿no es cierto?

—Siempre me ha costado compartir, ya lo sabes.

Tardamos menos de diez minutos en tener controlada la situación. Dejo a un equipo para que se encargue de la limpieza y el control de daños y me acerco al Escalade que ya me está esperando en la puerta para llevarme a casa. Antes de subir, me dirijo a Alex.

—Quiero un nombre mañana a primera hora.

—Lo tendrás —me asegura.

Algunos de los hombres que nos han atacado esta noche han escapado, muchos otros han muerto, pero tres de ellos están heridos en nuestro poder. Alex disfrutará sacándoles la información que necesitamos, y cuento con que sepan más que el tipo que hemos pillado merodeando, porque, si no, estamos jodidos. Hay algo que no encaja en todo esto y necesito averiguar qué es antes de que nos joda la operación en la que llevamos dos años trabajando. Pase lo que pase, Amapola no puede peligrar.

5

LIAM

Dos horas. Eso es todo lo que he conseguido dormir esta noche y solo porque me tomé la pastilla que en teoría debería haberme dejado fuera de combate durante la mitad del día.

Todavía no puedo creer lo que pasó anoche y mi cabeza es un hervidero de teorías que no ha parado de joderme ni un puto segundo.

Estoy a punto de llamarlo por segunda vez cuando Alex cruza la puerta del despacho de mi casa y se sienta frente a mí. Josh entra detrás de él y se queda de pie junto a la puerta; solo con ver sus caras sé que no va a gustarme lo que tienen que decir. Josh permanece con las manos unidas delante del cuerpo y mira al frente, sin hacer contacto visual. Su puesto de jefe de seguridad no le da permiso para dirigirme la palabra, a no ser que le pregunte. De hecho, nadie, salvo mi primo, está autorizado a hacerlo. La disciplina es un aspecto vital en nuestro mundo y una manera de demostrar respeto por la jerarquía.

—No sabemos quién lo hizo, pero sí lo que andaban buscando —afirma Alex sin rodeos—. Los tíos que cogimos anoche no eran nadie, pertenecen a un grupo de soldados que puedes contratar por

unas cuantas libras. Ni siquiera me atrevería a llamarlos mercenarios, eran solo unos niñatos que valen más por cantidad que por calidad.

—¿Quiénes son?

—¿Josh? —Alex le cede la palabra y yo asiento, mirando hacia él.

—Se hacen llamar Dirty hands. Son un grupo de unos cuarenta o cincuenta hombres de entre dieciocho y treinta años. Hasta ayer, solo operaban en Durham y alrededores y se les contrata en cuadrillas de cinco. De todo lo que han dicho los tres que pillamos, lo único que nos puede servir es el nombre de su jefe, un donnadie que empezó a crecer reclutando a adolescentes en las calles.

—¿Me estás diciendo que fue un donnadie quien anoche burló nuestra seguridad y casi nos mata? —pregunto fuera de mí.

—No. Lo que quiero decir es que alguien contrató a tres cuadrillas de soldados para apoyar el ataque, pero no estaban solos. Señor, esos hombres apenas saben utilizar un arma y se mueven por dinero, creo que los utilizaron de refuerzo. El asalto lo orquestó quien los contrató. Estamos intentando localizar al jefe de Dirty hands para que nos lleve ante quien realmente importa.

—Está bien. Continúa con eso, quiero resultados para ayer. Ahora vete.

Me mira dubitativo antes de hablar y sé que las cosas van a seguir empeorando.

—Hay algo más. Nuestro equipo de respaldo falló anoche.

—Eso ya lo sé, estuvieron a punto de llegar demasiado tarde. Quiero al responsable delante de mí antes de que anochezca.

—Lo que intento decir es que llegaron más tarde de lo que creíamos. El primer apoyo que recibimos y que evitó que nos

cercaran no vino de los nuestros.

—¿Qué coño estás diciendo?

Me levanto y miro a mi primo furioso. Estoy harto de los putos rodeos de Josh.

—Que no sabemos quién nos salvó el culo de morir acribillados —exclama Alex—, pero no fue el equipo de apoyo. Cuando los nuestros llegaron, se encontraron con cinco tíos cargándose a diestro y siniestro a todo aquel que disparaba contra nosotros. Según los hermanos que los vieron, eran unos putos comandos que desaparecieron sin dejar rastro.

—Me estás jodiendo. —Alex niega, y entonces miro a Josh, que me mantiene la mirada porque no es un cobarde, no sería mi jefe de seguridad si lo fuera. Sin embargo, la ha cagado a lo grande y esto traerá consecuencias—. Vete y encuentra al puto jefe de esa banda de críos. Y Josh, no te atrevas a presentarte aquí con las manos vacías.

Sale del despacho, cojo la grapadora que tengo delante y la estampo contra la pared del fondo. Necesito golpear a alguien hasta que sangre.

Alex me conoce demasiado y me da unos minutos antes de continuar. Se acerca al mueble bar, llena dos vasos de whisky y pone uno en mis manos.

—Creo que los que están detrás de esto saben algo, Liam.

—Pienso lo mismo, nadie hubiese llegado tan lejos por las armas que tenemos en el almacén. Tampoco sabían que yo estaría allí anoche, así que iban a por ti.

—Y eso solo puede significar que querían información sobre Amapola. Tal vez deberías llamar a Feng.

—No.

—Liam, ¿y si ha sido alguien de los suyos? Puede que tenga un topo. Es demasiada casualidad que esto pase solo dos semanas después de vuestra reunión.

—Lo resolveremos por nuestra cuenta. Feng tiene demasiado poder y es un tipo inestable. Si lo acusamos sin pruebas, desataremos una guerra que no estoy seguro de poder ganar. Necesitamos movernos rápido y averiguar quién está detrás.

—Me pongo a ello.

Al abrir la puerta del despacho, se encuentra con uno de los hermanos esperándole. Parece incómodo.

—¿Qué pasa, Colin? —El muchacho mira a Alex y después a mí, cohibido. Es uno de los hermanos que lleva poco tiempo con nosotros y no está acostumbrado a tratar directamente conmigo. La organización se compone por dos tipos de hombres: los hermanos y los que no lo son. Los hermanos tienen parte de mi confianza y van escalando puestos en la Hermandad según muestran su valía y su lealtad. El resto son meros empleados a los que les pago un sueldo —. Puedes hablar —confirma mi primo.

—Es la chica. Me pediste que te avisara si veía algo raro con Henry y… —Vuelve a mirarme de reojo—. Bueno, él no la trata como al resto de nosotros. Desde que empezó hace dos semanas, le da encargos sin sentido, le hace bromas incómodas, la obliga a comer después del resto y luego le manda recoger y fregar lo de los demás.

Veo a mi primo apretar la mandíbula y me hace gracia, nunca lo he visto preocuparse por la forma en la que Henry trata al resto de

los hombres ni mucho menos defender a una mujer, y sé que eso es justo lo que está a punto de hacer.

—Te dije que no era buena idea meter a una mujer en nuestras filas. —Me recuesto en mi sillón y bebo un trago de whisky, esperando su reacción.

—Me dio la impresión de que sabía defenderse sola. A lo mejor me equivoqué con ella. Gracias por avisarme, Colin.

—Hay más. Hoy tocaba doble entrenamiento y ella ha debido de hacer o decir alguna cosa que ha cabreado a Henry más de lo normal. —Se muestra nervioso. Se guarda algo que no se atreve a revelar, no quiere ser el soplón, pero es demasiado tarde.

—Cuéntame exactamente lo que el tarado de Henry ha hecho.

—Le ha dicho delante de todos que es la débil del grupo y que, como se cree igual a los hombres, a partir de hoy lo hará todo con los demás, incluido mear o ducharse. También la ha amenazado con que, si no obedece, está despedida. Creo que lo que busca es humillarla, como siempre.

—Está bien, no dejes que se vaya, no la vamos a despedir por eso. Hablaré con él para que se comporte.

—Bueno, no creo que haya elegido marcharse. Suele hacer siempre lo contrario a lo que se espera que haga.

—¿Ha aceptado mear y ducharse con los demás? —intervengo, divertido—. Me acaban de entrar ganas de conocer a esa mujer. Vamos.

Se queda pasmado cuando me levanto y me dirijo hacia la puerta con ellos. No acostumbro a meterme en las cosas del personal y nunca me acerco o me dirijo directamente a los no hermanos, así

que supongo que mi presencia va a sorprender a unos cuantos. Cuando paso junto a Alex, acelera la marcha para ponerse a mi lado.

—Te recuerdo que la chica es mía, no vengas a joder ahora —susurra para que solo yo pueda escuchar las confianzas que se toma con el jefe—. Deja que yo gestione esto. Me dijiste que no querías a una mujer en el equipo y se quedó solo con la condición de que me encargara de ella, ¿lo recuerdas?

—Está bien, pero no voy a permitir ningún tipo de favoritismo por tratarse de una mujer. Si no está a la altura o genera problemas, se va. Encuentra otra forma de meterla en tu cama.

Me mira y asiente. Sabe que no podrá sacar nada más de mí. Ahora mismo tenemos demasiado encima de la mesa como para andar lidiando con un problema interno. Necesito que el personal esté centrado en lo que debe estar.

Cuando llegamos a las puertas de los barracones en los que se encuentran el gimnasio y las duchas del personal, Colin desaparece. Alex entra como si fuese el dueño de todo y yo me quedo alejado para no intervenir en sus cosas. Dentro del gimnasio solo está Henry, dos hombres más y una mujer. Me sitúo donde no puedan verme y observo.

La chica es más joven de lo que esperaba, debe de rondar los veinte y parece una niña al lado de los tres hombres que la acompañan. No es bajita, pero ellos son grandes. Tienes que serlo para trabajar de guardia de seguridad, lo que me hace volver a preguntarme qué pinta ella trabajando para mí. Creo que mi primo pensó con la polla cuando la contrató.

Alex se acerca y, en cuanto lo ven, todos se callan. Henry sonríe, los otros dos hombres se apartan y ella levanta la cabeza, altiva.

Creo que esto va a resultar jodidamente interesante.

—¿Hay algún problema? —pregunta mi primo a la mujer; sin embargo, es Henry quien responde.

—Ninguno, Vega ha decidido que esto no es lo suyo y se marcha.

Ella lo fulmina con la mirada, pero mi primo se le adelanta.

—La pregunta era para ella. ¿Es eso verdad?

—Para nada. De hecho, estaba a punto de decirle a Henry que me siento muy integrada entre mis compañeros y que he tenido suerte de encontrar este trabajo.

Tengo que ahogar una carcajada cuando veo cómo al aludido se le cae la mandíbula al suelo. Se repone rápido.

—Pues lamento decirte que no has superado las expectativas. Los dos sabemos que no estás hecha para esto. Lo has intentado, pero una mujer, por muchas ganas que le ponga, nunca podrá desempeñar el trabajo de un hombre.

—Que te jodan. —Juro que ha dicho eso por el movimiento de sus labios, aunque no he podido escucharlo porque ha bajado la voz.

—¡Maldita perra! ¡Fuera!

—Soy una perra, una zorra y una puta. Esos son los únicos insultos que tienes para mí por ser mujer, ¿no es así? De hecho, llevo aquí dos semanas y no me has dado ni una maldita posibilidad de demostrar si puedo o no hacer el trabajo. ¿De qué tienes miedo? ¿De que sea mejor que tú?

A Henry están a punto de salírsele los ojos de las cuencas. Levanta la mano para darle una bofetada, pero ella es más rápida y le sujeta el antebrazo, dejándome realmente sorprendido.

—¡Coge tus cosas y lárgate! —La mira él con desprecio.

—¿Ni siquiera vas a permitirme demostrar que puedo ser igual de buena que tú? —responde sin retroceder ni un milímetro a pesar de que lo tiene encima.

—¿Y cómo piensas demostrar eso?

—Una pelea, tú y yo.

Henry se ríe y hasta Alex suelta una carcajada que intenta mal disimular con tos y veo cómo ella tensa la mandíbula. De verdad cree que puede ganar y esa seguridad que muestra en sí misma me resulta muy interesante.

—Bueno, si pretendes marcharte destrozada de aquí, es tu decisión.

—Correcto. Pero si gano, quiero algo a cambio.

—¿Algo como qué? —interviene Alex.

Ella los mira a ambos alternativamente, para terminar, clavando los ojos en mi primo. Después sonríe con malicia.

—Si gano, me quedo y responderé solo ante ti.

—Ni hablar. Ninguno de vosotros responde ante él directamente —interviene Henry dejando claro, con el desprecio que irradia su voz, que los no hermanos no son dignos de tal privilegio.

—Me parece bien —afirma Alex ignorándolo—. ¿Qué propones?

—¿Qué os parece si lo hacemos sencillo? —pregunta con voz dulce, e intuyo que es una pose. Algo me dice que esta chica es más de lo que aparenta—. El primero en derribar al otro gana.

—¿Y qué se supone que obtengo yo? —pregunta Henry, entrando por fin en su juego.

—Uno, demostrar tu punto y dos, que me vaya sin rechistar. ¿Te parece suficiente?

—Para lo poco que va a costarme, me parece una ganga.

—Hagámoslo entonces.

Alex retrocede un par de pasos y los anima a comenzar. Le gusta esa chica, pero le gusta todavía más una pelea, sea justa o no, y sé que está gozando con la situación. Ella se ajusta la coleta y, mientras tanto, Henry se gira y sonríe a los otros dos hombres con suficiencia. Lo que nadie espera es que la chica utilice ese momento de distracción para agacharse y hacer un barrido rápido en el suelo. Su pierna golpea duramente los tobillos de Henry y este ni siquiera tiene tiempo de ver de dónde viene el golpe cuando cae al suelo como un puto edificio siendo demolido. Cuando su espalda golpea el pavimento, ella ya está de pie y en guardia para recibir el contraataque. Es increíblemente rápida.

Aprovecho el momento de confusión para acercarme y observar mejor a la mujer. Cuando me fijo en sus rasgos más de cerca, me doy cuenta de que no parece tan joven como había pensado en un primer momento, aunque tampoco creo que pase de los veinticinco. No es muy alta, pero tiene un cuerpo trabajado que solo se consigue entrenando a diario. Observo cómo vuelve a ajustarse la coleta en la que lleva recogido un pelo negro como el carbón. Sus ojos también son oscuros, diría que grises y, después de escuchar lo que sale de su boca, no puedo evitar preguntarme cómo quedarían sus labios alrededor de mi polla.

—Hija de puta —sisea Henry levantándose del suelo, dispuesto a abalanzarse sobre ella, pero yo ya he visto bastante.

Doy un par de pasos al frente aplaudiendo despacio, y todos los presentes se quedan helados al verme. Nadie se había percatado de mi presencia, y creo que hasta Alex se había olvidado de que estaba aquí.

—Increíble. ¿Cómo te llamas? —Mira a mi primo, esperando ¿qué? ¿Su autorización para responder? Eso me cabrea—. Te he hecho una pregunta.

Alex asiente en su dirección, pero, por suerte para él, no dice nada.

—Soy Vega. ¿Y tú eres?

La miro de arriba abajo. Va vestida completamente de negro. Pantalones, camiseta y zapatillas. La ropa se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y me imagino quitándosela poco a poco antes de follármela.

—El dueño de todo esto y también tu jefe.

Si le sorprende mi respuesta, no lo parece. Es más, ella también dedica unos segundos a escanearme, analizándome, tal como he hecho yo unos minutos atrás. Su mirada sobre mi cuerpo me hace desearla con más intensidad y, aunque sé que terminará por convertirse en un problema, decido que la mantendré cerca por un tiempo.

6

VEGA

Veo deseo en sus ojos y sé que ha tomado una decisión respecto a mí, una que me conviene. Seguirle el juego podría convertirse en algo peligroso, pero también en una oportunidad única para obtener la información que necesitamos de forma rápida.

Es grande, la mayoría de los tíos que trabajan para él lo son y ya me había hecho una idea de su complexión al estudiar las fotos que tenemos de él. Lo que no se captaba en ellas es el aura de autoridad que irradia a su alrededor y que me crea cierta curiosidad porque hasta yo estoy tentada a dejarme llevar y obedecer sus órdenes. No sé si es la postura, rígida y natural a la vez, o esa mirada que dice que es capaz de sobrellevar cualquier situación sin siquiera despeinarse. Es alto, más que cualquiera de los que estamos aquí; tiene los ojos de un color que baila entre el verde y el gris claro, y tanto su pelo como su barba de una o dos semanas son castaños tirando a rojizos.

—No me gustan las peleas dentro de mi casa y menos entre mis empleados.

Su tono de voz es serio, y cualquier atisbo del deseo o la diversión que creía haber visto en sus ojos han desaparecido por

completo. Ahora parece una máquina de matar y todos a su alrededor, incluida yo, nos hemos puesto rígidos al escucharlo.

—Lo siento, Liam. —Henry mantiene la cabeza alta, pero no lo mira a los ojos, los otros dos hombres tampoco lo hacen y me pregunto si es una norma impuesta o un signo de respeto hacia su jefe—. Fue un error aceptar esta gilipollez. La muy zorra aprovechó que estaba distraído mirando a los chicos para atacarme por la espalda.

En un movimiento rápido estoy detrás del imbécil y mantengo uno de mis cuchillos en su garganta. Como es demasiado alto para mí, he optado por subirme a caballo y aferrarme como un koala a su espalda, pero que no se engañe porque soy todo menos un adorable animalito.

—Vuelve a llamarme zorra y te arrepentirás.

El imbécil levanta las manos en señal de rendición y no dice nada. Me alegra que por fin haya entendido mi punto y solo lamento no poder verle a la cara desde mi posición.

Alex se ríe abiertamente al ver a Henry reducido por una chica a la que había subestimado, pero Liam me mira fijamente y no soy capaz de leerle.

—Bueno, Henry, una apuesta es una apuesta y la chica, además de agallas, tiene razón, te ha ganado limpiamente. De hecho, te ha ganado dos veces. —La sonrisa de Alex es contagiosa y tengo que concentrarme para ocultar la mía. Puedo sentir los músculos de Henry tensarse bajo mi cuerpo al escuchar lo que debe de ser una enorme humillación para él—. ¿Tú qué opinas, Liam?

Siento sus ojos sobre mí y sé que estoy pasando un examen, uno que tengo que aprobar o toda la misión se irá a la mierda por culpa

de mi comportamiento impulsivo. Su silencio me parece eterno.

—Se queda —sentencia finalmente y vuelvo a llenar mis pulmones de aire—. Siempre y cuando seas capaz de seguir mis órdenes y respetar las normas. —Asiento moviendo únicamente la cabeza, el resto de mi cuerpo sigue aferrado al del imbécil—. Ahora suéltalo.

Obedezco y retiro el cuchillo con cautela, no me fío de lo que pueda hacer Henry en represalia en cuanto se sienta libre. No soy tonta, tiene el doble de mi tamaño y si me alcanza, podría partirme el cuello en dos segundos. Me bajo de su espalda y pongo la suficiente distancia entre los dos para poder reaccionar ante un ataque.

Después, para mi sorpresa, Liam ordena a Henry y a los otros hombres que vuelvan a su trabajo, no sin antes recordarles que no le gustan las peleas entre sus empleados. Ha sido una advertencia que no debe de haberle sentado muy bien al imbécil, que se marcha con el rabo entre las piernas. Ni siquiera me dirige una mirada, pero sé que volverá a por mí en algún momento. Bien, le estaré esperando.

Antes de que pueda replantearme cuál será mi siguiente movimiento, Liam continúa dando órdenes, esta vez a su primo.

—Prepárala. Quiero un informe sobre mi mesa antes del viernes. Si está lista, formará parte de la comitiva.

Habla de mí como si no estuviera delante y, aunque me entran ganas de responder que no soy invisible, me callo y lo observo marcharse. He conseguido lo que quería, ¿no?

Alex se da la vuelta y me observa como si fuese una especie de animal exótico.

—La que has liado.

—Parece que un poquito. —Sonrío con picardía—. Te dije que estaba capacitada para el puesto.

—Y después de lo que acabo de ver, no me cabe duda alguna. La cara que ha puesto Henry ha sido épica. Hasta has conseguido impresionar al jefe.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Pero no te vengas arriba, mañana se habrá olvidado de esto.

—Oye, ¿qué ha querido decir con eso de que me preparases? Que me prepares, ¿para qué?

—Ay, mi dulce abejita. Parece que vas a tener la oportunidad de jugar en la liga de los mayores. Este viernes el jefe asistirá a una gala en la que van a entregarle el premio al mejor empresario del año. Será una noche importante y ha decidido que formarás parte de su equipo de seguridad.

—¿Y se supone que debo sentirme halagada? —Finjo ignorancia, pero sé exactamente de qué está hablando.

En esa fiesta habrá mucha gente influyente, empresarios, políticos y famosos, entre otros. Es un lugar perfecto para que Liam estreche lazos con algunos de sus contactos y hemos preparado un operativo para seguirle de cerca y obtener más información sobre sus negocios. Después de lo que pasó en el almacén, estamos seguros de que tiene una operación importante entre manos. Formar parte del equipo de seguridad esa noche significa tener acceso a la gala.

—Deberías, solo los miembros de la Hermandad pueden integrarse en su séquito personal. Ha hecho una excepción contigo y

tengo que avisarte de una cosa: Liam no da segundas oportunidades, así que no la cagues. Disponemos de dos días para que aprendas lo básico. Mierda, espero que sepas comportarte.

—¡Oye! La duda ofende.

—¿Puedes asegurarme que no intentarás rajar ninguna garganta en toda la noche?

—Mmm —finjo pensarlo y él alza las cejas—. Me portaré bien, palabra de exploradora.

—Me da que tú de exploradora tienes poco, abejita —afirma acercándose hasta quedar a menos de un paso de distancia—. No sabes lo mucho que me ha puesto ver cómo doblegabas a Henry.

Su voz se ha vuelto más ronca y esa es mi señal para marcharme.

—No sabía que te iban las dominatrix —respondo con gracia, alejándome. Recojo mi bolsa del suelo y me dirijo a la puerta—. Nos vemos mañana, jefe.

Envío un mensaje convocando una reunión de urgencia justo antes de subirme a la moto, y así, pongo en marcha la fase dos de nuestra misión.

Aparco en la puerta de mi apartamento, ese que tendré que abandonar una vez que termine todo esto. La realidad es que no me importa, siempre es así cuando estoy en una misión a gran escala y por ese motivo trato de no cogerle cariño a los lugares en los que vivo. Al fin y al cabo, este piso es solo el sitio en el que descanso y desconecto mentalmente. Es bastante pequeño, pero muy práctico: cocina abierta a un salón con un sofá de dos plazas, una tele que no recuerdo haber encendido desde que me mudé aquí hace trece meses y una estantería con libros; un dormitorio, un baño y una

segunda habitación que utilizo como despacho y también como zona para meditar.

Me doy una ducha, me pongo unos vaqueros y una camiseta negra y salgo de casa, pero esta vez no bajo las escaleras, sino que las subo hasta la pequeña terraza comunitaria ubicada dos pisos por encima del mío y que nadie utiliza. Salto el muro que da al edificio contiguo y hago lo mismo con el siguiente y el siguiente hasta llegar a uno que tiene acceso a la calle de atrás. Saco la llave que guardo junto a las de mi casa y entro en el rellano que comunica con las escaleras del portal y, por tanto, con mi vía de escape. Bajo los cinco pisos andando y, al salir del bloque, me aseguro de que no hay nadie antes de coger la moto que tengo aparcada en la puerta. Se trata de una Ducati Monster 696 negra, mi favorita.

Cuando llego a Atenea, los chicos ya están esperándome en la sala de reuniones.

—¿Qué ha pasado hoy? —pregunta Sebas, más preocupado que intrigado en cuanto me ve entrar—. He oído cosas muy raras en el vestuario. ¿Te han despedido?

—Eso es lo que intentaba conseguir Henry, pero creo que por fin me he deshecho de ese gilipollas. —Alba me mira con los ojos muy abiertos. Lleva solo unos meses con nosotros y, aunque ya nos conoce bastante, todavía le falta terminar de entendernos—. No me mires así, que lo único que he hecho ha sido aprovecharme de la situación y darle un par de golpes, vamos, que solo he herido su orgullo de macho.

—Cuando ha dicho lo de las duchas, estaba seguro de que dirías que sí.

—Y no has fallado. No pensaba tirar por tierra los últimos meses de trabajo por una chiquillada, aunque no ha sido necesario llegar hasta ahí.

—No estoy entendiendo nada, ¿ese capullo quería que ahora limpiases las duchas? —estalla Lucas—. ¿No tiene bastante con que friegues los platos de los demás? Joder, Sombra, dame autorización para hacerlo desaparecer porque cuando lo tenga delante, no sé si voy a poder contenerme.

—No quería que limpiase las duchas, sino que me duchase con el resto. Era solo una forma de humillarme para que me fuera, pero le ha salido mal la jugada.

Les cuento lo que ha pasado cuando ha llegado Alex y después ha aparecido Liam, y obtengo varios pares de ojos que me miran fijamente en silencio.

—¿Queréis hablar de una vez? Joder, es la oportunidad perfecta para conseguir información más rápido.

—Sí, pero también es una forma mucho más arriesgada. ¿Y si te pillan? —pregunta Lucas levantándose de la silla y comenzando a andar por la habitación—. No me gusta.

—¿Y por qué me iban a pillar? ¿Lo han hecho alguna vez? —respondo ofuscada por su manía de protegerme cuando la que tiene que velar por ellos soy yo—. Alba, ¿has activado el protocolo de seguridad dos como te he indicado? —Asiente abriendo su ordenador portátil y comenzando a teclear a una velocidad asombrosa—. También necesito que revises de nuevo mi historial. Estoy segura de que van a investigarme a fondo y querrán comprobar los datos que pusimos en la ficha de empleada.

—Todo controlado, jefa. Quería preguntarte si puedo inventarme algún trapo sucio y esconderlo para que estén entretenidos unos días.

—Buena idea. ¿Qué tal un par de años en un reformatorio antes de cumplir los dieciocho?

—Me gusta. Fue un alto cargo del ejército quien lo tapó para que pudieses alistarte, de otra forma no te hubiesen dejado ni hacer las pruebas. ¿Tenemos a alguien de difícil acceso que pueda llegar a corroborar esta información?

—Lo tenemos —afirmamos Mark y yo al unísono mientras nos miramos—. De hecho, contamos con la persona perfecta —continúa Mark—. No afirmará ni desmentirá la historia, pero les hará ver que van por buen camino.

—Mierda, eso es aún mejor. Montaré algo para dejar alguna pista que los lleve primero a un par de callejones sin salida y después hasta nuestro hombre en el ejército. Eso tendría que desviar su atención durante el tiempo suficiente.

—Perfecto. Chicos, desde hoy, estas reuniones se limitarán únicamente a situaciones de emergencia. Cualquier contacto se establecerá a través de los teléfonos desechables, así que recordad ir pidiéndole reemplazo a Alba cada vez que habléis conmigo o con Sebas. Si necesitamos plantear reunión, lo haremos solo después de que ella haya creado un canal de vídeo seguro. ¿Entendido?

—Entendido. Sobre el evento del viernes, ¿sabes qué posición te asignarán para la vigilancia? —pregunta Sebas.

—No tengo ni idea, pero me encargaré de averiguarlo lo antes posible. Seguramente me lleven para apoyar a alguno de sus

hombres de confianza. Solo espero que no me dejen fuera del salón, porque, si no, estamos jodidos.

7

VEGA

Despierto en mitad de una pesadilla. Todas las que tengo se parecen tanto unas a otras que podrían considerarse versiones de una única historia. En mis sueños, las cosas no suceden exactamente de la misma forma en que aquella chica nos lo contó. No, mi cabeza distorsiona el relato obligándome a vivirlo una y otra vez de distintas maneras. Nos dijo que estaba presente el día que llevaron a mi hermana al burdel con apenas dieciséis años. He tratado de averiguar dónde la tuvieron retenida hasta aquel momento, aunque no hay ni una sola pista de la que tirar. Años de búsqueda e investigaciones y apenas conseguimos migajas de información. Después de intentarlo en decenas de clubs, de interrogar a cientos de chicas, una de ellas por fin afirmó saber de quién estábamos hablando. Recuerdo haber sentido el latido del corazón en la misma garganta cuando aquella chica hizo un leve asentimiento. La había acompañado a una cafetería, le había comprado un bollo y un café y le había prometido que la ayudaría si quería salir del tipo de vida que llevaba. Al principio se mostró desconfiada, todas lo hacían; de hecho, eran pocas las que aceptaban reunirse conmigo fuera de su

lugar de trabajo. Pero ella lo hizo. Se llamaba Zoria y, aunque llevaba más de media vida en Inglaterra, su país de origen era Eslovenia.

—Te pareces a ella. ¿Erais hermanas?

Ese «erais» en pasado me estrujó el corazón y provocó que mis ojos se llenasen de lágrimas en apenas un segundo. Sabía que existía esa posibilidad, mi tío y yo lo habíamos hablado cientos de veces. Ninguna mujer sobrevive mucho tiempo a esa vida, pero yo había seguido aferrándome a la esperanza de encontrarla y compensar todo lo que había tenido que vivir sola. Me había preguntado en infinidad de ocasiones qué habría sucedido si no le hubiese hecho caso cuando me pidió que la dejase en el coche y saliese a pedir ayuda; qué habría ocurrido si me hubiese quedado con ella. Quizá habríamos pasado por todo lo que ella tuvo que pasar juntas o tal vez habríamos logrado escapar, hallando nuestro propio camino.

Una lágrima consiguió liberarse y miré hacia arriba para mantener encerradas al resto mientras sentía que mi alma iba quebrándose a trocitos. Mi único objetivo era encontrarla y ya no podría cumplirlo, no podría decirle que nunca más estaría sola.

—Perdona, pensaba que lo sabías.

—Nos separamos cuando yo tenía seis años y comencé a buscarla cuando cumplí quince. Fue la edad a la que me enteré de que Isabel no había muerto en el mismo accidente en el que lo hicieron mis padres. Tú… ¿puedes contarme cómo pasó?

—Era guapa, demasiado para el mundo en el que estaba metida. Todos la elegían y eso provocaba que apenas tuviese tiempo para descansar. A veces le hacían tomar pastillas para que se mantuviera más activa; solo se las daban a ella y a otra chica, las más bonitas.

Hubo un hombre que se encaprichó de tu hermana, siempre la pedía para toda la noche y algunas veces la sacaba el fin de semana completo. Eso era raro, ya que apenas salíamos de aquel lugar, aunque a él se lo permitían. Empezó a comprarle cosas: ropa y zapatos que tenía que ponerse cuando él venía a verla. También la acompañaban a la peluquería antes de que él llegara o cuando iba a llevársela del Dragón Rojo. Algunas de las otras chicas y yo pensamos que la sacaría de esta vida, pero ella siempre respondía que para ese hombre solo era un juguete con el que entretenerse por un tiempo. Algo tuvo que suceder entre ellos porque una noche él vino acompañado por dos hombres y, en lugar de irse con ella como hacía siempre, la miró con desprecio. También le dijo que se marcharía a una habitación con otra de las chicas y que ella pasaría la noche con unos amigos suyos que le darían una lección. No sé qué vio en ellos, a lo mejor ya los conocía, porque la oí suplicar y la vi llorar cuando se la llevaron a rastras.

—¿Nadie hizo nada? —pregunté demasiado fuerte, y varias personas de la cafetería se giraron para mirarnos.

—No podíamos. No habría servido de ayuda. Y ¿sabes lo que hacen con las chicas que se meten donde no les llaman? Mejor no quieras saberlo.

—Lo siento. Continúa, por favor.

—A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en las habitaciones. Esos dos hombres…

—La mataron —la corté, viendo en su gesto lo que iba a decir—. Ahórrate los detalles, por favor. ¿Cómo puedo encontrarlos?

—No puedes. El mismo hombre que los trajo acabó con ellos a balazos en la puerta del club en cuanto se enteró de lo que había

pasado.

—¿Y al hombre?

—Desapareció. Nunca más volvió a dejarse ver por allí. Siento no poder darte nada de tu hermana, tiraron todas sus cosas al día siguiente.

—Tiene que haber algo. ¿Quién la llevó al Dragón Rojo? ¿Fue tu actual jefe? Voy a necesitar que me digas su nombre y será lo último que te pida que hagas por mí.

—Lo siento, pero no puedo decirte nada más. Si me ven hablando contigo, yo…

Se levantó dispuesta a marcharse, pero la sujeté de la muñeca con fuerza y supliqué con la mirada. No podía cambiar el hecho de que mi hermana estaba muerta; sin embargo, me aseguraría de que los responsables pagaran por ello.

—No sé mucho, lo prometo. La trajo un hombre asiático llamado Feng, debe de tener negocios con mi jefe y sé que él le teme, no es algo que vea muy a menudo. Feng aparecía cada cuatro o cinco meses por el local, se encerraba con mi jefe en su despacho y después se llevaba a Isabel a una habitación donde pasaban la noche juntos. Al día siguiente él desaparecía y ella estaba más tensa de lo normal. Había veces que se tiraba días sin hablar con ninguna de nosotras… No he vuelto a verlo desde que Isabel murió, así que supongo que venía solo por ella, como muchos otros.

—Pero si fue él quien la llevó allí para prostituirla, ¿me estás diciendo que, de alguna forma, ella le importaba?

—Los hombres que vienen al Dragón Rojo no son gente normal. Hace años que dejé de intentar entender nada de lo que ocurre en aquel sitio.

Me levanté de la silla procurando no trastabillar y, antes de marcharme, le tendí una nota con uno de mis números de teléfono escrito.

—Llámame si quieres salir de ahí. Puedo sacarte y esconderte lejos.

No respondió y las fuerzas no me dieron para tratar de convencerla. Necesitaba tiempo y soledad para quebrarme por la pérdida.

En mis sueños, siempre estoy dentro de la habitación en la que murió Isabel, viendo lo que hacen con ella, sin poder pararlo. Esas son las premisas que se mantienen, el resto es distinto. A veces, me encuentro atada a una silla a unos metros de distancia de la cama; otras, suspendida en el aire, como si flotara, pero nunca consigo acercarme lo suficiente; aparezco de pie, tumbada, amordazada… Lo que pasa frente a mis ojos también varía, no siempre la torturan de la misma forma. No puedo acercarme, no puedo gritarles y amenazarles como estoy deseando hacer, ni siquiera puedo cerrar los ojos para evitar mirar.

Estas pesadillas me dejan exhausta.

Hago unas cuantas respiraciones cortas antes de inspirar aire profundamente y soltarlo poco a poco. Consulto la hora en el móvil que tengo en la mesita de noche y veo que apenas son las cinco de la mañana, así que decido entrenar en casa; necesito endorfinas para aligerar la carga que ha dejado el mal sueño sobre mi cuerpo.

Tres horas después estoy aparcando la moto en la mansión. Nada más bajar, veo a Alex dirigiéndose hacia mí. Lleva puesto un traje de ejecutivo y le queda muy pero que muy bien.

—¿Qué nos toca hoy, jefe?

—¿Qué te gustaría que hiciésemos? —pregunta alzando las cejas de forma sugerente. Este tiene más peligro que una escopeta de feria.

—Pues a ver, ayer me sometiste a un tercer grado y luego fuiste testigo de que nunca podrías ganarme en una lucha cuerpo a cuerpo. ¿Qué nos queda?

—Tiro. Tengo que comprobar cómo vas de puntería antes de dejar mi culo y el de mi primo bajo tu protección. Entiende que hablamos de un producto de valor incalculable.

Se me escapa la risa justo cuando Henry aparece en mi campo de visión, y la mirada que me dirige es de todo menos cordial. Está hablando con Sebas y el chico con el que suele patrullar de pareja, y no parece muy contento; o a lo mejor se le ha puesto esa cara cuando me ha visto a mí, todo puede ser.

Alex se para a darles instrucciones. El chico relajado que me acompañaba se ha convertido en alguien a quien no me gustaría contradecir. Anoto mentalmente la rapidez del cambio. Me parece que el primo del jefe tiene más capas de las que muestra a simple vista.

Cuando nos alejamos, actúo con normalidad. Soy la primera en disparar en el campo de tiro y decido no acertar todos los blancos. Por mucho que crean que he pasado varios años en el ejército, no puedo mostrarme como una máquina de matar. Soy una crack en el cuerpo a cuerpo, así que seré simplemente buena con una pistola. Solo espero que no se le ocurra practicar el lanzamiento de cuchillos porque eso sí que es lo mío.

La demostración de mis habilidades avanza; en cambio, lo que no he sabido calcular es el ímpetu que Alex pondría en ayudarme a mejorar la puntería. Lo tengo prácticamente pegado a la espalda y puedo notar su aliento en la mejilla, así que es hora de salir de aquí. Lo necesito cerca, pero no tanto.

Estoy a punto de fingir un ataque de tos cuando escucho la potente voz de Liam a nuestra espalda y me pongo rígida al instante.

—¡Alex!

Se separa de mí sin muchas ganas y ambos nos giramos a mirar al verdadero jefe. Viste un traje gris a medida que le sienta como un guante y una camisa un par de tonos más clara. Ha conseguido domar su cabello y lo lleva peinado hacia atrás con algo de volumen. Tiene una mano en el bolsillo y las piernas ligeramente separadas. Todo en su aspecto grita que es la máxima autoridad y que nadie nunca le lleva la contraria.

—Pensé que ya te habías marchado, son casi las nueve —responde el aludido.

—Tenía una conferencia con los chinos y he decidido hacerla desde aquí. —Registro una anotación mental para hablar con Alba después. Hay que acceder a su ordenador y a su teléfono. ¿Habrá estado hablando con Feng?—. Hoy necesito que vengas conmigo. Los dos vendréis conmigo.

Se marcha del campo de tiro sin aguardar una respuesta por nuestra parte.

«Engreído».

—Vamos, abejita, ayúdame a recoger. Liam ha decidido sacarte de excursión y ya te aviso que a él nadie le hace esperar.

—¿A dónde vamos? —pregunto una vez que he recogido mis cosas.

—¿A dónde vamos a ir? A la oficina. Venga, date prisa, tenemos que estar en la puerta cuando salga.

Mierda, ¿quiere que vaya en el coche con ellos? No puedo. No voy a poder subirme a uno de esos trastos y disimular que no me ahogo en cuanto se cierra la última puerta. Miro a un lado y a otro mientras caminamos a paso rápido hacia la entrada de la mansión, buscando una salida, y en el último momento, le digo a Alex que necesito ir un segundo al baño y escapo corriendo antes de que pueda replicar.

En cuanto entro en la casa, veo a una chica del servicio con una bandeja en la mano en la que porta lo que parece ser una taza de café, y se me ocurre una idea. Voy directa hacia ella con sigilo y, en el último momento, aparezco delante de un salto. Tal como esperaba, da un respingo por el susto y el café que lleva en la bandeja se vuelca y me mancha la camiseta.

La chica, de unos veintipocos años, me mira horrorizada y empieza a balbucear a la par que recoge todo a una velocidad increíble. Me agacho con intención de ayudarla, pero me da un manotazo para que me aparte.

—Perdona, voy con prisa y no te he visto —me disculpo.

—¿Que no me has visto? ¿Eres miope o imbécil?

Me levanto despacio y la escaneo rápido. ¿Mi veredicto? Es la típica niña bonita que busca llamar la atención de los hombres. Lleva un uniforme que a todas luces es una talla más pequeña de lo que debería, el pecho y los labios operados y el pelo color miel, que le cae sobre los hombros con gracia.

Decido no dedicarle más tiempo y saco mi teléfono para avisar a Alex.

—No sabes lo que has hecho, estúpida. Este café era para Liam —continúa escupiendo ella con desprecio.

—Pues entonces, ya puedes correr a la cocina a prepararle otro antes de que venga a reclamarlo.

Veo a lo lejos cómo se abre la puerta del despacho y lo tomo como mi señal para marcharme. Me escabullo hasta el baño de servicio, enciendo el grifo del agua y llamo a Alex por teléfono.

—No te vas a creer lo que me ha pasado.

—¿Dónde mierdas estás, Vega? Liam está a punto de salir.

—Lo siento, una chica me ha tirado un café por encima. Estoy intentando quitar la mancha con agua y jabón, pero no sale —afirmo nerviosa como si lo que estoy diciendo fuese verdad y abro el grifo del agua para darle realismo.

—¿Me estás jodiendo?

—Mira, no te preocupes. Pásame la dirección en un mensaje. Tengo una camiseta de repuesto en la taquilla del gimnasio, me la cambio y voy para allí en la moto. Te aseguro que tardaré menos que vosotros.

—¿Me estás vacilando?

—Alex, te juro que cuando llegues, me verás allí.

—Mierda. Liam ya está aquí. ¡Vuela!

Me cuelga y hago exactamente lo que le he prometido. Salgo corriendo al gimnasio, me cambio la camiseta por otra igual, pero sin mancha de café, y salgo disparada hacia la dirección que me ha enviado al móvil. Por suerte, la sede central de Industrias Brown

está en la City, el centro financiero de Londres, donde el tráfico es todavía más horrible que en el resto de la ciudad.

Tardo veintidós minutos en llegar con la moto y todavía tengo que esperar cinco hasta verlos aparecer.

Liam es el primero en bajar del Escalade negro, que se ha detenido justo frente a la puerta del edificio. Sale del coche como un rey y pasa por delante de mí sin siquiera dedicarme una mirada y eso, definitivamente, no es algo bueno.

Cuando Alex se baja del vehículo y sigue a su primo, me uno a su paso y le hablo bajito para que solo él pueda escucharme.

—Del uno al diez, ¿cuánto la he cagado con lo del café?

—Digamos que un once. No le gustan los contratiempos y menos aún que las cosas no se hagan exactamente como planifica en su cabeza.

—Mierda, voy a tener que hacer una lista con todas las cosas que no le gustan al jefe. Veo que es un poquito maniático.

Alex disimula una sonrisa, justo lo que buscaba. No soy mucho de bromear, pero necesito ganarme a la mano derecha de nuestro objetivo y creo que esta es la forma de acercarme. Antes de llegar a la puerta del ascensor, se inclina sobre mi oído y me da un último consejo.

—No hables hasta que él no te haga una pregunta.

Asiento con un gesto de cabeza y cuando entramos en el ascensor, Alex se posiciona al lado de su primo y yo me quedo detrás de ambos, vigilándoles las espaldas junto a otro de sus hombres de seguridad. Aprovecho para observarlos detenidamente. Liam es más alto que su primo y lleva el pelo más largo; ambos tienen un cuerpo trabajado, pero sin duda, Alex es más grande. Si la

información que tenemos sobre él es cierta, y creo que lo es, además de ser la mano derecha de Liam, también actúa como una especie de ejecutor dentro de la Hermandad.

Salimos del ascensor en la octava planta. El hombre que va detrás conmigo se posiciona en la puerta de este sin soltar palabra, mientras mis jefes continúan andando en el más absoluto silencio. Todos me ignoran como si no fuese parte de la comitiva.

¿Y ahora qué hago? ¿Me quedo con el gorila o avanzo?

Decido seguirles. Pasamos por una recepción digna de un hotel cinco estrellas, donde hay dos chicas sentadas que se apresuran a ponerse de pie y darles los buenos días a los primos. No se molestan en responder y avanzamos caminando por un pasillo hasta llegar a una estancia que parece la antesala del despacho de Liam. Es espaciosa, diría que mide el doble que mi apartamento completo y está bien iluminada. Junto a la puerta, hay una mesa de trabajo con un chico de unos treinta años al que el jefe sí que saluda antes de acceder a su despacho. Por suerte, Alex se apiada de mí y me indica que debo esperar sentada en uno de los sofás situados frente al que supongo será el secretario de Dirección. Después, entra en el despacho y cierra la puerta.

El chico sigue trabajando como si yo no estuviese allí. Los minutos pasan y aprovecho para escanear todo lo que mi vista alcanza. Luego envío un mensaje cifrado a Alba y le pido resultados. Sé que estoy siendo insistente, pero necesitamos avanzar en todos los sentidos o la misión se quedará estancada.

El tiempo transcurre sin novedad, llevo aquí sentada casi una hora y nadie ha salido del despacho a buscarme. He intentado mantener una conversación con el secretario, un tío bastante

excéntrico y nada agradable. Supongo que la desconfianza es un requisito imprescindible que han de cumplir todos los empleados de Liam.

Continúo esperando, o más bien desesperando, hasta que la puerta se abre y aparece Alex con gesto serio.

—Pasa, Liam quiere verte. Y no la cagues —me advierte.

—¿Tú no vienes?

—Yo tengo otras cosas que hacer. Suerte.

Me despido de Alex con un gesto y entro como si la oficina entera me perteneciera. No puedo evitarlo, no soy de andar con pies de plomo, y el tiempo que me ha hecho esperar en esa sala me ha provocado cierto cabreo. Si este tío se cree el rey del mambo, yo seré la reina Cleopatra.

8

LIAM

Sus botas Dr. Martens resuenan en el mármol negro cuando entra en mi despacho, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no levantar la cabeza del portátil. En lugar de eso, la dejo de pie frente a mi escritorio esperando unos minutos más.

Sé que está molesta porque la he ignorado desde que la he visto esta mañana y no puedo evitar que eso me divierta. Podría alargar el juego un poco más y ver hasta dónde es capaz de llegar.

Levanto la mirada y lo primero que me encuentro son dagas saliendo de sus ojos. Mantiene la cabeza alta y la mandíbula tan apretada que apuesto a que comienza a dolerle. Viste pantalón y camiseta ajustados en color negro, botas de motera y una chaqueta de cuero rojo. La ropa se ajusta a su cuerpo de una forma deliciosa y me pregunto cómo le sentará el vestido de cóctel que tendrá que ponerse para acompañarme a la fiesta de esta noche.

—Siéntate —ordeno retirando la mirada de su cuerpo tentador y devolviéndola a mi ordenador solo para alterarla un poco más. No sé por qué, pero hacerlo me está resultando muy gratificante y no suelo darme caprichos a menudo—. Alex me ha pasado un informe sobre ti y tengo que reconocer que no está mal.

—¿Gracias?

—Cuida el tono —respondo con frialdad y, al contrario de lo que los demás suelen hacer cuando saco a pasear a mi bestia interior, ella no se inmuta, ni siquiera se echa atrás. Interesante—. No hay mujeres en mi equipo de seguridad, eres la primera excepción que admito y solo porque Alex insistió en que merecía la pena darte una oportunidad. La información que ha reunido sobre ti parece dar soporte a su idea: estuviste varios años en el ejército, eres experta en diversas artes marciales y hablas cuatro idiomas. No está mal para una chica de tu edad. —Permanece en silencio, sin demostrar ningún tipo de emoción y me doy cuenta de que, a pesar de que le he pedido justo esto, echo de menos su fuego—. ¿No dices nada?

—Alex me ha advertido de que no debía hablar a menos que me hicieses una pregunta. Al parecer, la he cagado al no ir en el coche con vosotros.

—Me complace que sepas seguir órdenes. —Me levanto y me acerco al mueble auxiliar que hay cerca de donde ella está sentada —. Esta noche hay una gala benéfica en el British Museum a la que debo asistir. Acudo todos los años y el protocolo es riguroso: nada de armas y nada de personal de seguridad dentro del salón principal.

—Entonces ¿me quedaré fuera esperando?

—No, fuera tendré a algunos de mis hombres. Tú entrarás conmigo. Hace poco sufrimos un ataque inesperado y todavía estamos resolviendo el asunto. Necesito a alguien dentro capaz de garantizar mi seguridad. Vendrás como mi asistente personal.

—¿Tu qué? —Reacciona con naturalidad por primera vez desde que ha entrado a mi despacho y contengo una carcajada cuando veo

su cara de angustia. Joder, no tiene precio.

—He dicho que vendrás como mi asistente personal. Jacob te enseñará todo lo que necesites. Déjale tu dirección cuando salgas, te enviará también el vestido que debes llevar.

—Eso no será necesario, tengo ropa apropiada.

La miro de arriba abajo y la noto incómoda, aunque trate de ocultarlo.

—No es que dude de tu buen gusto, pero no voy a arriesgarme a que aparezcas con algo… inadecuado para este tipo de evento. Te pondrás lo que Jacob va a enviarte. ¿Tienes algún problema con eso?

Aprieta la mandíbula mientras la miro fijamente esperando a que se atreva a desafiarme. Por favor, que lo haga.

—Ninguno —asegura después de unos segundos.

—Bien, ahora firma el contrato. Puedes leerlo si quieres —ordeno a la par que señalo la carpeta negra que hay sobre la esquina de mi escritorio más cercana a ella. La abre y empieza a hojear las páginas.

—¿Por qué quieres que firme otro contrato? Ya tengo uno con la agencia de seguridad a través de la que me habéis contratado.

—Haces demasiadas preguntas, pero te concederé esta respuesta. Si vas a formar parte de mi escolta personal, necesitamos un contrato sin intermediarios que incluya varias cláusulas de confidencialidad. Y no hay posible réplica en esto. Si no te interesa, puedes largarte en este momento. —Espero unos segundos para darle tiempo a pensarlo. Algo me dice que no se irá, aunque solo sea para demostrar que puede hacer el mismo trabajo que cualquiera de mis hombres—. Y ahora, tengo cosas que hacer.

Entrégale a Jacob los papeles una vez que los hayas firmado y él te dará instrucciones. Eso es todo.

Se levanta y sale de mi despacho sin decir nada, dejándome decepcionado. Al parecer, había imaginado más fuego en esta mujer del que realmente alberga.

Media hora después, justo a la hora pactada, mi primo y Josh se presentan ante mí. Ambos se quedan frente al escritorio esperando a que los atienda. Cuando elevo la mirada hacia ellos, la bestia resurge y se expande como la espuma en mi interior.

—¿Y bien?

—Ha desaparecido —afirma Josh—. El jefe de los Dirty Hands no está por ninguna parte. Tengo media docena de hombres en Durham buscando hasta debajo de las piedras, pero nadie sabe nada de él, es como si se tratara de un puto fantasma.

—¿Un puto fantasma? —grito. Me pongo en pie y me inclino sobre el escritorio—. ¿Me tomas por imbécil? ¿Me estás diciendo que mi jefe de seguridad no puede encontrar a un donnadie que hace apenas dos años estaba jugando con pistolas de agua? ¿No puedes encontrar a un puto crío? ¿Eso es lo que estás queriendo decirme, Josh?

—Jefe, yo…

—Ni se te ocurra ponerme una excusa —lo interrumpo. Rodeo el escritorio y me coloco frente a él—. Te vas a largar de aquí y no vas a regresar hasta que obtengas resultados —escupo en un tono mucho más rebajado, pero tan tajante como el anterior—. Me da igual si tú mismo tienes que irte a Durham o a Hong Kong, no me importa si necesitas meterle un tiro en la rodilla a cada uno de los integrantes de esa mierda de banda callejera y me la suda si pierdes

la vida en ello, pero no se te ocurra volver sin ese hombre. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino —afirma sin agachar la cabeza y permaneciendo inmóvil en su posición.

—Ahora vete y demuestra de una vez que mereces el puesto que te dimos.

Joder, no puedo creerme que no hayamos averiguado una mierda desde la otra noche. Contamos con decenas de hombres, disponemos de una puta infraestructura en todo Londres y tenemos contactos tanto en la policía como en el Gobierno.

En cuanto Josh se marcha, Alex se tira de forma despreocupada sobre una de las sillas.

—Joder, cuánta tensión —se queja recostándose—. Me extraña que el pobre Josh no se haya meado en los pantalones.

—No tengo humor para tus bromas, así que contrólate o sal de mi vista.

Voy a servirme otro vaso de agua, pero en el último momento me decanto por un whisky y me lo bebo de un trago. El alcohol me quema la garganta a su paso, aunque no arregla nada. Sigo sintiendo la misma mierda por dentro.

—Bueno, creo que puedo mejorar un poco tu humor con las noticias que te traigo. He descubierto quién nos salvó el culo la otra noche.

—¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Ey, tranquilo, primo, que cuando te he visto esta mañana todavía era una leve sospecha en mi cabeza. Debía realizar algunas llamadas para comprobar si mi teoría tenía algún sentido o era solo una paranoia de las mías.

—¿Y bien?

—¿No me vas a hacer un redoble de tambores ni nada? Mira que la información merece la pena —afirma con una sonrisa de medio lado que tengo ganas de aplastar.

—Alex —le advierto perdiendo la paciencia.

—Vale, vale. —Levanta ambas manos en señal de rendición y se recoloca erguido en la silla—. Todo lo que sabemos de esa gente hasta ahora es que son cinco tíos armados hasta los dientes, perfectamente sincronizados y vestidos de riguroso negro. Dejaron fuera de combate a decenas de hombres en cuestión de minutos y desaparecieron como por arte de magia y sin dejar ni un solo rastro que pudiéramos seguir.

Apoyo la espalda en la pared que hay junto a la ventana al fondo de mi despacho y escucho con atención.

—Continúa.

—Aparentemente, no había nada que los delatase, fue una acción puto perfecta, algo que no habíamos visto nunca hasta ahora…

—Vale, he entendido tu punto, ¿quieres llegar a la conclusión de una vez? Estoy a esto de perder la paciencia —afirmo creando un hueco minúsculo entre mis dedos índice y pulgar— y ya sabes las cosas que suelen pasar cuando la pierdo.

—Joder, qué susceptible. Espero que Mía te ayude a sacar toda esa tensión esta noche.

—¿Vas a hablar de una jodida vez?

—Lleva tu memoria tres años atrás y dime si no recuerdas a otro grupo de cinco personas vestidas de negro que completaron una misión perfecta y desaparecieron como fantasmas después de cumplir su único objetivo.

Por mi mente comienzan a sucederse imágenes de aquella noche, una tras otra a una velocidad espectacular. Ando detrás de esos hombres tres putos años, intentando averiguar quiénes son y por qué se llevaron al cabrón de mi hermano. Nunca recibimos una petición de rescate, nunca se pusieron en contacto para amenazarnos con su vida. Simplemente, se lo llevaron sin hacer ruido. Y después de esa noche solo hubo silencio… hasta que tres semanas después, la policía lo encontró desquiciado en una cabaña de Selsdon Wood, a una hora aproximadamente de la ciudad. Le habían dado tal paliza que permanecía desorientado y casi no pudieron reconocerlo. Sin embargo, todos sus órganos se hallaban en perfectas condiciones y lo habían estado alimentando. Su suerte terminó cuando ingresó en prisión. Cuatro meses después de hacerlo, murió asesinado.

Tres años detrás de ellos y prácticamente no sabemos nada. En un principio pensamos que los había enviado el Gobierno, pero luego descubrimos que sus formas no eran lo que se dice ortodoxas, por lo que no terminaba de cuadrarnos. Otras de las teorías que hemos estado barajando son que trabajasen para alguna agencia de inteligencia extranjera o que fueran un grupo de mercenarios de élite que se venden al mejor postor. No hemos vuelto a verlos en acción, pero tenemos nuestras sospechas de que son responsables de algunos casos que la policía inglesa no ha conseguido resolver. Solo hay un dato que sabemos de ellos y es el nombre de su líder.

—Sombra.

—Eso es, primo. De nuevo, Sombra.

—Pero ¿por qué nos ayudó esta vez? No es posible que se fuera sin terminar el trabajo, por lo que su objetivo aquella noche no era

otro que el de evitar que nos masacraran. ¿Por qué?

—No tengo ni idea, pero lo averiguaremos.

9

VEGA

Mis dedos tamborilean sobre mi regazo mientras tarareo para mis adentros *La cosa más bella*, de Eros Ramazzotti, una de las canciones que cantaba de niña con Amparo cuando me dejaba ayudarla en la cocina del orfanato. Me permito pensar en ella durante unos instantes y me arrepiento de no haber ido a visitarla antes de que todo esto comenzase a ponerse serio.

Quedan dos minutos y trece segundos para llegar, siempre que el semáforo que tenemos a quince metros no se ponga en rojo en el último segundo.

«Mantente verde, mantente verde».

Suelto el aire que estaba conteniendo cuando lo rebasamos sin que haya cambiado de color.

—Estamos llegando —afirma Lucas, mirándome por el retrovisor central desde el asiento del conductor.

Voy en un Uber, y aunque mi conductor no es otro que Lucas, mi compañero, mi amigo Lucas, no puedo evitar la asfixiante sensación que me produce viajar a bordo de un vehículo cerrado. Entorno los ojos y los recuerdos del accidente en el que perdí a mi familia vuelven a mi cabeza. Es curioso cómo mi mente ha olvidado las

facciones de mi hermana y, sin embargo, es capaz de recordar con nitidez aquel momento.

Noto mi estómago encogido y cómo mis pulmones se hacen más y más pequeños para dejar espacio al vacío que va adueñándose de todo. El techo solar está abierto, pero tengo la sensación de que cada vez queda menos oxígeno en el coche y ya no es suficiente.

—Recuérdame por qué he aceptado venir en coche. —Me permito mostrar debilidad, solo con él, solo por un momento.

«Un minuto y nueve segundos».

—Porque llevas un precioso vestido que no puede lucir como un trapo y porque ese peinado no hubiese aguantado ni de coña el casco de la moto. ¿Llevas tus cuchillos nuevos?

Muevo mis manos sobre ambos muslos y compruebo, a través de la fina tela, que todos estén bien colocados. Mark, nuestro experto en armas, me los entregó la semana pasada con una desvergonzada sonrisa en la cara. Llevamos tiempo buscando algún tipo de arma efectiva que podamos pasar por los detectores de metales y sabe de mi predilección por los cuchillos. Hemos probado otros en el pasado, pero los que me trajo esta última vez, fabricados con una mezcla de polímeros plásticos y componentes cerámicos, ofrecen por fin la dureza y flexibilidad que necesito. Además, su peso ligero los hace más cómodos que los cuchillos tradicionales. Llevo toda la semana practicando con ellos y por fin me siento lo suficientemente cómoda con los resultados. Lo único que echo de menos es sentir el frío del metal en mi piel.

—Los tengo. No son *mis* cuchillos, pero servirán.

—Ten cuidado, no me gusta no tener ojos sobre ti durante el acto.

—Saldrá bien. Yo os escucharé a vosotros si es necesario. Alba ha conseguido la frecuencia del transmisor que me han dado para esta noche, pero recordad que solo podéis hablar ahí si es estrictamente necesario. Vuestra señal interferirá con la de la seguridad de la Hermandad y podrían darse cuenta de que algo no funciona.

—¿Cómo sabremos que estás bien?

—Lo estaré. Vosotros vigilad que haya normalidad en el exterior. No os olvidéis que todavía no sabemos cuál es la amenaza que se cierne sobre Liam y lo necesitamos vivo para que nos lleve hasta Feng.

Lucas asiente a través del espejo retrovisor central justo después de parar el coche en la entrada del British Museum. Le guiño un ojo y salgo despacio, tratando de recuperar la compostura. Cuando me incorporo, disfruto unos segundos de la sensación que me provoca el aire fresco expandiendo mis pulmones.

Un hombre y una mujer vestidos con el uniforme del museo me indican el camino hasta la entrada y me dan paso al interior tras comprobar que mi nombre está en la lista de invitados. Todavía no tengo claro que vaya a colar mi papel de asistente del CEO de Industrias Brown, pero entiendo que no encontraron otra salida para meter a un guardaespaldas en la gala. No sé mucho sobre el negocio inmobiliario, y menos de arquitectura, así que me centraré en lo que me ha explicado Jacob, el verdadero asistente de Liam. A pesar de su actitud altiva, es un buen empleado y me ha dado varios consejos que deberían bastar para que me integre entre la gente sin que nadie sospeche.

Una nueva azafata me acompaña hasta el vestíbulo principal y me desea una buena noche. Después desaparece. Observo con

atención la sala antes de visualizar a los primos Brown, acompañados de una mujer rubia que parece sacada de un anuncio de un resort de las Bahamas. Es alta, delgadísima y con unos pechos demasiado exagerados. Lleva un vestido de firma en color champán, recogido de peluquería y unos tacones de aguja interminables.

Me acerco al grupo caminando con seguridad. El primero en recibirme es Alex, que me escanea de arriba abajo con una mirada que va entre la diversión y el deseo.

—Mira a quién tenemos aquí. Estás… Guau.

—Usted también está muy elegante esta noche, señor Reigadas.

Siento la mirada penetrante de Liam en mi costado y, cuando me doy la vuelta para saludarle, me encuentro con unos ojos fríos cargados de reproche.

—Liam —saludo con un asentimiento de cabeza.

Él sigue observándome sin decir nada y estoy segura de que todos a nuestro alrededor pueden notar la tensión que irradia. Finalmente, es la chica-anuncio quien rompe el hielo.

—Hola, soy Mía. ¿Quién eres tú?

Su tono no resulta demasiado cordial que digamos, pero entro en mi papel y extiendo la mano en su dirección mientras le dedico una sonrisa forzada.

—Soy Vega, la asistente de Liam.

—¿Tu qué? ¿Qué pasa con Jacob? —Dirige su pregunta a Liam, como si yo no estuviera delante de ella con la mano extendida esperando su saludo. Pongo los ojos en blanco, bajo el brazo y aguanto las ganas de colocarla en su sitio.

—Jacob sigue en su puesto, ella está aquí para cubrirnos las espaldas —responde sin dar más explicación. La chica-anuncio se

acerca más a él y enlaza sus brazos para que no me quepa duda de qué papel ocupa en la vida de mi jefe. Él, sin embargo, se aparta con un gesto de hastío y no puedo evitar sonreír al ver el puchero en la cara de ella. ¿Esta muñequita es su pareja?—. Ve con Alex y tráenos algo de beber mientras comento un par de cosas con Vega. —Mía asiente y le da un beso en los labios antes de obedecer.

—No tardes, Liam, dijiste que esta noche podría disfrutar de ti.

Él ni siquiera responde y espera a que se marchen antes de volver a fijar sus ojos grises en mí. Su mirada es glacial, pero no me asusta; se sorprendería del tipo de miradas que he tenido que enfrentar en mi vida. Poco a poco, el frío se va convirtiendo en curiosidad y finalmente es él quien cede y habla primero.

—Te di instrucciones claras sobre lo que debías llevar puesto esta noche.

—Te dije que tenía mi propia ropa.

—Y yo que se trataba de una noche importante y no podía fiarme de tu gusto. Recuerdo perfectamente nuestra conversación.

No puedo decirle que el traje que me ha ordenado llevar es tan ceñido que no deja espacio para mis cuchillos. Esa es una información que no desvelaré a no ser que resulte absolutamente necesario.

—No irás a decirme que no voy a la altura. —Sonrío orgullosa. Sé que el vestido que llevo es espectacular y que está hecho para mí, ajustándose en los lugares adecuados y sugiriendo en otros sin mostrar demasiado.

—Si andas buscando un cumplido, estás delante del hombre equivocado.

No es la respuesta que esperaba, pero mantengo la sonrisa.

—Nada más lejos de mi intención. Te aseguro que cumpliré tus órdenes siempre que tengan que ver con el ámbito laboral. Soy buena en mi trabajo y estoy deseando demostrarlo.

—La amenaza de la que te he hablado esta mañana es real, así que no quiero que te entretengas con nada. Permanecerás a mi lado cada vez que converse con alguien, como mi asistente personal, nadie se sorprenderá. Jacob te ha dado nociones para que puedas responder preguntas sencillas. Si la cosa se complica, sonríe y justifícate diciendo que acabas de empezar en este trabajo y todavía estás aprendiendo. No te separes de mí a no ser que yo te lo indique, y habla con Alex o conmigo en el caso de que detectes algún movimiento sospechoso.

—Entendido. Solo una cosa, no me habéis dicho de qué tipo de amenaza estamos hablando.

—Sabes todo lo que necesitas saber —responde tajante.

—No puedo defenderte de algo si no sé de dónde viene.

—En ese caso, ya empiezas a decepcionarme. Haz tu trabajo, vete a casa cuando te lo ordene, y a final de mes cobrarás por ello. Es todo.

«¿Se puede ser más gilipollas?».

Durante las siguientes dos horas, Liam y Alex entablan conversaciones de negocios con distintas personas. Algunos son políticos y empresarios a los que reconozco; al resto, no los había visto en mi vida.

Mantengo todos mis sentidos en alerta, tratando de encontrar algún detalle en cualquiera de esas conversaciones que me sirva de algo mientras vigilo que todo a nuestro alrededor permanezca en calma y el culo de mi jefe a salvo. Lo cierto es que la noche está

siendo más tranquila de lo que esperaba, y los zapatos de tacón que me he obligado a llevar empiezan a convertirse en un instrumento de tortura atroz.

Aviso a Alex de que necesito ir al cuarto de baño y me alejo del grupo por primera vez.

Esperaba conseguir algo hoy: un nombre, un hilo del que tirar. Mi frustración es evidente en la imagen que me devuelve el espejo. Necesitamos avanzar de alguna manera y debemos hacerlo rápido, pero ¿qué más puedo hacer?

La puerta del baño se abre y una mujer de unos treinta y cinco años comienza a retocarse el maquillaje a mi lado. No me suena haberla visto en el hall principal y eso me extraña. Hay ochenta y nueve invitados a la gala —es lo que Alex me dijo— y los he repasado uno a uno durante la noche buscando una posible amenaza.

—Está siendo una velada increíble, ¿no crees? —pregunta ofreciéndome una sonrisa a través del espejo.

—Creo que el museo ha conseguido recaudar dinero suficiente para restaurar unas cuantas obras —respondo sin más mientras me lavo las manos. Estoy a punto de girarme hacia la puerta cuando sigue hablando.

—Eres la asistente de Liam Brown, ¿verdad? Creo que no nos han presentado. Soy Margaret Lewis, trabajé como directora financiera en Industrias Brown hasta hace dos años. Es un buen sitio para trabajar. Nunca lo hubiese dejado si no fuera porque decidí ser madre y dedicarme por completo a mi pequeño durante un tiempo.

Demasiada información para un encuentro casual en el baño.

—Encantada, Margaret. Discúlpame, pero debo irme ya, me están esperando. —Tengo la sensación de que intenta retenerme aquí dentro por algún motivo. Cojo el pomo de la puerta y la miro sobre mi hombro antes de girarlo—. Por cierto, ¿cómo se llama tu pequeño?

—¿Cómo dices?

Y esa es mi señal, ninguna madre olvidaría el nombre de su hijo; de hecho, no se hubiese referido a él como «mi pequeño», sino que hubiese dicho su nombre con orgullo desde el principio.

Me giro para enfrentarla. Margaret ya ha superado su estupefacción y se abalanza sobre mí, cogiéndome desprevenida. Mi espalda choca contra una columna y suelto un grito de dolor. La muy perra tiene fuerza.

Levanta el brazo, y antes de que pueda golpearme, me agacho y su puño impacta contra la pared de azulejos. Aprovecho el momento para colocarme a su espalda, agarrarla del pelo y estampar su cabeza contra el muro, no lo suficientemente fuerte como para que pierda el conocimiento, pero sí para dejarla aturdida. Presiono mi cuerpo con fuerza contra ella para inmovilizarla y ruego en silencio que nadie decida entrar al cuarto de baño justo en este momento.

—¿Quién coño eres en realidad, Margaret?

—¡Tu puta madre! ¡Suéltame!

—Probemos de nuevo. —Le agarro un brazo y se lo retuerzo detrás de su espalda hasta llegar al límite de romperlo—. ¿Para quién trabajas? —Respira con dificultad y aprieta los dientes para aguantar el dolor hasta que no puede más y grita de frustración.

—Da lo mismo, él ya debe de tener lo que ha venido a buscar.

Y entonces lo entiendo todo: saben que formo parte del equipo de seguridad de Liam y, si no lo sabían, yo misma se lo acabo de corroborar. Ha sido una trampa para retenerme aquí mientras… ¡Mierda!

Le agarro del pelo y vuelvo a golpear su cabeza contra la pared. Esta vez Margaret, o como sea que se llame en realidad, cae al suelo inconsciente. Salgo corriendo del baño mirando a todas partes, pero no encuentro a Alex ni a Liam por ningún sitio. Por suerte, localizo a Mía hablando con un grupo de mujeres y me dirijo a ellas intentando mantener la compostura.

Nadie de fuera me ha avisado de una posible amenaza por el pinganillo, ni los hombres de Liam ni mi propio equipo. ¿Cómo coño se ha podido colar esa mujer en el museo sin que nos diésemos cuenta?

—Mía, necesito localizar a Liam y a Alex —le digo bajito tras apartarla un poco del grupo en el que se encuentra.

—¿No ves que estoy ocupada? Además, es tu trabajo mantenerte pendiente de ellos; si los has perdido de vista, búscate la vida.

—He ido al baño y ahora no están.

—Tu problema. —Se gira para ignorarme y la agarro con fuerza del brazo.

—No te das cuenta de lo importante que es esto —afirmo mirándola a los ojos con rabia, y creo ver algo parecido al reconocimiento en su mirada.

—Mira, voy a hacerte el favor para que me dejes en paz, pero es la última vez que te ayudo. Están reunidos. Se fueron tras aquella puerta de allí con un hombre de pelo blanco al que no conozco.

Aunque si no te han pedido expresamente que vayas con ellos, te recomiendo que te quedes aquí.

—Yo no soy tú, pero gracias.

Voy en la dirección que me ha indicado y, al llegar, decido entrar sin llamar ni hacer ruido. La habitación es enorme y parece una especie de biblioteca. Escucho la voz de Liam y alguien más a quien no identifico y me acerco con sigilo para no delatar mi presencia.

Liam, Alex y otros dos hombres están sentados en unos sillones, manteniendo una conversación bastante acalorada. Todo apunta a que las cosas no están saliendo como a mi jefe le gustaría y eso me hace permanecer alerta.

Observo en silencio desde mi escondite tras una estantería que va de suelo a techo, cuando un movimiento a mi izquierda capta mi atención. Hay alguien más en la sala que, al igual que yo, no quiere ser visto.

—Esto no es lo que habíamos acordado. No hay trato y abstente de volver a intentar comprar ninguna de mis armas. —Liam se levanta de su sillón y Alex lo imita. El hombre de pelo blanco y su acompañante hacen lo mismo.

—Vamos, Liam, no hay que ponerse así. Solo creo que merezco una rebaja después de tanto tiempo colaborando juntos. ¿No es lo justo? En este negocio, hay que cuidar de los amigos.

—Si me conoces tan bien, deberías saber que yo nunca hago rebajas. Si quieres mi producto, pagas su precio, no hay más. Puedes sentirte afortunado, *amigo*, de que no te meta una bala entre ceja y ceja por hacerme perder el tiempo. Hemos terminado.

Con un gesto de cabeza Liam indica a su primo que se marchan, pero antes de que den un solo paso hacia la puerta, la persona que

está escondida a mi izquierda se mueve hacia delante, ofreciéndome una visión completa de su cuerpo: se trata de uno de los invitados de la fiesta. No lo he visto en toda la noche cerca de los hombres con los que Liam y su primo están reunidos, pero está claro que se conocen. En sus manos sujeta una pistola y esta apunta directamente a mi jefe.

Contengo el aire hasta que quita el seguro y veo en su expresión que está a punto de disparar. En ese preciso momento, saco uno de mis nuevos cuchillos y lo lanzo con fuerza, sabiendo que no voy a fallar.

LIAM

Me giro cuando escucho el grito a mi derecha, justo a tiempo para ver a un hombre sujetándose una mano en la que tiene atravesado un cuchillo. Alex y yo nos agachamos por instinto y maldigo cuando dirijo la mano a mi espalda y no encuentro mi pistola.

—¡Hija de perra! —grita el hombre herido. Sigo su mirada y descubro a Vega, con ese maldito vestido con el que lleva toda la noche tentándome, sujetando otro cuchillo mientras mantiene una sonrisa torcida en la cara. Y es una imagen jodidamente sexy.

El hombre intenta abalanzarse sobre ella, pero antes de que pueda alcanzarla, otro cuchillo se clava en su estómago.

Es asombrosa.

Un ruido frente a nosotros me hace reaccionar y me giro justo a tiempo para ver a mi exsocio Paolo sacar su pistola. «¿Por qué todo el mundo ha conseguido meter una puta arma en el museo menos nosotros?». Mi primo parece leerme la mente, porque bufa con

frustración mientras se esconde detrás de un sofá. Paolo dispara en nuestra dirección.

—¡Te vas a cagar, cabrón de mierda! —grito desde mi escondite, intentando buscar algo con lo que defendernos.

—Me temo que no estás en posición de amenazarme, querido *amigo* —se burla disparando una vez más contra nosotros.

—¿Pretendes matarme? ¿Y luego qué? Tengo un montón de hombres dispuestos a morir por mí, dispuestos a vengarme si muero esta noche, y te aseguro que no tendrán piedad.

—No quiero matarte. Me han prometido un buen pellizco y mejores condiciones de las que tengo contigo durante cinco años si te llevo vivo ante ellos. Espero que les sirvas tullido —afirma disparando de nuevo.

Nos movemos por la habitación, él buscándonos y nosotros escondiéndonos. No deben de quedarle más de tres o cuatro balas.

Vuelvo a desviar la mirada hacia Vega, me jode decirlo, sin embargo, ahora mismo es nuestra mejor opción. Tiene el antebrazo en el cuello del tipo que pretendía matarnos y trata de asfixiarlo. A pesar de estar herido, el hombre le dobla en tamaño, por lo que le está costando reducirlo, pero es perseverante y él va perdiendo fuerza conforme le falta el aire hasta que su cuerpo cae lánguido al suelo. Le señalo el arma que está junto a sus pies y ella no duda ni un momento, la coge y me la pasa arrastrándola por las losas de mármol.

Compruebo el seguro, me asomo para localizar mi objetivo y me levanto a la vez que disparo una sola bala que queda incrustada en la frente de mi exsocio. Su acompañante, al darse cuenta de la nueva situación, corre hacia la puerta, pero le disparo en ambas

piernas. Lo necesito vivo, aunque me importa una mierda si anda o se arrastra por el suelo el tiempo que le quede.

Miro a mi primo antes de acercarme a Vega y cogerla por el codo.

—Avisa a los chicos para que vengan a limpiar y prepara al lameculos de Walter, algo tiene que saber.

Alex asiente y su mirada se posa durante un segundo en Vega. Está preocupado por ella y no es para menos. La mujer ha visto demasiado esta noche y dejar cabos sueltos no es algo que podamos permitirnos. La Hermandad tiene un estricto código al respecto.

Espero el tiempo suficiente para permitir que interceda por ella, realmente me gustaría que lo hiciera porque, después de verla actuar esta noche, me jodería tener que matarla. Espero cinco segundos y entonces mi primo aparta la mirada para sacar su teléfono y seguir mis instrucciones.

Mierda.

10

VEGA

Liam coloca la palma de su mano en mi espalda para hacerme avanzar hacia la puerta de la biblioteca y el tacto de su piel sobre la fina tela de mi vestido me hace estremecer. Su silencio y la forma en la que Alex ha mirado hacia otro lado no auguran nada bueno; aun así, inspiro profundamente y dejo que me guíe hacia la salida.

Nadie en el vestíbulo principal parece haberse dado cuenta de lo que ha pasado. La música y la cantidad de gente que hay en la gala pueden haber opacado el ruido de las balas en parte, aunque, sin duda, las paredes de la biblioteca están insonorizadas, lo que me lleva a pensar que el lugar de la reunión había sido elegido con anterioridad.

No nos detenemos a despedirnos de nadie, pero, justo en el último momento, Mía aparece delante de nosotros impidiéndonos el paso. Su mirada se clava en la mano que su novio mantiene en mi espalda, sin embargo, la aparta rápidamente y, en lugar de ofenderse, le dedica una sonrisa demasiado radiante para ser real.

—Hola, bebé. Te echaba de menos. ¿Ya nos vamos?

—Yo me voy. Tú puedes quedarte más tiempo si quieres.

—¿Cómo voy a quedarme sin ti? Hemos venido juntos. Dame un minuto que me despida de los Wilson y estaré lista.

Su sonrisa se estira más y temo que vaya a arrancarse la piel de las mejillas si no relaja el gesto de inmediato.

—Ha surgido algo y no puedo encargarme de ti ahora, Mía. Dejaré a alguien para que te lleve a casa más tarde.

—Pero yo…

La mano que tengo en la espalda me hace avanzar. Liam ni siquiera se queda a escuchar su réplica y tampoco parece importarle lo más mínimo irse sin ella a pesar de lo que acaba de pasar. ¿No le importa que su chica pueda estar en peligro?

Avanzamos más rápido y me doy cuenta de que debería empezar a preocuparme un poco más por mí y menos por la muñeca de porcelana.

—¿Está todo bien? —pregunto bajito mientras esperamos a que la mujer del guardarropa nos entregue los abrigos.

Me mira fijamente y no soy capaz de leer nada en sus ojos. Sin embargo, sé lo que viene ahora: me subirá al coche, me llevará a la mansión y allí estaré totalmente expuesta a su voluntad. Sebas no trabaja en la casa esta noche; de hecho, está en los alrededores del museo vigilando, con el resto de mi equipo. Cuando salgamos, voy a tener una única oportunidad para advertirles del peligro y pedirles que me ayuden a escapar, pero si utilizo esa baza, mi tapadera quedará al descubierto y todo por lo que llevamos meses trabajando se habrá ido a la mierda. Volveremos a estar como al principio, sin pistas sobre Feng que poder investigar y con la muerte de Isabel a años luz de ser vengada.

—Hablaremos una vez que estemos en mi casa —responde después de unos segundos, sin darme ningún indicio de si eso significa que me silenciará para siempre o me dejará con vida.

Nada más salir del museo veo el coche negro que nos espera al pie de la acera y decido actuar. Finjo un tropiezo para que mi equipo se fije en mí. No los veo, pero sé que están cerca. Liam me sujeta con fuerza y yo aprovecho la distracción para colocar tres dedos sobre mi cadera, lo que significa que estoy bien.

La verdadera pregunta es si realmente estaré bien o acabo de tomar la peor decisión de mi vida.

Mis instintos se mantienen en alerta mientras nos dirigimos en coche hasta la mansión. Liam continúa callado y no me dedica ni una sola mirada durante el trayecto.

Al llegar, entramos en su despacho, me pide que me siente en una de las sillas con un gesto de la mano y él permanece apoyado en su escritorio. Cruza los tobillos y apoya ambas manos en la mesa.

—Odio que la gente dé rodeos, así que voy a ser muy claro aquí. —Su voz es más profunda, supongo que porque lleva más de media hora sin pronunciar palabra—. Esta noche han sucedido cosas que no deberían y una de ellas es que estuvieras en la biblioteca durante una reunión de negocios a la que no habías sido invitada.

—En mi defensa…

Levanta la mano para hacerme callar.

—No me interrumpas. Nunca.

—Entendido. —Pienso en alguna manera de salir de esta porque, desde luego, las cosas se están poniendo cada vez más feas y la esperanza de poder darle la vuelta a la situación se percibe muy lejana.

—La cuestión, Vega, es que has visto más de lo que deberías y eso te deja en una muy mala situación. —Se incorpora, se acerca hasta mí y coloca sus manos sobre los reposabrazos de mi silla, inclinando su cuerpo sobre el mío. Obviamente, está tratando de intimidarme, pero no me muevo ni un solo milímetro de mi posición —. Debería haberte matado antes de llegar a casa. Tu cuerpo hubiese aparecido en cualquier callejón dentro de unos días y nadie, absolutamente nadie, habría sospechado de mí.

—Pero no lo has hecho —respondo a solo un par de centímetros de su boca. No sé si pretende asustarme o seducirme, aunque necesitará mucho más de lo que está haciendo para lograr cualquiera de las dos cosas.

Su mirada se desvía hacia mis labios y sé que los desea. Probablemente su cabeza y su pene estén luchando ahora mismo por el control de su cuerpo. Bien, veamos quién gana la batalla.

Permanezco quieta, sintiendo su aliento sobre mi boca y preguntándome qué pasaría si lo besase ahora. ¿Me devolvería el beso? Cuando vuelve a desviar la mirada a mis ojos, el hielo se ha derretido y solo veo un fuego capaz de quemarme hasta las entrañas.

Lo que estoy sintiendo me sorprende hasta el punto de que me cuesta un segundo reaccionar cuando la puerta se abre de golpe y Alex aparece en la habitación. Observa primero a su primo, que ya se encuentra a varios pasos de mí y después me busca por la estancia hasta ubicarme. Creo ver alivio en su expresión al darse cuenta de que sigo de una pieza.

—Todo está preparado como pediste.

—Bien. Espérame allí. Voy en un minuto —afirma Liam con los ojos todavía clavados en mí.

Cuando Alex vuelve a dejarnos solos, de nuevo sin haber intercedido por mí, toda la tensión parece haber desaparecido.

—Esta noche dormirás aquí, alguien te dirá qué habitación puedes utilizar. Hablaremos por la mañana.

—¿No vas a matarme entonces?

—Hoy no.

—¡Qué alivio!

Mi respuesta le hace alzar ambas cejas y es cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

«Mierda».

Espero su ira, quizá cambie de opinión en eso de no matarme hoy, pero esta nunca llega. En lugar de ira, encuentro cierto desconcierto en su expresión, como si fuese él quien estuviese tratando de descifrarme. «En fin, buena suerte».

Salimos de su despacho e intercambia unas palabras que no alcanzo a escuchar con uno de los dos hombres que hay apostados en la puerta. Cuando Liam desaparece sin siquiera dirigirme la mirada y el hombre me pide que lo acompañe, lo hago sin rechistar.

Del interior de la casa solo conozco el hall, un baño, una especie de sala de descanso y el despacho de Liam. Hasta ahora, mis labores de seguridad se han centrado en vigilar el exterior de la mansión y la puerta de entrada principal. Los entrenamientos los realizamos en un edificio anexo que hace las veces de gimnasio y vestuario. Hay varias construcciones dentro de la propiedad, entre ellas, una segunda vivienda más pequeña y menos ostentosa en la que se alojan algunos de los hombres de Liam que pertenecen a la

Hermandad, lo que no tenemos claro es cuántos. Y ese es uno de los datos que necesito averiguar lo antes posible.

Volvemos al recibidor y, desde aquí, subimos las escaleras principales que llevan a la planta superior. La decoración es demasiado moderna y fría para mi gusto: paredes blancas, puertas blancas, suelo gris grafito y algunos elementos decorativos que parecen fuera de lugar. Quien haya decorado esta casa, tenía el gusto en el culo.

Absorbo cada detalle, nunca se sabe si alguno podrá serme útil en un futuro cercano. Me detengo un momento frente a uno de los cuadros que me resulta extrañamente familiar, pero mi niñero de esta noche me pone la mano en la espalda y me hace avanzar soltando un gruñido.

El señor Simpatía se para frente a una puerta y la abre, dándome paso al que será mi alojamiento, espero que por poco tiempo. La habitación es más de lo mismo de lo que he visto fuera: cama grande con sábanas blancas, suelo gris, alfombra blanca, cortinas grises, una puerta al fondo que supongo que será el baño y una cristalera que espero que dé a un balcón.

Cuando me giro para preguntarle al señor Simpatía si puedo bajar a la cocina a beber algo, me doy cuenta de que ya está cerrando la puerta a su espalda y, tal como me imaginaba, un segundo después escucho el sonido de la cerradura por fuera.

«Maravilloso».

Me acerco al balcón y, aunque también está cerrado con llave, no me cuesta mucho abrirlo utilizando una de las horquillas de mi recogido. Al salir, veo que se trata de un primer piso bastante alto y que no hay ninguna bajante ni ornamento que pueda servirme de

apoyo si necesito descender por aquí para huir. Calculo la distancia hasta el suelo, debe de haber cerca de los cinco metros, lo que significa que las probabilidades de sufrir un esguince o incluso una rotura durante la caída son bastante elevadas. Teniendo en cuenta que necesitaré correr y esconderme después de llegar al suelo, no parece la opción idónea. Miro a ambos lados y veo que hay más balcones, pero no estoy segura de llegar a uno de ellos de un salto.

Vuelvo a entrar en la habitación intentando que la frustración no me gane la batalla y me acerco a la puerta para tratar de abrirla. Tal como intuía, me han encerrado en esta maldita habitación.

Es de noche, la espalda me duele horrores después del golpe que me llevé luchando con mi amiga Margaret en el baño y sé que debería descansar y coger fuerzas para lo que sea que me espere mañana. Pero en lugar de eso, paso las siguientes horas registrando cada palmo de esta habitación, incluidos el vestidor y el baño que la acompañan.

11

LIAM

Bajo las escaleras del sótano pensando en la extraña mujer a la que he decidido perdonar la vida, al menos por ahora. Es cierto que al principio solo vi una cara bonita en un cuerpo bien trabajado, pero es mucho más que eso. Es inteligente, mordaz y demasiado bocazas para su seguridad. También es rápida, me di cuenta cuando se enfrentó a Henry, y su actuación de esta noche en la biblioteca del museo no ha hecho más que corroborarlo. Quizá sean esas las razones por las que he decidido encerrarla en mi casa en lugar de rajar su bonita garganta, o quizá son las ganas que tengo de follarla. Sea como sea, ahora dispongo de tiempo para descubrirlo.

Sonrío y me aliso la chaqueta del traje antes de entrar al sótano.

—Vaya, primo, veo que has estado preparando a nuestro invitado tal como te pedí.

—Tu orden, mi ejecución —recita una de las insignias de nuestra Hermandad, bajando la cabeza en señal de respeto. Los dos hombres apostados a los lados de nuestro prisionero realizan el mismo gesto y yo asiento levemente como muestra de conformidad y gratitud hacia ellos. Ambos son hermanos mayores, lo que significa

que hablamos de los hombres más leales que existen y confiaría mi vida sin dudarlo a cada uno de ellos.

Nuestro prisionero tiene las manos unidas por un juego de esposas, que ha sido utilizado a su vez para colgarlo de un gancho que baja del techo y que apenas le permite tocar el suelo con la punta de los pies. Sé lo incómoda que es esa posición porque he estado en ese lado de la historia. Los brazos te estiran como si fuesen a romperse de un momento a otro, sientes que tus hombros empiezan a dislocarse y llega un punto en el que tus muñecas comienzan a sangrar y, aun así, no puedes parar de moverte, no puedes dejar de intentar tocar el suelo con las puntas de los pies a pesar de que la razón te grite que tus músculos nunca llegarán a estirarse lo suficiente.

Miro su cuerpo y me doy cuenta de que mi primo ha estado divirtiéndose un poco antes de que yo bajase, no puede evitarlo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto acercándome a él.

Me mira a los ojos durante un par de segundos y después deja caer la cabeza sobre el pecho sin responder. Alex le da un puñetazo en la cara y otro en el estómago y el hombre comienza a toser.

—¡Te ha preguntado que cómo te llamas, gilipollas!

—Marcus, me llamo Marcus.

—Está bien, Marcus —prosigo—, vamos a continuar con unas cuantas preguntas más y te aconsejo que respondas a la primera para evitar estos enfrentamientos. ¿Lo has entendido? —Asiente con la cabeza baja—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Walter?

—Casi cuatro años.

—Bien. ¿Quién es el hombre que iba a pagar a tu jefe por entregarme?

—No lo sé. —Antes de que pueda decir algo más, Alex le golpea en el costado y, por el alarido que suelta nuestro invitado, es posible que le haya roto alguna costilla—. No lo sé, lo juro —solloza—. Contactó con Walter a través de un socio en común, nunca se vieron las caras ni hablaron por teléfono.

—Dame algo que me sirva —siseo.

—No sé nada más, lo juro. Por favor, no me mates. Puedo servirte de algo, trabajaré para ti, haré lo que me pidas —implora.

—Joder, odio a los lloricas —replica mi primo—. Estabas esta noche junto a tu jefe cuando él iba a por nosotros, así que ahora sé un hombre y asume las consecuencias. Dinos un puto nombre, una dirección, algo que valga lo suficiente para que decida acabar contigo de forma rápida en lugar de prolongar tu muerte durante días. —Lo agarra del pelo y levanta su cabeza de un fuerte tirón para que nos mire a la cara—. ¿Nada que decir?

El idiota guarda silencio, Alex suelta una carcajada que lo hace parecer un desquiciado y saca su navaja del bolsillo. La abre despacio frente a la expresión aterrorizada de Marcus, le agarra la cara con fuerza con una mano y con la otra va cortando poco a poco hasta dibujar una A en su piel, cuya punta comienza entre sus ojos y los pies en la base de su mandíbula, uno a cada lado de la boca.

—Creo que esta vez me ha quedado bien, ¿vosotros qué opináis? —pregunta mirando a nuestros hombres, que sonríen, pero no dicen nada. La cara de Marcus es un reguero de sangre y sus sollozos rebotan en las paredes del sótano—. ¿Quieres decirnos ahora algo que merezca la pena?

—No sé nada más. ¡¡Lo juro!!

Los puños de mi primo vuelven a caer sobre su cuerpo como si fuese un saco de boxeo mientras él gime y se retuerce cada vez con menos fuerza.

—Basta —exclamo cuando veo que está llegando al límite del desmayo. Alex se aparta y resopla, frustrado por no estar consiguiendo lo que necesitamos—. Dime el nombre del intermediario y te prometo una muerte rápida.

Levanta la cabeza con dificultad hasta que nuestros ojos se encuentran y solo veo rendición.

—Claus.

No necesito más información. Claus no es un nombre muy común en Londres y solo hay uno en la ciudad que se mueva en nuestro mundo. Esa sucia rata tiene los días contados.

Saco mi arma y disparo directamente a la cabeza del bastardo, cumpliendo así mi promesa. Puedo ser un puto traficante sin alma, pero mi palabra es lo más importante que tengo y nunca nunca la doy si no puedo cumplirla.

Mi primo hace un gesto a nuestros hombres para que saquen el cuerpo de Marcus y se lava las manos en la pila que hay junto a la puerta.

—¿Qué quieres que hagamos con Claus?

—Averigua todo lo que puedas de él. Quiero saber cuánto abarca su negocio, cuántos hombres le siguen, sobre qué territorio trabaja, sus debilidades, lo que más ambiciona… Después programa una reunión y que no sepa que es con nosotros.

—Dalo por hecho.

—¿Tienes noticias de Josh?

—Sí, me ha llamado hace un rato. El líder de los Dirty Hands ha aparecido en Irlanda. Muerto. No tenía ningún hombre de confianza al que podamos interrogar. Según parece, se trataba de una banda bastante desorganizada y, a falta de alguien que los dirija, ya ha comenzado a disolverse.

—Un puto callejón sin salida.

—Me temo que sí.

—He estado dándole vueltas. Dos ataques en menos de dos semanas es demasiada casualidad y justo ahora.

—¿Crees que han descubierto lo de Amapola?

—No sé quién ni cuánto sabe al respecto, pero sí, estoy convencido de que una parte de la información se ha filtrado, y como no consigamos llegar al problema y arrancarlo de raíz, esto se puede poner feo. No sabemos a quién nos enfrentamos.

—¿Cuánto falta para que Amapola esté lista?

—He hablado con Archie esta mañana: cuatro, quizá cinco semanas.

—Joder, es mucho tiempo. Debemos hacer algo ya —responde Alex echándose las manos a la cabeza.

—Voy a mover el laboratorio.

—No puedes hacerlo, hemos anunciado el lanzamiento de un arma novedosa y potente a nuestros mejores socios y moverlo todo ahora supondrá más retraso. Van a ponerse nerviosos, querrán respuestas, perderán la confianza que nos tienen… No lo veo, Liam.

—¿Te crees que no lo sé? Es nuestra única opción. Si alguien de fuera sabe algo de Amapola significa que hay un puto topo en la Hermandad. —Suelto lo que llevo días pensando y me había negado a creer.

—Ni de coña. Nadie te haría eso, Liam. Toda tu gente te respeta, joder, te admira.

Camino de un lado a otro de la sala. Yo tampoco quiero creerlo, pero la idea llegó por primera vez cuando nos atacaron en el almacén, y después de lo de hoy, cada vez albergo menos dudas.

—Si tienes otra explicación para esto, soy todo oídos. —Me mira fijamente y sé lo que está pasando por su cabeza—. Ninguna, ¿verdad? Pues hasta que se te ocurra, actuaremos como si las paredes escucharan. Organizaremos la mudanza del laboratorio y solo tú y yo sabremos la nueva ubicación.

—Esto no va a gustar a los hermanos mayores…

—¡Me importa una mierda! Si no les gusta, que se aguanten. El que no tenga nada que ocultar, no tiene nada que temer. Además, no los dejaremos ciegos para siempre, será algo provisional hasta que desenmascaremos a la rata que nos está vendiendo. Tampoco vamos a limitarnos a defendernos, ese no es nuestro estilo y nunca lo será. Vamos a descubrir quién coño está detrás de los ataques y, después, más vale que ese cabrón se esconda bajo tierra porque pienso ir a por él con todo. —Doy un golpe en la mesa metálica en la que Alex exhibe sus juguetes de tortura y varios de ellos salen disparados al suelo. Él no se inmuta, me mira serio y responde justo lo que estoy esperando escuchar.

—Tu orden, mi ejecución.

12

VEGA

No me doy cuenta de que me he quedado dormida sentada sobre la alfombra con los brazos apoyados en la cama hasta que escucho abrirse la puerta de la habitación y un pinchazo de dolor me recorre la espalda.

—Auch.

—¿La cama no te parecía lo suficientemente cómoda o es que tienes alguna especie de fetiche con los suelos? —Alex entra sin ser invitado y cierra la puerta a su espalda. A pesar de estar todavía un poco atontada y bastante dolorida, me doy cuenta de que no ha cerrado con llave. Me incorporo lo suficiente para sentarme en la cama y estiro los músculos de la espalda, pero no consigo alivio ninguno—. Parece que el suelo tampoco ha sido una buena opción —añade con una sonrisa socarrona.

—Me encontraría bastante mejor si el señor Simpatía me hubiese dado un ibuprofeno antes de encerrarme en mi bonita celda.

—¿El señor Simpatía? Vaya, creo que no lo conozco. ¿Qué te duele?

—¿Cuándo me vais a dejar salir de aquí?

Alza una ceja y me observa por un momento.

—Así que eres de esas…

—¿De las que no les gusta que las secuestren? Me temo que sí. Siento si eso te decepciona.

—Me refería a la clase de persona que evita responder preguntas.

—Si tú respondes a las mías, puede que yo responda a las tuyas —contraataco.

—Bueno, y yo que pensaba que siendo tú la que estás encerrada y yo el que guardo la llave, tendría la sartén por el mango. —Coge la silla que hay junto al tocador que registré hace unas horas, la acerca a la cama y se sienta frente a mí—. De acuerdo, haz tus preguntas.

—¿Por qué estoy aquí?

—Trabajas aquí. —Ahora soy yo la que alza las cejas—. Vale, estás aquí porque ayer viste y escuchaste cosas que no debías ver ni escuchar.

—También os salvé el culo al jefe y a ti.

—Sí, supongo que esa es otra de las razones por las que estás aquí. Si no fuera por ese detalle, posiblemente ya estarías muerta.

—Es una extraña forma de darme las gracias, pero la acepto.

—¿La aceptas?

—Eso he dicho.

Me observa detenidamente, como si buscase algo en mí que no termina de encontrar.

—Eres rara.

—Lo sé —afirmo seria y coloco las manos sobre la cama detrás de mí para acomodarme—. Entonces ¿cuándo me dejaréis salir?

—Eso no lo digo yo. Liam es quien manda y creo que todavía no ha decidido qué hacer contigo. Cuando me entere, serás de las primeras en saberlo.

—Vaya, qué honor —me burlo—. Sé que irrumpí en vuestra reunión sin haber sido invitada, pero ¿os habéis parado a pensar que quizá tuve alguna razón para hacerlo?

—¿A qué te refieres? —pregunta echando su cuerpo hacia delante hasta apoyar los antebrazos en las rodillas.

—Fui al baño y allí me encontré con una mujer a la que no reconocí de la fiesta.

—Quizá no te sonaba, había mucha gente.

—Sí, pero mi trabajo consistía en vigilaros las espaldas, por lo que me fijé bien en todos los invitados, los conté y tengo la certeza de que esa mujer no estaba en la gala. A lo que iba…, empezó a hacerme preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—No eran especialmente interesantes, pero sí que me dijo que había trabajado en Industrias Brown y que lo había dejado para ser madre.

—No me suena, ¿cómo se llama?

—Margaret, aunque no creo que ese fuera su nombre real, ni siquiera pienso que lo del hijo sea verdad. La cuestión es que me pareció raro que se explayara tanto con una desconocida que no le estaba dando coba y cuando intenté irme, me atacó.

—Mierda. ¿Estás bien?

—Quitando que tengo un dolor de espalda de mil demonios, estoy bien y, después de que me consigas un ibuprofeno, estaré mejor.

—Dalo por hecho. ¿Qué más pasó?

—Me defendí, la dejé inconsciente y salí corriendo a buscaros. Mía me dijo que estabais en una reunión y fui a hacer mi trabajo. El

resto ya lo sabes, así que de nada por la ayuda. Ahora, ¿vais a permitir que me vaya a casa?

—Joder, Vega. Hablaré con Liam. Es… complicado.

—Ahora sé demasiado, ¿no es así? ¿Creéis que solo he trabajado para santos después de salir del ejército? He visto cosas y he oído cosas que juraré no haber visto ni escuchado. No soy estúpida y sé que mi trabajo y mi vida dependen de ello. Me dedico a ser la sombra de hombres lo suficientemente importantes como para contratar guardaespaldas. ¿Qué necesitáis para confiar en mí?

Se frota las palmas de las manos.

—Supongo que tiempo. Liam solo confía en los hombres de la Hermandad.

—¿Y qué hay que hacer para formar parte de esa Hermandad?

—Ni lo menciones. Para empezar, naciste con el sexo equivocado.

—Oh, así que se trata de una asociación de machitos alfa. —Intento picarle para sacarle información. Sabemos que son hombres extremadamente leales a Liam, pero nos vendría muy bien entender qué es lo que los motiva a serlo.

—Procuraré hablar con él a tu favor, aunque no prometo nada. —Se levanta obviando mi último comentario y se aleja hacia la salida —. De momento, te traeré algo de comer y un ibuprofeno.

Suspiro y relajo los hombros. No hay más que pueda hacer ahora mismo.

—Gracias, Alex —musito cuando ya ha abierto la puerta. Se gira y casi sonríe antes de salir y cerrar con llave.

Lo primero que me viene a la cabeza en cuanto vuelvo a quedarme sola es que necesito encontrar la forma de contactar con mi equipo y hacerles saber que estoy bien. Pero ¿cómo? Salgo al

balcón y busco a Sebas con la mirada. Desde aquí puedo ver los jardines principales y parte de las escaleras de entrada a la mansión, sin embargo, voy a tener que montar guardia si espero pillarlo justo cuando salga de trabajar. Hoy hacía el turno de mañana, lo que significa que debería salir a las tres de la tarde. Como no forma parte de la dichosa Hermandad, sus tareas suelen centrarse en vigilar los exteriores, custodiar la puerta de entrada o estar en la garita desde la que se controla el acceso a la propiedad. Lo malo es que no tengo ni idea de qué zona le asignarán a mi compañero ni si conseguiré llamar su atención y comunicarme con él sin que nos descubran. La única suerte es que saben que estoy en la casa: el señor Simpatía se quedó con mi bolso, pero no me quitó los pendientes y ambos llevan instalado un localizador.

Me siento en el balcón con la espalda apoyada en la fachada y me pongo a pensar en todo lo que pasó ayer por la noche; necesito repasar los detalles para no olvidarme de nada cuando por fin pueda escribir mi informe. Tenemos que investigar quién es Margaret y para quién trabaja.

Comienzo a tener frío, el vestido azul de fiesta, que todavía llevo puesto, no es lo mejor para la temperatura exterior. Me levanto para entrar a por el edredón y, al darme la vuelta, me encuentro a Liam mirándome fijamente desde el interior de la habitación.

—¿Llevas mucho tiempo espiándome? —pregunto cortante, enfadada conmigo misma por no haberme dado cuenta de su presencia.

—Esta es mi casa, así que no lo consideraría una intrusión.

—Tienes razón, ¿puedo irme a la mía entonces?

Avanza unos pasos hasta quedar más cerca de lo que me gustaría, pero no reacciono, sé que eso es exactamente lo que busca.

—Alex me ha contado lo que pasó anoche, ¿por qué no dijiste nada?

Me encojo de hombros.

—No preguntaste. Creo que me juzgaste en el momento en que me descubriste en el lugar en el que según tú no debía estar.

—Necesitamos saber cómo era la mujer con la que peleaste en el baño y cada una de las palabras que te dijo.

—Vamos, que vosotros tampoco tenéis ni idea de quién era la tal Margaret —respondo vacilándole y, por la forma en la que aprieta la mandíbula, creo que he dado en el clavo.

Me fijo en sus ojos, hoy son más grises que verdes y me pregunto qué es lo que los hace cambiar de tonalidad. Una ráfaga de aire entra por el ventanal y me estremezco.

—Estás temblando —afirma dando un paso hacia delante y frotándome el brazo derecho con una mano.

Su piel está ardiendo en comparación con la mía y su tacto me produce una sensación extraña en el estómago. Me separo de golpe y aparto la mirada, frotándome yo misma ambos brazos.

—Es lo que tiene que te secuestren llevando un vestido de tirantes. ¿Te apetece probar la experiencia? Puedo prestarte el mío.

Vuelve a salvar la distancia que he puesto entre los dos y, esta vez, me acaricia la mejilla en un gesto tan tierno que no estoy segura de si ha sido real o lo he imaginado.

—Créeme —responde con voz ronca y me quedo obnubilada mirándolo—, me encantaría ver cómo te desnudas para mí, aunque

no creo que el vestido me sentara tan bien como a ti. Así que, en lugar de aceptar tu propuesta, te ofrezco la ropa que he venido a darte. —Tardo unos segundos en recomponerme, pero cuando lo hago, me aparto de él y me dirijo a la cama, donde encuentro un pantalón de chándal y una sudadera perfectamente doblados—. También te he traído un ibuprofeno y un bote de crema, me ha dicho Alex que los necesitabas.

Me acerco a la mesita de noche donde está el bote de pastillas y me meto una en la boca. Estoy bebiendo agua de un vaso que tampoco estaba aquí antes, cuando veo que agarra el bote de crema. Sigo bebiendo, estoy extrañamente nerviosa y yo no suelo ponerme nerviosa con nadie. Se coloca una porción abundante de crema en la mano y comienza a extenderla por la piel de mi espalda mientras yo contengo la respiración.

Sé que tengo que apartarme y cortar esto de raíz. De hecho, debería hacerlo ya mismo. Soy una experta en salir de este tipo de situaciones incómodas, pero hay algo dentro de mí que quiere explorar hasta dónde está dispuesto a llegar…

Si lo piensas bien, un acercamiento nos vendría de perlas, ¿no?

Dejo que masajee mi espalda y, sí, disfruto del momento de placer que me provocan sus manos. Tengo que contenerme mucho para no soltar ningún suspiro o, peor, un gemido que nos pueda llevar por el mal camino, pero cuando siento que sopla de forma suave sobre la curva de mi cuello, mi cuerpo se rinde sin reclamos y mis ojos se cierran, perdiéndose en lo que cada centímetro de mi cuerpo está sintiendo.

Sus manos vagan lentamente por mi torso y mi costado, tan despacio que casi podría decirse que permanecen inmóviles, pero sé

que no; sus labios soplan, se detienen en mi cuello y dejan un beso suave, como el aleteo de una mariposa. Me toca; sin embargo, es como si no lo hiciese, y mi espalda se recuesta en su pecho buscando más contacto.

—Sigues temblando.

Su voz ronca me excita sobremanera y cuando estoy a punto de contonearme contra su cuerpo, escucho un ruido en el exterior que me pone alerta.

«¿Pero qué mierda estoy haciendo?».

Me separo poco a poco, sin estar del todo segura de lo que ha pasado aquí, ni siquiera me atrevo a pensarlo. Camino hacia la cama y cojo la ropa que ha traído para mí.

—Quiero irme. —Le mantengo la mirada de forma que no pueda notar lo afectada que me han dejado su abrazo y sus caricias y recoloco la máscara que llevo perfeccionando desde los seis años.

Observo su confusión y cómo esta da paso a la frustración y la molestia.

—¿Por qué tienes tanta prisa por irte? —pregunta metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Por qué querría quedarme aquí?

—He decidido no matarte, tendrías que sentirte agradecida por eso.

—Y ayer yo te salvé de ser acribillado a balazos, me parece que estamos en paz.

Se aleja de mí y se pasa una mano por el pelo. Bien, he conseguido una reacción.

—¿Sabes lo frustrante que eres? No puedo dejar que te vayas sin más después de lo que escuchaste ayer. Nadie que no sea de mi

círculo más cercano sabe a lo que me dedico, no puedo permitirme que te vayas de la lengua.

—Entonces, considérame de tu círculo más cercano. Ya se lo he dicho a Alex antes, necesito el trabajo y me gusta hacerlo para vosotros.

—Para mí —interrumpe cortante.

—Como quieras —afirmo ignorando su pulla—. Sé guardar secretos, ya lo he hecho antes y sé que no me interesa divulgar nada de lo que vea por aquí, estaría muerta antes de abrir la boca. Dame la oportunidad y te demostraré que soy digna de confianza.

Los segundos pasan sin que ninguno de los dos diga nada más y estoy a punto de soltar otra parrafada para intentar convencerlo, cuando por fin habla.

—De acuerdo, estarás a prueba, formarás parte de mi escolta personal y responderás únicamente ante mí.

—Gracias, intentaré no decepcionarte.

—No me las des todavía. Vivirás aquí, en esta casa y en esta habitación. No pienso quitarte los ojos de encima hasta que tenga absoluta confianza en ti.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo hacer lo que me dé la gana, nena.

—Déjate de chorradas y nenas, no voy a vivir aquí.

—¿Apostamos? Te recuerdo que yo tengo la llave de la habitación y un puñado de guardias vigilando la propiedad. No saldrás a menos que yo lo autorice. ¿Entiendes ahora cuál es tu posición?

Cierro los ojos y barajo mis opciones. Necesito que ceda, aunque solo sea un poco.

—Un día.

—¿Cómo? —pregunta confuso.

—Quiero un día libre a la semana para ir donde me apetezca y hacer lo que me dé la gana. No voy a trabajar las veinticuatro horas los siete días para ti ni para nadie. Y, además, salvé la vida de tu primo y la tuya, me lo debes.

—¿Si te doy un día libre a la semana estaremos en paz? ¿Dejarás de recordármelo?

—Eso he dicho, sí.

—Está bien, acepto.

Extiende su mano sin moverse del sitio y soy yo la que avanzo hasta él y se la estrecho. En cuanto entramos en contacto, tira de mí, haciéndome chocar contra su cuerpo, y acerca sus labios a mi oído.

—Voy a disfrutar mucho teniéndote en mi casa.

Aguanto la respiración hasta que se separa lentamente y, cuando veo el gesto divertido en su cara, me doy cuenta de que todo esto no es más que un juego para él. Un juego de poder.

El poder de matarme o dejarme vivir.

Negociar sobre donde dormiré de aquí en adelante.

Los roces intencionados.

La seducción…

Realmente cree que soy su nuevo juguete.

Pongo mi expresión más dócil, dándole exactamente lo que quiere. Si lo que le gusta es jugar, jugaremos.

13

VEGA

Me cambio de ropa en el baño en cuanto se marcha y sigo sintiéndome incómoda: no me gusta llevar vestidos de fiesta, pero tampoco ropa dos tallas más grandes. Soy más de vaqueros, camisetas y botas militares. Rebusco en los cajones y al menos encuentro una goma del pelo, con la que me hago una coleta alta.

Salgo de la habitación y sonrío cuando compruebo que no hay nadie vigilando mi puerta. Parece que ha cumplido su palabra y va a darme un voto de confianza, aunque sé que no puedo fiarme, seguramente ha ordenado a uno de sus hombres seguirme, incluso durante mi supuesto día libre.

Bajo las escaleras mirando a un lado y a otro por si veo a Sebas, pero no hay rastro de él y, cuando estoy a punto de salir de la casa, una voz familiar me detiene en seco.

—Vaya, vaya. Por fin salen las intenciones de la zorrita.

«¡Y dale con lo de zorra! Tendría que haberme aprovechado de la situación y haberle dado al imbécil de Henry la paliza que se merecía cuando tuve la oportunidad».

—No estoy de humor para tus tonterías, ¿quieres algo de mí?

—Lo que podría haber querido de ti ya se lo has proporcionado al jefe y no me gusta comerme las sobras de nadie —se burla acercándose. Entiendo que me ha visto bajar las escaleras y ha sacado conclusiones equivocadas.

—Sé lo que estás insinuando y, ¿sabes qué?, no te importa una mierda lo que yo haga, así que no voy a molestarme en corroborarlo o desmentirlo. ¡Que te den!

Le doy la espalda para irme antes de que llegue Liam y se invente una excusa para mantenerme encerrada, pero el muy imbécil me sujeta del brazo con fuerza y me acerca a él. Me mira de arriba abajo con desprecio y tengo que aguantar la arcada que me sobreviene cuando una mezcla de olor a puro y a sudor penetra en mis fosas nasales.

—Te conviene soltarme ahora mismo —siseo entre dientes.

—¿O qué? ¿Irás con el cuento al jefe? Despierta de una vez, ahora que te ha follado ya no tienes nada que pueda interesarle. Te doy dos días más aquí.

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad?

Estoy pensando si sería más efectivo darle un cabezazo o un codazo en el esternón cuando Liam cruza la puerta doble del salón y se acerca frunciendo el ceño.

—¿Qué está pasando? —gruñe alternando la mirada de su hombre a mí.

Henry me suelta y se aleja un paso, mostrando una sonrisa torcida que da escalofríos.

—Vega y yo solo estábamos haciendo las paces por lo del otro día, ¿verdad?

Me mira fijamente, retándome a contradecirlo, y contengo la respiración valorando mis opciones. Liam se me adelanta, se planta a escasos centímetros de él y me deja a un lado.

—¿Me estás jodiendo? —sisea bajito, pero con un tono de voz que asustaría al más valiente—. ¿Me estás mintiendo a la puta cara?

Veo la expresión altanera de Henry resquebrajarse poco a poco, como si solo fuese un animalillo asustado y decido intervenir antes de que se eche a temblar.

—No miente, intentábamos arreglar las cosas, solo que todavía no habíamos llegado a un entendimiento cuando has aparecido.

Se gira para mirarme. No me cree, pero tengo preparada mi máscara y sé que no puede leerme con ella puesta.

—Lárgate. Hablaremos luego —le dice a Henry por encima del hombro.

Cuando se marcha, Liam se acerca a mí y puedo sentir su cabreo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque me odia solo por ser mujer y sé que tiene un rango importante en tu organización. Necesito ganarme el respeto de tus hombres si quiero ser parte de ellos, y congraciarme con alguien de arriba, que además es de los más difíciles, puede ser una buena forma de conseguirlo.

Exhala y da un paso adelante.

—Lo entiendo, pero la próxima vez que él o cualquier otro te ponga una mano encima, te defenderás. Los dos sabemos que puedes hacerlo sin problema y no es una sugerencia. ¿Me has entendido?

—Sí, jefe.

Resopla y rueda los ojos. Oh, parece que le molesta que lo llame de esa forma, así que decido que será como lo nombre a partir de ahora. Hay algo extrañamente gratificante en verlo enfadado.

—¿Dónde ibas? —pregunta algo más relajado.

—A mi casa, ¿dónde iba a ir?

—Creía que los términos de nuestro acuerdo habían quedado claros.

—Lo están, por eso voy a tomarme el día de hoy libre. Después de llevar casi doce horas secuestrada, creo que es lo mínimo que mi jefe puede hacer por mí.

—Tu día libre son los domingos —afirma con chulería solo por molestarme.

—Ya, pero resulta que todavía no he hecho la mudanza y necesito mis cosas. Además, cualquier cambio en el contrato incluye un periodo de adaptación.

—Me importa una mierda el contrato. He dicho que te quedas.

Resoplo llevándome las manos a la cara y pruebo con otra estrategia.

—¿Te das cuenta de que no puedo andar todo el día con este chándal de hombre? Necesito mi ropa, la caja de mis lentillas para que no se me caigan los ojos de un momento a otro, mis gafas, mi…

—Está bien —me interrumpe—. Pero te acompañará Josh y esperará hasta que recojas lo imprescindible. Después te traerá directamente aquí y, como te he dicho antes, no volverás a salir de esta casa a no ser que sea conmigo o con mi primo.

—Hasta el domingo —puntualizo quisquillosa.

—Hasta el domingo —responde malhumorado y tengo que morderme el labio para no reírme.

—También necesitaré mi bolso con todo lo que había dentro.

—Contaba con eso.

Avanzamos hacia la puerta y lo saca de un armario junto a mi chaqueta. Reviso el contenido: teléfono móvil que utilizo solo para este trabajo y que tiene un montón de contactos falsos desviados a mis compañeros, las llaves de mi piso, un pintalabios y un pequeño bote de perfume.

El tal Josh resulta no ser otro que mi querido señor Simpatía, que sigue teniendo cara de haberse tragado una guindilla. Por suerte, acepta que yo vaya en mi moto mientras él y su compañero me siguen en coche. Sinceramente, no me gustaría haber tenido que aludir a mi fobia.

Cuando llegamos a mi edificio, Josh trata de subir conmigo, pero cuando sale del coche, pongo una mano en su pecho para frenarlo.

—Iré sola —afirmo con rotundidad.

—Está bien. Tienes quince minutos, ni uno más.

Subo los escalones de dos en dos y lo primero que hago al llegar es meter el teléfono móvil dentro del congelador. Seguramente solo hayan instalado un localizador, pero no puedo confiar en que no hayan colocado también un sistema de escucha.

Hago una maleta rápida y la dejo en la puerta de casa. Después, voy a mi habitación, acerco una silla al armario y me subo. Estiro el brazo y toco a tientas la madera hasta encontrar la ranura que estoy buscando. Tiro de ella, retiro la tapa y saco la bolsa de deporte. La coloco sobre la cama y extraigo las llaves de la Ducati, una cartera y un teléfono móvil desechable. Después, guardo todo como estaba.

Meto las cosas en una mochila, añado un par de mudas de ropa y la bolsa de aseo que siempre tengo preparada por si acaso. Prefiero

no gastar tiempo en ducharme y arriesgarme a que el maldito Liam-Controlador-Brown venga a buscarme, así que me pongo la mochila y miro la cámara que tengo instalada en el rellano para comprobar que no hay nadie antes de salir del piso.

Una vez que me aseguro de que estoy sola, inicio mi plan de escapada a través de la terraza comunitaria del edificio. Salto los muros que separan unas fincas de otras hasta llegar al que estoy buscando y, como ya he hecho otras veces, bajo los cinco pisos andando y salgo de allí subida en mi vehículo favorito.

En el primer semáforo, llamo a Lucas para decirle que estoy bien y que necesito que convoque una reunión urgente. Seguro que han pasado la noche preocupados; no obstante, necesitamos centrarnos y avanzar en las investigaciones. Sabemos que Liam tiene una conexión con Feng, pero hasta ahora no hemos podido descubrir nada más.

Cuando llego a Atenea y entro en la sala de juntas de mi equipo, me sorprende que, además de mis compañeros, también esté presente mi tío.

—No esperaba un comité de bienvenida.

Avanzo hasta el final de la sala y me quedo de pie frente a todos.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas visiblemente preocupado.

—Sí, siento no haberme puesto en contacto antes. Lo he hecho en cuanto he tenido acceso a uno de los móviles.

—¿Qué pasó? —pregunta mi tío, sin mostrar ningún tipo de emoción en su voz ni en sus gestos, como siempre.

Les explico lo que sucedió durante la gala y posteriormente en casa de los Brown. Obvio algunos detalles, como la sensación de arrobo que sentí durante unos segundos mientras Liam me

acariciaba, pero no oculto su intención de jugar conmigo, ya que pienso que ahí puede estar la clave de nuestra nueva estrategia.

—¿De verdad has aceptado? —pregunta Lucas—. No podemos controlar lo que pasa en esa casa, Sombra, estarás sola. ¿Cómo sabremos que esos jodidos psicópatas no han cambiado de opinión y deciden matarte? ¡Tú misma has dicho que deberían haberlo hecho! ¡Y ya has visto las fotos de la gente a la que han torturado!

—Te recuerdo que sé cuidarme sola y no soy tonta, buscaré la forma de protegerme. De momento, he localizado un sitio seguro en el baño en el que he escondido dos de los cuchillos que llevaba anoche. Conseguiré meter también una Sig Sauer y un par de teléfonos desechables. Además, Sebas será mi enlace siempre que no pueda comunicarme directamente. —Miro a mi tío buscando su aprobación, aunque seguiré adelante con o sin ella—. A ver, ese tío quiere jugar conmigo, soy su distracción del momento y pienso aprovecharme de eso, dure lo que dure. Solo hemos conseguido migajas de información desde que infiltramos a Sebas y ahora tengo la oportunidad de entrar en la Hermandad y acceder a los datos que de verdad importan. Pienso pegarme a la espalda de Liam hasta que escuche el nombre de Feng de sus labios o de los de cualquiera de sus hombres y, una vez que llegue ese momento, haré lo que haga falta para encontrar a ese hijo de puta y destrozarlo.

El silencio inunda la sala después de mi efusivo discurso.

Miro a mi tío a los ojos y después voy pasando uno a uno por todos los miembros de mi unidad. No hace falta que digan nada para saber que me seguirán en esto y que harán todo lo posible por lograr el objetivo de esta misión.

—Sombra, nosotros nunca fallamos —afirma Mark, que había permanecido callado hasta el momento— y no lo haremos ahora.

El resto, incluido mi tío, asienten en conformidad y solo entonces me permito exhalar el aire que estaba conteniendo.

Pasamos varias horas trazando estrategias y estableciendo posibles canales de comunicación y, cerca de las ocho de la tarde, me despido de todos, le pido a Mark que lleve otra de mis motos al lugar en el que he recogido esta, y me dirijo a mi nuevo hogar.

14

LIAM

Uno de mis hombres me llama para avisarme de que Vega acaba de cruzar la verja de entrada. Salgo de mi despacho en dos zancadas, notando cómo el cabreo que sentía hace un minuto va convirtiéndose en furia. Llego a la puerta de casa justo cuando ella aparece por el camino principal y aparca una Kawasaki Ninja verde en la zona lateral asignada para el personal de servicio. Baja de la moto, se quita el casco y se ajusta la coleta antes de dirigir su mirada hacia mí y dejarla clavada en mis ojos.

Se ha cambiado de ropa y ahora lleva su habitual conjunto de pantalones negros, suéter negro, botas negras y chaqueta de cuero roja. Comienza a caminar con el casco bajo el brazo y ese aire de chulería que me pone tanto. La furia se funde con deseo y no sé si tengo más ganas de castigarla o de follarla, aunque tal vez encuentre la manera de hacer las dos cosas a la vez.

Toma la acertada decisión de pararse cuando estamos a una distancia prudencial y espera a que sea yo quien inicie la conversación.

No parece alterada en absoluto y debería estarlo. Ay, sí, debería estarlo.

—¿¿Se puede saber dónde coño andabas??

Su gesto se endurece y su mirada se llena de fuego.

—Te agradecería que me hablases con respeto, el mismo que quieras recibir de mi parte.

Cierro los ojos, cuento hasta tres y los vuelvo a abrir. Nadie más tiene la capacidad de sacarme de mis casillas y nadie más tendría el valor de hablarme como lo hace ella. Joder, soy el puto jefe de la organización criminal que domina esta ciudad y soy el puto rey del autocontrol, ¿qué me pasa con esta mujer?

—¿Dónde estabas? —pregunto de nuevo.

—Tenía cosas que hacer.

—Respuesta equivocada y te advierto que hoy has acabado con mi paciencia. Estoy a esto —afirmo formando un pequeño espacio entre mis dedos índice y pulgar— de enviarte al sótano y encerrarte por una buena temporada.

—A ver si lo entiendo, pretendes que cambie toda mi vida de la noche a la mañana, que esté disponible las veinticuatro horas del día, que viva en tu casa y haga exactamente lo que me ordenes en el momento en que me lo ordenes. ¿Lo he entendido bien?

—Me pediste que confiara en ti, ¿cómo quieres que lo haga si te escapas a la primera oportunidad?

—¿Acaso pensabas que estaba en una comisaría confesando todo lo que vi anoche? —pregunta ofendida dando un paso atrás.

—¿Y qué querías que pensase, Vega? Te dieron quince minutos para hacer la maleta y volver al coche en el que te estaban esperando y desapareciste sin avisar. ¡¡Y, para colmo, has tardado cuatro putas horas en regresar!!

—No me grites —exige en tono neutro.

—¡Pues cuéntame dónde has estado y acabemos con esta mierda!

—No tengo por qué decirte dónde estoy en cada momento. Voy a hacerlo esta vez, pero que quede claro que no va a sentar un precedente. —Está colmando mi paciencia y no sabe hasta qué punto. ¿Cómo que no tiene que decirme dónde está? Estaré informado de cada maldito paso que dé—. Fui a recoger mi moto del taller y después a ver a un amigo. Es un tanto sobreprotector y necesitaba explicarle que voy a andar unas semanas desaparecida. No quería que se preocupase y comenzase a buscarme.

La sola mención de un hombre en su vida me altera y no tengo ni la remota idea de por qué. Tampoco me gusta cómo me hace sentir eso. Estoy descolocado porque quiero tenerla en mi cama y se me está resistiendo, no puede ser nada más. No estoy acostumbrado a que las mujeres me digan que no. Qué coño, no estoy acostumbrado a que nadie me lleve la contraria y ella me reta en cada oportunidad.

—¿Has traído todo en esa mochila? —pregunto escéptico mientras señalo la pequeña bolsa a su espalda. Sé poco de mujeres, pero estoy seguro de que suelen cargar con más cosas de las que necesitan.

Me mira fingiendo no haber roto un plato en su vida y estoy a punto de echarme a reír por su cara dura.

—En realidad…

—¿Sí?

—Pues que preparé una maleta, pero no podía llevármela en la moto, así que la dejé en la puerta del apartamento.

—Ya, ¿y tu teléfono?

—Esa historia es bastante curiosa. Creo que de alguna forma terminó en mi congelador —afirma encogiéndose de hombros, todavía metida en su papel de chica ingenua, un papel que no me he creído en ningún momento.

Me río con ganas al ver el desparpajo que tiene para mentirme a la cara. Vega parece sorprendida por mi reacción y deja escapar una tímida sonrisa. Supongo que todavía espera que vuelva mi lado despiadado.

—Menudo morro tienes. ¿Cómo sabías que te había puesto un localizador?

—No lo sabía, pero viendo lo controlador que eres, no podía arriesgarme. Por cierto, ¿podrías enviar a alguien a por mis cosas?

—Ya veremos. Anda, entra en casa, ya sabes dónde está tu habitación. En media hora cenamos. El comedor se encuentra tras esa puerta doble, no te retrases —le advierto cambiando a una expresión más seria. Algo me dice que esta mujer va a convertirse en un verdadero dolor de cabeza, pero, aun así, me muero de ganas de descubrir cuál será su siguiente idea para desafiarme.

Me encierro en el despacho y me pongo a revisar papeles a los que presto poca atención. Mi cabeza no está donde debería y eso no es nada bueno para el negocio, y menos aún con la que nos está cayendo encima. Necesito concentrarme en descubrir quién se halla detrás de los ataques que hemos sufrido durante las últimas semanas, he de encontrar el lugar idóneo al que mover el laboratorio y, por si fuera poco, también tengo que averiguar si tengo un topo entre mis filas.

Apoyo los codos en el escritorio y hundo la cabeza en las manos buscando una claridad que no encuentro hasta que me interrumpen

unas risas en el pasillo entre las que distingo la de Vega.

Dejo lo que estoy haciendo y salgo, movido por la curiosidad. Ella y Alex están parados frente a las puertas del salón, él le está diciendo algo bajito y ella se ríe como si no pudiese evitarlo.

—¿Qué es tan gracioso? —Mi voz sale más fuerte de lo que pretendía y Vega da un respingo, girándose en mi dirección. Como no, tarda menos de un segundo en recomponerse y volver a mostrarme su máscara de indiferencia. Esa puta máscara que no llevaba puesta con mi primo y que estoy empezando a detestar.

Alex se relaja al ver que soy yo quien les ha interrumpido.

—Hola, primo. Nada, le estaba haciendo a nuestra invitada un tour por la casa, para que no se pierda y eso.

—Ella no es nuestra invitada, trabaja para mí. —Lo corto entrando en el comedor. Ambos me siguen y los tres nos sentamos alrededor de la mesa.

—¿El resto de tus hombres no cenan con nosotros?

—¿Por qué deberían hacerlo? —respondo cortante y sé que estoy siendo un gilipollas, pero no me gusta un pelo la complicidad que tiene con Alex.

—Oh, no sé. Solo pensaba que alguno de ellos…

—Trabajan para mí, punto.

—Yo también debería cenar con ellos en lugar de estar aquí, al fin y al cabo, trabajo para ti —suelta repitiendo las mismas palabras que yo he pronunciado en el vestíbulo.

—Tú cenas con nosotros porque yo lo he decidido. Fin de la discusión.

Alex me mira con el ceño fruncido, y decide aflojar la tensión.

—Somos mucho más divertidos que esos brutos, créeme. Además, nosotros contamos con Marcello, que es capaz de hacer magia en la cocina, ¿lo has conocido ya?

—No he tenido el placer, pero si es tan bueno como dices, iré a presentarme y a darle las gracias más tarde —exclama Vega mirando a Alex con una amplia sonrisa mientras yo aprieto con fuerza el tenedor que sujeto en la mano.

Siguen hablando como si yo no estuviese presente hasta que entra Sophie con nuestra comida. Noto su desconcierto cuando ve a Vega sentada a la mesa y me pregunto si habrán coincidido en alguna ocasión. Nos sirve los platos y no paso por alto la mirada de asco que le lanza a nuestra nueva comensal, quien la ignora a propósito.

—¿Es buen momento para hablar de cuál va a ser mi trabajo a partir de ahora? —pregunta Vega al volver a estar los tres solos.

—Pensé que había quedado claro. Formas parte de mi escolta personal, me seguirás donde vaya cuando yo quiera que lo hagas.

—Vale, sí, eso lo he entendido. Pero ¿cuál será mi horario? Supongo que dedicándoos a lo que os dedicáis, no tengo que preocuparme por el tipo de armas que vais a darme para poder defenderos en caso de necesidad que, visto lo visto, puede ser bastante a menudo. —Alex se ríe de forma exagerada y yo aprieto la mandíbula—. ¿He dicho algo gracioso?

—Me encanta esta chica, ¿por qué no la hemos contratado antes? —Mi primo me mira divertido; sin embargo, cambia su expresión en cuanto sus ojos entran en contacto con los míos. Estoy a punto de estallar y más le vale tratar de evitar que eso pase.

—Me alegra que os divirtáis a mi costa, pero ¿alguien me lo explica? Que sois traficantes de armas es algo que me quedó muy claro anoche, de hecho, saberlo me ha costado mi libertad.

—No hablamos de armas en la mesa —bramo dejando los cubiertos a ambos lados de mi plato—. No hablamos de armas en cualquier lugar en el que alguien pueda oírnos y no hablamos de putas armas contigo. ¿Ha quedado jodidamente claro?

—Entendido. Veo que es un tema que causa un poquitín de controversia a pesar de ser el pan que os da de comer. Pero bueno, no os preocupéis, puedo conseguir mis propias… *herramientas* —afirma entrecomillando con los dedos la última palabra. El capullo de Alex intenta contener la risa mientras se tapa la boca con la servilleta—. ¿Qué hay del horario?

—No tienes. Vendrás conmigo cuando yo lo diga y descansarás cuando yo lo haga.

Va a replicar, pero, justo en ese momento, la puerta se abre y Sophie entra con el segundo plato. Nos sirve carne en salsa a mi primo y a mí y al llegar el turno de Vega, finge un tropiezo y vierte todo el contenido sobre su regazo, haciéndola saltar de la silla. No me habría dado cuenta de que ha sido intencionado si no me hubiese estado fijando en ella.

—¡Joder, quema!

Sophie se disculpa con voz melosa, pero puedo ver el triunfo en sus ojos. ¿Qué mierdas pasa entre estas dos?

—Traeré otro plato para ella enseguida.

—No es necesario —responde Vega frotándose los pantalones con una servilleta.

Alex se ha levantado en su auxilio raudo y veloz y también comienza a frotarle la pierna con su propia servilleta, lo cual no es algo que hubiese pensado que fuera a hacer mi primo por nadie, ni siquiera por una mujer. De hecho, suele utilizar al sexo opuesto para una sola cosa y después, prácticamente se olvida de su existencia. Nunca le había visto ser… servicial con nadie.

—Puedo sola —se queja ella apartándolo de un manotazo cuando comienza a subir por su muslo. Tengo los dientes tan apretados que dudo que mi mandíbula aguante un segundo más—. Si no os importa, doy por terminada mi cena. Ha sido un día largo y necesito una ducha y descanso.

Asiento y la observo mientras se marcha.

—Si no la soportas, ¿por qué la invitas a unirse a la mesa? Podrías haber ordenado que le sirvieran en la cocina —se queja mi primo en cuanto nos quedamos a solas.

—No he dicho que no la soporte, solo que no me fío. ¿Y a ti qué coño te pasa con ella?

—A mi nada, me cae bien y me causa cierta curiosidad. A decir verdad, me alegra que no la mataras y que la hayas invitado a vivir con nosotros, creo que puede ser una experiencia… divertida —admite alzando una ceja—. Y ahora dime, ¿es necesario que seas tan capullo?

—Para reírse y hacer tours ya te tiene a ti, ¿no?

—Dios, hoy estás especialmente insoportable. ¿Por qué no llamas a Mía y pasáis un rato juntos?

—No me hables de ella, se está poniendo demasiado pegajosa.

—Pues recuérdale vuestro trato, hombre.

—Se lo he recordado demasiadas veces y ya me he cansado de repetírselo. El sexo con ella no merece la pena si después busca lo que sabe que nunca voy a darle. Joder, lo dejé bien claro desde el principio y estaba encantada. Hablaré con ella, pero definitivamente, no la quiero cerca.

—Pues te recomiendo que busques un reemplazo que aplaque ese carácter de mierda que traes. Eso o nos cambiamos de ropa y nos vamos a uno de los clubs, ¿te hace?

Sopeso la idea: ir a una discoteca, beber y acabar en un hotel con una bonita mujer debería sonarme a gloria y, sin embargo, no es lo que más me apetece ahora mismo.

—Esta noche no. Necesito dormir un rato y empezar a trabajar en todo lo que tenemos pendiente. Quizá otro día.

Me levanto y subo al piso de arriba. Me paro frente a la habitación de Vega y me planteo si es buena idea hacer lo que estoy pensando. No me la puedo sacar de la cabeza desde que la vi doblegando a Henry con soltura, y ser testigo de la complicidad con la que se relaciona con Alex no ha hecho otra cosa que empeorar la situación. La quiero para mí, en mi cama, en la suya, en cualquier maldito lugar, pero lo que está claro es que tengo que aplacar estas ansias si no quiero que me coman por dentro.

15

VEGA

Me he dado una ducha que me ha sabido a gloria y me he puesto ropa interior limpia. No he caído en traerme una camiseta ancha, así que tendré que dormir con lo puesto. Tampoco puedo secarme el pelo: por más que he buscado, no he encontrado ningún secador en los más de diez cajones del inmenso mueble del cuarto de baño. Nada, lo más seguro es que coja un resfriado esta noche, siempre me pasa cuando me acuesto con el pelo mojado, pero no pienso ir a buscar a Alex y preguntarle si tienen alguno en casa, no después de ver el humor que se gasta su primo hoy.

Me estoy quitando la humedad del pelo con una toalla cuando Liam abre la puerta sin llamar. Sus ojos me recorren de arriba abajo y se encienden con un fuego que siento por todo mi cuerpo. Da un paso, entrando en la habitación, y cierra la puerta a su espalda.

—¿Qué quieres? —Mi voz suena más áspera que de costumbre.

Sigue observándome y sus ojos se detienen en mis pechos. En lugar de sentirme incómoda, su mirada sobre mi cuerpo me hace sentir deseada y poderosa a la vez.

Cuando sus ojos llegan a los míos, creo adivinar una sonrisa traviesa en ellos.

—Quítate el sujetador y déjame verte.

Como si hubiese dicho cualquier banalidad, se mete las manos en los bolsillos y se yergue en esa postura suya que dice «estoy al mando». Tengo que luchar para no reaccionar de la forma en que mis cinco sentidos me gritan que lo haga.

—Vaya, esperaba algún tipo de advertencia o quizá un par de instrucciones para hacer bien mi trabajo durante la semana.

—Has sido tú quien ha preguntado qué es lo que quiero. Ahí tienes mi respuesta.

—Está bien —acepto con un encogimiento de hombros y llevo mis manos a la espalda para desabrochar el sujetador. Después, lo dejo caer al suelo, justo delante de mí. Noto cómo mis pezones se yerguen ante su mirada, como si los estuviese acariciando con las yemas de sus dedos. Puedo fingir indiferencia, pero la verdad es que mi cuerpo está ardiendo y no puedo esperar para continuar con el juego. Da un paso adelante con la mirada encendida, en cambio, lo freno alzando la palma de mi mano derecha—. Ah, no, es mi turno. Quiero tu camisa.

Me dedica una media sonrisa y se desabrocha los botones, uno a uno, sin dejar de mirarme a los ojos. Después, desliza la prenda por su espalda, la coge y la lanza a mis pies.

Esperaba encontrar un torso cubierto de tatuajes y me sorprendo al no ver ni uno solo. Su piel luce limpia y bronceada y me dan ganas de pasar mis manos sobre ella para comprobar si es tan suave como parece. Tiene la espalda más ancha de lo que la ropa me había permitido deducir y unos abdominales marcados que sé que serán mi perdición.

—¿Disfrutas con las vistas, Vega? —Mi nombre suena dulce en sus labios, pero en su expresión hay un reto. Quiere ver si soy capaz de seguir con el juego. ¿Por qué no?

En lugar de responderle, recorro la distancia que nos separa con lentitud y apoyo las manos en sus hombros. Las deslizo lentamente por su torso y también por sus brazos reconociendo cada hendidura y cada marca. Doy la vuelta a su alrededor, acariciando las ondulaciones de los músculos de su espalda y sintiendo cómo contiene la respiración ante mi tacto. Cuando vuelvo a estar frente a él, mantengo las manos en su pecho y elevo la mirada hasta encontrarme con la suya. A su lado, parezco bajita, pero no me siento pequeña.

—Disfruto más tocando que mirando —respondo.

Me mira con hambre y yo solo puedo pensar en sus labios por todo mi cuerpo. Coloca las manos en mis caderas y me arrastra hacia él, pero en lugar de besarme, apoya su frente en la mía y exhala.

—Tus impertinencias me están volviendo loco y no pienso aguantar más. Si quieres que me vaya, dímelo ahora.

—¿Por qué querría que te fueras en lo más interesante?

Sonrío. Él me embiste a través de la ropa y siento su erección en mi sexo. Sus dedos empiezan a vagar por mi estómago y se entretienen en la costura de mis braguitas. Cuando por fin se cuelan por debajo de la tela y comienzan a acariciar mis pliegues, separo mi frente de la suya y me muerdo el labio inferior ahogando un gemido.

—Mierda, estás muy mojada.

—Espero que seas capaz de solucionar el problema —respondo guiñándole un ojo con chulería.

—Joder, Vega —se queja colando un dedo en mi interior.

Sus movimientos son lentos, entrando y saliendo para esparcir la humedad por mis labios y mi clítoris. Escondo la cabeza en su cuello, lo muerdo, lo lamo y le pido más sin pronunciar las palabras hasta que mi orgasmo se derrama entre sus dedos. En lugar de detenerse, sigue acariciándome, despacio, recreándose en los espasmos de mi sexo.

El deseo de tenerlo dentro no desaparece. Sus dedos son maravillosos, pero sé que será su polla la que me haga gritar. Bajo las manos hasta sus pantalones y comienzo a desabrocharlos mientras beso su cuello, sus clavículas. Su piel sabe como todo hombre debería saber, y anhelo recorrerla entera con mis besos hasta saciarme. El único lugar al que evito acercarme es a su boca y él parece darse cuenta, porque busca la mía en cualquier oportunidad. Aparto sus pantalones y doy un paso atrás para observarlo en bóxer.

—Podrías ser modelo de ropa interior, ¿lo sabes? —le digo, aproximándome de nuevo y terminando de desnudarle.

—A mi cuenta bancaria le gustan más las armas y las drogas. —Su mirada es indescifrable, pero un ligero temblor en la comisura de sus labios lo delata.

—¿De verdad acabas de hacer una broma? Liam Brown, el hombre más serio y temible del lugar —me burlo poniendo los brazos en jarras.

—Vuelve a reírte de mí y este hombre serio tendrá que castigarte.

En un movimiento rápido me empuja y caigo de espaldas sobre la cama. Antes de que pueda darme cuenta, lo tengo encima,

arrancándome las bragas y presionando su dura polla contra mi entrada. Abro más las piernas, dándole el acceso que los dos anhelamos; sin embargo, sus caderas se quedan quietas, como si hubiese un tope entre nosotros. Me mira fijamente y siento que está esperando algo de mí que no llega. Sin pensarlo, levanto la pelvis y me froto contra su cuerpo. La fricción ayuda, pero no es la solución a mis males.

—¿Qué haces? ¿Acaso esperas una invitación por escrito? —presiono.

Liam estalla en carcajadas y siento la vibración de su pecho en el mío. Su risa es grave y hace que su expresión se vuelva relajada, nada que ver con la que suele mantener el hombre que he conocido hasta ahora.

Me gusta esa expresión.

—Eres una pequeña impertinente.

—Gracias.

—¿Quieres que te folle? —pregunta mordiendo mi mandíbula.

—Creí que eso había quedado claro.

—Pues bésame.

Me quedo paralizada con una mano en su nuca y la otra en su hombro. No beso a los hombres con los que me acuesto, besar en la boca siempre me ha parecido algo demasiado personal y, si pienso en ello, un poco asqueroso. ¿Por qué querría hacerlo?

—No me gusta compartir mi saliva con la de nadie.

—Tendrás que hacer una excepción. A cambio, prometo follarte hasta que no puedas aguantarte en pie, te adoraré durante toda la noche y te daré todo el placer que puedas soportar. ¿Hay trato?

Miro sus ojos verdes y estos son mi perdición. Después, desciendo la mirada a sus labios y veo cómo su lengua asoma entre ellos aumentando mi excitación. De pronto, quiero su boca sobre la mía y es justo lo que hago. Me acerco y muerdo su labio inferior antes de lamerlo. Sabe a vino y me relamo disfrutando de su sabor. Cuando me devuelve el beso, es más dulce de lo que espero. Su boca está caliente y su lengua es suave y se mueve con seguridad alrededor de la mía. Coloco ambas manos envolviendo su mandíbula para profundizar nuestra unión y mi sexo comienza a palpitar en consecuencia. Jamás habría pensado que conseguiría excitarme con un intercambio de saliva y aquí estoy, pidiendo más.

Cuando se desliza dentro de mí siento un ligero pinchazo de dolor. Mierda, es grande, pero sus movimientos son lentos y eso me permite adaptarme con facilidad. Obviamente, no digo nada en voz alta sobre el tamaño de su miembro, no es que el muchacho necesite subir más su ego.

Sus manos no dejan de acariciarme en ningún momento y mi cuerpo se vuelve sensible a su tacto. Mi deseo se multiplica. Es su aliento chocando en mi piel, sus besos, su toque, su cuerpo embistiendo el mío sin prisa. Y siento que cada minuto que pasa necesito más de todo lo que ya me está dando.

Mis uñas arañan la piel de su espalda y envuelvo las piernas alrededor de su cintura para marcar el ritmo que necesito. Más rápido, más profundo.

—Mi pequeña impertinente se está volviendo exigente —susurra en mi oído mientras acelero el ritmo y nuestros jadeos se elevan sobre cualquier otro sonido que exista alrededor.

Siento cómo su miembro se expande en mi interior y la fricción es tan brutal que no consigo retener por más tiempo mi liberación. Me agarro con fuerza a su espalda mientras mi cuerpo se deshace de sus cadenas y mi mente viaja a un lugar entre la realidad y la fantasía.

La noche se llena de orgasmos y mi nueva habitación se convierte en testigo de todo el deseo contenido que existe entre nosotros.

El agua caliente de la ducha apacigua mis músculos sobreestimulados y no puedo evitar sonreír al darme cuenta de que Liam ha cumplido su promesa: me ha follado hasta que me han abandonado las fuerzas. Tengo que reconocer que este hombre tiene algo diferente, algo con lo que no me había topado hasta ahora.

Cuando salgo del cuarto de baño totalmente desnuda, no sé lo que espero, pero, desde luego, no es encontrarlo en mi cama, boca arriba y con los ojos cerrados.

Me quedo paralizada mirándolo. La sábana le tapa de cintura para abajo, dejando su pecho al descubierto. Me centro en su respiración, tratando de averiguar si está dormido o solo relajado.

—Deja de estudiarme y acuéstate, son casi las seis de la mañana. A las diez tengo una reunión en la sede y, por si te lo estás preguntando, vendrás conmigo —ordena con los ojos todavía cerrados.

—Sé que va a sonar feo —comienzo con más cautela de la que utilizaría en cualquier otra ocasión—. No quiero parecer desagradecida ni nada por el estilo, pero preferiría que te fueras a tu habitación. No acostumbro a dormir acompañada. —Abre un solo ojo

y me doy cuenta de que quizá esté jodiendo el plan de acercarme a él. Sí, definitivamente, este no ha sido mi mejor movimiento después de una noche de sexo. ¿Tendría que hacer el papel de mujer cariñosa y tumbarme a su lado?

—Deja de decir tonterías y acuéstate. No pienso marcharme y no tienes otro sitio donde ir.

Resoplo y me pongo la bata que dejé colgada en el perchero junto a la puerta. Antes de continuar, me aseguro de habérmela colocado bien.

—No es porque seas tú, es que no puedo dormir si hay alguien más en el mismo colchón.

En un movimiento rápido que no veo venir, me agarra de la mano y me hace caer sobre él. Después se aparta un poco, creando un hueco para mí a su lado.

—Bueno, pues al menos cállate y finge que duermes, es todo lo que necesito para descansar.

—Serás cara dura.

Le doy la espalda y me sobresalto cuando me abraza desde atrás. ¿De verdad quiere que durmamos haciendo la cucharita? ¿Y luego qué, desayunamos juntos en la cama? Joder, ¿dónde leches está el traficante de armas que adora que todos le teman?

Pasados unos minutos en los que me mantengo en alta tensión, decido probar algo diferente. Poco a poco, trato de acompasar mi respiración a la suya; no voy a dormirme, pero es lo que quiero que piense.

Un buen rato después, cuando estoy segura de que Liam ya se encuentra en el mundo de los sueños, me escabullo entre las sábanas y busco en mi mochila. Solo tengo un par de camisetas,

unas mallas y unos vaqueros. Saco las mallas negras y una camiseta de manga corta del mismo color y me visto en el baño. Dios, espero que hoy traigan mi maleta, si no, tendré que volver a escaparme para recogerla.

No hay nadie en la cocina, así que aprovecho para coger dos piezas de fruta y me las como de camino al gimnasio. Entreno sola durante casi una hora hasta que escucho el sonido de unos pasos acercándose desde fuera. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver llegar a Henry, a Sebas y a otros dos compañeros.

—Hombre, Vega, ya se te echaba de menos por aquí —afirma uno de ellos mientras se aproxima a chocar la mano conmigo—. No me digas que te dieron vacaciones tan pronto.

—No, solo ha sido un cambio de posición, no creas que te vas a deshacer de mí tan fácilmente. —Me cuelgo la toalla del hombro y cambio mi sonrisa por un gesto más serio cuando me dirijo a Henry. Espero que el hecho de haberle cubierto las espaldas delante del jefe me haya dado algún punto con él porque no puedo permitirme tener un enemigo dentro—. Henry, espero que no te moleste que entrene aquí. He venido pronto para terminar antes de que llegaseis.

Hace un gesto de cabeza que interpreto como una señal de aceptación. Tampoco me engaño, no me soporta, pero al menos espero que pueda tolerarme y no concentrar sus esfuerzos en ponerme las cosas difíciles.

Miro el reloj y me despido de ellos. Cuando paso junto a Sebas, choco su mano como he hecho antes con el otro chico y le paso una nota que he escrito en una servilleta en la cocina. A tiempos desesperados, medidas desesperadas.

16

VEGA

No es domingo, pero Liam lleva dos días desaparecido y he escuchado a Alex decir que todavía tardará en volver. No tenemos ni idea de dónde se ha marchado y quedarme en su casa dándole vueltas a la cabeza se ha convertido en una tortura, por lo que he decidido hacer un pequeño paréntesis en la misión.

En cuanto pongo un pie en la calle en la que vive la abuela Amparo, me llega una mezcla de olores tan característica que mataría por poder embotellarla y convertirla en un perfume. El aire trae aroma a suavizante, a comida casera, a los geranios que inundan los balcones y a leña. Se trata de una calle pequeña y peatonal y los vecinos que viven en ella la abordan cada tarde con sus sillas y mesas cuando salen a sentarse a *la fresca*. Se pasan horas jugando al parchís y al cinquillo y cotilleando sobre cualquier hijo de vecino. Nadie se salva de pasar revista por este grupo de ancianos que parecen los dueños del pueblo.

—Pero si está aquí la Vega. —El señor Adrià se levanta ayudado por su bastón y me planta dos sonoros besos en las mejillas—. La bruja de tu abuela no nos había dicho que venías.

—Eso es porque llego de sorpresa, no me lo gaféis, anda.

—¿De sorpresa? —Doña Trini abre su abanico y se da aire con brío—. Ya verás la que te cae por no avisarla, muchacha, pero ¿cómo se te ocurre hacerle eso? No le va a hacer ninguna gracia, niña, ya te lo digo yo.

—Anda, doña Trini, deme un beso, que ya me encargo yo de que a mi abuela se le pase el cabreo.

—Es que luego no hay quien la aguante.

—¿A quién no quieres aguantar? —grita la susodicha mientras sale de casa con una jarra de limonada y varios vasos.

—Pues sorda no está —musita el señor Sergi por lo bajo.

—¡Mi niña! —Una sonrisa digna de enmarcar se dibuja en la cara de mi yaya cuando me ve y yo aprovecho la conmoción para dejar lo que trae en las manos sobre la mesa y abrazarla como llevo meses queriendo hacerlo.

—Me estás dejando sin aire, yaya —digo entre risas después de un rato de achuchones.

Nada más soltarme, me arrea una colleja bien dada que me hace llevarme la mano a la nuca y frotármela.

—Joder. ¿Y esto a qué viene?

—¿Que a qué viene? ¿Cómo se te ocurre no llamarme para decir que estás de camino? Llevas un año sin pasar por casa y ni siquiera me avisas para que te prepare el cuarto y vaya a comprar. ¡Qué poca vergüenza! Más collejas te mereces, que lo sepas.

Nuestro público, la cuadrilla de doña Amparo, vacila entre reír a escondidas o asentir casi tan indignados como lo está ella.

—Venga, yaya, ¿qué te parece si nos unimos y le damos una paliza a tus amigos al cinquillo? ¿Me perdonarás si les ganamos?

—Una paliza al cinquillo y un masaje de pies —me reta tendiéndome la mano.

—Trato hecho.

Después de varias partidas ganadas y un par de vasos de limonada con un toque de anís, hemos cenado carne empanada las dos solas en su pequeña salita. Su casa es lo más parecido a un hogar que he tenido nunca y eso que no he llegado a pasar aquí más de tres noches seguidas. Por falta de ganas no ha sido, sino porque siempre, en algún momento, acaba apareciendo el sentimiento de culpa por la posibilidad de estar poniéndola en peligro, un sentimiento que nace chiquitito, pero que va agrandándose rápidamente, como empieza a suceder ahora mismo.

—Borra lo que sea que estás pensando, porque me conozco esa cara y no pienso dejar que te vayas hoy —ordena mientras coloca una taza de café solo delante de mí, sacándome de mis pensamientos—. ¿Me has oído?

—Ya sabes que el trabajo me tiene muy ocupada.

—¡Y una leche! Hoy no te vas y punto. Allí en tu oficina podrás dirigir proyectos y decirles a los demás lo que deben o no deben hacer, pero en esta casa mando yo y, como mínimo, te quedas hasta mañana después de comer. No me hagas repetirlo.

Sus preciosos labios siempre pintados de un tono rosa pálido están fruncidos y el azul de sus ojos se ha oscurecido hasta casi convertirse en negro.

—Está bien, me quedo a dormir. Sabes que me gustaría venir más a menudo, pero no puedo. —Trago saliva intentando hacer pasar el nudo de mugre también, aunque eso es más complicado. Mi tío me mostró una forma de vida que implicaba estar sola, sin

embargo, fui yo quien decidió quedarse en ella. Podría no haberme implicado en los proyectos de Atenea, podría haber asistido a la universidad como una adolescente normal y haberme mudado con Amparo apenas cumplidos los dieciséis, pero no quise hacerlo. En cambio, decidí seguir los pasos de mi tío, investigar la desaparición de mi hermana y convertirme en su sombra, la sombra de Atenea.

Y en la vida de Sombra no cabe una familia.

—Otra vez estás pensando demasiado —gruñe—. Cariño, ¿llevas una vida sexual saludable? Ya sabes que el cuerpo y la mente necesitan liberar tensión a menudo. Deberías buscarte un amigo habitual en lugar de seguir esa estúpida regla que tienes de solo una noche con cada hombre.

—Abuela, cada vez que vengo hablamos de lo mismo.

—Bueno, si prefieres que nos centremos en tu trabajo…

Ella sabe que miento. Es demasiado lista para tragarse que soy la responsable del Departamento de Recursos Humanos en una multinacional alemana, pero suele seguirme la corriente, y yo se lo agradezco. Contarle cualquier cosa cercana a la verdad sería ponerla más en peligro de lo que ya está solo por recibir un par de visitas mías al año.

—Vale, me he acostado con un hombre al que conozco desde hace unas semanas.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿En serio? Eso es fabuloso, mi niña. ¡Ya era hora!

—No te embales, no te he dicho que vaya a hacerlo otra vez, ni siquiera sé si me gusta.

—A ver, una no se acuesta con alguien que conoce si no le gusta, partamos de ahí. Y ¿de dónde ha salido este caballero misterioso?

¿Tiene nombre?

—Es mi jefe, más o menos. Y no voy a decirte su nombre.

—Claro, por si intento quitarte el ligue; si es que tu abuela tiene todavía movimiento para muchos bailes, cariño. El que no me aguanta nada últimamente es Adrià. Ni la viagra le está haciendo el mismo efecto que le hacía antes. Al final, tendré que darle largas y buscarme a uno más joven porque yo no puedo seguir así, que una tiene necesidades, leñe.

—Ay, yaya, prefiero no saber esas cosas, que luego tengo sueños extraños.

—¡Bobadas! Y ese jefe tuyo, Pascual, ¿se mueve en plan lago de los cisnes o es más como la música tecno esa que escucháis los jóvenes?

El café me sale disparado de la boca cuando la risa hace que me atragante.

—De verdad, que tienes unas cosas —me quejo limpiándome con un par de servilletas—. Y no se llama Pascual; de hecho, no es español.

—No fastidies que te has buscado un maromo extranjero. —Me pongo la máscara que no suelo utilizar con ella, pero al parecer, no lo suficientemente rápido porque me devuelve una de sus miradas más perspicaces.

—Vega, ¡no estarás viviendo fuera de España y ni siquiera me lo has dicho!

—Anda, no digas tonterías. Mi jefe es inglés y para saciar tu curiosidad, te informo de que es más de tecno que de lago de los cisnes. De hecho, puede que repita con él para comprobar si le va también el reguetón.

Las dos estallamos en risas y pasamos el resto de la noche hablando de los cotilleos del pueblo. Ella sabe que, por mucho que lo intente, no le contaré más sobre mi vida, no puedo hacerlo sin ponerla en peligro. Y yo agradezco la oportunidad de pasar un rato desconectando de mi realidad.

Cuando a la mañana siguiente me escabullo dejando solo una nota, un familiar pinchazo de culpa me atraviesa el pecho.

TE ADORO, ABUELA.

LIAM

Ha pasado una semana desde que desperté en su cama con el olor a lavanda de su pelo todavía impregnado en mi piel. Una puta semana sin verla en la que no he sido capaz de follarme a otra mujer. Cuando abrí los ojos y me di cuenta de que se había escabullido como un ladrón en medio de la noche, me dio por reír. Siempre he sido yo el que se marcha sin decir adiós ni dar explicaciones, así que, aunque no lo reconoceré en voz alta, me lo tenía merecido. Ni siquiera sé por qué quise dormir con ella, pero el contacto con su piel me trajo una paz extraña a la que podría acostumbrarme. Al despertarme solo, pensé en buscarla y darle una lección, recordarle las veces que gritó mi nombre durante la noche, pero cuando bajé a la cocina, las cosas se precipitaron en otra dirección.

Alguien había atacado el laboratorio y tres de mis hombres habían muerto defendiendo el lugar. Ese asalto significaba algo que no podía ignorar por más tiempo: la confirmación de que teníamos una rata en el equipo.

Mover el laboratorio se había convertido en la máxima prioridad y, sin tiempo para buscar un lugar más cercano, la única opción lo suficientemente segura era España. Mi avión privado nos estaba esperando en la pista solo tres horas después. En él viajamos un grupo de mis hombres más antiguos y leales seleccionado por mí mismo, Archie, el equipo de científicos y montadores y yo. Mi primo se quedó a cargo del fuerte en Londres: él era la única persona en la que podía confiar al cien por cien y también el único que estaba preparado para el puesto.

Al bajar del avión en el aeropuerto de Vigo, mi primo Antón, el hermano de Alex, nos esperaba en la pista de aterrizaje. Antón siempre ha sido mis ojos y mis oídos en este país, así como yo soy los suyos en Londres. Su negocio está centrado en la droga y su organización controla una parte importante del norte del país.

El primer día lo pasamos visitando las posibles ubicaciones que había seleccionado para el laboratorio. No podíamos instalarnos en cualquier sitio, no después de que hubieran superado todas nuestras barreras de seguridad y hubiesen dado con la primera ubicación. Me quedé con el cuarto lugar que me enseñó. Se trata de un edificio con tres accesos, uno de ellos es subterráneo y no aparece en los planos, mi primo lo mandó construir pensando que le sería útil el día de mañana.

El material del laboratorio de Londres tardó tres días más en llegar debido a la complejidad de la ruta que Alex y yo habíamos trazado para evitar que alguien pudiese rastrearla y acceder a la nueva ubicación.

Ahora, con todo el chiringuito montado y en funcionamiento, puedo volver a casa con cierta tranquilidad.

He estado en contacto con Alex a diario. Parece que Josh y algunos de los hermanos mayores han estado preguntando por mí y hay cierto revuelo por la falta de noticias. «Que les jodan, yo soy el puto jefe y decido qué información dar a cada uno de mis hombres», fue lo único que mi primo obtuvo de mi parte. Tenemos un topo en la Hermandad y, ahora que hemos asegurado a Amapola, no descansaré hasta encontrarlo.

Bajo del avión y mis hombres me llevan directamente al lugar de la reunión convocada para esta noche. Alex me espera en la puerta de atrás del restaurante y sonríe ligeramente al verme.

—Pareces cansado, primo. ¿No te ha cuidado bien mi hermano? —Nos damos un abrazo y cruzamos juntos la puerta metálica que conduce a un estrecho pasillo que termina en la cocina del local.

—Tu hermano es un cabronazo como tú, con la diferencia de que no se le va tanto la cabeza.

—Vamos, que sigue siendo el mismo aburrido de siempre. Seguro que no te ha sacado de fiesta. Con lo buenas que están las españolas.

—Anda, tira.

Cruzamos la cocina sin que nadie levante la cabeza para mirarnos y llegamos a una zona privada donde nos recibe el dueño, uno de mis clientes habituales. No suelo hacer negocios aquí, prefiero manejarlos en mi área de influencia, pero en este caso, es vital que Claus no pueda relacionar la reunión con la Hermandad.

—Mandy será vuestra camarera esta noche —afirma señalando a la chica vestida de uniforme que tiene a su lado—. Cualquier cosa que necesitéis, podéis pedírsela a ella.

Asiento y observo a la chica, que sonríe tanto que parece que se le vayan a salir los dientes de la boca.

—Gracias. Sírveme un whisky y quédate fuera. En cuanto llegue nuestro invitado, hazlo pasar y no nos interrumpas. Él no beberá nada.

Estoy deseando ver la cara de Claus cuando se dé cuenta de que estoy al tanto de sus últimos juegos en mi contra.

Alex se sienta a mi lado en la mesa mientras esperamos la visita de la noche.

—¿La chica se ha quedado en el coche con los demás? —pregunto intentando parecer indiferente porque, joder, ella debería resultarme indiferente. La expresión de Alex está bañada en confusión.

—¿Qué chica?

—Vega. La única mujer que mantengo en nómina y que se supone que forma parte de mi equipo de seguridad personal. ¿Necesitas más pistas?

—Eh, no —responde como si no entendiese del todo mi pregunta —. Es domingo, le diste los domingos libres, ¿recuerdas? Por eso no ha venido esta noche.

—¡No me jodas! ¿La has dejado salir estando yo fuera? ¿Quién la sigue?

—Spencer y Palmer. Liam, no creo que tengamos que preocuparnos por ella, no tiene pinta de querer delatarnos. Solo ha salido de su casa para ir de compras con una amiga, una un poco rarita, la verdad. Llevaba el pelo rosa y unas gafas que le tapaban la mitad de la cara, pero parecía inofensiva.

—¿Sabemos quién es la amiga?

—Se llama Alba y es solo una *nerd*. Investigué un poco, pero acabé aburriéndome.

Joder, ¿por qué me molesta tanto que ella no esté aquí esta noche?

La conversación con mi primo me ha puesto de mal humor, así que cuando la camarera llega con mi bebida y me avisa de que nuestro invitado acaba de entrar por la puerta del restaurante, prácticamente le ladro que se largue y lo haga pasar. Su sonrisa forzada desaparece de inmediato.

Antes de que Claus haga acto de presencia, mi primo se levanta y se coloca a mi espalda junto a otro de mis hombres, dejándome en una relajada posición de poder. Estoy bebiendo un trago cuando atraviesa la puerta y sus ojos se cruzan conmigo.

—Pero ¿qué? ¿Dónde está Volkov?

—Vaya, esas no son formas de tratar a un viejo conocido. Yo que quería invitarte a una bebida. —Sonrío, y cuando se gira para tantear sus opciones de huida, dos de mis hombres entran en el reservado y se colocan tras él y sus dos guardaespaldas, dejándolos en clara desventaja—. Mis chicos van a pediros amablemente que entreguéis vuestras armas. Será más fácil para todos si os dejáis hacer.

Me sostiene la mirada durante unos segundos, pero ambos sabemos que no tiene alternativa, así que finalmente levanta las manos para que puedan desarmarlo y sus esbirros lo imitan.

—No sé lo que pretendes, Liam. No tengo nada contra ti, muchacho.

—Oh, ahora vuelvo a ser un muchacho. —Sé perfectamente que ha utilizado ese apelativo para recordarme que me conoce desde

que era un niño, un burdo intento de apelar a una compasión que no siento por él—. Supongo que toca recordar viejos tiempos, cuando venías a casa a hablar de negocios con mi padre y yo todavía no sabía utilizar un arma. Me encantaría pasar el rato contando batallitas, créeme, pero tenemos cosas más importantes sobre las que conversar, ¿no te parece?

—No sé a qué te refieres. Hacía mucho que no coincidíamos. Mi mercancía nunca traspasa los límites de las zonas que acordamos, puedes comprobarlo.

Veo el miedo en sus ojos, intenta ocultarlo; sin embargo, he pasado tantos años observando las reacciones de la gente que soy capaz de leer a este cerdo sin problemas. Precisamente a esto es a lo que me dedicaba cuando mi padre me llevaba a sus reuniones de negocios. Yo era su primogénito, el futuro heredero de su imperio, pero nunca me presentaba como tal. En su lugar, me dejaba en una esquina de la sala, como si fuese uno más de sus hombres, alguien sin importancia alguna para él. Lo que nadie sabía es que mi padre jamás daba puntada sin hilo y yo, más que un estorbo, era sus ojos y oídos en aquellas reuniones. Me adiestró para ver aquello que los demás no podían ver, para fijarme en la ropa, en los gestos, en las miradas… Hasta que fui capaz de interpretar cada detalle.

—Vamos al grano, Claus. Los dos sabemos que has traicionado nuestra relación y, por ende, has roto la promesa de no intromisión que le hiciste a mi padre. Está feo hacerle eso a un amigo, ¿no crees? Hasta un muchacho como yo lo sabe.

Asiente casi con solemnidad. El puto cerdo asiente y esa es mi señal. Me giro sobre el hombro y le hago una mueca a mi primo,

quien, inmediatamente después, envía un mensaje desde su teléfono.

El silencio invade la habitación mientras bebo lo que queda de mi whisky. Dos minutos más tarde, el teléfono de Claus comienza a sonar.

—Cógelo, por favor —le invito.

—¿Qué has hecho, Liam?

—Descuelga y averígualo tú mismo.

Observo cómo va palideciendo mientras atiende el teléfono, a través del cual uno de sus hombres debe de estar avisándole del ataque múltiple que acabamos de llevar a cabo. Su casa y uno de sus principales almacenes de droga están ardiendo en este momento.

Su cara es de verdadero terror, pero como he dicho antes, no siento la más mínima empatía por la escoria que tengo enfrente.

—Bastardo hijo de…

—Yo de ti no terminaría esa frase —lo corto—. Y ahora, pongamos las cartas sobre la mesa. ¿De verdad pensabas que no me enteraría de que me habías vendido? —Echo el cuerpo hacia delante en la silla y apoyo los antebrazos en la mesa—. Parece que todavía no has comprendido quién soy yo. Yo soy el hombre que te permite vender tu mierda en mi ciudad; yo soy quien decide si tú y tu familia prosperáis u os hundís en la puta miseria, y yo soy el puto amo de esta ciudad. Pensaba que lo tenías claro.

—Liam, hijo, nunca quise ponerme en tu contra, créeme, pero ese hombre es incluso más poderoso que tú y yo juntos. Amenazó con quitármelo todo si no lo ayudaba —afirma pasándose la mano

por su escaso pelo dorado. El sudor le empapa la frente y comienza a resbalarle por el cuello. Es asqueroso.

—Y preferiste traicionarme en lugar de advertirme, esa fue tu elección. —Sus ojos se mueven nerviosos—. Dime su nombre.

—No puedo. Me matará.

—¿Y crees que yo no lo haré? ¿Qué nos une después de que me hayas vendido, viejo?

Le mantengo la mirada unos segundos y, cuando tengo la certeza de que no añadirá nada más, me giro de nuevo hacia mi primo y le hago un leve gesto de cabeza, al que responde volviendo a escribir un mensaje en su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —grita Claus poniéndose en pie. Sus hombres hacen el amago de moverse, pero antes de que hayan podido dar un solo paso, los míos ya les apuntan a la cabeza—. Por favor, no puedes quitarme nada más, si quemas el resto de mis almacenes, no me quedará nada. Por favor, Liam. Hazlo al menos por la amistad que me unió a tu padre.

—¿¿Te atreves a suplicar en nombre de esa amistad después de haberme vendido como a un sucio perro?? —rujo levantándome también. Mis puños cerrados y mi cuerpo en tensión delatan lo que en realidad quiero hacer con él. Uno de sus guardias se arriesga en su defensa, pero mis chicos lo detienen de un solo golpe—. Dime el puto nombre que necesito y puede que te deje con vida. Ese es el único trato que voy a ofrecerte.

Claus cierra los ojos y traga saliva, intuyendo que su sentencia de muerte está ya firmada, diga o no lo que tiene en mente.

—No sé su nombre, tampoco lo he visto nunca. Fueron sus hombres los que vinieron a verme y amenazaron con matar a

Samantha y a Eli. Sabes que mi mujer y mi hija son lo más valioso para mí, Liam. No lo hubiese hecho por nadie más, pero sabían todo sobre ellas: sus horarios, sus amistades, los sitios que frecuentan. Tenían fotos de ambas incluso dentro de mi casa. La primera vez que acudieron a mí me negué y ellos respondieron agrediendo a mi Sam. La golpearon cuando salía de la peluquería y le rompieron el labio. Esos asiáticos de mierda no respetan nada.

—¿Asiáticos? —pregunta Alex a mi espalda.

—Sí, los hombres que vinieron a verme y los que atacaron a mi mujer lo eran.

—¿Chinos?

—Diría que sí. Juro que nunca me dijeron para quién trabajaban. No me dieron nada para que no tuviese la oportunidad de llegar a él.

—¿Y qué te ofrecieron a cambio de entregarme?

—Dinero. Mucho dinero. Me contaron que tú… Bueno, que estás preparando algo grande y que tienes pensado sacarlo al mercado pronto. Si no he leído mal entre líneas, ese hombre pretende robártelo antes. Es todo lo que sé, lo juro. Mi misión era llevarte a un punto concreto, un edificio a las afueras de Leyton.

Lo miro a los ojos y sé que no hay nada más que pueda darme. Cuando me levanto, su teléfono vuelve a sonar y él alterna la mirada entre mi primo y yo.

—Vamos, cógelo —sonríe Alex, divertido—. Espero que te guste nuestro regalo de despedida.

El hombre que tengo delante es solo una sombra de aquel que conocí de pequeño y al cual llegué a respetar durante algún tiempo. Lo recuerdo alto, orgulloso, valiente y ahora solo veo a un pobre

desgraciado capaz de vender a sus propios amigos. Veo a un ser cobarde, egoísta y torpe que no merece lo que tiene.

Quien sea que esté al otro lado de la línea le da la noticia del asesinato de su querido yerno.

—Has… Has matado a mi sucesor. Has matado al hombre que iba a heredar mis negocios y quien se encargaría de cuidar de Sam y de Eli. ¿Cómo has podido?

—Ese hijo de puta debería haber muerto hace tiempo. —Me dirijo hacia la puerta trasera por la que hemos entrado y, antes de cruzarla, me giro hacia él—. Hazme un favor, si vuelves a casar a tu hija a la fuerza, asegúrate de hacerlo con alguien que la proteja en lugar de golpearla. Ya tiene a un hijo de puta como padre, no se merece a un marido aún peor.

Dicho esto, salgo del restaurante con la cabeza erguida y mi mente tarareando un único nombre: Feng Bao.

17

LIAM

Son casi las doce cuando llego a casa. Consciente de que falta poco para que Vega vuelva e intentando no pensar en el motivo por el que necesito verla antes de que acabe el día, me encamino a la cocina para prepararme algo rápido.

—¿Vas a cenar ahora? Podríamos haberlo hecho en el restaurante, ¿sabes? —pregunta mi primo detrás de mí—. Freddie cocina el mejor Shepherd's pie de todo Londres.

—Sí, voy a cenar ahora y me la suda lo bien que cocine Freddie. ¿Algún problema?

—Joder, qué humor te gastas. Pensé que estarías más contento después de la información que le hemos sacado al abuelo.

—Estás pensando en la misma persona que yo.

Saco el pan del armario y comienzo a preparar un sándwich para cada uno.

—Solo conozco a un asiático lo suficientemente loco como para enfrentarse a nosotros en nuestro propio territorio, pero ¿cómo coño sabía dónde encontrarnos?

—Me jode admitirlo, pero le he estado dando vueltas y hay una sola manera de que sepa tanto: alguien de dentro le está

proporcionando información y Amapola es demasiado suculenta como para dejarlo pasar.

—Por eso no quieres que nadie conozca el emplazamiento del nuevo laboratorio. —Nos sentamos uno a cada lado de la barra y comenzamos a comer—. Ese tío es peligroso y jodidamente resbaladizo. Tenemos que estar seguros de que es él antes de mover ficha, Liam.

—Lo sé.

Miro la hora en el reloj que hay colgado en la pared y me cabrea ver que pasan diez minutos de las doce y todavía no hay rastro de Vega. ¿Es que no puede seguir las malditas normas?

—¿Qué te ha hecho el reloj?

—Vega no ha vuelto y marqué claramente dónde estaban los límites.

Da el último bocado a su sándwich y habla con la boca llena.

—Ah, llegó hace un par de horas —responde restándole importancia.

—¿Y por qué cojones sabes tú eso y yo no?

—Sophie me envió un mensaje.

—Dime que no te tiras a la ayudante de cocina. —Me pongo de pie y dejo nuestros platos en el fregadero.

—Joder, sí, no te imaginas cómo la chupa.

—Sí, a ti y a cualquiera que se le ponga por delante.

—No soy celoso, primo, eso ya lo sabes. Me voy a la caseta, que descanses —se despide caminando en dirección a la puerta.

—¿A la caseta a estas horas?

—Sí, es mejor que me asegure de que Vega vuelve sana y salva a casa. Por mucho que sepa defenderse, algunos hermanos pueden

ponerse muy brutos cuando beben. Además, tal vez por fin le apetezca darse un paseo por mi habitación —sugiere elevando las cejas con diversión mientras yo comienzo a verlo todo rojo.

—¿¿Qué coño hace ella en la caseta??

¿En el mismo sitio donde viven los treinta hombres de mi organización que no tienen mujer ni hijos porque son unos malditos salidos que prefieren ir de putas antes que mantener una relación normal con una mujer?

—Eh… sí. Según Sophie, no quería cenar sola y decidió hacerlo con el resto.

—¡Me cago en la puta! —Salgo de casa como alma que lleva el diablo con mi primo pisándome los talones—. Esta mujer va a volverme loco. ¡Es una puta tarada! Una tarada sin conocimiento ni sentido de la autoconservación.

Recorro la distancia que separa mi casa de la de la caseta sin apenas darme cuenta de lo que hay a mi alrededor. Ahora mismo solo puedo imaginar a Vega siendo manoseada por mis hombres y la mano me tiembla de las ganas que tengo de desenfundar la pistola que llevo a la espalda y pegarle un tiro a cualquiera que le haya puesto un dedo encima.

La puerta está abierta y dentro se escucha música alta y las risas de varios hombres, hombres a los que tengo la tentación de matar con mis propias manos. Cruzo el salón dejando algunas caras de sorpresa a mi paso. Nunca vengo aquí: ellos van dónde yo diga, ellos hacen lo que yo diga. Sigo el sonido de las risas hasta el comedor y me planto en la puerta observando la escena.

Hay una mesa redonda llena de cartas y fichas y tres de mis hombres están sentados a su alrededor medio desnudos. A uno le

falta la camiseta, a otro los pantalones y el tercero solo lleva puestos unos malditos calzoncillos. Vega ocupa el lugar frente a mí y, para bien de mi cordura, está completamente vestida. Cojo aire por la boca y me quedo allí parado. Es la única mujer de la casa, pero parece bastante integrada entre mis hombres. Alterna la mirada entre las cartas que sostiene en las manos y el resto de los jugadores, simulando dudar de su próximo movimiento. Después, como si todo hubiese sido parte de su juego, una sonrisa traviesa se dibuja en su cara mientras extiende sus cartas descubiertas sobre el tapete.

—Escalera de color, compañeros. Oliver, tus pantalones, por favor.

—Princesita, sabes que no hacía falta que jugáramos al póquer para que nos desnudásemos delante de ti, solo tenías que pedirlo y lo hubiésemos hecho con gusto.

Aprieto la mandíbula y escucho mis dientes crujir. Alex se coloca a mi lado y me sujeta del brazo, reclamándome paciencia.

—Deja que se defienda, me encanta cuando los pone en su sitio —susurra para que solo yo pueda oírle.

Vega no parece enfadada por el comentario machista. De hecho, diría que esperaba algo así, lo cual me dice que es más observadora de lo que creía. Se recuesta en su asiento y sonríe con suficiencia.

—El juego y las reglas las elegisteis vosotros, yo solo pedí dos cosas: que me dejéis venir a vuestra guarida de lobos como una más y que me cambiéis el apodo.

—Todavía no has ganado —apunta el imbécil sentado a su derecha. Creo que se llama Max o Matt, qué coño sé. Ella levanta las cejas.

—Tío, tienes puestos solo unos calzoncillos, yo diría que sí he ganado.

—¡Y una mierda! —se queja incorporándose y acercándose a ella en clara amenaza. Doy un paso adelante y Alex me aprieta el brazo con fuerza.

—Espera un poco más —musita.

Vega echa su silla hacia atrás y se levanta con parsimonia, como si la situación le aburriese. Él le saca casi una cabeza de altura, pero a ella no parece importarle lo más mínimo.

—Os he ganado limpiamente, ¿tienes el ego herido? Jódete y asúmelo.

—¿Quieres ver por dónde puedo meterte mi ego, princesita?

Ella sonríe y, de repente, él se contrae hacia delante y pierde todo el color de la cara cuando Vega le agarra la entrepierna. Oliver, al que solo le falta la camiseta, ríe a carcajadas desde su silla.

—Vaya, tío, parece que te tiene cogido por los huevos, yo de ti me rendiría.

—Vamos a dejar una cosa clara —advierte Vega en la cara de mi hombre, que comienza a ponerse roja—. A partir de ahora te dirigirás a mí con el mismo respeto con el que te diriges a tus compañeros. No quiero más, pero tampoco tendré menos. ¿Lo has entendido? —pregunta apretando un poco más su agarre.

—Sí. —El sonido que sale de su garganta es más un graznido que una afirmación y todos los que están en el comedor se ríen, incluidos Alex y yo.

—Y otra cosa, chaval. Para que quede claro, tu ego es mucho más grande que tu polla.

Lo suelta igual de rápido que lo ha cogido y se sacude las manos con asco. Mis hombres la observan con admiración y no sé si es consciente de que con esa actuación acaba de ganarse a una buena parte de ellos.

—Reina, ese será tu apodo a partir de ahora. —Oliver se levanta y le estrecha la mano—. Por mí puedes pasarte por aquí cuando quieras.

Vega le sonríe en respuesta y yo vuelvo a ponerme en tensión al ver la cara de lelo que se le queda a él. «Aléjate de ella».

El tío que gemía agarrándose los huevos se ha recuperado levemente y cuando capto su intención de arremeter de nuevo contra Vega, decido que ya he tenido bastante.

—Un hombre de verdad sabe cuándo lo han derrotado. Si no eres capaz de ver eso, sal por la puerta y no vuelvas a acercarte a esta Hermandad. ¿De verdad pretendías atacar por la espalda como un cobarde?

Todas las miradas están ahora puestas en mí. La mayoría son de sorpresa, alguna de miedo y la de Vega… es indescifrable, como la mayor parte de las veces. Me jode haberme entrenado toda la vida para leer a las personas y no ser capaz de hacerlo con ella, me jode lo dura que se me ha puesto cuando la he visto reducir a un hombre entrenado con una sola mano y me jode sentir orgullo porque se haya ganado el respeto de algunos de mis soldados más inflexibles.

—Tienes razón, jefe.

—Recoged esta porquería e iros a la cama y tú… —la miro— te vienes conmigo.

Le doy a mi primo un par de instrucciones que lo mantendrán ocupado aquí durante un rato y salgo con Vega a mi espalda.

Andamos en silencio en dirección a la casa y esta vez, soy perfectamente consciente de lo que me rodea. Me rodea su olor a lavanda y me rodean las imágenes de lo que acaba de ocurrir: ella sentada en una mesa junto a varios de mis hombres semidesnudos, ella sonriéndole a Oliver, mi primo insinuando la posibilidad de llevársela a la cama…

Cierro la mansión de un portazo y, sin darle tiempo a pensar, la aprisiono contra la pared de la entrada a la vez que mis labios encuentran los suyos y se mueven con desesperación. Ella responde al beso con las mismas ganas y sus manos se aferran a mi nuca y a mi hombro con fuerza. Nuestras lenguas se encuentran mientras nuestros cuerpos ondean buscando más fricción.

En mi vida he necesitado tanto a alguien.

Meto la mano por debajo de las sencillas mallas que lleva puestas y comienzo a masajear su clítoris por encima de su ropa interior.

—Si llego a saber que ibas a tratarme tan bien, te hubiese recibido desnuda en tu cama —susurra en mi oreja y después tira del lóbulo con sus dientes.

—Si un día me recibes así, prometo atarte a mi cama y no dejarte salir de ella hasta que me lo ruegues.

—No sueñes, nunca me oirás rogarte.

Cuelo la mano por debajo de sus braguitas y le acaricio de forma más intensa, repartiendo su humedad por todo su sexo. Gime cuando meto dos dedos en su interior y comienzo a bombear mientras le muerdo el cuello, demasiado excitado para ser gentil.

—¿Seguro que no vas a rogar?

—Nunca —afirma entre jadeos.

Froto su clítoris con la palma de la mano mientras sigo penetrándola con los dedos y bebiendo los ruiditos que salen de su boca. Es la cosa más sexy que he visto en mi vida y la tengo toda para mí.

—Córrete, mi reina.

Mis palabras son como una orden para ella y se deja llevar mientras clava las uñas en mi espalda. Verla deshacerse en mi mano me vuelve loco y la beso con fiereza mientras le quito la camiseta y el sujetador.

Muerdo uno de sus pezones y ella grita atrayéndome aún más hacia su cuerpo. Después lo soplo, lo beso y le doy cariño con mi lengua. Podría pasarme horas adorando sus tetas, pero mi reina tiene otros planes para nosotros. Me desabrocha los pantalones con pericia y los baja hasta el suelo, llevándose por el camino también mis calzoncillos.

Antes de que haya podido decir nada, la tengo arrodillada frente a mí, relamiéndose mientras mira mi polla como si fuese un pastel de chocolate. La coge con seguridad y me acaricia de arriba abajo con mimo mientras observa sus propios movimientos, los cuales me tienen absolutamente embelesado. Su lengua se une a la escena y me lame despacio. Yo tengo que hacer un esfuerzo enorme por no correrme sobre ella. Me observa satisfecha al ver que aprieto la mandíbula y la muy descarada tiene el morro de sonreírme. Puede que sea ella la que está arrodillada frente a mí, pero los dos sabemos que ahora mismo tiene todo el poder y que soy yo el que está a punto de rogarle.

—¿Cómo te gusta? —pregunta tras succionar sobre mi glande como si fuera una puta pajita.

—Joder, profundo. La quiero tan dentro de tu garganta que pueda ver lágrimas asomar de tus ojos.

—Tus deseos son órdenes, jefe. —Sonríe maliciosa y rodea con sus labios mi miembro.

Observo a la vez que siento cómo me va tragando poco a poco hasta llegar al lugar en el que le he pedido estar. Mis palmas pican y le agarro el pelo con una mano para guiar sus movimientos y que estos se vuelvan más rápidos y más profundos.

La sensación de estar follándole la boca es tan brutal que estoy a punto de dejarme ir, pero en el último momento, salgo de ella y la levanto de las axilas para ponerla a mi altura. Saco un condón del bolsillo trasero de mi pantalón y, antes de que pueda darse cuenta, estoy embistiendo dentro de ella. Sube las piernas hasta anclarlas alrededor de mi cintura y me lame el cuello de la misma forma que ha lamido mi polla, trayéndome esa misma imagen a la mente.

—Tu turno, ¿cómo lo quieres? —pregunto yo esta vez mirándola a los ojos.

—Lo más fuerte que puedas dármelo.

—Joder, eres la puta perfección.

Apoyo su espalda contra la pared y empiezo a embestirla como si me fuera la vida en ello. Sus gemidos se convierten en gritos y se mezclan con los míos. Me importa una mierda quién pueda oírnos; de hecho, me encantaría que mi primo entrara en este mismo momento y viera a quién pertenece la Reina. Mi reina.

Su lengua se mezcla con la mía y recuerdo la noche en que me dijo que los besos le daban asco, no lo parece cuando succiona mi labio inferior para después lamerlo. Mi saliva se mezcla con la suya, y cuando siento que no puedo aguantar más, cuelo mi mano entre

los dos y acaricio su clítoris mientras me entierro con fuerza en su coño mojado. Escuchar cómo se deshace entre mis manos es el detonante para mi propio orgasmo.

Este ha sido el mejor polvo de mi vida.

—Joder. —Apoya la cabeza en la pared que tiene detrás y me mira sonriente.

—Joder —respondo complacido al ver su cara de satisfacción.

Tras haber recuperado el aliento, la ayudo a poner los pies en el suelo y ambos recogemos nuestra ropa. Cuando veo que está a punto de vestirse, la sujeto del antebrazo para impedírselo.

—No he terminado contigo.

—Yo tampoco he terminado contigo —me reta mirándome a los ojos con la barbilla en alto—, pero no pienso caminar desnuda por esta casa llena de gente. Te espero en tu habitación, trae algo de comer.

Se pone solo la camiseta, que apenas le tapa el culo, y se marcha contoneando las caderas y dejándome completamente a su merced.

18

VEGA

Me despierto agotada y desorientada a partes iguales y me sorprendo al darme cuenta de que estoy en la habitación de Liam y de que él duerme tranquilo a mi lado con la palma de su mano extendida sobre mi abdomen. Miro la hora en el reloj que lleva puesto en la muñeca y descubro que apenas hace cuarenta minutos que conseguí dormirme. Como el sexo entre nosotros se convierta en una costumbre y siga empeñado en no dejar que después me marche a mi habitación, voy a acabar pareciendo un muerto viviente. Aun así, me resulta increíble haber sido capaz de descansar algo teniéndolo a mi lado.

Anoche registré parte de su habitación mientras él preparaba algo de picar para los dos y no encontré nada excepto un par de armas escondidas en el doble fondo de su armario. Ningún documento, nada que me acerque a mi objetivo.

Me muevo, repentinamente irritada. Me estoy acomodando demasiado. Llevo semanas aquí y no he conseguido más que mierda. Sí, estoy cada vez más cerca de Liam, pero la información no fluye en absoluto. La desesperación y la culpa se van apoderando

de mí y decido que es hora de intervenir. Le gusto, quizá pueda jugar esa baza a mi favor.

—Liam, ¿estás bien? —pregunto zarandeándolo mientras finjo preocupación—. Ya está, es solo un sueño, despierta.

Se incorpora sobresaltado y me mira como si no me reconociese. No sé qué estaría soñando, pero que te despierten a gritos es suficiente para alterar a cualquiera.

Se frota los ojos.

—¿Qué ha pasado? —A juzgar por su expresión, mi actuación está siendo de Oscar.

—Estabas soñando y debía de ser con algo horrible. Gritabas cosas que no he podido entender y decías algo sobre que un socio nos estaba atacando.

Se aparta de mí bruscamente y se sienta a un lado de la cama, con los pies en el suelo y los codos apoyados en las rodillas. Se mesa el pelo frustrado y suspira de forma pesada.

No estoy segura de que vaya a funcionar, sin embargo, me arrodillo a su lado y le acaricio el hombro con cariño, fingiendo empatía.

—Tranquilo. Sea quien sea, no está aquí. Ha sido simplemente un sueño.

—Lo sé, es solo que yo nunca hablo en sueños.

—¿Debería preocuparme? —Se gira para mirarme y me esfuerzo por mostrarme lo más natural posible—. Te recuerdo que soy tu guardaespaldas. Si ese socio tuyo es una amenaza para ti o para Alex, me gustaría saber a qué me enfrento.

—Se llama Feng y no es alguien a quien quieras tener a tu alrededor. Espero que no tengas que conocerlo nunca, pero si se

diera el caso, no te quedes a solas con él. ¿Me has entendido? —Le hago un gesto de asentimiento y la mano que ha colocado sobre mi muslo se relaja un poco—. De todas formas, no debes preocuparte, lo tengo controlado. Y otra cosa —añade levantándose de la cama y creando distancia entre ambos—, no volverás a pisar la caseta si no es acompañada por mí.

—Ni de coña. ¿Has oído mi nuevo apodo? Ahora soy una de ellos.

—Y me alegro, no lo tenías fácil. Pero mis hombres pueden llegar a ser un poco intensos y ese no es lugar para ti.

—¿Te refieres a que a veces son unos cerdos? —Sonrío para aligerar la tensión—. No te preocupes, lo sé y no pensaba unirme a ninguna de sus fiestecitas. Me conformo con poder pasarme a jugar al billar o al póquer cuando desapareces. No quiero morirme de aburrimiento, ¿sabes?

—Vale.

—¿Vale? ¿Así sin más? —Lo miro perspicaz desde la cama mientras él saca una camisa de su enorme armario y comienza a ponérsela.

—Sí, a partir de ahora vendrás a todas partes conmigo. Así no tendrás tiempo de aburrirte.

—Ni de coña pienso convertirme en tu sombra.

Cuando la última palabra sale de mi boca, mis músculos se paralizan por un segundo, como si hubiese cometido un error imperdonable… El error no ha sido decir mi nombre, sino haber reaccionado después.

Me levanto como si nada buscando mi ropa, que encuentro desperdigada por el suelo. Sé que se ha dado cuenta de que algo ha

cruzado mi mente, es demasiado observador para no hacerlo, pero intenta disimular de la misma forma que yo lo hago.

Termino de vestirme y, cuando estoy a punto de alcanzar la puerta para marcharme a mi habitación, me coge de la mano y me gira para que quede frente a él. Su otra mano me acuna la mejilla y sus labios se posan en los míos en un beso dulce que me deja totalmente descolocada.

—Salimos a las ocho y veinte, no me hagas esperar.

No atino más que a asentir y marcharme de aquí lo más rápido que puedo.

«¿Qué coño ha sido eso?».

Envío un mensaje a Sebas, me doy una ducha breve y me arreglo igual de rápido. Por suerte, no me han puesto uniforme y el único código de vestimenta que me exigieron fue el color negro, mi favorito. Elijo unos vaqueros, un suéter finito y unas botas moteras. Me hago la misma coleta alta que llevo a diario y me maquillo de forma sencilla.

Cuando llego al vestuario del gimnasio, Sebas ya me está esperando.

—Dispongo de poco tiempo —susurro y miro en todas direcciones comprobando que estamos solos. Sé que Sebas ya se ha encargado de hacerlo antes de que yo entrase, pero cualquier precaución es poca teniendo en cuenta lo que nos estamos jugando—. ¿Alba ha sacado algo de los micros que conseguimos poner la semana pasada en el despacho de Liam?

—Nada. Anoche ni siquiera pasó por allí.

—Mierda.

—¿Qué sucede? Te noto alterada, Sombra. ¿Crees que sospechan algo? ¿Estás en peligro?

—No, no es eso, aunque intuyo que Feng está a punto de aparecer y esta vez no se nos puede escapar. Me he tirado un farol con Liam y le he hecho creer que había dicho algo en mitad de una pesadilla. ¿Y sabes qué? No se ha sorprendido. Estaba molesto, pero no le ha extrañado la posibilidad de haber soñado con él. Eso solo puede significar que lo tiene en mente. Está cerca, Sebas. Debemos permanecer más atentos que nunca. Avisa al equipo. Intentaré escaparme mañana por la noche.

—Sombra —me llama cuando estoy a punto de irme—. ¿No estás yendo demasiado lejos? Meterte en su cama es…

—Iré tan lejos como sea necesario —lo corto de forma tajante—. No os pido que hagáis lo mismo, pero sí que cumpláis vuestro cometido. Ahora ve y alerta al equipo.

—Tu tío y Lucas…

—¡Joder, Sebas! Lidiaré con ellos cuando sea el momento. Ahora, te he dado una orden y no recuerdo haber pedido tu opinión al respecto.

Niega, pero se va sin replicar y sé que hará exactamente lo que le he dicho.

Vuelvo a la mansión unos minutos antes de lo previsto, justo a tiempo para tomarme un café y esperar en el vestíbulo. Liam y Alex salen del despacho y yo cruzo los dedos para que hayan estado hablando de algo que nos sirva para localizar al escurridizo de Feng.

—Buenos días, Vega, qué guapa estás hoy —me saluda Alex con su característico buen humor—. Ayer dejaste a los chicos

impresionados. No paran de hablar de ti, y no solo en sentido sexual, ya sabes.

Ambos nos sorprendemos al escuchar el gruñido que emite Liam, pero no nos da tiempo a reaccionar.

—Vámonos, el coche nos está esperando —ordena Liam y me quedo helada en el sitio. Ni siquiera me había planteado que ir con ellos implicaría subirme al coche en el que se trasladan habitualmente.

—Perdona, ¿cuánta seguridad te acompaña hoy? Me gustaría saber con quiénes voy a trabajar.

—Mi chófer y tú viajáis en el coche con nosotros, él también tiene entrenamiento y forma parte de mi equipo personal de seguridad. Iremos a la compañía; allí, en el mismo garaje, nos esperan dos más de mis hombres. Nunca serás mi única guardaespaldas, todo el equipo trabaja en parejas.

Alex parece sorprendido de que Liam haya respondido tan abiertamente a mi pregunta y yo no dejo de buscar algo que me sirva de excusa para no subirme en ese trasto metálico.

—Si no te importa, me gustaría ir en mi propio vehículo.

—No —responde tajante mirándome directamente a los ojos—. ¿Alguna petición más?

Mandarlo a la mierda no es una opción, así que me pregunto qué dosis de verdad sería conveniente proporcionarle.

—No me gustan los coches.

Me observa con detenimiento y sé que me está analizando de forma exhaustiva. Lo dejo hacer, justo en este momento no me importa lo que pueda descubrir.

—Alex, espérame fuera.

Su primo obedece, no sin antes regalarnos una mirada cargada de curiosidad. Y lo entiendo, Liam y yo hemos pasado de lanzarnos dardos envenenados a jugar a esta especie de tira y afloja que no sé dónde va a llevarnos.

Se acerca hasta quedar frente a mí.

—Y ahora que estamos solos, explícamelo. —Su tono es más suave, casi diría que suena comprensivo en lugar de enfadado.

—Es solo que no suelo subir en ningún coche, me ponen nerviosa.

—Lo entiendo. ¿Sufriste algún accidente?

—No me gusta hablar del tema. —Instintivamente, me cruzo de brazos, a la defensiva.

—Supongo que no, a nadie le gusta mostrar sus debilidades, pero no te describiría como una mujer insegura, sino todo lo contrario. Todos tenemos puntos débiles, Vega. Quiero ganarme tu confianza. Cuéntamelo y te juro que nadie más lo sabrá.

Su cuerpo está tan cerca que puedo notar el calor que desprende. Cierro los ojos y suspiro de forma pesada antes de abrirlos de nuevo.

—Mis padres murieron en un accidente de coche. Yo estaba dentro, es todo.

Obvio que por aquel entonces existiese también una hermana a la que creí muerta; obvio que el hijo de puta de Feng se hiciera con ella de alguna manera y la vendiese a un puto burdel, convirtiendo su vida en lo que nunca debería haber sido. Y obvio que un día encontraré al monstruo y le haré pagar cada lágrima que Isabel tuvo que derramar durante todos esos años.

Hace tiempo que la ira sustituyó a la tristeza, pero tener a este hombre delante de mí, abrazándome con la mirada, me hace desear el apoyo que nunca recibí.

Su cuerpo se inclina sobre el mío y, a pesar de ser justo lo que necesito, doy un paso atrás, rechazando cualquier tipo de consuelo que estuviese dispuesto a darme.

—Puedes ir en tu moto, pero nos seguirás de cerca. No quiero ningún coche entre tu vehículo y el nuestro y llegarás a la oficina a la vez que nosotros. No más jugarretas como la de tu casa o se acabará cualquier tipo de libertad.

—¿Así, sin más?

—¿Siempre que te conceda algo vas a hacer la misma pregunta? —Sonríe de medio lado.

—Perdona si me sorprendo, no me pareces el tipo de hombre que hace concesiones.

—Bueno, quizá solo las haga con la Reina.

El día pasa de la forma más aburrida posible. Los hombres de su equipo de seguridad son huesos difíciles de roer y han permanecido todo el tiempo callados. Jacob, el asistente personal de Liam, ha tenido demasiado trabajo y Alex ha desaparecido a primera hora de la mañana y no lo he vuelto a ver. Liam ha entrado y salido de su despacho varias veces durante la jornada; de hecho, ha asistido a un par de reuniones fuera de las oficinas, pero cuando ha pasado a mi lado, ni siquiera ha echado cuenta de mi existencia.

Estoy muerta del aburrimiento y bastante cabreada por sus continuos cambios de tercio, cuando mi teléfono suena y veo en la pantalla que es él. Estoy tentada a dejarlo sonar para que pruebe un

poco de su propia medicina, pero finalmente mi parte racional gana la batalla, recordándome que estoy trabajando y que él es mi jefe. Cuando descuelgo, me da la dirección de un restaurante y me ordena que esté allí en media hora. Antes de que pueda decir o preguntar algo, me cuelga como el maleducado que es. Ni siquiera me ha dicho si tengo que ir sola o con algún compañero, por lo que cuando salgo del edificio, casi espero ver a alguno de sus matones siguiéndome.

Aparco la moto, me ajusto la coleta y llego a la puerta del restaurante con el casco en el codo. Observo la decoración interior a través de los ventanales que dan a la calle y hago una mueca al ver que se trata de uno de los sitios más pijos de la ciudad: manteles blancos de hilo, cubremanteles en color vino tinto, copas de cristal, tropecientos cubiertos en la mesa y lámparas de araña que cuelgan del techo. Después, contemplo mi propio reflejo y rezo para que mi jefe no me obligue a entrar en *pijolandia* de esta guisa.

Todavía estoy pensando en ello cuando mi amigo, el señor Simpatía, sale a mi encuentro. Hacía días que no lo veía, pero su semblante no ha cambiado en lo más mínimo. Es alto, mucho más que yo; tiene la espalda ancha y la cabeza rapada. Su nariz es algo desproporcionada para el tamaño de su cara y sus ojos de un tono marrón bastante común.

—Sígueme —ordena. Se da media vuelta y echa a andar de nuevo hacia el interior del local, sin esperar una respuesta por mi parte.

Ni de coña voy a seguir a este patán solo porque me lo diga.

Me quedo de brazos cruzados, mirando en su dirección hasta que parece darse cuenta de que no le sigo. Solo entonces, se da la

vuelta y me observa confuso, como si no hubiese contemplado la posibilidad de que pudiese negarme a su mandato. «Imbécil presuntuoso».

—Al jefe no le gusta esperar, así que tienes dos opciones, me sigues o te llevo a rastras —sentencia tras volver a mi lado para evitar que el resto de las personas que esperan en el vestíbulo puedan escucharle.

—Vaya, pensé que el silencio te hacía parecer un hombre antipático, pero es mucho peor cuando hablas. Dile a tu jefe que solo respondo órdenes suyas, no de sus lacayos.

—Joder, eres exasperante. ¿Te dijo o no que vinieses aquí?

—Sí —concedo.

—Pues entonces estás siguiendo órdenes suyas, no mías. Me ha mandado a guiarte hasta el reservado en el que se encuentra y lo único que tengo claro es que, si vuelvo sin ti, las consecuencias no van a gustarnos a ninguno de los dos.

—Si me hubieses explicado las cosas desde el principio, te hubiese acompañado sin quejarme. Anda, vamos, no hagamos esperar al jefe.

Dejo mi casco en manos de la chica que recibe a los clientes, que lo mira como si le hubiese entregado la mismísima cabeza del diablo, y me marcho tras el señor Simpatía antes de que ella pueda protestar.

Cuando llegamos a la doble puerta del reservado, mi compañero me la abre y me hace un gesto caballeroso para que pase, quedándose él fuera.

Liam está sentado en una mesa montada para dos comensales. Cuando las puertas se cierran a mi espalda, se levanta y espera a

que el camarero me aparte la silla.

—¿Esto significa que quieres que coma contigo?

—No sé cómo has llegado a esa conclusión —responde con burla. Pongo los ojos en blanco y me siento, sin aceptar la ayuda del camarero—. Una botella de agua fría para mí y…

—Beberé agua también, gracias.

Su teléfono comienza a emitir notificaciones y pasa unos minutos leyendo y escribiendo mensajes. Yo ocupo el mismo tiempo en observarlo con detenimiento. Lleva un traje a medida que le sienta muy pero que muy bien, una camisa blanca y una corbata que se ha aflojado ligeramente. Lleva fijador en el pelo, pero ni el más fuerte de ellos conseguiría mantener a raya todos esos rizos que han comenzado a volverme loca. Quiero pasarle la mano por el pelo y alborotárselo para dejarlo tal como debe estar, como me gusta.

El camarero entra con nuestros platos y Liam guarda el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. Me quedo mirando el mío, pues no he pedido nada.

—Son *gnocchi* de patata y trufa. Dijiste que te gustaba la pasta.

Me aguanto las ganas de reprocharle que soy perfectamente capaz de elegir mi propia comida y, en lugar de ello, pruebo un *gnocchi.* La mezcla de sabores estalla en mi paladar. Cierro los ojos para evitar gemir delante de él, estoy experimentando un orgasmo culinario, pero Liam no tiene por qué ser testigo.

—Deliciosos. Y ahora, ¿vas a contarme qué hago aquí en lugar de estar fuera con el resto de mis compañeros?

—Me apetecía cenar contigo.

—¿Qué hay de mí? Podrías haberme preguntado si me apetecía, ¿no crees?

—No lo pensé —dice con un encogimiento de hombros que denota lo poco que le importa mi opinión. Después, se mete un trozo de carne en la boca y lo mastica despacio, mirándome a los ojos—. Vega, trabajas para mí las veinticuatro horas del día y yo acostumbro a cenar. En lugar de enfadarte como una niña malcriada, ¿por qué no lo disfrutas? Apuesto a que es más placentero estar aquí sentada conmigo que fuera esperando a que yo me canse de comer.

—Tal vez. —Me muerdo el carrillo para evitar sonreír, pero se da cuenta.

—Oh, eso significa que hoy lo has pasado bien con mis chicos, ¿te han contado muchas cosas?

Lo miro y no puedo creer que lo que estoy pensando sea verdad.

—¿Les has dicho que no hablen conmigo? ¿Cómo has sido capaz? He pasado el día aburrida como una ostra, casi creía que me había quedado sin voz de no usarla.

—Bueno, ellos tienden a distraerse cuando estás cerca. Si no, recuerda lo que pasó ayer en la caseta, entré allí y nadie se dio ni cuenta.

—Oh, ahora lo entiendo todo. El señor tiene el ego herido porque *sus chicos* —exclamo poniendo énfasis en la última palabra— me estaban haciendo caso a mí en lugar de estar atentos a los caprichos del jefe. ¿Es eso? ¡Madura!

Tensa la espalda y soy consciente de que me he dejado llevar por el tira y afloja que nos traemos entre manos.

—Si me hablas así delante de alguno de mis hombres, tendré que ponerte en tu sitio, estás advertida.

—Lo entiendo. No lo haré.

Asiente y ambos terminamos lo que queda de nuestra comida en silencio. Mientras lo hacemos, pienso alguna forma de recuperar el buen ambiente que había entre nosotros esta mañana. Lo necesito receptivo si quiero sacarle información y puede que retarle constantemente no sea la mejor manera de conseguirlo.

—El *coulant* de chocolate con fresas estaba delicioso. A lo mejor puedes pedirle a tu chef que lo prepare alguna vez.

—No hagas eso.

—¿El qué? —pregunto desconcertada.

—Llenar los silencios con cualquier conversación banal, lo odio y no va contigo.

Dejo la servilleta sobre el plato y separo un poco la silla para acomodarme.

—Está bien, ¿vas a decirme para qué me has traído en realidad? Si querías comer en silencio, no hacía falta que yo estuviera aquí. Te recuerdo que no he pedido venir. De hecho, odio los restaurantes de alta cocina, soy más de comer algo casero sentada en la alfombra con unas mallas y una camiseta cómoda. Esto —señalo a nuestro alrededor— eres tú, no yo.

Se echa hacia atrás y apoya la espalda en su silla antes de responder.

—No sé por qué te he pedido que vinieras. Solo sé que me apetecía pasar un rato contigo y aquí podemos estar solos.

—De acuerdo.

Lo miro a los ojos y el verde que contienen se vuelve agua. Casi puedo ver olas alrededor de sus pupilas.

—Esta mañana me has contado una parte de tu pasado y sé que no ha sido fácil para ti. Me gustaría devolverte la confianza que me

has regalado haciéndote la misma concesión. Pregúntame algo que quieras saber.

—¿Cualquier cosa?

—Puedes preguntar lo que quieras y haré lo posible por responderte. Tal vez no te dé toda la información, pero prometo que no voy a mentirte.

Sé que no puedo volver a interesarme por Feng, y mucho menos por el tipo de relación que tiene con él, aunque eso es lo que más me gustaría saber. Pienso en mis opciones, no voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Háblame de tus hombres, de por qué su lealtad hacia ti parece construida de piedra. ¿Por qué los llamas hermanos?

—Porque lo somos. Cualquiera de ellos recibiría una bala por mí y yo haría lo mismo por ellos. —Su respuesta me sorprende, ¿de verdad se arriesgaría por ellos o es la imagen que vende para ganarse su lealtad?—. Heredé una parte de lo que poseo de mi padre, pero él tenía una visión muy diferente a la mía sobre los negocios y también sobre la vida. Sus trabajadores eran peones a los que movía de un lado a otro del tablero, sacrificando a los que hiciera falta en cada jugada. Era un hombre violento e impredecible. Algunos de sus hombres se mantenían a su lado por miedo, hasta que un día, hubo un motín y mi padre acabó muerto.

—Entiendo por tus palabras que no te pareces en nada a él.

—No te confundas, no soy una buena persona. Todo lo que hago es por interés personal o porque beneficia a la Hermandad. Persigo mis objetivos y uno de ellos es conseguir que mis negocios sean lo más lucrativos posible. Lo que me diferencia de mi padre es que él dirigía un tablero de ajedrez y yo lidero una Hermandad. Los

hermanos mayores son los que tienen mayor rango en la organización, los que llevan tiempo conmigo y se han ganado mi confianza.

—¿Y cómo reclutas a tus hombres? Porque no creo que pongas un anuncio en el periódico.

—No, listilla. Recojo a chicos de la calle, normalmente recién salidos de orfanatos, de reformatorios o que vienen de familias disfuncionales de las que tratan de huir, y les ofrezco la opción de pertenecer a una comunidad.

—Una comunidad que en realidad es una mafia.

—Son mayores de edad y pueden elegir. Les proporciono un lugar para vivir, comida, entrenamiento para defenderse y formación educativa para quienes la quieren. Es mucho más de lo que encontrarían en la calle.

—¿Puedo ser sincera?

—Por favor.

—Suena a chantaje. ¿Todos aceptan?

—No, y no estoy diciendo que me lleve a todos los putos huérfanos del país. —Sus palabras golpean justo donde duele. Esos chavales necesitan apoyo, no alguien que les envenene la cabeza y les obligue a hipotecar su vida para siempre—. De hecho, ahora mismo tengo hombres suficientes para montar un ejército, pero creo que los chicos necesitan una oportunidad, alguien que les ayude a recuperar la autoestima que les robaron durante sus primeros años de vida, alguien que los guíe para que puedan tener la posibilidad de sobrevivir de forma digna.

—Tienes razón, no eres una buena persona.

Nos quedamos en silencio, mirándonos como si intentásemos convencernos entre nosotros, hasta que su teléfono suena. No escucho lo que dice el que está del otro lado, pero a Liam no le gusta. Me ordena que me levante y me coloque detrás de él. No pregunto, solo sigo la orden porque el que habla ahora ya no es el hombre con el que estaba conversando hace un minuto, sino el mafioso.

Todavía no he llegado a mi lugar cuando la puerta se abre de golpe, e instintivamente saco mi arma y apunto al tío que acaba de irrumpir en el reservado. Lo que encuentro al fijar la vista al frente hace que mi corazón lata de forma violenta.

El puto Feng está parado a solo unos pasos de mí, con la mirada puesta en Liam. Mis manos se aprietan alrededor de la pistola y mi respiración se vuelve incontrolable. No puedo creer que lo tenga aquí mismo, justo al otro lado del cañón de mi arma.

—Vaya, menudo recibimiento. —El hijo de puta sonríe cuando advierte mi presencia amenazante. Su mirada lasciva se pasea por mi cuerpo como si yo fuera tan solo un pastel detrás de una vitrina, y siento el odio convirtiéndose en una bola viscosa en el pecho.

—Me hubiera preparado para recibirte si me hubieses avisado de que venías —afirma Liam en tono cortante.

—Ay, lo siento, se me debió olvidar —se burla Feng—. Pero ya que estoy aquí, ¿qué te parece si le dices a tu puta que deje de apuntarme y charlamos un rato? Ven, nena, siéntate en mis rodillas.

Soy consciente de que hay dos hombres detrás de Feng apuntándome y que cualquier movimiento en falso por mi parte será un suicidio asegurado. Aun así, no me muevo, nadie lo hace por unos segundos hasta que escucho el suspiro de Liam a mi lado.

—Baja el arma.

No puedo. Por fin tengo delante al responsable del sufrimiento y la muerte de mi hermana. Llevo años buscando a este hombre y planificando mil y una maneras de matarlo. Quiero luchar con él cuerpo a cuerpo hasta que quede postrado en el suelo; quiero lanzarle mis cuchillos uno a uno y ver el terror en sus ojos cada vez que se claven en su piel, y quiero terminar con este monstruo lentamente, mientras lo miro a los ojos diciéndole que todo es por Isabel.

Quizá no pueda ejecutar mi venganza tal como me la había imaginado, pero sí tengo la posibilidad de apretar el gatillo y ver cómo se le escapa la vida en segundos. La misión terminaría con un éxito rotundo y yo moriría a manos de sus guardias sin ningún remordimiento. No, no puedo hacer lo que Liam me está pidiendo.

Mi corazón late acelerado, lo escucho en mi cabeza como si se tratase de una bomba a punto de estallar. Este es el hombre que secuestró a Isabel, es el hombre que la llevó a un burdel y alentó a otros a que la tocaran y la violaran, convirtiéndola en lo que nunca debió ser. Seguramente fue también uno de ellos… Hizo que su vida entera supusiera una tortura para ella y es el responsable de que muriera de la peor forma posible. Si hay alguien que merece morir hoy, es él. Aunque mi vida vaya tras la suya, habrá merecido la pena.

—¡Soldado! —espeta Liam sacándome de mis pensamientos—. He dicho que bajes el arma y salgas de aquí. ¡Ahora!

Uno de los hombres de Liam me pone la mano en el hombro y aprieta más de la cuenta para obligarme a reaccionar. Todavía no he sido capaz de despegar la mirada del monstruo que tengo delante,

es como si una fuerza me impidiera hacerlo, la misma que no me permite bajar la mano y dejar de apuntarlo.

Estoy a solo medio segundo de terminar con todo cuando sonríe. El puto cerdo eleva la comisura de su asquerosa boca y sonríe, como si mi actitud le divirtiese, como si hubiese esperado que yo hiciese justamente esto. Y es entonces cuando me doy cuenta. Esto no puede finalizar así. Necesito que deje de respirar, pero no solo eso. Debo acabar con cada uno de sus locales, con la red completa de narcotráfico, debo destruir su imperio, y sin información, nunca podré hacerlo.

Retiro la mirada del monstruo y obedezco a regañadientes. Es lo más difícil que he tenido que hacer en mucho tiempo, sin embargo, en el fondo sé que es lo correcto. Su muerte me traería la venganza que tanto necesito, pero no salvaría a los cientos de mujeres que todavía están en su poder pasando por lo mismo que pasó mi hermana.

Mi compañero me empuja hacia la puerta y no dejo de andar como una autómata hasta que estoy en la calle. Solo entonces, me apoyo en la fachada del restaurante y respiro profundamente. Levanto las manos y las observo, tiemblan de forma descontrolada. Inspiro y espiro varias veces más hasta que me aseguro de recuperar el control de mí misma. Tras lograrlo, saco el móvil y llamo a Lucas.

—Os necesito a todos en mi ubicación. Feng ha hecho acto de presencia. Está en un reservado, en el restaurante, con Liam. Tiene dos hombres dentro, dos más en la puerta y… —Miro a mi alrededor, observándolo todo con atención—. Veo tres coches en la acera de enfrente, demasiados efectivos para una visita social. Puede que

haya un francotirador en alguno de los edificios de la zona y también tendrá hombres en la calle de atrás del restaurante. Hay una salida trasera, quizá les espera un coche allí. Necesitaremos más activos, Lucas, pero tenéis que llegar ya porque no sé lo que ha venido a hacer, cuánto tardará en desaparecer ni cuándo volveremos a contar con una oportunidad como esta. ¡Corred!

—Joder, ya vamos. —Oigo su voz cuando estoy a punto de colgar —. Ponte a cubierto.

19

LIAM

Feng sigue a Vega con la mirada hasta que ella desaparece tras la puerta del reservado.

—Mmm, esa putita tuya tiene carácter. Espero que me la cedas cuando te canses de ella. Pocas cosas disfruto más que domar fieras. —Se ríe y yo aprieto los puños, que permanecen sobre mis rodillas, fuera del alcance de su vista.

Sabía que la actitud insolente de Vega había conseguido llamar su atención. ¿Qué mierdas le pasó por la cabeza al encañonarlo? Podría haberla matado en dos segundos y no sé si habría llegado a tiempo de salvarla. Algo en ese pensamiento me corroe por dentro, dejando un vacío en mi estómago difícil de digerir.

Feng sonríe divertido y me cago en mis muertos porque esto no es lo que tenía que pasar. Es un hombre sádico y obsesivo, sobre todo con el sexo opuesto, y esa combinación puede ser el final de Vega si no hago algo para remediarlo. Él nunca tendría que haberla visto.

—Es solo un soldado más —apunto tratando de sonar indiferente.

—Apuesto a que mi polla queda bien en esa boquita.

Contengo las ganas de arrancarle la cabeza y, en su lugar, levanto los hombros como si su afirmación no fuera conmigo.

—No creo que sea de las que se arrodilla.

—Ah, eso tiene fácil solución. Hace tiempo aprendí que, si después de la primera negativa les partes las piernas, se vuelven mucho más dóciles. De hecho, no vuelven a levantarse.

Su risa histriónica resuena por toda la habitación y me pienso en serio lo de dispararle a la cabeza y librar al mundo de este gilipollas. En cambio, decido ir al grano y despacharlo lo antes posible.

—¿A qué debo tu visita?

—Vale, sí, ya sé que no te gustan las conversaciones banales. Me he enterado de que estás a punto de crear un arma muy precisa y letal y no me habías dicho nada. La quiero.

Apoya los brazos en la mesa y me mira fijamente a los ojos.

—No recuerdo haber anunciado ni ofrecido algo parecido.

—Vamos, Liam. Los dos sabemos que es cierto. Y para que veas que vengo con buena voluntad, te diré que ha sido Hernández quien se fue de la lengua. Jugar al ratón y al gato solo va a hacer que esta conversación sea más larga de lo que debería.

—Creo que llevamos ya algún tiempo jugando a ese juego, ¿o me lo vas a negar?

Observo su reacción, no sonríe, pero sé que le gusta cómo se está desarrollando la situación; al fin y al cabo, es un puto psicópata y, si a mí se me da bien leer a la gente, él es el amo de la manipulación y el engaño.

—Oh, me alegra que hayas descubierto que era yo. Has resultado ser un ratón muy escurridizo.

—Pensé que éramos socios.

—Y lo somos, pero me di cuenta de que no me tomabas en serio cuando creaste un arma así y no contaste conmigo como comprador. Me decepcionaste, Liam, y lo reconozco, eso me enfadó y me llevó a tomar decisiones un poco feas.

—Intentaste secuestrarme o matarme, no estoy seguro.

—Bueno, vale, es verdad que así no se hacen las cosas entre socios, pero ahora estoy aquí y quiero negociar contigo, se nos da mejor que pelear. ¿Cuánto por los planos y las fichas técnicas?

—Pensé que querías mi laboratorio.

—Sí, pero te lo has llevado y no consigo rastrearlo. Además, tengo gente capaz de hacer el trabajo si le doy las herramientas que necesitan. ¿Cuánto?

Soy consciente de que una negativa por mi parte implicaría una guerra entre nuestras organizaciones y que no pararía hasta descubrir la ubicación del laboratorio y hacerse con todo. También sé que tengo un topo entre mis filas, o más de uno, y que eso pondría la balanza a su favor. No me queda más remedio que ceder.

—Amapola estará lista en unas cuatro o cinco semanas. Cuando llegue el momento, te haré una demostración de lo que mi arma puede hacer y, solo entonces, negociaremos el precio.

Se lo piensa mientras me evalúa y, después de un par de minutos, asiente y se marcha igual de rápido que ha llegado.

En cuanto sale por la puerta del reservado, entra Alex. Sabía que Josh lo habría llamado. Le cuento lo que acaba de pasar y me mira con preocupación.

—No creo que venderle Amapola a un hombre como Feng sea la mejor idea. Sabes que no dudará en utilizarla contra nosotros, ¿verdad?

—Lo sé, pero negarme no era una opción y necesitaba ganar tiempo para planificar una estrategia que nos permita salir de esta.

Cruzamos el restaurante y, justo al llegar a la salida, me llama la atención una moto que cruza la calle a toda velocidad.

—Dime que esa no era Vega.

Josh viene corriendo en nuestra dirección con la cara desencajada.

—No sé lo que ha pasado, jefe. Estaba descontrolada. Primero ha asegurado que se encontraba mal y que se iba a casa. Cuando le he dicho que tenía que esperar tu autorización, se ha puesto nerviosa. Estaba dispuesta a marcharse a toda costa, así que al final la hemos metido en el coche mientras esperábamos a que salieseis.

—¿Me estás diciendo que la has metido a la fuerza en un puto coche? ¿Es eso lo que me estás diciendo? —pregunto acercándome tanto a él que puedo leer el miedo en sus ojos. ¿Cómo ha podido cagarla tanto?

—Yo… Me diste órdenes de no dejarla nunca sin vigilancia, y con Feng ahí dentro no podía enviar a nadie a seguirla. —Mierda—. El problema ha sido que en cuanto ha entrado en el coche ha empezado a hiperventilar. Creía que le estaba dando un ataque de ansiedad, así que he abierto la ventanilla para que entrara algo de aire y la muy hija de…

—Más te vale no terminar esa frase —amenazo cogiéndolo del cuello. Me da igual estar en medio de la calle, me da igual todo a estas alturas.

—Me ha dado una patada en la cabeza, ha salido por la ventanilla y se ha largado en su moto. Esa que has visto era ella.

Hago más presión sobre su cuello hasta que escucho a Alex llamándome. Me giro y lo veo en el interior de un SUV con la ventanilla bajada.

—Puse un localizador en su moto, así que deja de amenazar al pobre infeliz y sube. La encontraremos.

—Conduzco yo, tú diriges.

Se cambia al asiento del copiloto, me subo y salimos de allí acelerando al máximo. No sé si el ataque de ansiedad ha sido real, provocado por su fobia a los coches, o solo se ha tratado de una farsa para salirse con la suya y escapar. Sea como sea, me debe muchas explicaciones. He visto cómo miraba a Feng mientras lo apuntaba, había odio en su mirada y eso no es lo que un guardaespaldas sentiría ante una amenaza cualquiera. Ha desobedecido mi orden cuando le he pedido que bajase el arma, es como si no estuviese escuchando, como si hubiese algo más en su cabeza.

«¿Qué escondes, Vega?».

La encontraré y, cuando lo haga, tendrá que responder bastantes preguntas.

—Gira a la derecha —ordena mi primo sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono—, la interceptaremos al final de Bedford road, pero ve más despacio, joder, que quiero llegar vivo. —Hago un giro brusco y se agarra al salpicadero—. Vale, ¿vas a explicarme por qué coño es tan importante que no se escape? Creo que es de fiar, Liam. Si hasta se ha ganado el respeto de la mayoría de nuestros hombres.

—Cállate y encuéntrala.

Veo su moto al final de la calle y acelero para acortar la distancia. Esquivo dos coches y me meto en contradirección para no atropellar a un peatón. Vuelvo a mi carril justo cuando un camión se acerca demasiado a nosotros.

Ya la tengo, casi la tengo. Pito para llamar su atención y en lugar de girarse, que es lo que pretendo para que vea que somos nosotros, acelera más y se pone a conducir como una kamikaze, obligándome a hacer lo mismo para no perderla. Gira a la izquierda y luego a la derecha hasta llegar a una calle menos transitada. Voy detrás sin dejar de pisar el acelerador.

Cuando Vega se mete por un callejón, calibro la anchura del mismo y la sigo. Nuestro coche cabe bastante justo, pero no es muy largo, así que espero llegar hasta el final. A mitad de camino, un saliente de la pared provoca que perdamos el retrovisor derecho.

—¡¿Pero te has vuelto loco?!

Ignoro las quejas de Alex e intento concentrarme en no perder a mi objetivo. La moto le hace ganar ventaja en algunos momentos, pero yo conduzco mejor en condiciones extremas; llevo haciéndolo desde los quince y adoro la velocidad.

Casi he conseguido colocarme a su lado cuando bajo la ventanilla para gritarle y la muy loca saca la pistola de la cintura de su pantalón con la intención de disparar sin siquiera mirarnos. En lugar de frenar, grito su nombre y eso hace que desvíe la mirada de la carretera tan solo un segundo.

Y ese mísero segundo resulta ser decisivo.

Un coche aparece de la nada, golpeándola brutalmente por la derecha. Su cuerpo sale despedido por encima de nosotros y solo alcanzo a pisar el pedal de freno a fondo mientras la veo sobrevolar

nuestro vehículo a cámara lenta. Su cuerpo cae unos metros delante de nosotros y rebota en el suelo como si fuese una muñeca de trapo.

Alex grita algo, pero no lo escucho, solo oigo un zumbido en mi cabeza mientras agarro el volante con fuerza y miro en la dirección en la que Vega permanece inerte. Salimos a la vez y, mientras mi primo se dirige, arma en mano, al coche que la ha embestido, yo me arrodillo al lado de la mujer a la que mis hombres llaman Reina.

Con cuidado, palpo su tripa, sus brazos, sus piernas y levanto la visera del casco para descubrir sus ojos cerrados. Solo encuentro una brecha en la base de su cuello de la que la sangre brota despacio, manchando su ropa. Me quito la chaqueta y tapono la herida mientras compruebo que aún respira. No localizo más heridas, aunque sigue sin abrir los ojos y sé que todo esto es por mi culpa. He sido yo quién la ha obligado a conducir de forma suicida y he sido yo quién la ha distraído lo suficiente para que no viese el coche que se le echaba encima.

Comienzo a zarandearla mientras la llamo, pero por más que lo intento, es como gritarle a un maniquí.

—Dime que estás bien. Abre los ojos. Joder, ha sido culpa mía, no tendría que haberte seguido, no tendría que haberte presionado tanto. —Acaricio su hombro manchado de sangre y suplico porque abra los ojos y comience a gritarme—. Alex, trae algo para taponar la herida y necesitamos una camioneta para trasladarla. ¡Ya!

—Están en camino. —Me sorprende escuchar su voz justo a mi lado. Está en cuclillas y me mira entre preocupado y asombrado—. No ha sido culpa tuya y se va a recuperar. Te juro que la abejita se va a recuperar.

—¿Quién coño iba en ese coche?

Me mira a los ojos antes de responder y sé que no me gustará lo que diga a continuación.

—Eran hombres de Feng, ambos están muertos.

—¡Me cago en su puta vida!

—Liam, me has dicho que ella lo apuntaba en el restaurante y ha salido disparada poco después de que él se despidiera. ¿Crees que esconde algo o solo es una fanática de su trabajo?

—Esconde algo —afirmo cansado—, solo espero que no sea demasiado grave.

Justo en ese momento, llega la caballería. Josh ha traído la camioneta y de ella bajan varios de mis hombres, entre ellos, el médico.

—Hay que darse prisa —grita Josh—. La policía está a solo tres minutos.

Mientras la colocamos en la camilla tengo la sensación de que estamos siendo observados. Hago un giro de ciento ochenta grados, pero no veo a nadie además de nosotros y no dispongo de tiempo para hacer comprobaciones, no si quiero sacarla con vida de aquí.

Cuando llegamos a casa, el médico la examina y me confirma que sus lesiones no son graves gracias a que llevaba puesto el casco integral. Tiene un par de costillas algo tocadas, pero nada que no se solucione con antiinflamatorios y un par de días de reposo.

Mando a todo el mundo fuera y me siento en el sofá de su habitación, observándola dormir y preguntándome cuántas cosas desconozco todavía de ella. La mujer que tengo frente a mí me fascina, y la imagen de su cuerpo saliendo disparado hasta caer sobre el asfalto me ha afectado más de lo que esperaba, y ha

despertado en mí un instinto de protección que siento por muy pocas personas.

Vega me gusta, me gusta demasiado para su propio bien.

20

VEGA

Me duele todo el cuerpo y estoy tan cansada que ni siquiera quiero abrir los ojos. No recuerdo sentir este agotamiento físico desde que empecé a entrenar en Atenea con apenas dieciséis años.

Tal como me enseñaron hace mucho, comienzo a realizar un escaneo mental de mi cuerpo. Los pies están bien, muevo ligeramente los dedos y no siento dolor alguno. Voy subiendo despacio y noto escozor en la rodilla y en el muslo derecho. Lo peor viene después, cuando intento levantar la pelvis y un latigazo de dolor me recorre el tronco. «Mierda, las costillas». Acelero el proceso, anotando mentalmente un pinchazo profundo en la base del cuello y palpitaciones en la cabeza.

Trato de aclarar los pensamientos y, poco a poco, las imágenes de lo sucedido se hacen cada vez más nítidas: Feng delante de mí, yo apuntándole con una pistola directamente a la cabeza y la oportunidad que decidí dejar pasar. Cuando el imbécil del señor Simpatía y mis dos supuestos compañeros me encerraron en el coche y vi al monstruo y a su séquito salir del restaurante y alejarse, creí que todo estaba perdido. Actué por impulso y no me costó fingir un ataque de ansiedad y escaparme en un segundo que Josh se

descuidó. Tenía mi objetivo a la vista y estaba segura de que no me habían detectado, y entonces, alguien empezó a seguirme. Supuse que eran hombres de Feng, y estaba a punto de dispararles, cuando la voz de Liam llegó a mis oídos y un momento de distracción casi me cuesta la vida.

Abro los ojos solo lo suficiente para averiguar donde me encuentro sin alertar a quien pueda haber a mi alrededor de que he despertado. Darme cuenta de que estoy tendida sobre la mullida cama de la habitación que ocupo en casa de Liam me ayuda a tranquilizarme. Abro más los ojos y me sorprende encontrarlo dormido en el sofá. Viste el mismo traje que llevaba en el restaurante, por lo que supongo que no ha pasado mucho tiempo desde que salimos de allí. Solo se ha quitado la chaqueta y se ha arremangado la camisa gris.

«¿Qué se supone que hace aquí? ¿Velar mi sueño? A no ser que… Joder, soy idiota».

Cuando salí detrás de Feng iba tan obsesionada con el objetivo que no me paré a pensar que me estaba delatando ante Liam. Además, estuve a punto de matar al puto chino en el restaurante sin motivo aparente. Liam no está aquí para cuidarme, sino para asegurarse de que no escapo.

Intento incorporarme, pero me doblo sobre mí misma cuando el dolor en las costillas se vuelve más agudo. Me sujeto el torso con un brazo y consigo apoyarme en el cabecero de la cama a duras penas.

—¿Me vas a explicar qué pretendes? —Su voz es grave, no parece alterado y no sé si eso me tranquiliza o me preocupa más todavía. Sé que es un hombre letal y la situación no me favorece en absoluto, así que decido ser cauta.

—Intentaba ir a buscar agua.

—Me parece que no vas a llegar muy lejos.

Me observa detenidamente, analizándome. Del resultado de ese escrutinio dependerá mi suerte.

—¿Por qué me duele todo el cuerpo?

—Tuviste un accidente con la moto.

—Me cuesta creerlo, conduzco desde los dieciséis y nunca me he caído.

Se levanta de la butaca, camina despacio hasta la mesita de noche que hay junto a la cama y llena un vaso de agua.

—Puedes seguir presumiendo de buena conductora: no te caíste, te tiraron.

Esa información es totalmente nueva para mí, por lo que mi gesto de sorpresa es real. Me tiende el vaso y bebo la mitad antes de responderle. Sé la historia que voy a contarle y, puesto que la mayor parte es verdad, espero que me crea.

—Supongo que esperas una explicación.

—Supones bien. Apuntaste a mi socio con un arma que te di para defenderme y vi en tus ojos que estabas dispuesta a disparar. Él no suponía una amenaza para mí ni para ninguno de mis hombres, así que, dime, ¿por qué?

Trato de mirarle a los ojos, es lo que suelen hacer aquellos que dicen la verdad.

—Desgraciadamente, conozco a tu socio. No sé mucho de él, pero sí a qué se dedica.

—No me pareció que él te reconociera y no recuerdo que nombraras esto cuando te hablé de él esta misma mañana.

—¿Vas a dejar que te lo cuente o vas a estar interrumpiendo constantemente? —suelto sin pensar y, sorprendiéndome, Liam permanece callado y se sienta a un lado de la cama—. Te conté que mis padres murieron en un accidente, pero no te hablé de mi hermana. Ella murió años después y su muerte fue culpa de tu socio.

—¿Pretendes que crea que, tras quedar huérfanas, a tu hermana la mató Feng? ¿Y después qué, tus abuelos murieron de cáncer y te quedaste sola en el mundo?

Lo miro con el dolor de años acumulado en mis ojos y capto el momento exacto en el que se arrepiente de sus palabras.

—Él la secuestró y la convirtió en una de sus putas hasta que la mataron por su culpa, así que haz lo que quieras conmigo, pero no voy a disculparme por haber estado a punto de meterle una bala en la cabeza.

Me mira como si hubiese descubierto algo en mí que ni siquiera yo sé que existe, y después me sujeta la nuca con una mano y apoya su frente en la mía, dejándome confundida.

—Eso no tendría que haber pasado nunca —susurra, y su ternura, inesperada para mí, me hace estremecer y cerrar los ojos con fuerza. Es solo un segundo, un segundo en el que me permito mostrarme vulnerable y dejarme consolar por alguien que no sea la abuela Amparo.

—No necesito tu compasión —afirmo, apartándolo con ambas manos sobre su pecho.

—Está bien, no te la daré. ¿Qué necesitas entonces?

—Quiero dejar de pensar, sacármelo de la cabeza. No puedo evitar culparme por no haber apretado el maldito gatillo cuando lo

tuve justo delante de mí.

—Lo entiendo. Entiendo lo que es querer vengar a alguien y no conseguir llegar hasta el final. Repito, ¿qué necesitas en este momento, justo ahora?

—Deseo alejar todos estos pensamientos de mi cabeza: la venganza, la culpa, la rabia, la frustración, la ira…

—Si eso es lo que quieres, es lo que tendrás. Cierra los ojos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Sin preguntas. Voy a darte lo que has pedido y a cambio solo quiero que hagas exactamente lo que te diga.

—Pides mucho.

—Depende de cómo lo mires —responde con una sonrisa torcida que me enciende.

Se acerca, sus labios rozan los míos, pero no llega a besarme. En lugar de eso, continúa su camino hasta mi oído. Su respiración se hace eco por toda mi piel.

Quiero que me toque, sin embargo, sus manos permanecen estáticas a cada lado de mi cuerpo.

Quiero que me bese, pero sus labios parecen ocupados torturándome.

Cierro los ojos y suspiro de forma sonora.

—Está bien, tú ganas. Los he cerrado.

En compensación, sus dientes apresan el lóbulo de mi oreja y tiran de él, haciéndome gemir.

—Parece que el accidente te ha dejado un poco sensible. Vamos a comprobar hasta qué punto. —Noto su ausencia en la cama en el momento en que se levanta y, aunque mi cuerpo se tensa, decido seguirle el juego y no mirar. Unos segundos después, me coloca una

tela suave sobre los ojos cerrados y la anuda detrás de mi cabeza—. De esta forma nos aseguraremos de que no haces trampas.

—Y ahora, ¿qué? ¿Vas a esposarme a la cama y a azotarme como en *Cincuenta sombras de Grey*? —Lo escucho reír y tengo que esforzarme por mantenerme impasible. Su risa tiene un efecto en mí… diferente.

—Podría probar si es eso lo que te gusta, pero no es mi estilo.

Sus dientes vuelven a rozar mi oreja y descienden por mi cuello hasta llegar a la clavícula, uno de mis puntos débiles. Contengo el aire mientras muerde justo en ese punto y se me escapa un gemido cuando sopla para liberar la tensión en la zona. Me separa las piernas con delicadeza y se arrodilla entre ellas. No verlo no es un problema para mí, he entrenado privándome de la vista, del oído e incluso con las manos atadas. Soy capaz de explotar el resto de mis sentidos cuando uno de ellos me falla, sin embargo, eso no está jugando precisamente a mi favor esta noche. Sé exactamente dónde se encuentra Liam en cada momento, pero también siento con mayor intensidad cada caricia, cada roce, cada mordisco.

Sus manos bajan los tirantes de mi camiseta y después se cuelan por debajo hasta llegar a mis pechos, que lo esperan con deseo reprimido. Sus caricias me hacen jadear y cuando sus labios se posan sobre mi pezón y succionan, arqueo la espalda por instinto, buscando mayor contacto. Noto un pinchazo de dolor en las costillas y al instante la palma de su mano en mi estómago, presionando para que me quede quieta.

—Shhh, si te mueves, te lastimas. Y si te lastimas, tendré que dejar de jugar a hacerte sentir bien. Respira hondo y contente porque todavía no he terminado mi trabajo aquí.

Sus dedos bajan hasta la cintura de mi pantalón, lo desabrocha con maestría y me lo quita poco a poco junto con mis braguitas de encaje, las cuales ni siquiera ha visto.

—No sé si voy a poder estarme quieta si sigues en esa dirección.

—Te contendrás de la misma forma en la que yo lo estoy haciendo, porque lo que más me apetece es arrancarte la poca ropa que te queda y follarte hasta que me duela la polla. ¿Lo has entendido?

—Joder, a la mierda mis costillas, fóllame así.

Se ríe sobre mi tripa y su aliento me hace cosquillas.

—Ni lo sueñes. Y ahora, estate quietecita porque va a ser mi lengua la que se meta en ese coño tan dulce que tienes.

Joder, su forma de hablarme sin filtro, directo, sucio, me está poniendo a mil.

En cuanto la punta de su lengua roza mi sexo, sé que he perdido la batalla. Me esfuerzo por permanecer quieta y mis manos se cierran en puños estrujando las sábanas.

—¡Santa mierda! —grito cuando comienza a trazar círculos lentos alrededor de mi clítoris a la vez que mete dos dedos en mi sexo y comienza a moverlos despacio, dentro y fuera en un lento vaivén.

Añade un tercer dedo y, cuando lo agarro del pelo y estoy a punto de suplicarle que aumente el ritmo, parece leerme el pensamiento y lo hace. Mis caderas se alzan sin que pueda controlarlas y siento la palma de su mano de nuevo en mi estómago, presionándome contra el colchón.

—Quieta —gruñe sobre mi sexo sin dejar de embestirme, hasta que no puedo soportarlo más y estallo como un volcán en erupción.

Los espasmos de mi orgasmo continúan durante varios segundos y Liam los va recogiendo en sus labios, que ahora noto más tiernos y suaves que nunca.

Me siento agotada y algo dolorida, pero también estoy confundida. Nunca había dejado que otra persona tomase el control. Nunca hasta hoy.

Liam trepa por mi cuerpo y retira la tela que me cubre los ojos. Me cuesta un momento adaptarme a la poca luz que entra por la ventana, pero lo primero que veo es su mirada hambrienta. Su erección me presiona el muslo y suelta una exhalación.

—Llevas demasiada ropa —me quejo mientras comienzo a desabrochar sus pantalones, deseosa de obtener más de él.

—Las manos quietas. —Se aparta poco a poco y se levanta de la cama como si pretendiese marcharse. Espera, va a marcharse.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Descansa, vuelvo en un rato.

—¿Piensas irte así? —pregunto señalando su erección, que lucha contra las capas de tela que la mantienen contenida.

—No pienso follarte hasta que no pueda asegurarme de que tus gritos son de placer y no de dolor. Ya te he dicho que no me va ese rollo del sado.

—No me jodas, no vas a romperme.

—No te estaba preguntando. Duerme. Yo iré a la ducha a solucionar mi problema.

Y, sin darme la oportunidad de añadir nada más, sale de la habitación, dejándome sola. Intento alcanzar el vaso de agua de la mesita de noche, pero es imposible hacerlo sin sentir un dolor

horrible, así que decido que aguantaré la sed por el momento. ¿Volverá? ¿Piensa dormir conmigo otra vez?

Cierro los ojos y procuro relajarme, pero sé que no voy a conseguir mi objetivo por más que lo intente. La cara de Feng está grabada en mis retinas, su expresión casi divertida mientras yo me debatía sobre si dejarlo o no con vida. Va a ser una larga noche.

Un rato después, cuando Liam aparece en la habitación, lo hace con el pelo todavía mojado, sin camiseta y con unos pantalones negros que caen sobre sus caderas de una forma demasiado sexy.

—¿Vienes a terminar lo que has dejado a medias? —pregunto de forma sensual.

—Buf, pónmelo fácil, ¿quieres?

Me tiende una pastilla y el vaso de agua por el que llevo más de media hora suspirando. Observo la píldora amarilla con escepticismo y lo escucho reír.

—¿De verdad estás dudando de mí? Es un relajante muscular fuerte, te ayudará a dormir y aflojará el dolor. Anda, tómatelo y vamos a descansar. Mañana tengo que levantarme temprano.

No hago preguntas, trago la medicación y me acomodo boca arriba en la cama con cuidado. Él se tumba de lado, cerca, muy cerca, y enreda una de sus piernas en las mías.

—Para ser el líder de una organización criminal, eres bastante pegajoso —musito sin abrir los ojos.

—Vega.

—¿Sí, Liam?

—Cállate y duerme.

Y, en contra de lo que había pensado en un principio, tardo apenas un par de minutos en conciliar el sueño.

21

LIAM

Estoy junto a mi coche, dándole las últimas instrucciones a Josh, cuando la risa de Vega me hace perder el hilo de la conversación. Viene de la zona de entrenamiento con tres de mis hombres, que parecen embelesados con lo que sea que ella les esté contando. Lleva unos pantalones negros que se ciñen a su piel como si se tratase de unas mallas y una camiseta de manga larga del mismo color que marca su pecho de una forma deliciosa. De hecho, no soy el único que lo piensa, porque los ojos de Carmona pasan más tiempo en sus tetas que en su cara.

Ninguno se da cuenta de que estamos aquí hasta que casi tropiezan con nosotros.

—Buenos días, señor —masculla Pedro, el más joven, cuando me ve. Es mexicano, apenas lleva un año con nosotros y creo que es la segunda vez que nos cruzamos.

Los ojos de Vega se vuelven hacia mí, pero los de Carmona siguen centrados donde no deberían y me están entrando ganas de arrancárselos poco a poco.

—¿De dónde vienes? —pregunto mirándola a ella.

—He estado entrenando con los chicos —responde despreocupada, a pesar de mi tono duro—, pero ya estoy lista para marcharnos. ¿Llego tarde?

—Tarde, ¿para qué?

—Llevo días sin dolor y ayer el médico me dio el alta. Vuelvo al trabajo, estoy lista para defenderos de los malos —afirma guiñándome un ojo.

—Ni de coña.

—Llámalo si no me crees.

Soy consciente de que los demás nos observan como si se tratase de un partido de tenis. Todos menos Carmona, cuya atención se centra ahora en el culo de Vega, como si tuviese derecho a mirarla. Ya no aguanto más y en un impulso, la agarro de la cintura y la atraigo hacia mí mientras estampo mis labios contra los suyos. Al principio parece aturdida, pero después de unos segundos, se rinde y me deja hacer. Pego mi cuerpo al suyo mientras mi lengua embiste su boca, reclamándola. Sus labios son tan demandantes como los míos y su aroma a lavanda se convierte de pronto en mi nuevo olor favorito. Cuando me separo de ella, veo ocho pares de ojos clavados en nosotros y sonrío con suficiencia.

—Josh, ve a por el casco y las llaves de la moto de Vega; tal como ha dicho, hoy regresa al trabajo. Y, Carmona —espero hasta estar seguro de tener su atención—, si vuelvo a ver tus ojos donde no deben estar, te aseguro que empezarás a echarlos de menos. Y ahora, largo.

Mis hombres desaparecen como si nunca hubiesen estado aquí y yo vuelvo a acercarme a Vega, porque ese beso me ha dejado con

ganas de más, de mucho más. Cuando estoy centrado en alcanzar su boca, ella me separa de un empujón.

—¿De verdad acabas de hacer lo que acabas de hacer? —pregunta con los ojos muy abiertos y las mejillas rojas por el enfado.

—Tendrás que ser un poco más específica para que te entienda, preciosa.

—¡Ni preciosa ni mierdas! ¡Acabas de reclamarme delante de mis compañeros como si fuera un puto trozo de carne!

—No me gustaba cómo te miraban, así que he aclarado las cosas, punto.

—¿Punto? Pero ¿tú qué eres, el hombre de las cavernas? Además, ¿me puedes explicar qué es lo que les has aclarado con esa demostración de testosterona? Yo flipo, de verdad que flipo.

—Es obvio —respondo tranquilo—. He dejado claro que no pueden mirarte de la forma en la que lo estaban haciendo y mucho menos tocarte.

—Claro, porque si se atreven, les arrancarás los ojos y las manos, ¿no?

—Podría hacerlo.

—Sabes que tú y yo no somos nada, ¿verdad?

Me acerco a ella, vuelvo a cogerla de la cintura y la pego a mí. Mi erección aprieta en su estómago, así que puede sentir lo mucho que me está poniendo esta discusión. Si no estuviésemos en la calle, le demostraría cuánto.

—Te equivocas, Vega. Te gusto, me gustas y encajamos mejor de lo que lo hacen muchas parejas. Así que tú y yo somos bastante más de lo que piensas. Cuanto antes lo reconozcas, mejor para todos. —Beso sus labios con la misma pasión de antes y me separo

bruscamente antes de meterme en el coche y dejarla sola. Le he dado bastante en lo que pensar.

En cuanto el chófer arranca, llamo a Josh y le ordeno que ponga un coche detrás de Vega. Una cosa es que deje que vaya sola en moto hasta la oficina y otra que me haya olvidado de que hace una semana dos hombres de Feng estuvieron a punto de matarla. No seré tan idiota de dar por hecho que no volverán a intentarlo.

VEGA

No llevo ni dos minutos de trayecto cuando descubro que uno de los coches de Liam está siguiéndome de lejos, a mí, a una de las personas encargadas de su seguridad. La rabia comienza a despertar en mi interior como un tornado que arrasa con todo lo que pilla a su paso.

«Pero ¿qué se ha creído? ¿Primero insinúa que tenemos una relación y después me pone niñera? Te vas a enterar de a quién has metido en tu cama, líder de la mafia. ¿Pensabas que sería una de esas niñitas que se tiran a tus pies? Pues jódete».

Doy gas y acelero, sintiendo la adrenalina correr por mis venas. El aire frío de la mañana se cuela bajo mi chaqueta de cuero, helándome por completo y haciéndome sentir viva. Sonrío cuando giro a la izquierda en el tercer cruce y compruebo que ya he despistado a mi niñero.

—Oh, demasiado fácil —me quejo decepcionada. Hubiese disfrutado de un poco de acción después de varios días de obligado reposo.

Llego al garaje de Chelsey y sonrío al ver a mis otros tres bebés aparcados. Hay quien gasta su dinero en ropa o en viajes, yo lo hago en motos.

Cojo uno de los teléfonos desechables que tengo en la caja de seguridad e informo a Lucas de que voy hacia Atenea. Después del accidente, pude enviar un único mensaje avisándoles de que todo estaba bien, pero que tardaría unos días en hacer contacto de nuevo. La respuesta fue que tenían una pista sobre Feng, así que muero por saber cómo de cerca estamos de atrapar a ese hijo de puta.

Me subo en mi Ducati Panigale y tardo poco más de cuarenta minutos en llegar a Atenea, lo más parecido a un hogar que he tenido alguna vez. Aparco en la misma plaza de siempre, no hay una placa con mi nombre colgada ni nada parecido, pero todos saben que es mi sitio y nadie la utiliza por respeto. Recorro el pasillo principal hasta alcanzar mi destino, y mi corazón se acelera cuando los veo a todos juntos, sentados alrededor de la mesa de nuestra sala de operaciones. Reparto algunos abrazos y me preguntan por el accidente, por el encuentro con Feng y por mi salud.

—No es tan alto ni tan fiero como pensábamos —afirmo mirando a mi tío, que está sentado a la cabecera de la mesa—. Sí, va custodiado por docenas de guardias, pero en lo que respecta a él, creo que, después de tantos años intentando atraparle, lo hemos idealizado. Estoy segura de que no sería un gran problema en una lucha cuerpo a cuerpo y, joder, lo tuve delante de mí. Pude haber disparado, apunté con mi pistola directamente a su cabeza. Pude haber acabado con toda esta mierda.

—A costa de tu vida —interviene Lucas, y su voz suena en la habitación como un estruendo.

—Puede, pero él tampoco estaría entre nosotros.

—Pues perdona si no es lo que quieres oír, pero prefiero tenerlo en el mundo de los vivos si eso significa que tú también permaneces en él.

—Debe morir —sentencio mirando a mi amigo directamente a los ojos.

—¡No! —interrumpe mi tío—. Sombra, Lucas tiene razón. Todos aquí lo queremos muerto igual que tú, pero su vida no vale la tuya. Si fueras otra persona, si esta fuera otra misión, me plantearía sacarte de ella por lo que acabas de decir. Sé que lo que te estoy pidiendo no es fácil, pero has de dejar tus sentimientos a un lado si quieres que el operativo salga bien.

Me levanto, me apoyo con las manos sobre la mesa, inclinándome hacia delante, y hablo despacio para que todos puedan entender mi postura y, joder, no me importa si no lo hacen.

—Ese cabrón se encargó de que la vida de mi hermana fuera un infierno, permitió que la violaran una y otra vez durante años hasta que seguramente dejó de recordar cómo era su vida anterior, hasta que dejó de tener esperanzas de que alguien la salvara. Llevo años siguiendo cada uno de sus movimientos —afirmo clavando las manos en la mesa—, estudiando cada aparición que ha hecho, cada gesto y cada maldita mirada suya que cualquier cámara haya podido grabar alrededor del mundo. He viajado a once países distintos intentando acercarme a él y, nunca nunca, he estado tan cerca como lo estamos ahora. No lo he matado cuando he podido hacerlo y os juro que esa no ha sido una decisión profesional, sino personal. Todo lo que

rodea esta misión es personal para mí y lo va a seguir siendo. ¿Sabéis por qué no apreté el gatillo? ¿Os lo digo? No lo hice porque no puedo cambiar el hecho de que mi hermana esté muerta, aunque sí que puedo ayudar a salvar a las muchas isabeles que siguen bajo el yugo de ese proxeneta. Juro que mataré a Feng por ella —afirmo golpeando la mesa con ambas manos—, pero desmantelaré su jodida red de trata de blancas por mí y por todas las mujeres del mundo.

El silencio en la sala es devastador. Nadie se mueve, prácticamente nadie respira, hasta que Alba, nuestra integrante más joven y con menos experiencia, carraspea, haciendo que todas las miradas se centren ahora en ella.

—Como mujer, esta misión también es personal para mí —afirma mirándome a los ojos. Todos se sorprenden de su intervención. Alba es una chica menuda que habla solo cuando es necesario—. Además, tú fuiste la única que vio potencial en mí. Me sacaste de las calles cuando estaba perdida y me trajiste aquí, abriéndome las puertas de un mundo en el que por primera vez soy valiosa por mí misma y no por lo que represento. Haré lo que tenga que hacer para destruir a ese monstruo contigo.

—Después de tantos años persiguiendo a ese cabronazo, también es personal para mí —afirma Mark estirando el brazo derecho sobre la silla de Alba y regalándonos una de sus sonrisas de perdonavidas.

—Y para mí —se une Sebas.

—Sombra es mi hermana. —La voz grave de Lucas llena la sala—. Todo lo que sea personal para ella, lo es también para mí. Encontraremos a ese pedazo de mierda y nos encargaremos de que desee estar muerto.

Mi pecho se llena con cada una de sus palabras, con el gesto de amor incondicional que cada uno de ellos acaba de regalarme. Todos fueron seleccionados a conciencia: en el caso de Lucas y Sebas, ambos ya estaban en Atenea cuando llegué y, el día que me gané el derecho de liderar mi propio equipo, supe que debían formar parte de él. Los cinco somos más que compañeros, nos protegemos, nos apoyamos y nos cuidamos como lo hace una familia de verdad. Daría mi vida por salvar la de cualquiera de ellos.

Después de unos segundos de silencio, mi tío se levanta de la mesa y nos mira uno por uno antes de hablar.

—Está bien, creo que las cosas han quedado más que claras. Ahora, pongámonos en marcha porque, o me equivoco, o Liam ya debe de estar buscándote.

—Lidiaré con él más tarde. ¿Qué habéis averiguado?

Alba se pone en pie y comienza a explicarme su parte con profesionalidad.

—Los micros que instalaste en su despacho han desvelado datos variados sobre su negocio, pero la noche siguiente a la del accidente, Liam y Alex tuvieron una conversación muy interesante. ¿Resumo o prefieres escucharla por ti misma?

—Resume y envíamela para que pueda analizarla más tarde.

—Hecho —afirma mientras teclea algo en su ordenador—. Llevan meses trabajando en un arma nueva, una que esperan que revolucione el mercado. Lo único que he podido averiguar de ella hasta el momento es que la llaman Amapola y que todo a su alrededor es un misterio.

—Estoy en ello —interviene Mark, como experto en armas del equipo—. He conseguido hablar con algunos de mis contactos.

Parece que Amapola es un secreto muy bien guardado, y después de seguir las pistas que hemos ido recopilando desde que os integrasteis en su organización, creo que he llegado a la persona adecuada. Me reúno con él en… —desvía la mirada hacia su reloj— cincuenta y tres minutos. Lo que sabemos hasta ahora se basa solo en rumores, pero lo que sí que está claro es que todo aquel que ha oído hablar de ella la codicia.

—Eso explicaría los ataques que ha estado recibiendo la Hermandad —apunto.

—Así es —continúa Alba—, pero hay algo más. En las grabaciones descubrimos que todos los ataques los ha perpetrado una misma organización, ¿adivinas cuál?

—No me digas que el puto Feng no es tan amigo de Liam como creíamos.

—Amigos o no, ha intentado llevarse el pastel sin pagar —interviene Sebas.

—¿Y qué hacía en el restaurante la otra noche? Los dejé hablando como si nada. Si todo esto es verdad y Liam lo sabía, lo normal hubiese sido que devolviese el ataque en ese momento. ¡Lo tenía encañonado!

—Se ve que el chino, al no conseguir lo que quería por las malas, decidió probar un camino más amable. Según hablaron los primos al día siguiente, Feng asumió lo que había hecho y prácticamente puso un cheque en blanco en las manos de Liam a cambio de Amapola.

—Santa mierda. Necesitamos saber cuanto antes qué coño tiene de especial esa arma que todos quieren. Mark, haz lo que tengas que hacer.

—No lo dudes. De hecho, me marcho ya. Os mantengo informados.

—Llévate a Lucas —ordeno.

—¿Una niñera? Ni de coña.

—No voy a hacer de tu niñera, gilipollas, solo te cubriré las espaldas. Por muchos juguetitos que tengas a tu alcance, no eres Dios. Andando.

—¿Sabemos algo de Feng desde la noche en que apareció en el restaurante? —pregunto una vez que salen.

—Fueron sus hombres los que te embistieron. —Alba confirma lo que ya intuía—. Tenían un coche preparado para seguir a Liam. Decidieron seguirte a ti en su lugar cuando saliste detrás de su jefe después de amenazarle con un arma.

—¿Tenemos algo?

Sus hombros caídos me dan una pista sobre cuál será su respuesta.

—Nada. Los perdimos durante el accidente. No podíamos dejarte allí sin asegurarnos de que estabas bien.

Me paso una mano por la cara, sintiendo la frustración hervir en mis entrañas. Joder, lo teníamos y lo hemos perdido.

—Vale, necesitamos más información antes de que el arma esté preparada y Feng pueda comprarla. Seguramente desaparezca del mapa una vez que haya obtenido lo que ha venido a buscar; y si eso pasa, nada de lo que llevamos haciendo los últimos meses habrá servido una mierda. Sebas, tienes que estar más atento que nunca a toda información que escuches. Debemos enterarnos de cualquier movimiento que estén planeando y, sobre todo, necesitamos averiguar todo lo posible sobre Amapola.

Mi teléfono suena con un mensaje y sonrío al leerlo.

El conductor del coche que puse a seguirte volverá a casa con un dedo menos gracias a ti. Quizá quieras pedirle disculpas o replantearte la situación la próxima vez que decidas huir de mí

No sé de qué me hablas.
Pillé un atasco, llego enseguida

—Tengo que irme, chicos, estaremos en contacto. Avisadme de cualquier cosa que averigüéis.

22

VEGA

Cuando las puertas del ascensor se abren, Alex viene directo hacia mí, me sujeta del brazo y me lleva a una sala en la que no hay nadie.

—¿Tú estás loca o te has propuesto morir joven? —me increpa en cuanto cierra la puerta a nuestra espalda. Estamos en un despacho pequeño que parece no ocupar nadie. El escritorio está vacío y la luz apagada—. Mira, siempre intento defenderte, desde el primer día no he hecho otra cosa que justificar tu contratación. Al principio era un reto personal, pero luego empezaste a caerme bien. ¿Por qué te empeñas en cagarla tanto?

—No recuerdo que me defendieras la noche del British Museum. Sí, esa en la que tu jefe se debatía entre matarme o dejarme con vida, ¿te suena?

—Bueno, tampoco me pidas imposibles.

Me cruzo de brazos y él suspira indignado.

—¿En serio vas a echarme en cara que no te defendiera esa noche? —Se pasa la mano por el pelo y yo comienzo a reír porque su preocupación es genuina y yo solo pretendía tomarle el pelo para rebajar la tensión—. Tía, estás como una puta cabra.

—Habló el cuerdo… A ver, ¿vas a explicarme eso que he hecho tan mal ahora?

—¿Librarte de la seguridad? ¿Escaparte de nuevo? ¿Acaso no te dije hace tiempo que Liam no da segundas oportunidades? ¿No te dije que debías ir de frente con él? Joder, Vega, estás poniendo a prueba su paciencia y ya te digo que no tiene.

—Sí, me lo dijiste, pero lo de esta mañana está perfectamente justificado. Él se pasó de la raya.

—Él se pasó… ¿Él se pasó? ¿De verdad acabas de decir eso? —Se ríe de forma histérica y empiezo a pensar que se le va la cabeza más de lo que había pensado en un principio—. Él es el puto jefe y puede hacer lo que le dé la puta gana. Si te dice que hables, tú hablas, y si te dice que ladres, ladras. Creía que al menos eso lo tenías claro. Joder, dijiste que habías trabajado antes para hombres como él. ¿Sabes lo que le ha pasado al tío que conducía el coche que te seguía?

Retrocedo un paso y la realidad me golpea en la cara. No puede ser cierto.

—No es verdad.

—Ah, veo que ahora sí te ha llegado la información. ¿Acaso pensabas que se trataba de una broma? ¿Crees que Liam bromea cuando alguien no cumple sus órdenes? —Doy otro paso atrás cuando él lo da hacia delante, pero la parte superior de mis piernas choca con la mesa y no tengo ningún lugar al que ir. He actuado de forma impulsiva, estaba cabreada porque me ha marcado como a ganado delante de mis compañeros y he decidido marcharme a Atenea en lugar de enfrentar la situación.

—No pensé que le haría nada a esos tíos. Debes creerme, Alex. Él no tenía derecho a dañar a nadie por esto.

—Ay, abejita, sigues sin entenderlo. Liam no necesita justificarse ante nadie, puede hacer lo que le dé la gana porque es el puto jefe.

La puerta del despacho se abre de golpe y un Liam furioso aparece en el umbral. Nos observa con la mirada incendiada y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo.

—¿Qué está pasando aquí? —Ninguno de los dos respondemos y su voz se eleva hasta convertirse en un bramido—. He preguntado que qué coño pasa aquí. ¿La estabas intimidando?

Me cuesta unos segundos entender que su ira va dirigida hacia su primo y no hacia mí y, por la mueca en la cara de Alex, a él también lo ha pillado desprevenido.

—Solo hablábamos. Le decía que no puede desaparecer de la forma en que lo ha hecho, pero Vega ya lo ha comprendido, ¿verdad? —La mirada que me da Alex me obliga a asentir, realmente se le ve incómodo con la situación.

—Que sea la última vez que te metes en medio.

—Liam… —intento interceder rezando para que no se vuelva en mi contra.

—Ahora no, Vega. —Su tono tajante me deja paralizada—. Ve a mi despacho y espérame allí.

Por primera vez en mucho tiempo, obedezco sin rechistar.

Cuando entro en su despacho, me quedo unos segundos bloqueada, incapaz de moverme. Mi respiración es lo único que se escucha en la habitación, ningún otro ruido, ni música, ni voces… Y entonces, me doy cuenta de que no puedo desaprovechar la oportunidad que se me acaba de poner delante.

Sin pensármelo dos veces, me abalanzo sobre su escritorio y comienzo a revisar las pilas de documentos perfectamente ordenados. Cuando termino, continúo por los cajones. Hago fotos de todo aquello que me parece mínimamente interesante o demasiado extenso para pararme a revisar de qué se trata.

El último cajón está cerrado con llave. Si tuviera más tiempo y un alambre, no dudaría en abrirlo, pero lamentablemente, no dispongo de lo uno ni de lo otro.

Me alejo de la mesa, echando un último vistazo para asegurarme de que todo está en su sitio, y pongo mi mirada en el archivador que hay junto al ventanal, pero antes de que pueda dar un paso al frente, la puerta se abre de par en par y la figura imponente de Liam invade toda la estancia. Está enfadado y yo trato de disimular la forma en la que mi pecho se eleva a un ritmo acelerado. Su mirada se clava en mis ojos y noto la lucha en los suyos. Aun así, permanezco en silencio, alerta.

—No puedes volver a hacer lo que has hecho hoy. Nunca. Jamás. —No se mueve y, por primera vez desde que lo conozco, logra intimidarme. Noto la tensión como una capa a su alrededor y algo me dice que, en este momento, una respuesta mía equivocada podría hacerla estallar en mil pedazos.

—Lo reconozco, ha sido poco profesional de mi parte marcharme en mitad de mi turno. Lo lamento y te aseguro que no volverá a suceder. Estaba enfadada. —Su expresión se tuerce por la sorpresa y me anoto el tanto, necesito endulzar la conversación si quiero conseguir mi objetivo—. Ahora bien, no puedes seguir manteniéndome encerrada en tu torre de cristal. Ha quedado claro

que no pienso traicionarte, así que me gustaría recuperar mi libertad.

Se acerca despacio, sé que trata de ponerme nerviosa, pero no me muevo de donde estoy. No le daré el gusto.

—No estás en posición de exigir nada.

—No te lo he exigido, te lo estoy pidiendo.

—La respuesta es no.

«Será capullo».

—¿No? ¿De verdad me has dicho que no? ¿Cuál es la excusa ahora?

—No necesito excusas para hacer lo que me da la gana.

—¡Eres idiota!

—Mide tus palabras. —Su cuerpo cerniéndose sobre el mío parece aún mucho más alto y tengo que arquear la espalda para poder mirarlo a los ojos.

—¿De verdad quieres que mida mis palabras? Pues jódete, porque no pienso hacerlo. Tú eres el que está siendo jodidamente irracional aquí, así que no me pidas que te hable con cautela porque te hablaré como me dé la puta gana hasta que seas razonable. Y no esperes que acate esa norma de quedarme en tu casa porque…

Su boca interrumpe mi diatriba cuando colisiona con la mía. Porque sí, esto es una colisión, una invasión, una visita a la que no le he invitado, pero que tarda menos de dos segundos en convertirse en el agua por la que no sabía que estaba suplicando. El deseo sale a la superficie por cada poro de mi piel cuando sus manos envuelven mi cara y su beso se vuelve codicioso. Lo agarro de la nuca para atraerlo todavía más, aunque dudo que tenerlo más cerca sea posible. Nuestras lenguas luchan y mi cuerpo queda

atrapado entre el suyo y la pared que hay a mi espalda. Nunca había sentido esta impaciencia, esta necesidad, esta sed de beberme los besos de otra persona.

Sus manos están por todas partes mientras las mías se aferran a su cuello como si fuese el último bote después de un naufragio. Sabe a todas las cosas malas sobre las que las madres advierten a sus hijas. Sabe a peligro, a pecado y me cuesta demasiado separarme de él cuando la señal de alarma comienza a sonar en mi cabeza.

Esto no está bien.

Trato de apartarme y nuestras frentes quedan pegadas a pesar de que nuestros labios ya no se tocan.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Su voz suena atormentada y yo solo quiero borrar cualquier rastro de sufrimiento en ella.

Acaricio su mejilla con mi pulgar.

—Necesito más libertad. Puedo aceptar vivir en tu casa, pero quiero poder moverme sin tener que pedirte permiso, ir a comprobar cómo está mi piso, ver una película en el cine si me apetece, pasear por un centro comercial o tomar un café con algún amigo.

Cierra los ojos y se aparta. Está pensando y no entiendo por qué es tan difícil para él dejar que haga mi vida. ¿Todavía sospecha de mí? ¿Por qué me molesta cuando en realidad sé que debería hacerlo?

—Está bien —cede al fin, para mi sorpresa—. Puedes salir cuando no sea tu turno de trabajo, pero nos avisarás a Josh, a Alex o a mí mismo para que podamos asignarte a alguien que te acompañe.

—¿Estás de coña? ¿En serio piensas que voy a permitir que me siga una niñera?

—Esto no es negociable. Hace una semana que intentaron matarte y no puedo fiarme de que Feng no vuelva para terminar el trabajo, así que, o sales con uno de mis hombres o te quedas en casa, tú eliges.

—Entonces fue él.

—Lo fue.

Me cruzo de brazos intentando mantenerme firme, pero su mirada me dice que no va a ceder.

—Acepto.

—Me alegro, porque los dos sabemos que no tenías otra opción. —Sonríe con suficiencia y alza una ceja, haciéndome sonreír también —. Espérame en el garaje con el resto del equipo. Tengo una reunión y quiero que vengas.

—De acuerdo, jefe.

Le guiño un ojo y salgo del despacho con una sensación de triunfo muy agradable. Nuestro trato no podría haber salido mejor para mí. Esperaba que no cediese en su decisión de que me quedase en su casa, me conviene estar lo más cerca posible, pero ahora podré gozar de cierta libertad. ¿Un solo hombre para seguirme? ¿De verdad sigue subestimándome?

Me preparo un café para llevar en la sala de descanso y me lo tomo en lo que dura el descenso en ascensor hasta el garaje. El aparcamiento de Industrias Brown es bastante grande, pero esta zona es para uso exclusivo de Liam y su personal. Me acerco al SUV negro del jefe y saludo al chófer, que está apoyado en el vehículo consultando algo en su teléfono mientras espera. Levanto la mirada un poco más allá y compruebo que mi Ducati está aparcada cinco plazas a la izquierda, justo donde la he dejado al llegar.

Miro la hora en mi teléfono cuando Carmona y otro de los hombres de la Hermandad, cuyo nombre no consigo recordar, aparecen a mi lado. Hacen una curiosa pareja y me pregunto si ha sido Alex el que los ha puesto juntos solo para divertirse un rato. Definitivamente, es algo que Alex haría. Mientras Carmona es el típico chico mono, algo engreído, que no para de hablar ni debajo del agua, su compañero es reservado, serio, casi rozando lo maleducado; no habla si no es estrictamente necesario y siempre está mirando por encima de su hombro, como si lo acechase un peligro constante.

—Qué calladito te lo tenías, Reina —exclama Carmona en un tono que no me gusta. De hecho, todo en él me causa repulsión. Paso por alto que mire donde no debe cada vez que lo tengo cerca y aguanto algunos de sus comentarios salidos de tono solo porque en las semanas que llevo trabajando para la Hermandad hemos coincidido poco y porque no quiero crearme enemigos dentro si puedo evitarlo, pero algo me dice que hoy no me lo va a poner fácil.

Enciende un cigarro y exhala el humo en mi dirección.

«No puedes darle una paliza, Vega. Te traería problemas y este tío no merece la pena. No lo hagas».

Estoy a punto de responder cuando el chirrido de unos neumáticos me corta el habla. Miro en la dirección de la que viene el sonido y veo una furgoneta negra acercarse a toda velocidad.

—¡Al suelo! —grito mientras me lanzo detrás de un Volvo azul marino para esconderme.

La furgoneta frena a unos metros de nosotros y escucho el sonido de las puertas al abrirse. Siete hombres vestidos completamente de negro salen del interior, pistolas en mano. Seis de

ellos nos apuntan a nosotros mientras el séptimo dirige el cañón de su arma hacia las puertas del ascensor que, gracias a Dios, todavía permanecen cerradas, aunque no sé por cuánto tiempo.

Las balas comienzan a silbar en el aire cuando ya sujeto mi Glock en la mano pero prefiero no responder a los disparos todavía para no desvelar mi ubicación. Miro a mi alrededor buscando a mis compañeros. Carmona y su colega se defienden como pueden, pero nos superan en número y no dan abasto. Localizo al chófer detrás del SUV de Liam intentando taponar una herida en su hombro. Las balas no dejan de pasar a su alrededor y sé que, si no hago algo ya, la situación será irreversible.

Me tumbo en el suelo, parcialmente cubierta por la rueda del Volvo, y observo con atención lo que acontece bajo el furgón del que han salido nuestros queridos amigos de negro.

—Vega, ¿qué coño haces? —pregunta Carmona al ver que no les estoy ayudando.

Lo ignoro y espero cinco segundos, seis, siete y… ¡Bingo! Dos de nuestros atacantes se confían y se acercan a comprobar el estado del chófer. No sé si pretenden atraparlo o asegurarse de que está muerto, sin embargo, no puedo permitir que suceda ninguna de las dos cosas.

Presiono el gatillo tres veces. La primera bala se pierde en el aire, pero las otras dos impactan justo donde quería: rótula izquierda del hombre uno y rótula derecha del hombre dos. En cuanto escucho sus gritos, me levanto y disparo dos veces más, en esta ocasión, directamente al pecho de uno y de otro.

Carmona aprovecha la distracción para moverse tras el siguiente coche sin ser visto y, desde allí, consigue herir en el muslo a otro de

nuestros atacantes.

Quedan cuatro y medio, más el conductor que, aunque no he podido verlo por la posición en la que ha dejado la furgoneta, estoy segura de que sigue dentro, preparado para salir quemando ruedas en cuanto sea necesario.

Miro en dirección a nuestro chófer. Se está poniendo pálido y no me gusta. Me deslizo hasta donde se encuentra y veo demasiada sangre salir de su hombro. Me levanto, disparo para cubrir nuestra posición y uno de los hombres de negro se queja. Lamentablemente, creo que solo lo he rozado. Me quito el suéter que llevo puesto, lo coloco contra la herida y cojo su mano para que ejerza presión.

—Tengo que irme a ayudar a los chicos, no dejes de apretar.

—No creo que… —Traga saliva y siento el esfuerzo que debe hacer para hablar. He visto demasiadas situaciones similares en la vida para saber que no lo logrará y él también lo sabe—. Hay dos armas más en el coche, una en la guantera y… la… la otra debajo de mi asiento, cógelas. Protege a Liam.

Hago lo que dice y al volver a su lado me doy cuenta de que apenas puede abrir los ojos.

—Resiste.

Presiono su mano sobre la herida, pero es inútil, la sangre no deja de salir y él tose. Cuando mis ojos buscan los suyos, ya no hay vida en ellos.

Inspiro profundamente y me incorporo con una nueva determinación hirviendo en las venas. Localizo a cada uno de los hombres de negro y disparo. Uno de ellos, el que Carmona había herido antes, cae fulminado justo cuando escucho el ding del ascensor. Las puertas comienzan a abrirse y siento que lo hacen a

cámara lenta. Tres hombres siguen disparándonos de forma agresiva, mientras el cuarto se adelanta, cubierto por sus compañeros, y apunta directamente al ascensor, asegurándose de ser lo primero que Liam y Alex vean cuando salgan. La buena noticia es que solo apunta hacia el ascensor, no dispara, lo que significa que lo quieren vivo.

La sorpresa viene cuando las puertas terminan de abrirse y descubrimos que la caja está totalmente vacía. Quiero acercarme y cerciorarme por completo de que así sea, pero las balas siguen llegando. «¿Cuánta munición tienen estos tíos?».

Escucho un ruido a mi derecha y me giro para encontrarme con el peor escenario, uno para el que no estoy preparada. El compañero de Carmona se acerca por su espalda y le clava un cuchillo en el costado. No me da tiempo a impedirlo, están demasiado lejos y, cuando voy a disparar, el muy cabrón coloca a Carmona delante de él y lo utiliza de escudo. «Maldito hijo de puta».

Estoy sola, y ahora que el traidor ha mostrado dónde se encuentra realmente su lealtad, no será fácil salir ilesa de esta.

Retrocedo antes de que pueda alcanzarme y reviso las balas que me quedan. Tres en un arma y cuatro en la otra. Vale, mi situación no es nada alentadora.

El tipo cuyo nombre no recuerdo arrastra a Carmona con él y ambos desaparecen de mi visión sin que pueda hacer nada.

Aprovechando su confusión, descargo las tres balas de la primera pistola en el que estaba apuntando al ascensor vacío y cae al suelo. Quedan tres más el traidor y sé que se están acercando; sin duda, intentarán rodearme. Compruebo que mis cuchillos se mantienen en su sitio y me preparo para lanzar el primero de ellos.

Escucho un ruido a mi espalda y, al girarme, mi sonrisa se curva: son Liam y Alex uniéndose a la fiesta. Me concentro, fijo mi objetivo y descargo dos de las balas que me quedan, pero ambas rebotan en la carrocería de la furgoneta tras la que se esconde uno de los atacantes. Todavía no he pensado mi siguiente movimiento cuando otro de ellos aparece a mi espalda y apenas me da tiempo de apartarme cuando dispara. Noto el dolor en el brazo izquierdo y me muevo rápido para esquivar la siguiente bala. Consigo arrancar la pistola de su mano con una patada y su rabia se vuelve contra mí. Me lanza un puñetazo al estómago que me hace retroceder y sisear de dolor. El tipo es grande, mucho más grande que yo, por lo que solo puedo tirar de velocidad. Cuando vuelve a arremeter contra mí, me agacho y barro sus piernas de una patada. Su cuerpo se desploma contra el suelo. Saco la pistola de la cintura de mi pantalón y le apunto directamente a la cara.

—¡Puta!

—Yo de ti no insultaría a quien te está apuntando con un arma. Puede que se me escape el gatillo antes de tiempo.

—No vas a salir viva de aquí.

—Un poco arrogante de tu parte, ¿no crees?

Sentiría mucha satisfacción regalándole una bala a este gilipollas, pero no puedo desperdiciar las dos últimas. Es justo en este momento cuando veo al compañero de Carmona acercándose en silencio a la posición de Liam, y mi corazón se acelera al darme cuenta de que él no sabe que es un traidor. Mi hombre de negro aprovecha mi segundo de confusión para atacar de nuevo. Me agarra del tobillo y me tira al suelo. Me estampo la cara contra el cemento y se me nubla la vista mientras pierdo la pistola que tenía

en la mano. Me agarra del pelo para ponerme de rodillas y siento que va a arrancarme todo el cuero cabelludo de la cabeza.

—¿Qué te dije sobre salir viva de aquí? —masculla a solo unos centímetros de mi cara, su saliva salpicando por todas partes.

—Vete a la mierda —siseo y veo en sus ojos la ira cuando se acerca un poco más para poder escucharme.

Aprovecho la posición para darle un cabezazo que me aturde tanto como a él. Mi vista vuelve a nublarse y noto el sabor de la sangre llegar a mis labios.

Él es más rápido en recuperarse y se lanza directamente sobre mí, embistiéndome contra la columna que hay a mi espalda. Siento que el dolor me explota en las lumbares, pero sonrío y logro sacar la fuerza necesaria para rotar mi brazo hacia la derecha, provocando que el cuchillo que tengo en la mano destroce su estómago. Sus ojos viajan hacia el lugar en el que estamos unidos y de vuelta a mi sonrisa.

—Puta. —Su voz es apenas un susurro y se apaga cuando utilizo ambas manos para girar todavía más la hoja en su interior y darle una patada que lo aleja de mí y lo tira al suelo. Todavía no ha muerto, pero no tardará en hacerlo.

Recojo mi pistola y busco a Liam con la mirada. Lo que encuentro me impacta como si me hubiesen dado un puñetazo directo en el estómago. Liam está de pie, con el cañón de un arma pegado a su sien y el costado de su camiseta manchado de sangre. Busco a Alex y lo encuentro ocupado, luchando con otro hombre a unos metros de distancia. Estoy demasiado lejos para disparar y bastante dolorida por los golpes, pero se me ocurre una idea.

Entro al coche que tengo a mi derecha, arranco algunos cables y hago saltar la alarma. Liam aprovecha la distracción de su oponente para saltar detrás de una pared y yo me acerco lo suficiente para lanzar uno de mis cuchillos y acertar de lleno en el hombro izquierdo del traidor. El alarido que resuena en el aire es música para mis oídos. Liam sale de su escondite y le quita el arma con facilidad. Empieza a darle patadas y puñetazos hasta que cae al suelo de rodillas, aturdido y sin fuerzas ya para defenderse.

—¡Levántate! —grita furioso, aunque el hombre apenas se tambalea—. He dicho que te levantes, pedazo de mierda. ¿Por cuánto me has vendido? ¿Por cuánto has vendido a tus hermanos?

Vuelve a golpearle en la cara, pero su ira no se aplaca.

Me acerco despacio y se gira, apuntando su arma directamente entre mis ojos. Su mirada está vacía y le cuesta reconocerme.

Noto el corazón bombeando con fuerza en mi pecho, impulsado por la adrenalina de saber que este podría ser mi último aliento.

Cuando por fin me ve, deja de apuntarme y vuelve con el traidor. Lo agarra del pelo y pasa el cañón de la pistola por su mandíbula hasta llegar a su boca, donde lo introduce.

—Sabes cuál es el precio que pagan los traidores en la Hermandad —musita sin levantar el tono de voz—. Dime, ¿ha merecido la pena?

El hombre aparta la cabeza para hablar y Liam saca el arma de su boca, esperando una explicación.

—Me ofrecieron algo que tú nunca ibas a darme.

—Te salvé la puta vida cuando te dejaron desangrándote en un callejón, ¿lo has olvidado? Curamos tus heridas, te dimos un techo, comida y entrenamiento para defenderte. Tres cosas que nunca

habías tenido. ¿Así lo pagas? Tus manos están ahora llenas de la sangre de tus hermanos.

El traidor se ríe, un sonido amargo, hueco.

—Los Juárez ofrecieron más, más dinero y más poder.

La ira burbujea en el cuerpo de Liam cuando lo golpea de nuevo y la sangre del que era su hermano salpica en su cara.

—Te mereces una muerte mucho más dolorosa, pero tendremos que conformarnos con esto, ¿verdad? Un hombre sin lealtad es un hombre sin vida.

Vuelve a golpearlo varias veces hasta que se cansa de hacerlo. Después, levanta el arma y apunta a su cabeza. El despojo humano que hay en el suelo todavía tiene la resistencia suficiente para murmullar unas últimas palabras.

—La confianza te ha hecho débil. Vendrán más como yo.

En respuesta, recibe un único disparo en la frente.

Alex y yo permanecemos en silencio detrás de Liam, incapaces de decir nada mientras el aire se va haciendo más y más denso. Era un hermano mayor, uno de los que más tiempo llevaban en la organización y en el que todos confiaban. El daño no podrá repararse.

El murmullo de un motor entrando en el sótano nos despierta del estupor en el que estábamos sumidos.

—Es el equipo de limpieza, tenemos que irnos —afirma Alex poniendo una mano en el hombro de su primo.

Liam no responde. Se agacha sobre el cuerpo del traidor, saca el cuchillo que todavía tiene clavado en el hombro y limpia la hoja despacio con su propia camiseta. Después, lo observa detenidamente, como si fuese un objeto de gran valor. Se acerca

despacio y me lo tiende. Sus ojos siguen repletos de oscuridad, de vacío y quiero ser yo quien los llene, quien les devuelva la vida que tenían hace un rato discutiendo en su despacho. Jamás creí que lo diría, pero prefiero cuando se enciende, cuando me desafía e intenta imponer su voluntad. Prefiero al Liam arrogante antes que a esta versión devastada de sí mismo.

23

VEGA

Estoy demasiado dolorida para conducir la moto, así que no discuto cuando Liam me ayuda a meterme en el asiento trasero del SUV junto a él. En cuanto entramos, baja todas las ventanillas y me mira buscando aprobación.

—No tardaremos mucho.

No respondo. Miro por la ventana que tengo más cerca y me concentro en los edificios que vamos dejando atrás. Alex conduce en silencio y es como si ni siquiera estuviera en el coche. Supongo que todos tenemos mucho en lo que pensar.

Los primeros minutos de trayecto pasan tranquilos. Liam retira el trapo con el que estaba haciendo presión en la herida de su costado, parece que ha dejado de sangrar. Nos detenemos en un semáforo y comienzo a sentir cómo la angustia se va apoderando de mí. Mi corazón se acelera mientras el coche comienza a hacerse más y más pequeño; las paredes se acercan, el techo desciende y percibo un ligero temblor en el cuerpo, pero entonces, Liam me rodea la cintura, me atrae hacia su cuerpo y me estrecha contra él. El calor de su contacto me calma, su olor a jabón me hace suspirar y noto cómo mi respiración intenta ajustarse a la suya. Siento su mirada

sobre mí, pero no soy capaz de levantar la cabeza. Sus dedos acarician los míos de forma perezosa y, por primera vez en mi vida, deseo que el trayecto en coche dure solo unos minutos más.

Espero que se aleje cuando llegamos a su casa, pero en lugar de eso, me tiende la mano y me ayuda a bajar del coche. No me suelta cuando caminamos hacia la puerta y, aunque estoy tentada de hacerlo yo en cuanto siento la mirada de algunos de mis compañeros sobre nosotros, no lo hago porque algo me dice que ahora es él quien necesita mi consuelo.

Subimos las escaleras sin pronunciar palabra.

Andamos hasta su habitación en silencio.

Las cortinas están abiertas y el sol de mediodía refleja contra el cristal de la ventana, creando infinidad de pequeños rayos luminosos. Cuando se para frente a mí, noto como si existiese un aura nueva que nos envuelve. Sus ojos se han oscurecido y, cuando me mira, siento que está suplicando por algo que no sé si podré darle.

Sus movimientos son lentos cuando me saca la camiseta por encima de la cabeza y recorre mis brazos con las yemas de los dedos; son lentos cuando desabrocha mi pantalón y acaricia la línea de mi cintura con el dorso de su mano, y son extremadamente lentos cuando tira de mis braguitas para que acompañen a mis pantalones en el suelo.

Su mirada nunca abandona mis ojos y, por primera vez, siento su vulnerabilidad, esa que creí que no existía en hombres como él.

Mi mano viaja hasta su mejilla y dejo que mi pulgar trace su mandíbula, ofreciendo el consuelo que no soy capaz de transmitir con palabras. Veo el dolor en su mirada y hasta creo adivinar un

matiz de arrepentimiento. Lo quería, en cierto modo, quería al idiota al que recogió de la calle y que hoy ha asestado una puñalada a uno de sus hermanos.

Sin dejar de mirarme a los ojos, desabrocha mi sujetador y desplaza los tirantes hacia abajo hasta deshacerse de esta última prenda. Estoy desnuda mientras él sigue completamente vestido. Sus manos se paran en la herida de mi brazo y la oscuridad vuelve a sus ojos, haciendo que casi parezcan negros.

—Espera aquí.

Entra en el baño y sale un minuto después con un botiquín y una toalla húmeda en las manos. Después, cura la herida de mi brazo con delicadeza. Me gustaría decirle que no es necesario que vaya con tiento, que apenas es un rasguño y estoy entrenada para soportar el dolor. En lugar de eso, abro su camisa y la deslizo por sus hombros, acariciando cada trozo de su cuerpo que queda descubierto. Me centro en su costado y despego con cuidado las partes de tejido que han quedado adheridas a su piel hasta dejar libre la herida. Veo sus puños cerrados con fuerza, pero no se queja. Después limpio la zona con gasas, cojo aguja e hilo y lo miro a los ojos. Él asiente con confianza, a pesar de no saber que he hecho esto cientos de veces. Por la forma en que se mueve, sé que la puñalada no ha dañado ninguna zona importante y que la herida no es demasiado profunda. La hoja era corta y el lugar en el que ha perforado su carne no es peligroso. Aun así, el corte es doloroso y cierra los ojos un momento cuando la aguja entra en contacto con su piel.

Suturo con cuidado la herida bajo su intensa mirada. Cuando termino, tapo la zona con gasas y esparadrapo y vuelvo a dejar las

cosas en el botiquín. Liam agarra la toalla húmeda y la pasa sobre la mancha roja que hay en mi frente, sobre las salpicaduras en mi cuello, en mi hombro, en mi escote… y así, poco a poco, va limpiándome la piel hasta que no queda en ella rastro alguno de sangre. Cuando termina, su mirada recorre cada centímetro de mí, quemándome como si acercase una cerilla encendida y, cuando sus ojos aterrizan en los míos, percibo cierta tranquilidad que hace unos minutos no habitaba en ellos.

Sonrío ligeramente y solo entonces se acerca y sus labios rozan los míos mientras sus manos se posan en mis caderas. Su toque es tan suave que mi cuerpo se estremece y mi corazón se salta un latido.

«No puedo permitirlo. No puedo querer esto».

Empujo mis caderas contra su erección a la vez que profundizo el beso, buscando alejar esta intimidad que está prohibida entre nosotros, pero él me frena, dejando claro que no voy a tomar el mando esta vez.

—Permíteme cuidarte.

Su mano aparta un mechón de pelo de mi cara y siento algo nuevo que no soy capaz de describir ni quiero hacerlo.

Mis ojos se entornan cuando sus dedos bailan sobre mi sexo y reparten la humedad al ritmo de una balada. Me aprieto contra ellos y me balanceo buscando más. Puedo con su rudeza, con su deseo descontrolado, con sus ganas de follarme más y más fuerte, pero no puedo con lo que sea que me está ofreciendo en este instante.

Su brazo me aprieta contra su cuerpo para evitar que cabalgue sobre su otra mano, la que sigue deslizándose lentamente sobre mis pliegues, mientras sus labios comienzan a recorrer mi mandíbula y

terminan en mi boca. Agacho la cabeza para perderme en su cuello, lo lamo y, desesperada por lo que estoy sintiendo, lo muerdo con fuerza.

Liam se revuelve y gime de dolor. Mierda, me he olvidado de su herida.

—Lo siento, quizá deberíamos parar.

—Shhh. —Me envuelve la cara con sus manos, obligándome a salir de mi escondite y a mirarlo a los ojos—. No pararía lo que hemos empezado por nada del mundo, pero Vega, hoy no quiero solo tu cuerpo. Hoy necesito más.

El sentimiento de culpa es como una cruel y mortal enfermedad que se filtra en mi piel cuando menos lo espero.

«No me pidas eso, por favor. No me pidas lo que no debería darte».

Liam parece leer mis pensamientos, pero no se da por vencido. Su mirada me incendia y me calma al mismo tiempo. Es como un todo que va absorbiendo mis dudas y calmando mis nervios.

Una única lágrima resbala por mi mejilla cuando descubro que yo también quiero esto, lo quiero a él, a pesar de todo. Y, sabiendo que ya no habrá marcha atrás, me rindo con un leve movimiento de cabeza.

Nuestros labios se unen y entierro los dedos en su pelo, mesándolo como he querido hacer desde el primer día. El resto de su ropa desaparece en algún momento antes de que me tumbe en la cama, con Liam entre mis piernas besando y acariciando cada milímetro de mi cuerpo mientras yo hago lo mismo con el suyo.

Esta vez, no hay relojes ni llamadas que marquen nuestro tiempo y tampoco permito que haya planes, venganzas ni odios que

interfieran. Los secretos quedan fuera de estas cuatro paredes y fuera de mi mente por imposible que parezca.

Esta vez, solo estamos él y yo.

Cuando despierto un par de horas después, lo descubro tumbado a mi lado, observándome. Mi cabeza permanece en la almohada, pero mis piernas están entrelazadas con las suyas.

—Siento haberme quedado dormida —me disculpo sin moverme. Mi voz es más ronca de lo habitual por el sueño.

—Yo no. He descubierto que verte soñar calma mis demonios.

—¿Te duele? Se te ha debido de abrir algún punto. Creo que tendrías que dejar que te viera un médico de verdad —sugiero mirando hacia su costado herido. La gasa que le puse hace un rato está manchada de sangre.

—No es la herida lo que más me escuece, sino haberme equivocado tanto. —Resopla y se lleva una mano a la cabeza, pasándola por el pelo—. Lo saqué de la calle, lo ayudé a desengancharse de la mierda a la que era adicto porque vi algo en él, tenía fuerza, agallas. Le di entrenamiento y después un trabajo que lo mantuviese alejado de las drogas. ¿Para qué? Ha traicionado a la Hermandad por nada. ¿Cómo pude estar tan malditamente ciego?

Cojo la mano que todavía está estirando su pelo, la abro despacio y dejo un beso en su palma. Ojalá pudiera eliminar los sentimientos que lo atormentan.

—No puedes culparte por los errores de los demás, ¿me oyes? Tomó sus propias decisiones. Lo salvaste de la mierda y él solito decidió volver a refregarse en ella. —Liam frunce el ceño y desvía la mirada hacia la ventana mientras yo busco la forma de rebajar la

intensidad del ambiente—. Por otra parte, creo que te estás saltando un punto importante aquí… y es el hecho de que he vuelto a salvarte la vida. ¿Cuántas van ya, tres, cuatro? A este paso tendrás que subirme el sueldo, tu primo no mencionó nada en la entrevista sobre este nivel de peligrosidad.

Se gira hacia mí y veo el cambio en su mirada. Antes de que pueda escapar, sus manos vuelan hasta mis costillas y empieza a meter sus dedos entre una y otra, haciéndome estallar en carcajadas.

—Tu sueldo extra viene servido en carnes y a este paso me veo convertido en tu esclavo sexual. ¡Oh, mi reina de las artes amatorias —se burla entre risas—, dime cómo y dónde quieres que te coma esta noche!

—Idiota.

Salgo de la cama y le lanzo una almohada a la cabeza. Estoy intentando reprimir la risa, pero esta versión de él, absurda y divertida, me ha cogido con las defensas bajas.

—¿Querrá mi reina cenar hoy una buena ración de carne en barra? ¿O tal vez prefiere una banana nutritiva y con mucho sabor?

Sus brazos rodean mi cintura desde atrás mientras trato de darle la vuelta a mis pantalones para ponerlos del derecho. Sus dientes se clavan en mi hombro haciéndome gritar.

—Liam, necesito vestirme y, si sigues así, voy a perder el norte.

—Justo eso es lo que busco. —Me giro y lo beso como llevo queriendo hacerlo desde que he abierto los ojos entre sus sábanas —. Que pierdas el norte y las bragas.

Vuelvo a reírme y me zafo de sus manos, que están por todas partes.

—Eres un zalamero, pero tengo hambre. —Me lanza una mirada llena de picardía—. Me refiero a hambre de verdad. ¡Dios, eres un ninfómano!

—Me gustaba más lo de esclavo sexual, aunque acepto el apodo —afirma levantando los hombros con guasa.

Termino de vestirme y le lanzo una mirada de advertencia para que me deje marchar.

—Voy a ver si tu cocinero nos prepara una merienda cena y supongo que tú tendrás que hablar con tu primo, con Josh o con quien sea sobre lo que ha pasado esta mañana.

—Anda, ve.

—Bueno, antes de nada, quiero acercarme a por la moto. Se ha quedado en el aparcamiento de tu oficina.

—Tranquila, le diré a uno de los chicos que la recoja.

—¡Ni de coña! Mi moto solo la monto yo.

Empieza a reírse, pero su sonrisa muere al ver mi expresión seria.

—¿No es una broma?

—¿Me ves con cara de estar bromeando? No dejaría que ninguno de ellos tocara a mi bebé. ¡Por encima de mi cadáver!

—Joder, no conocía esa vena tuya tan posesiva.

—Habló el que me sacó de una partida de póquer con sus hombres para después empotrarme contra la puerta de su casa.

—Buena respuesta. Si es importante para ti, ve a por ella, pero llévate a Josh o a Henry contigo, no me gusta la idea de que vayas sola, menos después de lo que ha pasado hoy. Ah, y solo si me prometes que no volverás a utilizarla para escaparte.

—¿Y eso qué tendría de emocionante? —respondo con una sonrisa pícara. No puedo prometérselo.

—Dios, eres insufrible.

—No creas que eres el primero en decírmelo.

Le guiño el ojo y salgo de su habitación. Cuando bajo las escaleras, encuentro a Josh parado en la puerta de la cocina. Me mira como si quisiese decir algo, pero en lugar de hacerlo, se da la vuelta para marcharse, lo cual me resulta demasiado extraño como para dejarlo pasar.

—¿Buscas a alguien?

—Pues… en realidad no. Solo he venido a coger una botella de agua y ya me iba. ¿Y tú? ¿Necesitas algo?

No es que el señor Simpatía sea un tipo muy hablador, es que hoy ni siquiera me mira a los ojos y eso me inquieta.

—En realidad sí, pero no sé si tienes tiempo para esto.

—Bueno, deja que sea yo quien lo decida. —Da un par de sorbos a su botella y me hace un gesto con la cabeza para que continúe.

—Verás, esta mañana mi moto se ha quedado aparcada en el sótano de Industrias Brown y me preguntaba si no te importaría que alguno de los chicos me acercase a recogerla.

Mira su reloj y se frota la nuca como si estuviese nervioso por algo.

—En realidad, mi turno no vuelve a empezar hasta dentro de hora y media y tengo la moto aparcada fuera, así que, si quieres, puedo acercarte yo mismo.

—¿De verdad que no te importa?

—No tengo nada mejor que hacer.

—Entonces acepto.

Nunca hubiese dicho que este hombre enorme fuese a conducir una scooter, pero bueno, cosas más raras se han visto. Saca un

casco del compartimento que hay bajo el asiento y viajamos en silencio hasta que para en un semáforo a unos minutos de nuestro destino.

—Oye, ¿has cenado? —pregunta.

—Ni cenado ni comido. Ahora mismo los rugidos de mi estómago podrían competir con los de tu moto.

—Conozco un sitio aquí cerca donde hacen las mejores empanadas de carne de todo Londres, ¿te apetece?

—Por supuesto.

Se desvía del camino y, unos minutos después, entramos en un callejón y deja la moto a un lado, sin preocuparse siquiera de ponerle candado. No estamos en una de las mejores zonas de Londres, así que no puedo evitar levantar las cejas cuando por fin me mira a los ojos.

—¿Qué pasa?

—A ver, sé que estoy juzgando antes de tiempo, pero ¿vas a dejar la moto sin candado aquí?

—Tranquila, es mi barrio. Nací aquí y quienes podrían robarla no lo harán porque saben que es mía. Trabajar para una de las organizaciones más poderosas del país tiene sus ventajas. —Ahora es él quien levanta las cejas en un gesto simpático. ¿Es posible que lo haya juzgado mal desde el principio?—. ¿Vamos o qué?

Entramos en un local pequeño, viejo y un poco destartalado, pero limpio. Mientras Josh pide nuestra comida, aprovecho para enviarle un mensaje a Liam avisándole de que he salido con su jefe de seguridad a por la moto y que no tardaré en volver.

Mi acompañante trae una jarra de agua y dos cestas humeantes con varias empanadas que huelen de muerte.

—¡Madre mía, estoy salivando!

—Pues por mí no te cortes, que aproveche.

Durante la cena, me intereso por su ánimo y no me cuesta demasiado sonsacarle lo que le pasaba cuando lo he descubierto deambulando por la casa. Está nervioso por las consecuencias de lo que ha sucedido esta mañana y se siente culpable por no haberlo visto venir ni haber detectado algo raro en Matt, que es como se llamaba el traidor.

—No es culpa tuya, creo que Alex y Liam también se sienten mal por el mismo motivo.

—Ya, pero yo soy el jodido jefe de seguridad. Es mi trabajo que este tipo de cosas no pasen y últimamente nuestros enemigos no hacen más que alcanzarnos. Ya estaba en la cuerda floja desde lo que pasó en el almacén y ahora esto.

El último bocado de mi primera empanada está realmente picante, así que bebo dos vasos de agua de un tirón mientras exhalo buscando alivio.

—¿Me estás escuchando?

—Lo siento, de verdad que me importa lo que me estás contando, pero es que odio el picante y la empanada estaba… —Abro la boca de forma exagerada y bebo un poco más de agua—. Agh.

—Estás empezando a sudar. ¿Quieres lavarte la cara o algo? El baño se encuentra tras esa puerta de ahí.

Asiento sin mirarlo siquiera y entro en el baño de mujeres. Estoy un poco mareada, así que abro el grifo de agua fría y comienzo a mojarme la cara y la nuca, pero la cosa no mejora. Sigo echándome agua hasta que me siento empapada y apoyo los antebrazos en el

lavabo. Cierro los ojos un momento y me concentro en realizar respiraciones profundas. Cuando me incorporo, el mareo es todavía peor. La imagen que me devuelve el espejo refleja la manera en la que me siento y necesito aferrarme con fuerza a la pila para no caerme de cabeza sobre ella.

No entiendo lo que me está pasando, ni siquiera soy capaz de pensar con claridad. La garganta me arde, tengo la cabeza embotada y siento cómo mis extremidades van perdiendo fuerza.

Intuyo que la comida llevaba algo y ya no sé si puedo fiarme de Josh o no. Con cuidado de no caerme, suelto una mano del lavabo y palpo los bolsillos de mi pantalón en busca del móvil, que he debido de dejar sobre la mesa tras escribir a Liam, porque no aparece por ninguna parte.

Respiro hondo, trato de aclarar mi cabeza, pero los pensamientos llegan entremezclados y no consigo reaccionar. Necesito salir de aquí antes de que quien haya intentado envenenarme venga a por mí, pero, en cuanto quiero dar el primer paso, mi cuerpo pierde la poca fuerza que le quedaba y siento como caigo en un abismo infinito.

24

LIAM

—Por fin te dejas ver, primo. ¿La abejita te ha consumido ya todas las fuerzas? —Alex está sirviéndose una copa en mi despacho cuando entro disimulando la sonrisa que Vega ha dejado plasmada en mi cara.

—Si estás cansado de esperar, te jodes.

—Hombre, cansado no estoy, pero después del subidón de esta mañana, no hubiese estado de más que me invitaseis a vuestra fiesta privada; al fin y al cabo, yo la vi primero y, por el carácter que se gasta, tiene pinta de…

No le da tiempo a terminar la frase antes de que la rabia domine mi cuerpo y me abalance sobre él, estampándolo contra la estantería mientras lo agarro del cuello y aprieto con fuerza. Mi primo lleva las manos a mi antebrazo para intentar deshacerse de mí, pero ahora mismo soy como un bloque de piedra.

—Ni se te ocurra volver a hablar de Vega de esa forma. Ella es intocable. Métetelo en la cabeza si no quieres que te la arranque.

Lo suelto a regañadientes y comienza a toser, rodeándose el cuello con ambas manos.

—Joder, tío. Soy tu mano derecha, tu primo, ¿te acuerdas de mí?

—Y ella es mi mujer. La respetas.

Sus ojos se agrandan mientras se recoloca la ropa. Soy consciente de lo que he dicho y entiendo su sorpresa, pero después de lo que ha pasado hoy, tengo claro que Vega no es como cualquier otra con la que haya estado antes, ella es diferente y es mía. Mi mujer. Sería un hipócrita si no le diera el lugar que ya es suyo sin pedirlo.

—Joder, ya era hora —afirma y una sonrisa burlona se dibuja en su cara mientras se deja caer en uno de los sofás que hay frente a mi escritorio.

—¿Te hace gracia?

—Hombre, llevas colado por ella desde el momento en que viste cómo le daba una paliza a Henry. Tengo que reconocer que a mí también me puso a… —Lo fulmino con la mirada, retándolo a no terminar esa frase a no ser que quiera tener mi puño estampado en su bonita cara—. Perdón, voy a tener que acostumbrarme a esto. Nunca te ha importado lo que he dicho de otras mujeres, ni siquiera de Mía.

—Acostúmbrate rápido porque no voy a dejarte pasar ni una, no con Vega.

—Que sí, que lo he entendido. Ella sola ya se había ganado mi respeto y también el de la mitad de los hermanos. Solo me sorprende la situación, pero me alegro. Creo que te hará bien.

—Volvamos al trabajo —exclamo tras sentarme frente a él—. No creo que Matt fuese el topo que estamos buscando. Le ha pasado algo de información al cartel de los Juárez, pero no lo veo trabajando con Feng.

—Estoy de acuerdo, lo que no entiendo es cómo no lo hemos visto, joder.

—Necesito que pongas orden. A estas alturas ya todos sabrán lo que ha pasado y habrá cierto alboroto. Quiero que quede claro cuáles son las consecuencias de traicionarme. Dales la oportunidad de salir: si alguno de ellos no tiene claro dónde está su lealtad, que se vaya hoy mismo. Dejarán de tener la protección de la Hermandad en cuanto pongan un pie fuera del complejo, aunque no habrá repercusiones. Asegúrate de que los que se queden lo hagan por convicción y utiliza de ejemplo al que se pase de listo. Tienen que recordar que esto no es un puto patio de colegio en el que pueden cambiar de bando cuando les dé la gana.

—Diría que la mayoría te son fieles, pero habrá algunos ejemplos —afirma con una sonrisa torcida— y disfrutaré de lo lindo haciéndoles entender la situación.

—Está bien. ¿Algo más?

—El cargamento de Holanda salió ayer sin incidencias y los chicos están preparando ya los camiones de esta noche.

—Bien. ¿Algo en la capital de lo que debamos preocuparnos?

—Quiero enviar a una brigada a Barking. Hay rumores sobre los albaneses que no me gustan.

—Hace unas semanas que esos imbéciles están cogiendo más de lo que les cedimos. Que el grupo no haga solo una visita de cortesía, quiero darles un aviso.

—Tu orden, mi ejecución.

Asiento.

—Entiendo que seguimos sin pistas de Sombra y su maldito equipo, ¿no es cierto?

—Así es. Aparecieron en el almacén, nos salvaron el culo y desaparecieron sin dejar rastro. No tenemos ni un hilo del que tirar, Liam. Son como jodidos fantasmas.

—No bajes la guardia. Algo me dice que volverán a aparecer y, cuando eso pase, quiero al asesino de mi hermano encadenado en el sótano. Pienso asegurarme de que se arrepienta de haber conocido a la familia Brown antes de matarlo con mis propias manos.

No puedo creer que lleve años detrás de esa gente y no tenga nada. Se llevaron a Dylan de una discoteca abarrotada de gente y ni una sola persona pudo darnos un dato fiable que nos ayudara en algo. Después de tanto tiempo, he aprendido a ser paciente, pero juré sobre la tumba de mi hermano que vengaría su muerte y no pienso romper mi promesa.

—Necesitamos centrar todos los esfuerzos en nuestro mayor problema. No pienso vender Amapola al puto Feng, así que vamos a encontrar la manera de evitarlo.

—Estoy en ello.

El teléfono de Alex comienza a sonar, lo saca del bolsillo y cuelga sin mirar la pantalla, pero antes de que vuelva a guardarlo, suena de nuevo.

—Es Josh.

Asiento mientras lo coge sin moverse de su asiento.

—Sí… Josh, dime que es una puta broma… Joder, no te muevas de allí, ya vamos.

Me levanto de un salto cuando veo la expresión de pánico de mi primo y me preocupo cuando siento que no sabe cómo darme la noticia que acaba de recibir.

—¡Habla de una puta vez!

Duda un segundo más y todo mi cuerpo se endurece a la espera de recibir el golpe.

—Es Vega. Josh la estaba acompañando a la oficina a por su moto. Han parado a comer algo y al salir del restaurante, mientras él pagaba la cuenta, una camioneta ha aparecido de la nada y se la ha llevado.

—¿¿Qué cojones??

—Eran cuatro hombres, Josh dice que pasó en un segundo. Salió corriendo cuando escuchó el ruido de las ruedas, pero ya era tarde. Cuando intentó ir tras el coche, otro apareció de la nada y se puso en medio, impidiéndole la salida del callejón.

Tiro parte de lo que hay en la mesa al suelo en un arrebato de rabia. Esto no puede estar pasando. Ella no.

—¡Me importa una mierda si eran dos coches o cincuenta! Llámalo y dile que si no la encuentra en la próxima hora me aseguraré de que desee no haberme conocido. No habrá lugar en el que pueda esconderse. ¡Puta mierda! ¡Joder!

Me doy la vuelta y le pego una patada a mi sillón, volcándolo al suelo. Necesito romper algo, destrozar la puta habitación, poner el mundo del revés hasta que ella vuelva a estar donde pertenece, a mi lado.

—Vamos. Puede que encontremos algo allí.

—Ha sido el puto Feng —sentencio, seguro de mi suposición.

—Yo también lo creo, pero no podemos descartar nada.

Noto una presión en el pecho que no había sentido nunca. Si es Feng quien se la ha llevado, Vega tiene los minutos contados. Vi como la miraba en el restaurante, joder, la sostuve entre mis manos

cuando intentó matarla la primera vez. No puedo dejar que muera, ella no.

Salimos de la casa en mi coche. Conduzco yo a pesar de la insistencia de mi primo en hacerlo él. Pienso arrasar ese maldito restaurante, pienso arrasar la maldita ciudad si hace falta.

25

VEGA

Debo llevar horas durmiendo, pero estoy tan cansada que ni siquiera intento abrir los ojos. El cuerpo me pesa una tonelada y no recuerdo haberme sentido de esta manera nunca. Es como si estuviese envuelta en una masa espesa y blandita que me invita a quedarme para siempre.

Un movimiento brusco me sobresalta y consigo despegar los párpados lo suficiente para descubrir que no estoy descansando en mi cama, tampoco en la de Liam.

El lugar está oscuro, apenas puedo moverme y mucho menos ponerme en pie. Tardo un poco en darme cuenta de que me encuentro tumbada en la parte trasera de un coche, con los pies y las manos atados. Intento moverlos, pero la cuerda debe de estar unida a algún sitio, porque ni siquiera puedo separarme del asiento.

Levanto ligeramente la cabeza y una oleada de náuseas me obliga a cerrar los ojos y a recostarme de nuevo.

«Joder, piensa, Vega. ¿Cómo coño has llegado hasta aquí?». Estoy en un coche, no puedo moverme y no tengo ni idea de a dónde me llevan.

Al volante, aprecio una figura borrosa. Hombros anchos y cabeza rapada, pero mi visión no es del todo clara y no consigo distinguirlo, lo único que puedo afirmar es que se trata de un hombre. Las lunas traseras están tintadas, por lo que no puedo ver dónde nos encontramos, pero lo que sí sé con certeza es que si consigue llevarme a donde sea que se encuentre nuestro destino, mis probabilidades de escapar se verán considerablemente reducidas.

Cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir, intentando enfocar mi mirada en el conductor. Entonces se gira y me mira por encima del hombro.

—Vaya, te has despertado, Reina. —No me pasa desapercibido su tono de burla al nombrarme con el apodo que los miembros de la Hermandad me pusieron. Lo reconozco, es Josh, el señor Simpatía, uno de los hombres más leales de Liam, o eso creo. Nunca pone mala cara, nunca discute una orden y siempre está disponible cuando lo necesitan. Es el jefe de seguridad de la organización y me atrevería a decir que la persona en la que más confían los primos. Estoy segura de que me ha drogado metiendo algo en mi comida. Lo que tengo que averiguar es lo que pretende, donde me lleva y si actúa solo o cumpliendo órdenes de Liam o Alex. ¿Y si me han descubierto?—. Había pensado que me lo pondrías más difícil, al fin y al cabo, eres una heroína entre los chicos. Deberías ver cómo ha subido tu popularidad después de tu jugada de los cuchillos de hoy. Has dejado a Carmona impresionado, bueno, a Carmona y al jefe, pero creo que Liam ya te ha agradecido tu ayuda en su habitación, ¿verdad? Tiene que ser muy gratificante ser la putita del jefe.

Quiero gritarle que se calle, en cambio, siento la lengua enorme dentro de la boca y no soy capaz de pronunciar ni una sola palabra

con sentido.

—Oh, no te esfuerces en graznar; con lo que te he dado, no creo que puedas hablar ni moverte en un buen rato, aunque me alegro de que hayas conseguido abrir los ojos, así verás el lugar tan bonito al que te estoy llevando. Te van a tratar muy muy bien, ya lo verás.

Intento enfocarme, necesito hacerlo si quiero salir de aquí antes de que lleguemos al lugar del que está hablando, pero los pensamientos son como nubes de algodón que pasan por mi cabeza y cada vez que intento atrapar uno de ellos, se esfuma hasta convertirse en nada.

Sin poderlo evitar, cierro los ojos y pierdo la consciencia.

Me despierto cuando alguien tira de mí con brusquedad y me saca del coche. Las piernas no sujetan mi peso al intentar mantenerme en pie y mi cuerpo se desploma sin remedio contra el de mi captor.

—Oh, estás ansiosa, lo entiendo. Tal vez podamos pasar un rato a solas antes de que tenga que marcharme. Lo estás deseando, ¿sí?

Su aliento en mi cara me provoca náuseas, pero no consigo apartarme. Sus brazos rodean mi cuerpo con fuerza y estoy tan pegada a él que puedo sentir su polla apretando contra mi muslo. Intento alejarme con todas mis fuerzas, pero mis sentidos están mermados y lo único que consigo es echar la cabeza hacia atrás, gesto que el muy cerdo aprovecha para sacar su lengua y lamerme desde la base del cuello hasta la oreja. Mi cuerpo tiembla por la rabia y supongo que también por la mierda que me ha hecho ingerir.

—Mmm, sabes a coco. —Me muerde con saña en el hombro. Voy a matarlo, juro que lo haré—. Creo que sí voy a probarte antes de irme. Me gustan las zorras complacientes y sumisas. ¿Quién iba a

decir que solo necesitabas una ayudita para convertirte en esto? Voy a hacer contigo lo que me dé la gana y luego quizá le envíe una foto al jefe a modo de despedida, porque siento decirte que no durarás mucho ahí dentro. —Aprieta una de mis tetas con tanta fuerza que siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas y la bilis sube por mi esófago. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, le vomito encima.

—¡Puto asco!

Me suelta de forma brusca y caigo al suelo como un saco de arena. Al tener los brazos y tobillos atados, mi hombro, y después mi cabeza, golpean contra el suelo. Mi visión se nubla por un momento.

—Me has pringado entero, joder.

Como sigo incapaz de moverme, me agarra de la parte de atrás de la sudadera y me levanta como si no pesara nada. Corta la cuerda que une mis piernas y, entre insultos y quejas que no me importan, me arrastra hasta una puerta negra que parece la salida trasera de un local de copas. Ni siquiera tengo fuerzas para defenderme, aunque quiero hacerlo, quiero sacarle los ojos a este animal y cortarle la lengua para que no pueda volver a ponerla en la piel de ninguna otra mujer.

Llama a la puerta y nos recibe un hombre asiático que nos mira con detenimiento, sin mostrar expresión alguna, y nos deja pasar. Lo seguimos por varios pasillos apenas iluminados hasta llegar a una pequeña y oscura habitación. No me da tiempo a ver nada antes de que nuestro anfitrión ladre una orden que no soy capaz de entender y ambos salgan de aquí cerrando la puerta a sus espaldas.

Apenas logro mantenerme en pie durante unos segundos; después, yo misma me agacho hasta quedar de rodillas en el suelo,

el cual noto pegajoso bajo mis manos. No hay ninguna ventana y la única salida es la puerta por la que se han marchado mis captores. Miro a mi alrededor y solo veo un colchón en el suelo, pegado a uno de los muros, nada más. Me arrastro hasta la pared contraria, encojo las piernas y saco uno de los cuchillos que siempre llevo conmigo. El imbécil de Josh se ha confiado demasiado.

Una vez que me he desatado las manos, gateo hasta el colchón y guardo el arma entre la almohada y la funda, la necesitaré en el caso de que me quiten los otros cuchillos que tengo escondidos en las botas.

No hay nada más que pueda hacer en este momento, no hasta que decidan venir a por mí de nuevo, así que me apoyo en la pared y descanso.

Caigo en un duermevela continuo, que se ve interrumpido cada vez que escucho un ruido al otro lado de la puerta. Poco a poco, mi mente se va aclarando y recupero la fuerza en mis extremidades. Cuando me siento lo suficientemente segura, me levanto y comienzo a hacer ejercicio ligero; me gustaría andar, pero el zulo en el que estoy encerrada apenas mide tres metros de largo por tres de ancho, así que me limito a hacer estiramientos. Necesito moverme, pensar, que alguien venga para que pueda hacerme una idea de a qué me enfrento, solo entonces podré idear mi plan de escapada.

No sé cuánto tiempo hace que me dejaron aquí, pero diría que mínimo han pasado doce horas. Nadie ha venido a traer comida, ni siquiera agua, y cada vez que trago noto como si pequeños cristales atravesasen mi garganta seca.

Escucho pasos acercarse y vuelvo a mi posición sentada, con las piernas encogidas y las manos entre ellas. De esta forma tendré fácil

acceso a mis cuchillos y quien sea que venga no podrá ver que he conseguido desatarlas. Me he colocado justo a un lado de la puerta, de modo que necesiten entrar en la habitación para poder verme. Si no me equivoco, de este modo, yo quedaré en la sombra y mi captor iluminado por la luz del pasillo, lo cual me dará una ventaja, aunque sea solo para observarlo.

La puerta se abre y aparecen no uno, sino dos hombres. Entran en la habitación y cuando el primero me ve, se acerca y me agarra del brazo, levantándome de un tirón.

—¿Dónde la quieren?

—En el despacho del jefe, pero primero que pase por el baño. No vamos a llevarla oliendo a mierda y a vómito.

El segundo hombre, que no se ha dignado a mirarme ni una sola vez, pone cara de asco y se da la vuelta para salir de la habitación. Su frialdad es mi señal para llevar a cabo el plan que acaba de surgir en mi cabeza. Sí, huelo a vómito y he tenido que mear en una esquina de la habitación porque ni siquiera me han dejado un cubo donde hacer mis necesidades, ¿de quién es la culpa?

Aprovecho que uno de ellos está de espaldas para lanzarme sobre el otro y clavarle uno de mis cuchillos en la garganta. No le asesto una, sino dos puñaladas. Su agarre sobre mi brazo se afloja, suelta un alarido y se lleva ambas manos a la herida. Es inútil, estará muerto en menos de un minuto.

Su compañero se gira y, antes de que pueda alcanzar el arma que tiene en la cintura de su pantalón, me subo a su espalda como un chimpancé y le aprieto la garganta con mi antebrazo. Tengo que utilizar toda mi fuerza al hacerlo porque, aunque el tipo no es demasiado grande, parece que tiene ganas de seguir viviendo. Sigo

presionando hasta que deja de luchar y su cuerpo cae desplomado junto al de su compañero.

Estoy segura de que alguien habrá escuchado los gritos y vendrá pronto, así que recojo el cuchillo que sigue clavado en el primero de mis carceleros y salgo corriendo de la habitación en dirección a la salida. Cuando apenas he recorrido la mitad del pasillo, aparecen tres hombres con sus armas apuntando directamente a mi cabeza. Freno en seco y los observo, todos son asiáticos y espero que al menos eso signifique que estoy cerca de Feng.

Uno de ellos me alcanza, me agarra del pelo y suelta palabras en su idioma de forma tan rápida que no consigo entender nada, pero no suenan bonito. Los otros dos se dirigen a la habitación en la que me tenían encerrada y veo sus caras de sorpresa cuando descubren el regalo que les he dejado allí.

El primer golpe me pilla desprevenida, pues viene del tipo que tengo a mi espalda e impacta directamente en mis lumbares. Contengo el grito que nace en mi esternón para no darle el gusto, aunque lo que realmente quiero es acurrucarme hasta que pase el dolor. Intento girarme para encararlo, pero su agarre en mi pelo se intensifica y me impide cualquier movimiento, creo que va a arrancármelo de raíz como si se tratase de una peluca. Cuando veo por el rabillo del ojo que otro de los hombres se acerca con cara de no traer buenas intenciones, levanto la pierna y le asesto una patada en la barbilla, desestabilizándolo y haciendo que trastabille hacia atrás. Con el impulso, consigo lanzarle una segunda patada en el pecho con la otra pierna y esta vez sí cae al suelo, pero no tengo tiempo de seguir atacando porque el que tengo a mi espalda me

golpea la cabeza contra la pared de hormigón que hay a nuestro lado.

Siento un dolor indescriptible en la parte derecha de la cara. Mi pómulo palpita al ritmo de mi cabeza y creo que ambos estallarán de un momento a otro. Me tiran al suelo y los tres aparecen en mi campo de visión, tapando el plafón del techo. Uno de ellos se ríe y me asesta un puñetazo en el estómago. A este le siguen otros golpes que ni siquiera sé de dónde vienen. Me defiendo como puedo, tapándome la cara, arañando y devolviendo una milésima parte de lo que recibo. Trato de alcanzar mi bota, pero las fuerzas me flojean y siento que ellos están ganando, aun así, no me rindo. Sombra nunca se rinde.

De repente, se escucha una voz grave por encima de las risas e insultos de los animales que tengo encima y todo cesa. Se apartan de mí rápido y, a duras penas, consigo incorporarme lo suficiente para apoyar la espalda en la pared. Intento fijar la mirada en el lugar del que creo que ha venido la voz y solo soy capaz de ver un borrón. La cabeza me da vueltas y centro mi esfuerzo en mantener los ojos abiertos. No puedo dormirme, no ahora.

Cuando me levantan de las axilas y vuelven a arrastrarme por el pasillo en dirección al zulo, soy consciente de que todo mi empeño por huir ha sido en vano. Si vuelven a encerrarme, puede que no salga con vida de aquí.

No sé de dónde saco la fuerza, pero en el momento en que mi cuerpo toca el sucio colchón tirado en el suelo, deslizo mi mano derecha debajo de la almohada y saco el puñal que guardé hace unas horas.

Mi grito resuena en la habitación cuando me alzo contra uno de los hombres que me han conducido hasta aquí y lo apuñalo una, dos y hasta tres veces. Me giro y lanzo mi pierna contra el que intenta sujetarme por la espalda. Él me devuelve el ataque, pero mis golpes son más contundentes y no tarda en retroceder. La adrenalina me recorre las venas convirtiéndolas en ríos de aguas bravas mientras lucho por sobrevivir. Mi oponente cae al suelo y me siento a horcajadas sobre su pecho, bloqueándole los brazos con los muslos, pero antes siquiera de que pueda empezar a pegarle desde esta posición, siento un pinchazo en el cuello y, como si alguien hubiese apretado el botón de apagado, mi cuerpo se vuelve blando y el mundo se torna negro.

26

VEGA

Me despierta un ruido y no necesito abrir los ojos para saber que no estoy sola en la habitación. Miro hacia la puerta y veo a una chica bajita, con rasgos asiáticos y el pelo morado, que se acerca con cautela, con la cabeza gacha y una bandeja en las manos. Cuando miro por encima de su hombro, compruebo que ha dejado la puerta abierta y que un guardia nos observa desde fuera.

Deposita la bandeja en el suelo y siento que duda si acercarse más o quedarse donde está.

—¿Quién eres? —Mi voz sale ronca y con dificultad.

—Solo la persona a la que han enviado para alimentarte.

Ahora que la observo de cerca, me doy cuenta de que está demasiado delgada y que parece más una niña que una mujer.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —responde todavía sin mirarme.

—Me tienes miedo y sé que tal vez mis palabras no te tranquilicen, pero no voy a hacerte nada.

—Di-dicen que has matado a tres guardias tú sola. —Alza los párpados y me mira por primera vez. Sus ojos están llenos de temor y curiosidad.

—Lo hice. Sé defenderme y no dudo en hacerlo cada vez que alguien me ataca. ¿Te parece mal?

—Yo nunca… nunca me he defendido, ni siquiera sabría cómo hacerlo —musita casi en un susurro.

El guardia carraspea desde el pasillo, ella pega un respingo y empieza a organizar la bandeja que tiene a un lado. Mete la cuchara en una especie de puré y comienza a removerlo.

Levanto mis manos, que ahora están atadas con una brida, y le pido que me libere, pero ella solo niega con tristeza.

—Me han dicho que no puedo quitártela, también que no debo acercarme demasiado ni hablar contigo.

—Está bien. Haz lo que te han dicho. ¿Puedes darme agua primero?

Destapa la botella y la coloca entre mis manos. Siento el líquido fresco recorriendo mi garganta y es como un bálsamo. Me obligo a no terminarla de golpe.

—¿Te duele? —pregunta señalando mi frente, la cual, por su expresión y el dolor que siento, debe de lucir una herida importante.

—Sí, pero intento no pensar en ello. Regodearme en el dolor no va a ayudarme. —Miro mis pies y maldigo por lo bajo—. ¿Sabes dónde están mis botas?

Ella mira sus pies, también descalzos, antes de contestarme.

—Ninguna de nosotras lleva zapatos. Antes creía que era para que no escapásemos, pero Marsha dice que escuchó a uno de los guardias decir que tú ocultabas cuchillos en tus botas y que con ellos mataste a los otros, así que supongo que también lo hacen para que no escondamos nada en ellos.

Se calla de forma abrupta, como si se hubiese dado cuenta de que está hablando demasiado. Coge la cuchara, la llena del puré blanquecino y la acerca a mis labios. Puede que estén intentando envenenarme con esta pasta y en otra situación no la probaría, pero si no ingiero alimentos, no seré capaz de resistirme a lo que sea que venga a continuación.

El puré no sabe a nada y dejo que la chica me dé una cucharada tras otra hasta que el plato está vacío. Termino también la botella de agua. Durante estos minutos, ambas hemos permanecido en silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Todos me llaman Violet.

—Me refiero a tu nombre real.

Me mira con la duda reflejada en su rostro y finalmente responde.

—Mara, pero hace tiempo que nadie me llama así.

—Encantada, Mara. Yo soy Vega.

Antes de que podamos decir algo más, el guardia se cansa de nuestra charla, entra en el zulo y la apremia para que salga de la habitación.

Aprovecho el rato que estoy sola para descubrir los moratones que esos hijos de puta han dejado pintados en mi piel y escaneo mentalmente mi cuerpo para evaluar las zonas en las que siento dolor o solo molestia. Cuando termino, cierro los ojos e intento descansar todo lo que puedo. Es inútil gastar fuerzas en otra cosa, he escuchado cómo cerraban la puerta con llave y no hay nada entre estas cuatro paredes que me vaya a servir para abrirla.

No sé cuánto tiempo he dormido, pero me atrevería a decir que llevo aquí más de un día. El efecto del calmante que me han inyectado ha desaparecido y, después de beber agua y comer un poco, me encuentro bastante mejor.

La puerta de mi nueva habitación tarda unas horas en volver a abrirse y me pongo en pie cuando veo que no es Mara, sino un hombre que no aparenta ser un simple soldado el que viene a visitarme.

—¿Quién eres? —pregunto alzando la barbilla.

Su mirada me recorre de arriba abajo mientras una sonrisa cínica aparece en su rostro. No tiene prisa por responder y, cuando habla, lo hace para dar una orden a los guardias que permanecen a su espalda. He dedicado media vida a estudiar a Feng y eso incluye su idioma. No soy capaz de entenderlo todo, menos aún cuando gritan o hablan rápido, pero comprendo lo suficiente para saber que me toca aseo y conocer al jefe.

Me llevan frente a una puerta y la abren por mí. Dentro hay una ducha, un lavabo y un inodoro. Sin decir nada, el hombre que tengo delante corta la brida que mantiene unidas mis muñecas y me muestra cinco dedos antes de empujarme dentro del cuarto de baño y cerrar la puerta a mi espalda. Supongo que ese gesto significa que tengo cinco minutos para arreglarme.

En la ducha, me froto la piel a conciencia hasta que consigo despegar toda la mugre impregnada. Dejo la ropa en el suelo y me pongo el vestido dorado que alguien ha colocado sobre una banqueta. Es demasiado corto y escotado, pero la alternativa es volver a vestirme con mi ropa llena de restos de vómito, sangre y sudor, así que no lo pienso demasiado. Sobre el lavabo, hay varios

productos de maquillaje que desecho con solo darles un vistazo y un par de gomas de pelo. Utilizo una para hacerme una coleta bien alta y tirante y, a pesar del vestido, me siento un poco más yo misma.

Salgo con la cabeza alta y bufo cuando el guardia me pide que alce las manos para volver atarlas con una brida. Me sujeta del brazo y me suelto de un tirón de su agarre, pero pronto surge a mi izquierda el que parece su hermano gemelo y entre los dos me llevan a rastras por otro pasillo hasta que quedamos delante de una puerta marrón flanqueada por dos hombres más. Por el bulto de sus americanas, sé que ambos van armados.

El despacho en el que me meten no tiene nada que ver con lo que he visto del edificio hasta ahora. Hemos pasado de zulos y pasillos estrechos y mal iluminados a una elegancia exquisita. La sala es bastante grande y está decorada con muebles blancos al más puro estilo nórdico. De las paredes pintadas en beige cuelgan cuadros abstractos de figuras redondeadas y un par de estantes de madera, pero lo que más llama mi atención es la luz, que viene de distintos puntos alcanzando cada rincón.

Cuando los mastodontes que tengo delante se apartan, me dejan ver una enorme mesa de color blanco tras la que se encuentra sentada la persona a la que llevo odiando toda mi vida. Feng viste una americana gris sobre un suéter beige de cuello alto y se ha retirado el pelo hacia atrás, lo que le hace parecer mayor de lo que en realidad es. Se recuesta en su asiento y me mira de arriba abajo, no con lascivia como lo hacen el resto de los hombres presentes, sino con cierta curiosidad.

Mientras lo observo, mis deseos de venganza florecen alimentando la ira que inunda mi cuerpo. Es la venganza lo que me

hace levantarme cada mañana, el motivo de mi existencia, de todos mis esfuerzos, porque solo podré descansar cuando el hombre que tengo delante deje de respirar.

—Me alegro de que estés aquí, mi querida Vega. Por favor, acércate —habla un inglés perfecto, aun así, no muevo ni un solo músculo hasta que uno de sus lacayos me empuja desde atrás, obligándome a dar un paso al frente—. Tengo que reconocer que me resultas más entretenida de lo que pensé en un principio. Supe que Liam te follaba en el momento en que vi cómo te miraba en el restaurante y se me ocurrió la idea de que quizá podrías convertirte en alguien valioso. Con eso me bastaba, pero ¿la forma en la que me apuntaste a la cabeza sin siquiera pestañear? Eso fue asombroso. —Aplaude y se ríe como un auténtico psicópata—. En aquel momento supuse que no te importaba morir, así que te di la oportunidad de hacerlo cuando tomaste la mala decisión de seguirme, pero otra vez volviste a sorprenderme al sobrevivir. Eres toda una caja de sorpresas.

Me mantengo impasible, mostrándole una máscara de frialdad que ni siquiera deja ver el odio que le tengo. No pienso darle nada de lo que busca con este espectáculo. Entiendo que mi reacción no es la que esperaba cuando su risa cesa de forma abrupta y se levanta hasta rodear su mesa y colocarse frente a mí, demasiado cerca, pero no retrocedo.

—Reconozco que me intrigas, Vega. Pensé que solo eras la puta de Liam, pero hay algo diferente en ti.

El muy cabrón tiene la osadía de poner su sucio dedo índice en la base de mi cuello y recorrer mi clavícula hasta llegar a mi hombro, para después bajar lentamente por mi brazo. Me contengo. Juro que

contengo cada reacción de repulsión que mi cuerpo se muere por mostrar al mundo.

—No me gusta que me toquen sin mi permiso —musito sin mirarle, pero sin bajar la cabeza.

—Oh, cielo, lo sé. —Sonríe mientras su mirada se queda anclada a mi escote—. Me han contado lo que le hiciste a mis guardias y se me ha puesto gorda imaginándote como una valquiria lanzando cuchillos. Solo por eso te has ganado el derecho a venir a verme—. Su dedo deshace lentamente el camino trazado y, cuando llega a la base de mi cuello, baja hasta mi escote.

—Yo que tú no haría eso —siseo.

Su risa macabra vuelve a llenar la habitación y desaparece tal como ha llegado cuando me agarra del cuello con fuerza y me acerca tanto a su cara que tengo que elegir a cuál de sus dos ojos mirar. Aprieta los dedos con fuerza, cortándome el suministro de aire y me juro que, si no muero en este mismo instante, seré más lista de aquí en adelante y trataré de mantener la boca cerrada. Necesito permanecer viva hasta que Alba dé conmigo y los chicos puedan venir a sacarme de aquí, porque sé que lo harán.

En un intento de apaciguar su ira, decido no defenderme, no grito ni llevo mis manos a sus muñecas, ni siquiera forcejeo y, poco a poco, noto cómo su agarre se va aflojando. Cuando por fin me suelta, me inclino hacia delante y comienzo a toser en busca de oxígeno. Es él quien me obliga a incorporarme de nuevo, sujetándome del pelo con saña.

—No te equivoques conmigo. Te mantendré con vida hasta que Liam me dé lo que me prometió, no eres más que un divertido plan B por si se le ocurre echarse atrás. Si me aburro, jugaré contigo. Si

me retas, te castigaré hasta ver cómo te quiebras. Trabajarás para mí mientras estés aquí y así, al menos, servirás para algo.

Cuando me suelta, lo hace con brusquedad, empujándome hacia delante en el proceso, pero consigo permanecer de pie y con la cabeza alta.

—Tao, lleva a la puta al bar.

Y, como si se hubiese aburrido de la conversación y de mí, se sienta tras el escritorio y comienza a revisar su ordenador sin esperar a que nos hayamos ido.

Por suerte, la persona encargada de hacerme de niñera en el bar no es otra que Mara, aunque me cuido mucho de no llamarla por su verdadero nombre delante del resto.

En realidad, denominar a esto bar no me parece lo más correcto. Estamos en un puto burdel. Puede que sea más elegante de lo que cabe esperar de uno cualquiera, pero no deja de ser lo que es. Hay un par de chicas sobre el escenario realizando un baile sensual mientras se desnudan la una a la otra. Frente a ellas, varias mesas de hombres, la mayoría de los cuales parecen más enfrascados en la conversación que mantienen que en el espectáculo, como si se encontrasen en la sala de juntas de sus empresas.

Las camareras como Mara van vestidas con un maillot negro que deja al descubierto la totalidad de sus piernas y cuya parte superior es tan estrecha que alguna muestra la areola del pezón. Todas están perfectamente maquilladas y llevan los labios rojos a juego con los zapatos de tacón. Me observo a mí misma, descalza y con el vestido dorado que apenas me tapa el culo, y no entiendo por qué Feng me ha enviado aquí. Bueno, tal vez sea porque he conseguido enfadarlo y me quería fuera de su vista.

Mara me mira de arriba abajo y le pregunta al tal Tao que me ha acompañado hasta aquí si no debería llevarme al camerino primero. El guardia responde que solo tiene órdenes de dejarme aquí y quedarse vigilando.

Comienzo a trabajar. Nunca he hecho de camarera, por lo que agradezco que me pongan detrás de la barra. Mis habilidades con la bandeja son nefastas y con la poca paciencia que tengo, estoy segura de que no hubiese tardado mucho en liarla en alguna de las mesas. Mis primeros clientes se acercan y, aunque alguno me mira extrañado, nadie se dirige a mí a no ser que sea para pedirme una bebida. Aprovecho el tiempo entre cliente y cliente para observarlo todo, las posibles salidas, los lugares por los que se accede al local, las personas que hay dentro. Todo está bastante tranquilo hasta que Tao se planta delante de mí con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Tu trabajo en la barra ha terminado, acabas de ascender a *stripper*.

—No pienso subirme al escenario a desnudarme para esos cerdos a los que llamáis clientes.

—Escenario o bailes privados. —No sonríe y me pregunto si lo hace alguna vez. Tao es alto y tiene el pelo largo, atado en una coleta baja. Sus ojos son dos rendijas negras que no expresan absolutamente nada—. Andando.

Se cansa de esperar una respuesta que no llega, me agarra de la muñeca y tira de mí como si no fuese más que una maleta olvidada. Me giro un segundo para buscar a Mara y veo el horror impreso en sus ojos.

—Haz lo que dice. —El sonido no sale de sus labios, pero capto el mensaje, aunque eso no significa que vaya a seguir su consejo.

Solo hemos dado un par de pasos cuando me zafo del agarre de mi captor de un tirón. Él se gira cabreado y me coge del pelo con fuerza.

«¿Qué mierdas les pasa a estos chinos con mi pelo?».

—Andando, puta.

—Oblígame, cabrón. Te olvidas de que no os tengo miedo, ¿no te han contado cómo terminaron tus amigos?

Su semblante cambia y, un segundo después, el dorso de su mano impacta contra mi mejilla sin que me haya dado tiempo a apartarme. Me pitan los oídos y siento un ligero aturdimiento que no mejora tras cargarme sobre su hombro y comenzar a ver del revés. Cuando quiero darme cuenta, estoy sobre el escenario y cuatro guardias aparecen apostados a cada lado para que no pueda escapar. La música empieza a sonar y los clientes, que hasta ahora permanecían enfrascados en sus reuniones, miran en mi dirección con curiosidad. Cuando se dan cuenta de que no tengo intención de ofrecerles el espectáculo que están esperando, alguno se queja y Tao da un paso adelante para intimidarme.

Si esperan que baile solo por miedo a las represalias si no sigo sus órdenes, van a tener que ponerse cómodos.

Sigo totalmente quieta y en silencio a pesar de la creciente impaciencia del público. Que les den.

Sonrío para mis adentros, pensando cuánto tardarán en darse cuenta de que no hay forma de que me obliguen a hacer esto, cuando Tao vuelve a sorprenderme con sus rápidos movimientos y coloca un objeto afilado en la parte baja de mi espalda.

—Veo que tendremos que bailar juntos, puta —susurra en mi oído y no puedo evitar el escalofrío que recorre mi columna—. Muévete de una maldita vez o haré un agujero en tu bonito cuerpo.

Sopeso mis opciones y busco un posible aliado en la sala, pero lo único que encuentro son miradas lascivas o de simple curiosidad. Mi resistencia ha creado una especie de expectación en estos bastardos, convirtiéndome en la atracción de la noche.

—Parece que hoy nos hemos topado con una gatita tímida. —La voz de Tao se eleva sobre mi hombro para que todos los presentes puedan escucharle—. ¿Qué os parece si uno de vosotros se acerca y la ayuda a desprenderse de este pequeño vestido?

Los murmullos crecen en el local, mi cuerpo se tensa y Tao pega su pecho a mi espalda mientras sigue presionando lo que creo que es una daga en mi carne.

—Juro que mataré a cualquiera que se atreva a tocarme —respondo alzando la voz y la barbilla, para que no les quede la menor duda de que hablo en serio.

Algunos se ríen, también veo a tres tipos coger sus chaquetas y marcharse. Puede que no les interese el espectáculo, pero tampoco harán nada para frenarlo.

—Yo lo haré.

El voluntario se pone en pie y se acerca despacio, como si se creyese un depredador a punto de lanzarse sobre su presa. Es alto y corpulento y, por su acento, diría que es búlgaro. Cuando sube al escenario y lo observo con más detenimiento, noto la oscuridad que lo rodea e inmediatamente echo de menos mis cuchillos.

El hombre se acerca demasiado, dándole la espalda al público. Tengo miedo, pero intento que nadie lo note.

—¿Cuánto por la chica? —ladra en un inglés pésimo.

—Georgiev, ¿ni siquiera la has catado y ya te la quieres llevar? Sabemos lo poco que te duran, ¿cuánto tardarías en cargarte a esta?

—Eso es asunto mío, ¿cuánto?

—Siento decir que no está en venta. Puedes aprovecharte y manosearla un poco o incluso puedo autorizar que te la lleves a una habitación un rato, pero no puedes sacarla del Dragón Rojo.

La mirada que le lanza podría hacer llorar a algunos hombres y provoca que Tao de un paso atrás y se disculpe de nuevo con el tal Georgiev.

—No me gusta que me nieguen las cosas. Métela en una habitación, espero que sea lo suficientemente resistente como para no llorar. Odio que lloren.

—¡Y una mierda! —bramo indignada.

El hombre frente a mí me coge de las mejillas con una sola mano y aprieta hasta que siento un dolor agudo que me obliga a abrir la boca. Aprovecha ese momento para aplastar sus asquerosos labios contra los míos, provocando que algún cable se cruce en mi mente.

—Voy a disfrutar viendo cómo te atragantas con mi…

No puede terminar de hablar porque mi cabeza impacta contra su nariz y, por el crujido que escucho, sé que he conseguido romperle el tabique.

La rabia que experimento me convierte en una kamikaze y me hace arremeter también contra Tao, el cual no se espera el rodillazo que recibe en las pelotas. Sigo lanzando puñetazos, mordiscos y patadas contra todo aquel que intenta tocarme y mi ira llega al punto de dominarme por completo. Siento manos intentando

agarrarme así como el dolor en algunos puntos de mi cuerpo, pero no puedo parar, no quiero parar.

Esta vez, ni siquiera noto el pinchazo en el cuello, pero sí la sensación de ansiedad que cede el paso de inmediato a la paz más absoluta.

La oscuridad invade mi mente en cuestión de segundos, antes incluso de que pueda darme cuenta del error que acabo de cometer.

27

LIAM

—¡No me pidas que me calme, joder! Llevamos cinco putos días buscándola, ¿sabes cuántas probabilidades hay de que siga con vida?

La mirada de Alex lo dice todo. He intentado llamar a Feng, pero nunca me ha cogido el teléfono y no es diferente ahora. Es el rey del escapismo, un puto fantasma la mayor parte del tiempo y solo hablo con él cuando quiere algo de mí, normalmente, comprar armas.

—Ni siquiera estamos seguros de que la tenga él. Debemos estar abiertos a cualquier posibilidad. ¿Y si fingió su secuestro para escapar? Te recuerdo que no es la primera vez que desaparece.

Me levanto del sofá de un salto y mi puño impacta en su cara antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo. Mi primo cae hacia atrás en la alfombra y su expresión es de puro asombro mientras se limpia un hilillo de sangre que corre por la comisura de sus labios.

No, que Vega haya organizado todo esto para huir de mí no es una opción. Puede que lo hubiese sido al principio, pero las cosas han cambiado entre nosotros.

—Ella quiere estar aquí. Es mi mujer, joder. Vamos a encontrarla, Alex, y me voy a cargar a todos los hijos de puta que hayan tenido algo que ver en esto. ¿Me has entendido?

En cuanto termino de hablar, se levanta, me mira a los ojos y asiente con respeto.

—Tu orden, mi ejecución. La encontraremos, hermano.

Lo dice con convicción y decido creer en sus palabras porque cualquier otra opción me destrozaría. No puedo ceder ante mis miedos ahora, necesito conservar la mente fría, dar lo mejor de mí mismo para arrancarla de donde sea que se encuentre y devolverla al lugar que le corresponde, a mi lado.

Alguien llama a la puerta del salón y le doy paso. Se trata de Henry, seguido de uno de los hombres que contratamos a través de la agencia de seguridad.

—Siento molestar, pero Sebastián insiste en que tiene información importante sobre Vega y que solo hablará con vosotros.

Observo al tal Sebastián en busca de algo que me diga si puedo fiarme de él, pero su expresión solo muestra cierta preocupación. Echo un vistazo a Henry y él asiente, confirmándome la información que necesitaba, está limpio.

—Bien, puedes irte —ordeno hacia mi hombre de confianza. Después me dirijo al tal Sebastián—. Habla. —No le pido que se siente. Mi primo y yo estamos de pie junto a los sofás y él permanece cerca de la puerta, como si no se fiase de nosotros, cuando tendría que ser al revés.

Finalmente, da unos pasos hacia delante y se pasa la mano por el pelo antes de hablar.

—Sé quién se llevó a Vega.

—¿Y has esperado hasta ahora para decirlo? —pregunta Alex con fingida calma a pesar de que sé que se está conteniendo para no sacarle la información a golpes.

—Lo he averiguado esta misma mañana. Llevo días intentando encontrar alguna pista.

—¿Y por qué coño te interesa a ti dónde está ella? —pregunto sin controlar mi tono de voz.

Su silencio se hace largo y ahora soy yo quien tiene ganas de sacarle la información a la fuerza.

—Bueno, conozco a Vega desde hace años. Nos contrató la misma empresa de seguridad y este no es el primer trabajo en el que coincidimos. No puedo decir que seamos mejores amigos, pero la aprecio.

—¿Y quién crees que la tiene?

—No es lo que creo, es lo que sé. —Saca el teléfono del bolsillo, lo desbloquea y me lo tiende sin acercarse todavía—. Si no os importa, prefiero que lo veáis por vosotros mismos. No estoy seguro de que vayáis a creerme si os lo cuento. El muy cabrón…

Le quito el teléfono de la mano y reproduzco el vídeo que aparece en la pantalla. En él se aprecia claramente a un hombre saliendo de un callejón con una mujer cargada al hombro. Mira a ambos lados y agacha la cabeza para esconder la cara. Después, abre la parte trasera de un todoterreno con las lunas tintadas y, antes de que pueda meter a la mujer dentro, la cámara se acerca y distingo la cara del cabrón.

—¿El puto Josh? —grito mirando a Sebastián a los ojos—. ¿Estás diciendo que mi puto jefe de seguridad es el que ha secuestrado a mi mujer?

Alex coge el teléfono de mis manos y reproduce de nuevo el vídeo y, después, una vez más.

—No hay duda, es él. No la secuestraron cuatro tíos en dos coches, se la llevó él. ¡Maldita sea! ¡Ese cabrón está muerto!

—Encuéntralo y llévalo al sótano —ordeno a mi primo mientras intento asimilar lo que acabo de descubrir—. Alex —le advierto cuando está a punto de marcharse—, nada de juegos de momento, quiero la información sobre el paradero de Vega y la quiero ya. Haz lo que tengas que hacer para que el hijo de puta hable.

Me quedo a solas con Sebastián y voy a por mi segunda opción. No pienso dejar nada al azar. Trazaré un plan B, un plan C y hasta un plan D si es necesario y no me importa a quién tenga que llevarme por delante.

Miro en dirección a Sebastián y le indico con un gesto que se siente en el sofá que hay frente al mío.

—Agradezco que hayas venido a mí, has hecho lo que debías. Ahora, dime cómo has conseguido el vídeo.

Se sienta donde le he indicado y suspira.

—Al principio supuse que se había marchado por propia voluntad. —Lo fulmino con la mirada. ¿Por qué mierdas todo el mundo piensa que huiría de mí?—. Cuando empecé a dudar de que su desaparición podía ser real, comencé a llamarla y a dejarle mensajes. Fui a su casa y también pregunté a otra compañera con la que sé que tiene relación, pero no había señal de ella, así que busqué ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—La de alguien que me debía un favor.

—Mira, Sebastián, no tengo tiempo para mierdas. Voy a encontrar a Vega y creo que tú quieres lo mismo, así que vas a

ayudarme sí o sí. ¿Cómo conseguiste el maldito vídeo del secuestro?

—Fue una amiga de la universidad que también conoce a Vega. Se le dan bien los ordenadores, bueno, más que bien. Hace unos meses la salvé de un lío y me debía un favor. Le pedí que buscara las imágenes de varias cámaras que encontré en la zona en la que se suponía que la habían secuestrado. Ha tardado casi dos días en conseguir los vídeos y visionarlos hasta que de una de las cámaras ha salido esto.

Joder, ¿cómo no se me ocurrió a mí? Hemos pasado horas y horas peinando ese barrio e interrogando a todos los vecinos y trabajadores del lugar.

—Bien hecho. —Me levanto y recojo mi chaqueta del brazo del sofá—. Vamos a hacerle una visita a tu amiga.

—¿Cómo dices?

—Necesitamos que siga el rastro del vehículo a través de las cámaras. Si ha conseguido hackear el sistema de algunas tiendas, seguro que puede acceder a las cámaras de tráfico.

—Señor, me dejó claro que no podía pedirle más favores.

—Bueno, entonces no será un favor, sino un trabajo. Le pagaré lo que pida, pero no aceptaré un no por respuesta. —Le lanzo una mirada de advertencia—. Espero que puedas hacérselo entender.

Duda solo un segundo antes de responder.

—Lo haré.

Dos horas más tarde, observo a la extraña chica de pelo rosa y gafas de pasta sentada en el sillón de mi escritorio. Cuando Sebastián me habló de la mujer que era capaz de encontrar el lugar en el que tienen escondida a Vega, no me imaginaba a alguien como ella. Es bajita, delgada, callada y pasaría totalmente desapercibida si

no fuese por el color de su pelo, que entiendo que es precisamente su forma de llamar la atención del mundo. Me fijo en sus facciones mientras teclea a gran velocidad, concentrada en los números e imágenes que aparecen en las dos pantallas conectadas a su ordenador y me doy cuenta de que apenas parece una adolescente. Prácticamente solo ha asentido cuando nos hemos presentado en su casa sin avisar y Sebastián le ha explicado la situación. Ha cogido su ordenador, un maletín y nos ha acompañado en silencio. Frunzo el ceño en dirección a Sebastián y él capta mi desconfianza.

—Solo espera un poco.

La puerta de mi despacho se abre de golpe y Alex aparece en el umbral con una sonrisa de pura satisfacción.

—¿Qué tienes?

Está a punto de responderme cuando su mirada se clava en la amiga de Sebastián. Primero muestra sorpresa y después su sonrisa se desvanece por completo.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le pregunta directamente a ella. Su tono es amenazante, pero la chica solo levanta la palma de la mano para hacerlo callar y después sigue tecleando con rapidez mientras la tensión resulta cada vez más evidente.

Me sorprende que una chica como ella sea capaz de detener a mi primo con solo un gesto, pero, contra todo pronóstico, él obedece.

—Tengo algo —afirma la chica moviendo ligeramente una de las pantallas en mi dirección e ignorando deliberadamente a mi primo, cuya respiración escucho desde mi sitio. No sé qué se llevan estos dos entre manos ni de qué se conocen, pero la rabia de Alex deberá esperar.

Me acerco para observar mejor la pantalla y la chica, Alba, señala un punto en ella.

—¿Ves la matrícula? En las imágenes del secuestro no puede leerse al completo. —Me señala la otra pantalla donde ha ampliado la parte trasera del todoterreno en el que Josh se llevó a Vega—. Solo he podido sacar las dos primeras letras y el último número, pero sabemos que se trata de un BMW X4 azul oscuro. He cruzado los datos de los que disponemos de la placa con la marca y el color del coche y, *voilà*, ya tenemos objetivo. El coche cogió dirección norte. Estoy intentando conectarme a las cámaras de tráfico y, en cuanto lo consiga, podremos seguir la trayectoria con facilidad.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Espero tenerlo en menos de media hora.

Y así, sin más, su atención vuelve a centrarse en las pantallas. Se coloca los auriculares que lleva colgados al cuello y me doy cuenta de que el mundo entero ha desaparecido para ella. Es una tía extraña, pero algo me dice que es mi baza más fiable para llegar a Vega.

Me giro hacia mi primo y lo veo observarla de una forma un tanto inquietante. Le hago un gesto con la cabeza y me sigue fuera del despacho.

—¿Lo tienes?

—Por supuesto. Está en el sótano, tal como pediste. Le he dado la bienvenida y creo que está preparado para hablar. Fue él, Liam, estoy seguro.

Valoro las opciones y, aunque me encantaría ocuparme personalmente de sacarle la información a Josh, después de haber

visto la extraña reacción de Alex en mi despacho, no estoy seguro de poder dejarlo a cargo de la pequeña hacker.

—De acuerdo. Encárgate de arrancarle absolutamente todo lo que sepa.

—¿No quieres hacerlo tú? —pregunta con incredulidad.

—Tengo otras cosas pendientes. Puedes jugar todo lo que quieras con él, pero necesito el paradero de Vega para ayer.

Coloca una mano en mi hombro y levanto la mirada hacia él.

—Tendrás la información en menos de dos horas y te dejaré al cabrón vivo para que tú también puedas divertirte después de que la encontremos, porque te juro que la encontraremos.

Hago un par de llamadas antes de volver al despacho. Necesito que mis hombres estén preparados para pasar a la acción. En cuanto sepamos dónde la tienen, iré a por ella, cueste lo que cueste.

28

LIAM

Entro en el despacho y Alba me recibe con una sonrisa de suficiencia.

—Justo a tiempo. —Cierra el ordenador, lo mete en su mochila junto al teclado y al resto del material que ha traído y se la cuelga al hombro. Cuando llega hasta mí, me tiende un papel—. La dejaron en esta calle. Lo he comprobado y hay un solo local, parece un club de mala muerte, aunque con este tipo de gente nada suele ser lo que parece. También he revisado los alrededores y he comprobado que no la han movido en estos días, pero yo no tardaría en ir a por ella por si acaso. En la parte de atrás del papel he indicado mis honorarios por el trabajo realizado y la forma en la que me gustaría cobrar.

Se da la vuelta para marcharse sin esperar siquiera una respuesta por mi parte y casi me hace gracia que crea que tiene la capacidad de elegir cuándo ha terminado de colaborar conmigo. Solo necesito hacer una señal con la cabeza para que mi hombre en la puerta le bloquee la salida.

—Te agradezco la información, pero nadie se marcha de aquí hasta que Vega esté de vuelta. Ya he pasado por dos traiciones en

poco tiempo y no pienso volver a arriesgarme. Eso te incluye a ti, Sebastián. Los dos permaneceréis aquí hasta nueva orden.

—Por mí no hay problema —se apresura él en responder—. Quiero ayudar, así que cuenta conmigo para lo que haga falta.

Mis ojos se desvían hacia la chica del pelo rosa.

—A mí no me mires, me has contratado para hacer un trabajo y lo he resuelto. Quiero mi dinero y marcharme cuanto antes.

—Tu trabajo terminará cuando hayamos recuperado a Vega, así que, si tienes prisa por irte, ayúdame con eso. Necesitaré un plano del club, acceso a las cámaras y que mis hombres y yo seamos invisibles cuando entremos.

—Estás flipando, ¿verdad?

—¿Acaso no puedes hacerlo, ratoncito?

Me giro sorprendido porque no he oído a mi primo entrar en el despacho. Está justo delante de la puerta, con una sonrisa canalla en la cara y su camiseta azul salpicada de manchas de sangre. Bajo la mirada hasta sus nudillos magullados y no me cabe la menor duda de que ha hecho su trabajo.

Alba, para sorpresa de los presentes, no se escandaliza de la sangre en la ropa y piel de mi primo, sino que le copia la sonrisa y se recuesta sobre el respaldo de mi sillón, poniéndose cómoda.

—Creo que ya te demostré que puedo hacer muchas cosas, siempre que quiera hacerlas.

—Bocachancla —sisea mi primo con una indiferencia que no siente, pero que provoca el efecto que está buscando.

—A ver, subnormal, podría tener todo lo que me ha pedido tu jefe en menos de dos horas.

—Perfecto —interrumpo—, recuperaremos a Vega esta misma noche. Ponte a trabajar.

Todos los ojos de la habitación giran de repente en mi dirección.

—No podemos…

Lanzo una mirada de advertencia a mi primo y calla de golpe, dándose cuenta del error que ha cometido. En privado, puede opinar y cuestionar mis decisiones, incluso decirme que estoy loco si es lo que piensa, pero nunca, jamás, debe contradecirme delante de mis hombres.

Me acerco a él, despacio, y la habitación queda en absoluto silencio. Siento la expectación de los presentes. Nunca he sido benevolente con la insubordinación y la prueba es que en toda mi vida solo me han traicionado dos personas, la primera murió en el acto y la segunda está encadenada en el sótano esperando a que decida cómo y cuándo exhalará su último aliento.

Me coloco justo delante de él, demasiado cerca para tener una conversación normal. Lo miro con severidad, él me devuelve la mirada apenas un segundo y acto seguido baja la cabeza en signo de respeto.

—Habla —ordeno.

—Josh ha cantado. Lleva más de tres meses pasándole información a Feng a cambio de dinero, mucho dinero.

—¡No me jodas! —me acerco hasta Henry, que ahora mismo es el único de mis hombres en el que confío lo suficiente como para dejar que presencie esta conversación—. ¿Es que no os pago lo suficiente? —grito, y él permanece en silencio con la mirada en el suelo—. Te he hecho una puta pregunta, ¿os pago poco? ¿Es eso?

—No, señor. Ninguno de los hermanos tiene queja sobre su sueldo. Juro que no he oído ningún comentario.

—Josh dijo que al principio los chinos amenazaron con matar a sus sobrinas —interviene mi primo—, pero al muy hijo de puta le importaba poco lo que hicieran con ellas siempre que sus bolsillos estuviesen llenos. A lo mejor nuestro nuevo ratón puede averiguar en qué coño empleaba tanta pasta —añade mirando a Alba.

—¡A la mierda Josh! ¿La tiene Feng?

—Sí.

—Pues poneos las pilas y vamos a por ella. Si disponemos de todo a tiempo entraremos antes de las doce, que es cuando el Dragón Rojo empezará a llenarse. No nos conviene que haya muchos clientes y tampoco nos interesa armar jaleo. Entramos, la cogemos y salimos de allí. Feng nos hará pagar por cada uno de sus guardias muertos, así que mejor ser lo más limpios posible. Alex, quiero que te encargues de seleccionar a doce hombres. Cuatro vendrán con nosotros, el resto permanecerá fuera por si necesitamos apoyo. Henry, prepara armas y equipo para todos. No sabemos lo que vamos a encontrar allí dentro, así que no escatimes en medios.

—Yo necesitaré estar cerca —musita Alba sin mirarme a los ojos.

—Define «cerca».

—Menos de trescientos metros si queremos acceder a sus comunicaciones. No tenemos micros dentro, así que deberé utilizar algún truco.

La miro con dureza y esta vez consigue mantenerme la mirada.

—Pídele a Henry lo que necesites y lo tendrás.

—¿En serio vas a darle carta blanca? —se queja mi primo y lo ignoro a propósito. No sé qué coño le pasa con la chica, sin embargo, en este momento no puede importarme menos.

—Puedo conseguir el plano, acceso a las cámaras y que seáis invisibles durante tres minutos, tal vez cuatro, pero no estoy segura de poder tenerlo a tiempo.

—Hazlo y estaré en deuda contigo.

Asiente y vuelve a su lugar detrás de mi escritorio, que parece enorme a su lado.

—Me gustaría ayudar también —apunta Sebastián, que ha permanecido en silencio en un rincón de la habitación. De hecho, no ha abierto la boca desde que trajimos a su amiga—. Trabajo para una empresa de seguridad normal y corriente, legal, y no formo parte de tu círculo cercano, por lo que es poco probable que alguien me relacione con vosotros. Podría entrar al club haciéndome pasar por cliente y estudiar la situación. Quizá consiga verla y daros información que sirva para allanaros el camino.

—Y ¿por qué lo harías? —Lo miro con suspicacia. La idea es buena, pero en este momento no me fío de nadie.

—Y ¿por qué no? Me has dejado claro que no voy a marcharme hasta que Vega aparezca y esta podría ser mi oportunidad de demostrarte que puedo ser más útil de lo que crees. No es que menosprecie el trabajo que me habéis dado, pero estoy capacitado para hacer algo más que vigilar la propiedad.

Busco algo en él que me haga dudar, en su mirada, en su postura, en su expresión. Cuando no encuentro nada, cedo, esperando no tener que arrepentirme después.

—Está bien, tienes tu oportunidad. Si la cagas, mueres. —La sonrisa que había comenzado a aflorar en su gesto desaparece con mi nada sutil amenaza, pero en el último momento, se yergue y asiente en un gesto de solemnidad que valoro—. Y ahora quiero a todo el mundo trabajando.

29

VEGA

Los primeros días después de la paliza me mantuvieron drogada. No entiendo muy bien sus motivos porque no hubiese tenido fuerzas para atacar ni a una mosca. Cada vez que comenzaba a ser consciente de lo que me rodeaba, aparecía uno de los guardias y me inyectaba algo en el cuello sin que pudiese hacer nada al respecto. Me dolía cada centímetro del cuerpo, cada articulación y los párpados me pesaban demasiado para permanecer despierta. Después apareció Mara y mi situación mejoró considerablemente. Curó mis heridas con delicadeza, me alimentó y consiguió que los guardias se mantuvieran fuera del zulo.

No sé cuántos días llevo aquí, pero hoy por fin me encuentro mejor y me levanto del mugriento colchón que me sirve de cama. Estiro las piernas y los brazos y comienzo a andar despacio, tambaleándome ligeramente. Apenas he recorrido tres pasos cuando la puerta se abre y Mara entra con mi comida. Su cara al verme es una mezcla de asombro y terror.

—¿Qué haces levantada? Podrían verte —susurra y me coge del brazo para acompañarme de vuelta al colchón.

—Me siento algo mejor y necesito moverme o me volveré loca.

—No lo entiendes. Te han dejado en paz porque Tao y Georgiev se pasaron contigo y tenías todo el cuerpo magullado, pero si descubren que estás bien y que las marcas que quedan se pueden tapar con maquillaje volverán a sacarte al escenario.

—Lo entiendo, pero no puedo permanecer de brazos cruzados esperando a que vengan a por mí.

—Permíteme al menos que exagere el hematoma de tu mejilla; he conseguido algo de maquillaje de una de las chicas y seguro que puedo hacer que se vea lo suficientemente feo como para que te dejen en paz un poco más.

La miro a los ojos, buscando de dónde viene toda esa bondad. No me conoce, no sabe el tipo de persona que soy ni si la dejaré tirada a la primera de cambio y, sin embargo, solo me ha dado su apoyo desde que llegué a este infierno en el que ella parece llevar demasiado tiempo.

—¿Por qué haces esto?

Baja la cabeza y comienza a organizar las cosas que ha traído en la bandeja, evitando mirarme a los ojos.

—No sé a qué te refieres. Deberías comer, el pollo se está enfriando.

Sujeto su barbilla entre mis dedos y la alzo para que me mire antes de hablar.

—Sí que lo sabes. No me conoces, pero no has dudado en ayudarme desde que aparecí. ¿Por qué?

—Las chicas que llegan aquí lloran mucho los primeros días, gritan y algunas incluso se defienden cuando vienen a por ellas y las obligan a trabajar en el club. Intento mantenerme lejos porque sé

que no tienen escapatoria. O hacen lo que los guardias dicen o mueren.

Mara saca del bolsillo de su sudadera un pequeño estuche de maquillaje y comienza a aplicarme sombras en el pómulo. La dejo hacer mientras trato de obtener algo más de información. No es solo por supervivencia, esta adolescente tiene algo que despierta en mí un fuerte instinto de protección.

—¿Alguna vez has intervenido?

—Sí, pero hace mucho que ya no lo hago. Cada vez que suplicaba que las dejaran en paz, era peor. Se volvían más crueles con ellas solo para demostrar que lo que yo quiero no tiene ningún valor.

—¿Y por qué me ayudas a mí?

—Eres diferente. Tú… —Su mirada se vuelve intensa, llenando el vacío que suele anidar en ella y hasta creo distinguir un atisbo de brillo en sus ojos color miel. No me había dado cuenta de lo bonitos que eran hasta este momento—. Eres la mujer más fuerte que he conocido nunca. Mataste a varios guardias tú sola y el otro día parecías un ninja dando patadas y puñetazos. Me recordaste a una superheroína luchando contra los malos. Hubo un momento en que pensé que ganarías. Tanto Tao como Georgiev estaban sangrando y gritaban de dolor mientras los golpeabas sin parar a la vez que esquivabas todos sus intentos de atacarte. ¿Cómo lo hiciste?

—Con mucho entrenamiento. ¿Te gustaría aprender a defenderte?

—Claro, pero sé que nunca tendré la oportunidad.

—Voy a prometerte algo. El día que las dos salgamos de aquí, que lo haremos, te enseñaré a luchar. ¿Qué opinas?

—Me parece algo bonito con lo que soñar.

—Es un trato. Ahora cuéntame cómo consiguieron noquearme ese par de monstruos.

—Tao llevaba una jeringuilla en su bolsillo y te la clavó en el cuello cuando te diste la vuelta. Fue injusto, te desplomaste casi en el acto y Georgiev siguió pegándote, incluso cuando estabas inconsciente en el suelo. Pensaba que te mataría, pero al final Tao lo paró e hizo que te trajeran aquí. El búlgaro estaba como loco y no paraba de repetir que se merecía poder matarte, aunque no creo que lo haga, al menos no todavía. Les he oído comentar que eres valiosa.

—No más que el resto de las mujeres que hay aquí.

—Sí para ellos. Escuché decir a Tao que cuando todo acabe serás una más, pero que, de momento, las instrucciones son mantenerte con vida. Creo que…

Nuestra conversación se corta en el mismo instante en que el aludido abre la puerta e irrumpe en el zulo. Mara esconde bajo la almohada el maquillaje con un movimiento rápido y me suplica con la mirada antes de levantarse y colocarse delante del colchón, impidiendo que el hombre pueda verme.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estaba dándole de comer, como me ordenaron.

—No te quiero en esta habitación y no te quiero cerca de ella. Esta noche actuará con las demás.

—No está lista todavía. Por favor, mira el moratón en su cara. No podré taparlo lo suficiente. Además, apenas tiene fuerzas para levantar la cuchara.

Aparta a Mara con un empujón para poder verme mejor y yo mantengo la mirada baja, en parte porque no podría enmascarar el

asco y odio que siento hacia él si lo miro. Permanezco inmóvil mientras me evalúa.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad, zorra?

—Vete a la mierda —siseo entre dientes sin poder evitarlo.

Se abalanza sobre mí, agarrándome del cuello y apretando lo suficiente para cortar el flujo de aire. Me quedo quieta porque sé que no tengo la fuerza suficiente para separar sus dedos y me concentro en permanecer lo más tranquila posible.

Escucho a Mara gritar detrás de él y veo como estira de su camisa, pero el animal que tengo delante está ciego de rabia y veo en sus ojos que quiere hacerlo, quiere llegar hasta el final. Por suerte, no cuenta con autorización para matarme y eso me salva el culo de nuevo. Cuando me suelta, me doblo sobre mí misma y toso mientras intento abarcar todo el aire de la habitación.

—Por favor, Tao, déjala —suplica Mara cogiéndolo del brazo—. Apenas ha comido desde el viernes. Creo que la drogasteis demasiado y por eso está tardando más en recuperarse. Seguro que en un par de días está lista.

Mara sigue hablando y consigue que el bastardo desvíe la mirada hacia ella.

—¿Desde cuándo te crees con derecho a pedirme algo? ¿Acaso te está pegando algo de valentía esta zorra? —Da dos pasos amenazantes hasta quedarse demasiado cerca de su cuerpo menudo —. ¿Piensas que tu situación ha cambiado en algo? No eres nada, Violet, solo una muñeca que me pertenece. —La sujeta de la nuca y la presiona contra su cuerpo. Ella baja la cabeza, pero él la obliga a mirarlo. Quiero levantarme y darle otra paliza al hijo de puta—. Eres un regalo a cambio de mi lealtad, ¿lo has olvidado? Tu padre te

entregó a mí, te gané y tal vez tenga que esperar unos meses para follarte, pero puedo castigarte cuando me venga en gana.

Mara jadea asustada y Tao sonríe de forma cruel antes de besarla a la fuerza. Espero que se defienda, que lo empuje, que le muerda la lengua. Cualquier cosa menos que se quede lánguida como hace.

Estoy a punto de intervenir cuando el hijo de puta la suelta. Sin decir nada más, se marcha dejándonos a ambas en medio de un profundo silencio.

—¿Estás bien?

Su espalda permanece pegada a la pared y creo que se hallaba en estado de *shock* hasta que ha escuchado mi voz. Sus ojos me miran con una tristeza que podría provocar un segundo diluvio universal y mi corazón se encoge un centímetro.

Me levanto despacio y me acerco hasta ella. No hay lágrimas en sus mejillas, pero sé que por dentro no ha dejado de llorar desde que Tao salió de esta habitación.

No estoy acostumbrada a dar consuelo ni a mostrar gestos de cariño. Nunca los tuve y jamás nadie me enseñó a expresar empatía; sin embargo, necesito hacer algo para que se sienta mejor.

—No te preocupes, se me pasará. —La sonrisa que muestran sus labios es débil y forzada.

—¿Recuerdas mi promesa? Ambas saldremos de aquí y te enseñaré a defenderte.

—Eso me encantaría, pero no puedo vivir en una quimera, no me ayudará a sobrellevar la realidad.

—No acostumbro a hacer promesas que no piense cumplir. Y ahora dime, qué ha querido decir Tao con eso de que te regalaron.

—Mi madre murió hace cuatro años, ella era…, ya sabes, una chica del club. Tenía más privilegios que las otras, creo que se encargaba de organizarlas y de mantenerlas calmadas. También era una de las preferidas de Feng, pero eso no impedía que tuviera que trabajar y prostituirse como el resto. Ella no quería estar aquí.

—¿Y él dejó que te tuviera y te mantuviera en este lugar con ella? —pregunto sorprendida.

—Bueno, es que él es… Él… Es mi padre.

Todas las putas alarmas suenan en mi cabeza mientras agacha la mirada avergonzada.

—¿Él es quien te ha regalado a Tao?

—Tuve suerte.

—Pero… ¿qué cojones…? ¿¿Suerte?? ¡Malditos hijos de puta! —Me mira confundida por mi arrebato y da un paso hacia atrás—. Mara, dime que no te han tocado un pelo porque juro que los mato.

—No lo entiendes. Cuando mi madre estaba viva, negociaba con Feng para mantenerme a salvo. Ella hacía todo lo que él le pidiese con tal de que se olvidaran de mí. Apenas pude salir del pasillo de las chicas hasta los ocho años. Algunas de ellas me enseñaron a leer y a escribir, y cuando apareció Sarah, se preocupó de que aprendiera muchas más cosas. Ella era maestra antes de llegar aquí. Yo estaba bien, sé que hay un mundo distinto fuera, me lo han contado y no soy tonta, pero esto es todo lo que conozco, todo lo que he visto y no me parecía tan malo hasta que mi madre murió. Entonces, las cosas empezaron a cambiar. Las chicas intentaban mantenerme escondida, aunque la curiosidad de los guardias aumentaba y mi madre ya no estaba para protegerme. Un día me llevaron ante mi

padre, yo no lo conocía. No sé si lo había visto antes, pero no lo recordaba. Me dio tanto miedo…

—Al final, no es más que un hombre y morirá como los demás, sangrando.

—No digas eso, cualquiera puede oírte.

—¿Qué pasó ese día?

—Me dijo que ya tenía edad suficiente para empezar a trabajar. También me habló de Tao y me informó de que sería suya al cumplir los dieciséis años. No lo entendí en aquel momento. No era tonta, pero apenas había cumplido los once y no comprendía todo lo que eso significaba.

—¿Pretende casarte con él el año que viene?

—Creo que el acuerdo no incluye boda, tampoco sé si me mantendrá aquí o me llevará a su casa. Solo tengo claro que cambiaré de dueño, que debo hacer todo lo que él quiera y que no puedo hacerlo enfadar.

—Mara, eso es…

—¡Es mejor que la alternativa! ¿Sabes lo que me espera si él decide cambiar de idea sobre mí? Seré como las otras chicas. No seré de Tao, sin embargo, seré de cualquiera y de todos ellos, de quien quiera reclamarme en cada momento. Seré de varios cada noche y harán lo que quieran porque no soy más que una mujer.

—Ser una mujer es mucho, Mara. No lo digas como si no tuviésemos valor, porque lo tenemos, porque lo tienes. Las mujeres somos fuertes, luchadoras, valientes; somos tenaces, inteligentes y resilientes. Has crecido viendo cosas horribles que no deberían existir, pero te garantizo que este no es el mundo real.

—Puede que no, pero es el mío.

Sé que está enfadada, quizá no conmigo, pero sí con lo que le ha tocado vivir y con el futuro que se acerca a pasos agigantados.

—¿Te ha tocado? Quiero decir, además de lo que he visto hoy. ¿Tao ha…?

Gira la cara hacia la pared y suelta un suspiro profundo. Por un momento, pienso que no va a responder y no me atrevo a terminar la pregunta.

—Cuando cumplí doce, un guardia me llevó a una habitación en la que él estaba con una de las chicas. Tao me hizo sentarme y mirar. Dijo que ya tenía edad suficiente para aprender. Después de esa noche, vinieron más. Al principio, permitía que me quedase en una silla alejada, después la acercó para que viese mejor. Pasó un tiempo hasta que me hizo desnudarme y sentarme en la cama.

—¡Maldito bastardo hijo de puta!

—No me tocó, le daban miedo las represalias de mi padre.

—¿Me estás diciendo que Feng tiene sentimientos?

—No. Creo que la cláusula es su forma de tener a Tao en sus manos. Es como ofrecerle un caramelo y decirle que puede sostenerlo, pero no saborearlo.

—Entonces ¿nunca te ha tocado?

—Cuando cumplí catorce, decidió que se había cansado de esperar. Esa noche había bebido más de la cuenta, me llevó a su habitación y me hizo tocarle.

—Tuviste que haberte negado, haber ido a tu padre.

—Me dijo que, si lo hacía, me arrepentiría cuando cumpliese los dieciséis. La experiencia con él me ha enseñado que es mucho mejor cuando no lo hago enfadar. Él no es… No es tan malo conmigo si me porto bien —afirma sin mirarme a los ojos.

—Mara, sí que es malo. Es malo siempre que te obliguen a hacer algo que en realidad no quieres. Es malo cuando actúas bajo amenaza y no por propia voluntad.

—Déjalo. No vas a entenderlo.

—No, pero haré algo mejor. Te sacaré de aquí y mataré al hijo de puta. Mírame. —Espero a que lo haga—. Mataré a Tao, te lo juro.

Es ella la que da un paso y rodea mi cintura con sus brazos mientras entierra su cabeza en mi pecho. La sensación de su abrazo es cálida y reconfortante. Necesito pensar en una manera de sacarla de aquí, de sacarnos a ambas con vida.

Cuando la puerta vuelve a abrirse y el malnacido que se atrevió a tocarla entra de nuevo en la habitación, algo se apdera de mí y salto sobre él como la jodida mujer ninja que ella piensa que soy. Oigo el crujir de un hueso ajeno antes de sentir el pinchazo en mi cuello y sonrío porque ese hueso es solo el primero de muchos que van a romperse.

30

LIAM

Son las doce en punto cuando llegamos al lugar. Alba se ha quedado en una furgoneta en la calle de atrás con tres de mis hombres. Desde allí, se encargará de guiarnos una vez que entremos en el club. Ella será nuestros ojos dentro, así que más le vale no fallar. Ninguno podemos hacerlo hoy. Cualquier paso en falso podría significar la muerte de Vega y hay algo dentro de mí que amenaza con romperse cada vez que pienso en esa posibilidad. No se trata solo de aquel instinto de protección que nació hace unas semanas y que no terminaba de entender, ahora es algo más. Por alguna maldita razón ya no puedo imaginar mis noches sin su cálida piel bajo la mía, no puedo concebir una vida sin su cabeza alta cuestionando cada una de mis órdenes o sin esa forma que tiene de retarme y volverme loco. En algún momento he empezado a sentirla como mía y nadie va a arrebatármela.

Feng pagará por lo que ha hecho, me da igual que su organización sea más fuerte que la mía o que me cueste mi último aliento, pero ella saldrá de aquí y, tarde o temprano, él morirá bajo mis manos.

Con esa promesa bajo del coche seguido por mis hombres. Sebastián lleva cuarenta minutos dentro del club. Tal como pensábamos, no se trata de un antro de mala muerte como quieren hacer ver desde fuera, sino un local glamuroso en el que los clientes pueden conseguir desde un baile erótico a bebidas exclusivas, drogas o unas horas con una prostituta. Por el momento, Sebastián no ha visto nada fuera de lo normal, salvo que algunas de las chicas parecen ir drogadas hasta las cejas. También nos ha descrito al que está al mando, un hombre asiático, musculado, vestido con traje y con el pelo negro atado en una coleta.

Mis órdenes antes de salir han sido claras: intentaremos pasar desapercibidos y trataremos de que no salten las alarmas, pero no dudaremos en atacar si nuestras vidas o la de Vega están en peligro.

Alba nos da la señal por radio y avanzamos hacia el callejón. El Dragón Rojo consta de tres pisos: planta baja, primera altura y sótano. Pensamos que deben de tener a Vega en el sótano, ya que es la zona que mejor pueden proteger, sin ventanas, sin acceso a la calle. Yo mismo ubico a mis prisioneros en el sótano de mi mansión.

La imagen de Josh viene a mi cabeza y aprieto los puños. No he querido bajar a verlo por miedo a desconcentrarme. No puedo permitir que nada distraiga mi mente esta noche.

Según los planos de Alba, en el primer piso solo hay habitaciones y una sala que parece ser una especie de comedor común; la planta baja dispone de una zona más amplia en la que está ubicado el escenario donde las chicas realizan los bailes y el bar. Por lo que hemos averiguado, los clientes más habituales son hombres de negocios que prefieren hacer aquí sus tratos menos limpios, por lo que no me extrañaría ver alguna cara conocida. De hecho, he tenido

que pedir un favor a Ígor para que colase a Sebastián como amigo suyo hoy. El maldito bastardo me pedirá un descuento en su próxima compra de droga, estoy seguro. En esta planta también hay baños, un largo pasillo que conduce a la entrada principal y otro que da a una habitación que podría ser el despacho de Feng, pero no hay cámaras allí que puedan garantizarlo. Los planos muestran el sótano como un espacio totalmente diáfano, aunque no tenemos certeza de ello.

Nuestra mejor opción es acceder por la ventana del baño de hombres, la misma que Sebastián ha abierto para nosotros hace un minuto exacto. Alex entra primero y se asegura de que no haya nadie antes de darnos paso.

—A tu señal, las cámaras se desconectarán en cinco segundos. Recordad que puedo daros tres minutos a partir de ese momento, puede que algo más, pero no lo sabremos hasta que llegue el momento.

—Recibido.

—Mierda. —La voz de Sebastián suena fuerte en mi auricular—. Dos hombres acaban de traer a Vega. Me he movido a la barra porque no estaba seguro de que fuera ella, pero no hay duda. La tienen en el pasillo lateral que da al escenario.

—¿Está bien? —gruño apretando los dedos sobre el arma que llevo en la mano.

—Sí, creo que sí. Uno de los guardias mira al escenario como si estuviese esperando algo y el otro… el otro parece que esté sujetándola. —La línea se queda en silencio unos segundos, espero a que siga hablando y cuando lo hace, casi soy incapaz de contenerme—. Joder, creo que la han drogado, sus ojos están…

distintos. —Se oye el ruido de cristales al romperse antes de que vuelva a hablar—. Lo lamento. Joder, qué puto desastre.

Se escucha la voz de una mujer diciéndole a Sebastián que no pasa nada y que repondrán su bebida. Él se queja de su camisa manchada y después vuelve a dirigir su atención a nosotros.

—Vale, he tenido que liarla un poco para captar su atención. Sin duda, la llevan drogada, aunque creo que me ha visto. Parece que están esperando a que la mujer que hay en el escenario termine su baile para subir a Vega.

—¡Sobre mi puto cadáver! Sebastián, necesito que vuelvas a liarla, pero esta vez lo suficiente como para que varios guardias tengan que ir a sacarte del local. Consigue al mayor número de ellos sobre ti. ¿Lo has entendido?

—Joder, sí. Voy a llevarme una paliza de cojones.

—¡Hazlo ya! —bramo por el auricular, me importa una mierda los golpes que tenga que recibir—. Alba, las cámaras.

Salgo del baño con mis hombres a la espalda. Dos de ellos se dirigen a la derecha para cubrir esa zona y los otros dos nos siguen a mi primo y a mí. Cuando llegamos al final del pasillo, diviso a Vega en un espacio lateral junto al escenario. Tal como ha dicho Sebastián, uno de los guardias sujeta a Vega por la cintura. Ella lleva puesto un vestido dorado que apenas le tapa el culo y tiene los pies descalzos, igual que la chica que está bailando sobre la tarima. Se tambalea sobre sus pies y veo que hace esfuerzos por mantener la cabeza erguida.

—Dos minutos treinta segundos —advierte Alba refiriéndose al tiempo que nos queda sin cámaras. Todavía no hemos sido descubiertos, pero no sé cuánto durará eso.

Oigo el escándalo que está montando Sebastián al otro lado de las mesas. Ha golpeado a un cliente y barrido todas las copas que estaban sobre la barra. El suelo está cubierto de cristales a su alrededor y un guardia trata de reducirlo sin éxito alguno. Por si fuera poco, Sebastián agarra una botella de ginebra y la estampa en la cabeza del guardia, dejándolo inconsciente en el suelo. He de reconocer que el tipo tiene agallas.

El hombre que sujeta a Vega se la pasa a su compañero de malas maneras y le dice algo que no consigo escuchar antes de encaminarse hacia la barra para ayudar a los otros dos guardias que ya han acudido para socorrer a su compañero y sacar a Sebastián a empujones del club.

Es ahora o nunca.

Alex y yo nos acercamos al tío que sostiene a mi mujer. Coloco mi arma en sus lumbares y presiono cuando trata de girarse.

—Si lo intentas, estás muerto. —Lo arrastro hacia atrás para que las pesadas cortinas nos tapen por completo a la par que Alex le quita el arma que lleva bajo la chaqueta. Después, es mi primo quien lo encañona en la sien mientras yo sujeto a Vega. Cuando la cargo, uno de sus brazos cuelga a un lado como un peso muerto, como si ni siquiera fuese capaz de controlarlo; su cabeza se balancea un poco hasta que consigue fijar sus ojos en mí. Siento que me mira, pero no comprende lo que ve.

—Estoy aquí, pequeña. Ya ha terminado todo. Nos vamos a casa.

—Feng te volará la cabeza antes de que salgas de aquí —advierte el guardia, y su comentario le vale una bala en la frente, cortesía de mi primo.

—Hablaba mucho —se excusa levantando los hombros—. Y llevo puesto el silenciador, he sido bueno.

—Andando —ordeno, y ambos nos movemos pegando nuestras espaldas a la pared. Dos de mis hombres que se habían quedado atrás para protegernos se colocan a mi espalda y Alex va abriendo el camino de forma que Vega queda dentro del círculo de protección—. Al baño.

—Señor, el baño no es una opción —me avisan por radio—. Uno de los guardias ha notado la ventana abierta. Lo hemos neutralizado, pero su compañero se ha quedado en la puerta y no creo que tarde en entrar cuando vea que el otro no regresa.

—Mierda, salid por la ventana y cerradla después, nosotros iremos por la puerta principal. Necesitaremos que estéis cerca. ¿Sebastián?

—Lo tiraron malherido en un callejón, lo tenemos —confirma el cabecilla del grupo de apoyo que dejamos fuera.

Giramos el pasillo y vemos a dos hombres cubriendo la entrada.

—Alba, ¿cómo vamos?

—Doce segundos. ¡Tenéis que salir de ahí ya! Acaban de descubrir al tío muerto en el baño y el de la coleta se ha puesto a gritar cosas en chino. Al menos quince hombres han subido del sótano, joder, creo que son más.

—¡Quiero un coche en la puerta ya! —grito.

—¡A la mierda, vamos por delante! —suelta Alex y comienza a correr hacia la salida disparando su arma en dirección a los porteros. Yo corro detrás de él protegiendo a Vega con mi cuerpo, mientras los dos hombres que llevamos detrás disparan en dirección a nuestra espalda, donde acaban de aparecer tres guardias más.

Salimos del local y nos lanzamos al todoterreno que ya nos espera con las puertas abiertas.

Todavía no hemos llegado al final de la calle cuando ya nos siguen dos vehículos negros, pero esto lo teníamos previsto. Damos un giro brusco a la izquierda y nos mezclamos con cuatro coches iguales al nuestro en los que viajan varios de mis hombres preparados con mi mejor armamento. La persecución dura apenas unos minutos antes de que nos hayamos deshecho de la amenaza.

Durante todo este tiempo, he mantenido a Vega abrazada, incapaz de separarla de mi pecho. Primero me digo que la estoy protegiendo, después asumo que tengo miedo, miedo a lo que he sentido al ver su mirada vacía y miedo a no poder soportar lo que ha sufrido por mi culpa.

Aparto el pelo de su cara y veo sus ojos cerrados. Su cuerpo tiembla y castañea los dientes de una forma que no puede ser sana.

—Vega. —Mi voz es apenas un susurro. No quiero asustarla, pero necesito que despierte de la pesadilla en la que todavía está metida —. Cariño, soy yo. Estás a salvo. Ya nadie volverá a hacerte daño, te lo juro.

Abre los ojos con esfuerzo, pero no estoy seguro de lo que ve antes de cerrarlos de nuevo.

Cuando llegamos a casa, todo el mundo permanece en absoluto silencio mientras la subo en brazos a nuestra habitación. Le quito la tela dorada que apenas le tapa nada y descubro que tiene el cuerpo lleno de marcas y moraduras. Sus muñecas están rodeadas por cercos rojos, lo que significa que ha permanecido tiempo atada. Conociéndola, se haría ella misma las marcas intentando soltarse. Tiene manchas rojas, amarillas y moradas por todo el cuerpo; una

enorme y especialmente fea abarca su costado izquierdo y temo que puedan haberle roto alguna costilla. También hay marcas de dedos en sus muslos y, mierda, alrededor de su cuello.

Me entran unas ganas terribles de volver a ese club y cargarme a cada guardia que me encuentre a mi paso hasta llegar al maldito Feng. Si alguno de ellos se ha atrevido a ir más allá… Cierro los ojos porque las imágenes que llegan a mi cabeza vienen acompañadas de destrucción y sangre, mucha sangre que no dudaré en derramar.

El médico aparece diez minutos después, seguido de Sophie.

—Te dije que debía estar aquí cuando llegásemos —le recrimino a ella mientras el doctor se sienta en una silla junto a la cama y comienza a sacar material del maletín que ha traído con él.

—Lo siento, no es fácil conseguir que alguien venga a estas horas. Estaba ya en la cama cuando lo llamé y tuve que convencerle de que era importante. De todas formas, tampoco parece tan grave —afirma mirando a Vega con cierto desprecio. Un desprecio que no pienso tolerar.

—No te pago para que hagas cosas fáciles. Te pago para que cumplas mis órdenes, sean las que sean.

—Por supuesto, y me encanta trabajar para ti y para Alex, ya lo sabes. Oye, ¿estás bien? Se te ve cansado —susurra acercándose hasta que sus tetas rozan mi brazo—. ¿Quieres que le diga a alguno de los chicos que la trasladen a otra habitación para que puedas dormir un poco?

Su tono meloso y su actitud descarada nunca han sido un problema, pero hoy me cabrean sobremanera.

—Lo que quiero es que hagas tu trabajo y no te metas en mi vida privada. Desde hoy, tu única misión será la de atender a Vega.

Cualquier cosa que ella pida, serás la responsable de que la tenga en el mínimo tiempo posible, sin excusas. Mañana por la mañana moverás todas sus cosas a esta habitación y, ahora, espera fuera hasta que termine el médico y luego lo acompañas a la puerta.

Se queda quieta, sé que está a punto de decir algo, aunque en el último momento se arrepiente, asiente y se marcha sin hacer ruido. Probablemente debería haberla echado, pero su madre fue mi canguro durante años y parece que a mi primo le gusta desahogarse de vez en cuando con ella.

Me acerco a la cama y observo al doctor trabajar durante unos minutos.

—Listo. No parece tener heridas de gravedad, pero está algo deshidratada y las drogas tardarán varias horas en ser expulsadas de su cuerpo por completo. Liam…

—Ni se te ocurra pensar que sería capaz de hacer algo así, Thomas. Los dos sabemos que no soy una buena persona, pero jamás marcaría a una mujer de ese modo. —Mi mirada queda fija en las señales que hay alrededor de su cuello—. Necesito saberlo, ella… —Trago saliva—. La han…

—Si lo que quieres saber es si la han penetrado en contra de su voluntad, no puedo responderte. Me gustaría tener el consentimiento de la paciente o de un familiar antes de realizar ese tipo de examen. ¿Por qué no le preguntas a ella cuando despierte?

—¡Joder, vale!

31

VEGA

Siento la cabeza abotargada y es como si mis pensamientos tuviesen que atravesar nubes de algodón para llegar a su destino. No sé dónde estoy, qué hice ayer o en qué momento me dormí.

Intento moverme, pero algo me mantiene fija a la superficie en la que estoy acostada y entonces lo recuerdo. La cafetería; la traición de Josh; Feng riéndose a mi costa, tratándome como si solo fuese una moneda de cambio para chantajear a Liam; la sangre de un guardia salpicándome la cara después de clavarle el cuchillo en el cuello; yo en el escenario, un tío tocándome; Mara; los sedantes… Siento algo presionando mi cuerpo contra el colchón y trato de liberarme; sin embargo, cuando lo estoy consiguiendo, uno de esos animales se abalanza sobre mí, bloqueando mi intento de huida. Lanzo patadas y puñetazos contra ese muro de hormigón, muerdo, araño, golpeo. Lucho. Nunca dejaré de luchar y jamás permitiré que posean ni un solo milímetro de mí. Tendrán que volver a drogarme si me quieren dócil.

—Juro que voy a matarte. Acabarás como tus compañeros, cabrón de mierda —gruño cuando bloquea mis extremidades con un abrazo desde atrás. Su agarre es fuerte y no logro liberarme, pero

no me rindo. Mis piernas golpean todo lo que encuentran a su paso hasta que la voz del hombre que me sujeta consigue atravesar la neblina de mi cerebro.

—Vega, soy yo.

Demasiado tarde. Lo aparto bruscamente de una patada y estoy a punto de volver a atacarle cuando lo veo por primera vez. Y tiene razón. Es él. O al menos creo que lo es. Doy un paso atrás y miro a mi alrededor. Reconozco el lugar, los muebles en tonos grises, la gran cantidad de luz que entra por el ventanal de cortinas blancas, la alfombra mullida que ahora siento bajo mis pies descalzos y la enorme cama a mi espalda.

Mi respiración sigue acelerada y siento el latido de mi corazón golpeando con fuerza contra mi pecho, como si quisiera escapar de esta situación.

Detrás de él está el espejo de cuerpo entero frente al cual me desnudó una noche, parece que hayan pasado meses desde aquel momento compartido. Me contemplo en él y apenas reconozco a la mujer que veo reflejada. Esa mujer tiene el pelo enredado ocultando la mitad de su cara, ojeras y unos ojos vidriosos, profundos, oscuros. Me sorprende no llevar puesto un horrible vestido dorado, sino el pijama de conejos y zanahorias que la abuela Amparo me regaló por mi último cumpleaños. Pero lo peor no es el pelo, tampoco la mirada vacía en mi rostro, sino las feas marcas violáceas que me decoran la piel casi por completo. Aparto la mirada, incapaz de seguir observando mi estado y la dirijo hacia él de nuevo.

—Liam. —Mi voz es tan débil que casi ni yo la escucho. Está de pie frente a mí, esperando, como si no quisiese acercarse por miedo a asustarme—. Yo… ¿Cómo?

Lanza un suspiro y después alarga una mano hacia mí, con la palma hacia arriba.

—Ven.

Y por una vez en la vida, no quiero pensar en las consecuencias de mis actos, no quiero reflexionar, no quiero tomar decisiones, sino que las tomen por mí.

Doy un paso hacia delante, después otro y otro más, hasta llegar al lugar más cálido en el que me he encontrado jamás. Sus brazos a mi alrededor se sienten firmes, seguros. Inspiro el olor que desprende su pecho y me permito sentirme frágil. Sé que estoy bajando demasiado mis barreras y que eso muchas veces implica el desastre, la traición, el caos. Pero llevo días siendo una roca, planificando estrategias y planes de huida, luchando por sobrevivir… Y estoy cansada. Tan cansada que me pregunto si no podría ser yo a la que cuiden por una vez, solo hoy.

Cierro los ojos y rodeo su cintura con los brazos, tratando de dejar la mente en blanco. Me gustaría ser capaz de llorar y experimentar el desahogo que viene después, pero sé que eso no sucederá. A veces pienso que derramé tantas lágrimas siendo niña que ya no me quedan más, y entonces, me siento como un pozo seco en mitad de la nada.

En algún momento, Liam nos desplaza hasta la cama sin dejar de abrazarme. Nos tumbamos, mi mejilla contra su pecho y nuestras piernas enlazadas. Escucho el latido de su corazón e intento distraer mi mente de los recuerdos, jugando a ajustar el ritmo de mi respiración al suyo.

Esta vez no me despiertan las pesadillas, sino el peso de su brazo, chafándome la vejiga. Cuando trato de apartarlo, él decide

que es buena idea aferrarse todavía más a mí.

—Deja que me vaya.

—Ni lo intentes, duérmete —musita sin abrir los ojos.

—Liam, por favor —respondo serpenteando entre las sábanas cuando me aprieta más contra su cuerpo.

—He dicho que no.

—Me estoy meando y te aseguro que no puedo aguantar mucho más.

Gruñe y me deja escapar de mi prisión a regañadientes. Después de hacer mis necesidades y lavarme los dientes, lanzo una mirada fugaz al espejo y vuelvo a despreciar lo que veo en él. Me meto en la ducha y me lavo la piel y el pelo durante veinte minutos. He gastado medio bote de jabón y todavía no consigo sentirme limpia.

Cuando regreso a la habitación, Liam está despierto, mirando el móvil con la espalda apoyada en el cabecero.

—Ven, es hora de que hablemos de lo que ha pasado. Necesito que me cuentes todo desde el principio.

Me acerco y me siento a su lado en la cama.

—Si llegaste hasta mí, entiendo que es porque ya sabes que tienes un traidor entre tus hombres.

—Tenía —recalca con desprecio y lo miro con sorpresa.

—¿Lo has matado?

—No, pero ya no forma parte de mi organización y sus días están contados.

—Trabaja con Feng y sospecho que le ha estado pasando información importante. Liam, es tu jefe de seguridad, ha podido darle datos vitales sobre la protección de tu casa, de tu empresa… Ya no estás seguro aquí, ninguno lo estamos.

—Todo eso ya está arreglado, olvídate. —Acaricia con suavidad las marcas de mi cuello y yo cierro los ojos, dejándome hacer—. ¿Quién te hizo esto?

—¿Acaso importa?

—Por supuesto que importa. Mataré al hijo de puta que se atrevió a lastimarte, mataré a cada uno de ellos con mis propias manos.

—Son los dedos de Tao. Por lo que he podido averiguar, es la mano derecha de Feng, al menos allí dentro.

—Descripción.

Pongo los ojos en blanco antes de responder a su orden.

—De origen chino, alto, musculado, pelo negro atado con una fina coleta en la nuca. ¿Contento?

—Cuando esté muerto. ¿Quién más te tocó?

—Maté a tres guardias cuando intentaron hacerlo. Sé defenderme sola, te recuerdo que soy tu guardaespaldas, no al revés.

—Que tú, ¿qué? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿A quién crees que contrataste para protegerte, a la princesa del cuento? No soy débil, Liam, y no puedes ir por ahí diciendo que matarás a cualquiera que me haya hecho daño. Sé defenderme sola, yo soy el puto dragón; al menos creía que sabías eso de mí —respondo un poco molesta por su actitud controladora.

—Soy consciente de que puedes defenderte sola, Vega, pero no tendrás que hacerlo mientras yo esté contigo. Ahora cuéntame cómo y por qué mataste a esos hombres.

Lo dejo pasar esta vez, le hago un resumen de lo que he vivido durante los últimos días y aprovecho para apartar a un lado la culpa

y volver a meterme en la misión en la que cada día me cuesta más centrarme.

—Feng dijo que yo era solo el plan B para asegurarse de que cumplías tu parte del trato. También aseguró que te habías comprometido a darle algo. ¿De qué hablaba? ¿Qué es toda esta mierda en la que me he visto envuelta, Liam?

Se pasa una mano por el pelo y suspira antes de responder.

—Creo que ha llegado la hora de hablarte de Amapola.

—¿Amapola?

—Es el nombre del arma en la que llevo años trabajando. He conseguido mantenerla en secreto durante todo este tiempo, pero de alguna forma, parte de la información ha conseguido filtrarse y ahora ya sé cómo ha pasado.

—Josh.

—Correcto.

—¿Y qué tiene esa arma de especial para que Feng esté dispuesto a secuestrarme con tal de que cumplas tu trato?

—Prometo mostrártela cuando te encuentres mejor, la semana pasada me llegó un prototipo y esta vez estamos cerca. En poco más de dos semanas la tendremos lista.

—Entiendo que eso es una buena noticia.

—El problema es que Feng quiere comprar todo, el arma, los planos y la patente. Quiere asegurarse de ser el único que posee a Amapola.

—¿Y no está dispuesto a pagar lo que vale?

—Lo está, el dinero nunca es un problema para él.

—¿Entonces? No lo entiendo. ¿Por qué no vendérsela si tienes un comprador dispuesto a pagar lo que haga falta?

—Porque nunca le cederé la patente a nadie y porque no me fío de él. Se enteró de su existencia y lo primero que hizo fue atacarnos, supongo que pensando que podría robarla. Cuando no consiguió lo que quería, apareció con un trato debajo del brazo como si nada. Insisto, no me fío de ese hombre, ¿sabes lo que podría hacer contra mi organización con un arma como esta?

—Pero yo pensaba que Feng y tú erais algo así como socios.

—Soy uno de sus proveedores, punto. Lo tolero siempre y cuando no se meta en mi negocio ni en mi vida y eso es justo lo que ha hecho.

—Entonces ¿qué harás? ¿Vas a decirle que no hay trato? ¿Puedes hacer eso?

Si Liam se desvincula de Feng no tendremos nada. Todo por lo que llevamos meses trabajando se habrá ido a la mierda en un abrir y cerrar de ojos.

—Lamentablemente, no es tan fácil. No se le puede decir que no a Feng. Sus tentáculos son tan grandes que no estoy seguro de salir bien parado de una guerra contra él. Necesito aliados.

—Yo…

—Alex y yo estamos trabajando en ello —me interrumpe—. No quiero que te preocupes por eso, ¿vale?

—No puedes dejarme al margen.

—Pues tendrás que conformarte, ya te he contado más de lo que debería. No lo entiendes, lo mejor para ti es saber lo menos posible.

—¿Para que no pueda sacarme información si decide volver a secuestrarme?

—Te juro por mi Hermandad que no volverá a ponerte un dedo encima.

Sus manos se convierten en puños y noto la tensión que irradia su cuerpo.

—Hay algo más que me gustaría saber, ¿todo el negocio de Feng está relacionado con la prostitución?

—Prostitución, trata, esclavismo, pederastia, drogas… Puede que haya algo más, pero sé que su principal fuente de ingresos viene de la trata.

—Hijo de puta. —Trago saliva y, sin pensarlo demasiado, decido que puedo confiar en él sobre esto—. Liam, había una adolescente allí. Apenas tiene quince años y se encargó de curar mis heridas, de que no me faltase agua ni comida y también de advertirme sobre los guardias y sobre Tao en concreto. Necesito sacarla.

Aleja su mano de la mía, suspira y se la pasa por el pelo. Veo la lucha en su mirada y suplico mentalmente para que me apoye, para que me demuestre que en realidad está en el lado correcto cuando se trata de temas importantes.

—Siento decirte que no a algo, pero es imposible, Vega. Después de haberte rescatado, habrán doblado las medidas de seguridad, habrán convertido ese lugar en una puta fortaleza igual que yo lo he hecho con esta casa para protegerte.

—Le prometí que la ayudaría a salir —sentencio en tono duro y esta vez soy yo quien se aleja. Me levanto de la cama y él hace lo propio, dejando el enorme colchón entre ambos.

—Lo siento, pero la respuesta es no. No permitiré que vuelvas a acercarte a Feng, no me arriesgaré a perderte de nuevo.

—De acuerdo, lo haré sin tu ayuda.

—¡Estás loca si piensas que dejaré que te lances a una muerte segura!

—¡No te estoy pidiendo permiso! —respondo enfadada al ver que vuelve a aflorar su vena controladora.

—Mejor, porque nunca te lo daría.

Antes de que pueda procesar lo que su negativa significa, sale de la habitación dando un portazo y, para mi conmoción, escucho que cierra la puerta con llave.

«¿En serio este puto loco me ha encerrado otra vez?».

Paso un par de horas dando vueltas. Me siento ridícula vestida con un pijama de conejos y zanahorias a las doce del mediodía, así que entro en su vestidor para cogerle prestado algo que pueda ponerme. Mi sorpresa no es pequeña cuando encuentro toda mi ropa perfectamente colocada junto a la suya.

«¿Me ha mudado a su habitación? ¿Sin preguntarme siquiera?».

Resoplando, escojo unas mallas y una sudadera negras. Después, aplico un poco de corrector sobre las marcas de mi cara y mi cuello hasta conseguir disimularlas, me hago una coleta alta y, al mirarme en el espejo, casi logro reconocerme en él.

Poco después llaman a la puerta y, antes de que pueda dar paso, Sophie entra en la habitación con la cabeza alta y esa mirada de desprecio que parece ensayar solo para mí.

—Siéntete libre de entrar, no te preocupes —suelto con ironía.

—No es tu habitación.

—Pero soy yo la que está dentro.

—Sí, encerrada —puntualiza haciéndome entrar en llamas.

—¿A qué has venido, Sophie?

—Tienes una visita.

—Oh, así que los prisioneros podemos tener visitas. Bien, pues hazle pasar.

Antes de que pueda responder, Sebastián se asoma por la puerta con una sonrisa mal disimulada.

—Yo… Esto… Puedo esperar a que terminéis de discutir. De hecho, pensaba ir a prepararme unas palomitas para disfrutar mejor del espectáculo.

Sophie se marcha, no sin antes fulminar a mi compañero con la mirada y, como era de esperar, cierra con llave a su espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto acercándome y bajando la voz.

—Tu novio me ha permitido venir a verte.

—¿Mi novio?

—Bueno, me ha dejado bastante claro, a mí y a todo el que ha querido escucharle, que eres su mujer, y en mi pueblo eso significa o que os habéis casado o que sois novios.

—Dios, esto se está yendo de madre. —Apoyo la base de las manos contra mi frente y presiono con fuerza, tratando de aclarar la mente.

—Me envía tu tío, mi cometido era asegurarme de que te encontraras bien. Sombra, nos has dado un susto de muerte. Estuvimos a punto de abandonar la misión e ir a rescatarte sin esperar a Liam y a su gente.

—Me alegro de que no desistierais. Nos hallamos cerca, Sebas, lo sé. Ahora cuéntame cómo lo hicisteis, estaba drogada, pero sé que te vi en el club justo antes de que me sacaran de allí.

—Trazamos un plan para ayudar a Liam a rescatarte. Sabíamos que le costaría demasiado llegar hasta donde Feng te tenía, así que le dimos las herramientas necesarias. Ojo, Alba se hizo pasar por una amiga de la universidad que también te conoce.

—Entendido.

—Seguimos el recorrido de Josh en las cámaras de tráfico y vimos cómo te dejaba en el club. Permitimos que Liam se llevara el mérito, pero estuvimos monitorizando todo el rescate. No fue difícil convencerlo para que me dejase hacerme pasar por un cliente y Alba les proporcionó el plano del edificio y tres minutos de invisibilidad. Teníamos un plan alternativo por si fallaban, pero lo hicieron bien. Mark esperaba en el tejado con una tonelada de armas, estaba dispuesto a volar el jodido edificio y Lucas… Creo que nunca lo había visto tan nervioso. Se mostró en desacuerdo desde el principio, quería saltarse el plan y que fuésemos nosotros quienes te rescatásemos. De hecho, insistía en ir a por ti en el momento en que supimos tu ubicación. Fue tu tío el que lo detuvo.

—Hicisteis lo que debíais y salió bien. Ahora necesito acercarme a Atenea. Tengo información que nos será de utilidad.

—Jefa, te recuerdo que estás encerrada en esta habitación.

—No creo que Liam sea capaz de contenerme por mucho tiempo. De momento, avisa a todos de que estoy bien. ¿Me has traído algún teléfono?

—Toma, llevo dos conmigo, son los más pequeños que he podido encontrar. ¿Podrás esconderlos en esta habitación?

—Vigila la puerta, ya tengo el lugar.

Entro en el baño, me subo al lavabo y quito una de las placas del techo desmontable. A un lado de la máquina de aire acondicionado, encuentro la bolsita que he fabricado hace un rato con la cinta adhesiva que he encontrado en un cajón. Guardo allí los teléfonos.

—Listo. Puedes irte.

Vuelvo a la habitación y, aunque intenta disimularlo, sé que hay algo que quiere decirme y no se atreve.

—¿Qué pasa?

—Es sobre lo tuyo con Liam… Solo… espero que sepas lo que haces.

—Sebastián —advierto con dureza, recordándole con quién está hablando. Puede que a veces los límites parezcan un poco confusos y sé que se preocupa por mí, pero soy su jefa de equipo y no voy a permitir que cuestione mis decisiones, menos aún cuando yo misma comienzo a hacerlo.

—Ese hombre se volvió loco cuando desapareciste. Es un hijo de puta, pero creo que le importas de verdad.

—Lo fundamental aquí es que nos lleve hasta Feng, no lo olvides.

—No creo que tenga nada en común con el chino más allá de la venta de armas.

—Eso mismo afirma él, incluso dice que quiere cortar su relación de negocios después de lo que ha pasado.

—Puede que sea verdad. Quizá cuando todo esto acabe…

Sonrío con tristeza porque hasta Sebas se ha dado cuenta de que me he encariñado con el objetivo. Estoy bajando demasiado la guardia, me está afectando y, si no consigo enderezar las cosas, nos afectará a todos.

—No me querrá cerca cuando descubra que le he estado engañando durante todo este tiempo. Joder, menos todavía cuando sepa que soy responsable directa de la muerte de su hermano. ¿Cómo pudimos pasar por alto que Liam era el hermano de Dylan?

—Ya sabes que Félix tendía a distraerse.

—Es una cagada monumental. Cuando Liam lo descubra irá a por nosotros.

—Sombra, ese cabrón merecía lo que le pasó.

—Lo sé, pero eso no quita que fuese su hermano y para los hombres como él, la familia lo es todo. Sea como sea, esta es la última vez que hablamos de esto, ¿me has oído?

Liam entra en la habitación cortando nuestra charla y siento que no podría haber llegado en mejor momento. Nos observa con cautela durante unos segundos y no sé qué es lo que ve, aunque por su expresión no parece gustarle demasiado.

—Hora de irse —ordena sosteniendo la puerta abierta para Sebastián.

Cuando se marcha, encaro al hombre que va difundiendo el rumor de que soy su mujer. Lleva puestos unos simples vaqueros y un suéter oscuro, pero su presencia impone tanto respeto como siempre. Lo miro con la cabeza alta, haciéndole ver que su mirada fría no me intimida lo más mínimo, aunque no sea del todo cierto.

—¿Vas a tenerme encerrada mucho tiempo?

—Mmm, depende, ¿se te han quitado de la cabeza las ideas suicidas que te rondaban?

—No son ideas suicidas. Esa chiquilla estuvo cuidándome día y noche, incluso se arriesgó por mí. No pienso dejarla en un lugar en el que sé que terminará violada y herida. ¿Sabes que es hija de Feng? —Lo intento por otro camino y sé que me estoy acercando cuando sus ojos se abren con sorpresa—. No una hija que le importe lo más mínimo —aclaro—. La madre era una de las prostitutas del club y, por alguna razón, él dejó que se la quedara. Cuando la mujer murió, Feng no sabía qué hacer con la niña y al final prometió a su mano derecha que se la regalaría cuando cumpliese los dieciséis.

—¿Te refieres a Tao? —pregunta con desprecio.

—El mismo. Es un tipo sanguinario y sin escrúpulos que le sacará unos veinte años. No puedo dejarla en manos de esos hijos de puta pedófilos. Necesito sacarla de ahí, Liam, y necesito hacerlo lo antes posible.

Veo la lucha en sus ojos y casi puedo sentirla en cada músculo en tensión de su cuerpo. Mantengo la barbilla alzada, demostrando que no cambiaré de opinión, que salvaré a Mara con o sin su ayuda.

El silencio pasea por la habitación mientras Liam se acerca y exhala el aire contenido.

—Te prometo que intentaré encontrar la manera de sacarla de allí —afirma cogiéndome de la barbilla para mirarme a los ojos y yo asiento en respuesta mientras una pequeña sonrisa escapa de mis labios—. No creas que siempre te saldrás con la tuya.

—Espero que no, eso sería muy aburrido.

32

LIAM

—¿Qué sabemos de Feng? —Meto una cápsula en la cafetera y le doy al botón de encendido.

—¿Vas a hacerte otro? Te has tomado dos en menos de una hora.

Son las tres de la mañana y todavía no hemos podido ir a la cama. Desde que Vega volvió a casa hace dos noches, mis horarios se han descontrolado más que nunca. Alex y yo estamos trabajando en forjar alianzas con otras organizaciones, pero aún no hemos conseguido llegar a un acuerdo con las que más nos interesan, es decir, las que marcarían la diferencia si nos apoyaran en la guerra contra Feng. En otra ocasión, hubiese ido yo mismo a forzar un acuerdo, pero si queremos que el apoyo sea real, no me queda otro remedio que negociar, y para eso se requiere un tiempo del que no dispongo.

—No te he pedido tu opinión. Responde.

Alex suspira agotado. Si yo trabajo, él trabaja, lo que significa que está igual o más cansado que yo.

—El puto chino de los huevos todavía no ha dado señales de vida. Sabemos que no está en el club y, sinceramente, no creo que

vuelva allí.

—Joder, estoy harto de esta mierda. Lo quiero muerto, Alex. Es la única manera de evitar que se haga con Amapola y venga contra nosotros con todo. ¿Cómo van las cosas con los mexicanos?

—Díaz quiere hablar contigo en persona.

—Bien, organízalo.

—Te recuerdo que si le damos lo que ha pedido nos quedaremos sin poder en el norte.

—¿Y quién ha dicho que voy a ceder? Dile que lo veré mañana por la noche en el Sunset. Díaz es nuestra mejor baza, tiene hombres para prestarnos y un buen contacto en la policía de Liverpool.

—No aceptará meterse en medio de nuestra guerra si no hay una recompensa jugosa para él.

—Lo hará cuando le cuente que la hermanita a la que perdió hace años fue secuestrada por nuestro enemigo.

—¿Díaz tiene una hermana?

—Por lo menos la tenía. Ignoro si sigue con vida, pero sé que la información bastará para que ese cabrón se ponga de nuestro lado.

—Joder, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde esta mañana, pero no cantes victoria porque el apoyo de Díaz no será suficiente. Necesitamos más aliados y los necesitamos ya.

—Estoy haciendo lo que puedo.

—¡Pues no es suficiente! —La taza que tenía en la mano se hace añicos cuando la estrello contra el banco de la cocina—. Quiero hombres buscando los trapos sucios de los líderes de cada puta banda que opere en el país y quiero una reunión con Volkov para

ayer. Dile a Henry que comience el aprovisionamiento de armas. Solo los tratos más importantes serán respetados, el resto de los compradores puede esperar o buscarse otro puto proveedor. Y avisa a tu hermano para que triplique la vigilancia sobre el laboratorio.

La mirada que me lanza esta vez es de absoluto respeto. No hay dudas, no hay réplicas, solo respeto.

—Tu orden, mi ejecución. —Asiento y le hago un gesto para que se siente en la barra de la cocina mientras saco otra taza y me preparo de nuevo el café que no he podido tomarme—. ¿Y qué pasa con Josh? ¿Vas a cargártelo pronto o prefieres que siga dibujando mi inicial por todo su cuerpo? Me estoy quedando sin lienzo.

—Sigue divirtiéndote con él. Quiero que desee estar muerto. —Me bebo el café de un trago—. ¿Algo más que tengamos pendiente?

—En realidad, sí. Y creo que esto puede aligerar un poco ese humor agrio que te gastas últimamente.

—¿Y a qué esperas para soltarlo? ¿Acaso necesitas un altavoz?

—Es sobre Sombra y su equipo. He descubierto cosas sobre ellos. Cuando nos defendieron en el ataque del almacén dejaron un rastro casi invisible, pero que he podido seguir.

Quiero cerrar los ojos, darme la vuelta y subir a mi habitación donde Vega me espera, durmiendo en mi cama. Tengo tantos malditos frentes abiertos que había hecho a un lado el tema de Sombra, olvidándome de que me queda una cuenta pendiente de saldar con ese tío.

Muevo la cabeza a un lado y al otro, haciendo crujir mi cuello agarrotado, y siento cómo la adrenalina comienza a viajar por mi cuerpo. Dar caza y matar a ese hombre me sentaría increíblemente

bien en este momento. Vengar la muerte de mi hermano liberaría una carga que arrastro desde hace tres años.

—¿Lo tienes?

—No, pero estamos cerca. He descubierto dos cosas importantes. La primera es que Sombra no es un él, sino una ella.

—¿Me estás jodiendo?

—Para nada. La segunda es que no dirige un equipo aislado. Sombra pertenece a una organización más grande llamada Atenea. No he podido averiguar mucho, pero tengo a varios de nuestros contactos preguntando en las calles.

—¿Qué sabemos a día de hoy? ¿Qué son? —¿Una puta organización? La cabeza comienza a darme vueltas pensando en las múltiples opciones y la euforia inicial termina por apagarse.

—No lo sé, pero te puedo decir que no son una facción del Gobierno y que tampoco son un grupo de mercenarios al uso.

—¿Actúan por su cuenta? ¿Traficantes? ¿Narcos?

—Tampoco lo creo.

—¿Entonces?

—No tengo ni puta idea, Liam. Pero lo averiguaré, te lo juro.

—Está bien. Ve a dormir.

Subo a mi habitación con ganas de tumbarme junto al cuerpo cálido de Vega y dormir las tres o cuatro horas que puedo permitirme antes de empezar el día. Casi estoy sonriendo ante la perspectiva mientras abro la puerta sigiloso. Sin embargo, mi amago de sonrisa desaparece cuando me acerco a la cama y compruebo que ella no está aquí. El edredón no tiene ni una sola arruga, lo que significa que ni siquiera se ha acostado. La busco en el baño y al encender la luz del vestidor, encuentro que toda su ropa ha

desaparecido, dejando un hueco vacío que duele y me cabrea al mismo tiempo.

Salgo de mi habitación hecho una furia. Joder, creía que el tiempo en que huía de mí había terminado, creía que habíamos llegado a una especie de entendimiento y que ella quería estar aquí tanto como yo quiero que se quede. Voy a empezar a bajar las escaleras y entonces percibo una tenue luz por debajo de la puerta de la que antes era su habitación.

—¿Será que ella…?

Abro la puerta sin llamar y la mitad de mi ira desaparece cuando la encuentro dormida en la cama con un libro entre las manos. Quiero despertarla y exigirle una explicación, pero vuelvo a mirarla y me veo incapaz de hacerlo. Su gesto relajado y la paz que se respira a su alrededor me atraen como la miel. La cargo en brazos y me la llevo conmigo al lugar al que pertenece, a mi habitación, a mi cama, a mi lado.

Se despierta cuando las sábanas frías tocan su cuerpo, pero permanece en silencio mientras me desnudo y me tumbo con ella.

—Juraría que me acosté en mi cama —susurra cerca de mis labios y me bebo sus palabras—. Ya no necesito que veles mi sueño, estoy bien.

—Lo que no está bien es que sigas desapareciendo cada vez que me doy la vuelta y, que quede clara una cosa, tu cama es esta.

—Así que ahora no solo me acuesto con el jefe, sino que también duermo en su cama.

—Creí que ya habías asumido que haces más que acostarte con el jefe. —Ruedo sobre su cuerpo y me coloco encima de ella, con los

antebrazos apoyados a cada lado de su cabeza para no chafarla—. ¿Cuándo vas a admitir que estás loquita por mis huesos?

—Te lo tienes muy creído, jefe. —Sonríe y abre sus piernas para dejarme espacio.

—¿Eso crees?

Rozo sus labios y están tan calentitos que termino hundiéndome en ellos y saboreándolos con mi lengua.

—Mmm, sabes a café.

Nos besamos durante un rato y, antes de que la cosa vaya a más y sea incapaz de pararlo, me separo y vuelvo a tumbarme a su lado. Por una vez, intento que la conversación no acabe en sexo.

—Quiero que tus cosas estén aquí.

—¿Estás seguro?

—Me da la sensación de que eres tú quien no lo tiene claro.

El silencio se hace presente y temo que vaya a darme la razón, sin embargo, su respuesta me sorprende.

—Está bien, mañana lo moveré todo otra vez.

—Deja que lo haga Sophie.

—Ni de coña. ¿Quieres que encuentre la mitad de mi ropa rajada o qué? —pregunta riendo, y yo frunzo el ceño.

—¿Te ha estado molestando?

—Bueno, no es que tenga la capacidad de hacerlo o algo así, pero digamos que no soy su persona favorita en esta casa. ¿Por qué leches le has dicho que tiene que atenderme?

—Sigues sin entenderlo. Ahora eres mi mujer, así que ella es también tu empleada.

—Para el carro. —Se yergue sobre la cama hasta quedar sentada y me mira asustada—. Me parece que eso son palabras mayores.

—¿A qué tienes miedo? —pregunto, sentándome a su lado. Estoy intentando ser comprensivo, pero la verdad es que sus barreras empiezan a molestarme.

—No lo sé. Prácticamente acabamos de conocernos. ¿Ayer era tu guardaespaldas y ahora soy tu mujer? Suena…, no sé…, rápido.

—¿Y a quién mierda le importa cómo suene?

Me mira sin decir nada, como si estuviese analizando punto por punto mis palabras y, después, simplemente deja de discutir.

—Está bien.

—¿Eso quiere decir que vas a parar de huir a la primera de cambio?

—Sí y también quiere decir que acepto mudarme a tu habitación, pero, por favor, no sigas diciendo a la gente que soy tu mujer; suena primitivo, como si te perteneciera o algo así.

—No prometo nada.

—Bueno, es un principio —musita acomodándose de nuevo hasta quedar tumbada en la cama—. ¿Dormimos? Apuesto a que en nada estás levantándote de nuevo.

—Me parece un buen plan.

—Oye, también hay que hablar de mi vuelta al trabajo, me gustaría incorporarme lo antes posible. Estoy recuperada y la casa se me cae encima. No puedo quedarme todo el día encerrada aquí.

—Vale, pero dejemos esta conversación para mañana, por favor. Con una discusión al día tengo más que suficiente.

—Toda la razón. ¿Mañana en la cena?

—Señorita Santana, ¿me está proponiendo una cita?

—Señor Brown, siento decirle que yo no concedo citas.

—¿Nunca? —pregunto sorprendido.

—Nunca —responde arrebujándose entre las sábanas.

Me arrimo y la acomodo en mi pecho. ¿De dónde ha salido esta mujer?

—Pues prepárate para tu primera cita. Te recogeré a las ocho al pie de la escalera.

Se ríe ya con los ojos cerrados y me pregunto si es verdad que nunca ha tenido una cita. ¿Nunca en toda su vida? No puede ser cierto.

Cierro los ojos, pero sé que no voy a poder dormir. Algo primitivo se ha instalado en mi pecho ante la perspectiva de ser el primero en su vida. De repente, quiero llevarla a un sitio que sea especial, quiero darle algo que jamás ha tenido y debe ser jodidamente increíble, una noche que no pueda olvidar.

33

VEGA

—Jamás pensé que serías un romántico.

Mi mirada se pierde en las bucólicas orillas de Regent's Canal mientras avanzamos lentamente, mecidos por las aguas tranquilas del canal. No sé qué esperaba de esta noche, pero nunca hubiese imaginado que Liam fuese capaz de organizar una cena romántica a la vez que disfrutamos de una travesía en barco, solo para nosotros dos.

Junto a la nuestra, hay un puñado de mesas más, perfectamente alineadas, ataviadas con manteles de lino blanco, copas de cristal fino y vajilla de porcelana, todas ellas vacías, al igual que el resto de la embarcación. A bordo de este precioso sueño solo estamos él y yo, acompañados de la tripulación a la que apenas hemos visto.

—Acabo de descubrir que me hace feliz sorprenderte. Dijiste que nunca habías tenido una cita y quería que tu primera vez fuera especial.

—Créeme, lo has conseguido. —Alzo mi copa, que el camarero se ha encargado de llenar con vino blanco, y sonrío, esperando que repita mi gesto—. Por la mejor primera cita de la historia.

—Por ti. —La música de fondo nos acompaña y combina con la calidez de las decenas de bombillas que cuelgan a lo largo del ventanal que cubre la cubierta. El ambiente es casi mágico. Nunca he estado en una situación similar y me siento extrañamente relajada—. Cuéntame algo que no sepa de ti, ¿cómo era la Vega de la infancia?

—¿Cómo te la imaginas? —pregunto sabiendo de antemano que no acertará.

—Veamos. Imagino una niña de pelo negro como el carbón que siempre anda medio despeinada, es observadora y muy selectiva con las personas con las que se relaciona. —Abro los ojos, sorprendida por lo mucho que se acerca su descripción—. Veo a una chiquilla poco habladora, pero con mucho carácter, capaz de rebatir las órdenes de cualquier adulto y poner en su lugar al que intente llevarle la contraria. ¿Cómo voy de momento?

El camarero trae nuestros platos y agradezco la interrupción, porque realmente necesito unos segundos para recomponerme. ¿Cómo ha podido aproximarse tanto?

—Mucho mejor de lo que esperaba, solo que a la chiquilla despeinada le costó un tiempo encontrar la confianza suficiente para sacar las garras. Los primeros años en el orfanato… simplemente se dejó herir por los demás, aceptando las cartas que le habían tocado en la vida.

—¿Orfanato? Pensé que me dijiste que tenías una abuela.

—Bueno, ella en realidad no es mi abuela de sangre. La conocí en el centro, era la encargada de la cocina y, con el tiempo, se convirtió en mi persona especial. Cuando mis padres murieron en el

accidente y mi hermana desapareció, me quedé sin familia y mi tutela fue concedida al estado.

—¿Y qué pasó luego? ¿La cocinera te adoptó?

—Lo intentó. Por desgracia, consideraron que era demasiado mayor para cuidar de mí y nadie más se interesó por la niña que apenas hablaba.

Doy un sorbo a mi copa de vino y me sorprende lo cómoda que me siento hablándole de mí.

—Debió de ser duro.

—Lo fue, aunque cuando no hay alternativa, uno termina por adaptarse al medio y eso fue precisamente lo que hice. Después de años de ser la niña silenciosa que aceptaba que todos la ningunearan y algunos grupos de chicas se divirtieran riéndose de ella, estallé. Sucedió un día como cualquier otro, ni siquiera recuerdo qué fue lo que dijeron, pero esa vez me defendí y, desde ese momento, no dejé de hacerlo. Pasé de ser la niña silenciosa a la chica a la que todos temían.

—Y entonces acabaste en el ejército, supongo. ¿Cómo fue? ¿Hiciste algo más serio y te lo ofrecieron como alternativa a un centro de menores?

La pregunta me pilla desprevenida. He bajado tanto la guardia que he olvidado quién soy en realidad y el principal motivo por el que llegué hasta aquí. Liam se ha convertido en alguien importante, no puedo negarlo, y cuando descubra la verdad, mi verdad, sé que será un golpe doloroso.

Sonrío y bebo de mi copa, buscando ganar tiempo para pensar en una respuesta adecuada. No quiero mentirle, pero no puedo

simplemente confesar que falsifiqué mi historial y que nunca he vestido el traje militar.

—Bueno, creo que ya he hablado demasiado. Ahora te toca a ti contarme algo de tu infancia.

—¿Qué quieres saber?

—Mmm, ¿tienes más familia aparte de tu primo?

—Nunca conocí a mi madre: murió poco después del parto y mi padre lo hizo hace unos años. Según él, no existía ninguna otra mujer en el mundo que mereciera la pena. Tuvo dos hijos más, con dos mujeres diferentes, pero para él, ninguno de los dos contaba, ni siquiera los llamaba hijos, eran simplemente «los bastardos».

—¡Eso es horrible!

—Mi padre nunca fue un buen hombre. De hecho, la mayoría de las veces era un ser despreciable.

—¿Y qué hay de tus hermanos? —pregunto sorprendida de no saber de la existencia del segundo.

—Dylan, el mayor de los dos, formaba parte de su organización. A él siempre le pesó más obtener la aprobación de mi padre que cualquier otra cosa y murió sin ser consciente de que el hijo de puta que lo engendró no merecía su admiración.

—¿Lo querías? —pregunto con miedo a su respuesta. Si lo quería, nunca podrá perdonarme lo que hice, por mucho que ese cabrón lo mereciera.

—Una pregunta un poco extraña, ¿no? Era mi hermano pequeño.

—La sangre no necesariamente implica amor.

—En mi familia, la sangre lo es todo.

La rotundidad en su afirmación me deja claro lo que ya sospechaba. Si alguna vez se entera de la verdad, me odiará. Odiará

a la persona que cazó a su hermano y lo golpeó una y otra vez durante días intentando en vano que eso la hiciera sentir mejor. Me odiará por haberlo metido en la cárcel sabiendo que no saldría con vida de allí.

Sacudo ligeramente la cabeza, decidida a no permitir que mis pensamientos arruinen la que estaba siendo la mejor noche de mi vida.

—¿Qué hay de tu otro hermano? —Es extraño, porque no recuerdo que constara en su informe ni que lo hayamos nombrado en ninguna reunión. ¿Cómo ha conseguido esconderlo tan bien? Ni siquiera Alba ha dado con él.

—Derek, un cabrón testarudo al que adoro. Poca gente conoce su existencia. Tiene diecinueve años, y aunque está deseando entrar en la Hermandad, lo mantengo lo más lejos posible para protegerlo.

—¿No forma parte de tu vida?

—Oh, sí que lo hace, jamás podría desentenderme de él. Convencí a mi padre para que lo enviara a un internado, pasó su infancia en España y ahora está estudiando Empresariales allí. Me gustaría que algún día dirigiese la parte legal de mi imperio, pero es tozudo y se empeña en acercarse también a la parte menos segura de mis negocios.

—Quizá ha heredado la vena temeraria de su hermano mayor.

—Eso me temo.

Hablar de Derek me hace pensar en Mara, en el tipo de vida que habrá llevado, encerrada en un burdel día y noche, en lugar de ir al colegio, hacer amigos y jugar al aire libre. ¿Habrá ido siquiera a un parque alguna vez? ¿Habrá jugado con otros niños? ¿Qué habrá tenido que ver y sufrir durante su infancia para resignarse y pensar

que un futuro siendo la amante de Tao es lo mejor a lo que puede aspirar? ¿Habrá tenido siquiera alguna amiga que le diera consejos?

—Ey, ¿qué pasa? —Liam retira su plato y me sujeta de la barbilla para que lo mire a los ojos—. Te has puesto muy seria de repente.

—Solo me estaba acordando de Mara. —Frunce el ceño—. La niña de la que te hablé, la hija de Feng.

—Perdona, no me he olvidado de ella, pero creo que no me habías dicho su nombre. Te ha calado hondo.

—No, perdóname tú, me estabas hablando de tu hermano. Continúa, por favor.

—No hagas eso —ordena irguiéndose en su asiento y mi máscara cae durante una fracción de segundo, haciéndome sentir indefensa ante él. Aparto mi plato a un lado también y doy el último sorbo a mi copa. Nunca he necesitado el vino para darme fuerzas, de hecho, nunca he necesitado absolutamente nada para mostrarme impasible ante el mundo. ¿Por qué siento que con él todo es diferente?

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. No me ocultes lo que piensas. Sé que esa chica te importa y te has puesto triste al pensar en ella.

—Ya te dije que me ayudó, fue la única en hacerlo allí dentro, a pesar de no conocerme de nada y de que le habían dado instrucciones de no hacerlo.

—Fue muy valiente de su parte.

—Y apenas es una niña. Una niña de quince años que ha vivido toda su infancia entre hombres sin alma y mujeres demasiado rotas para luchar por ella. Nadie se merece pasar por ese infierno, pero ¿nacer en él? Eso es más de lo que cualquier ser humano podría

soportar y, sin embargo, ella me regaló una sonrisa y se compadeció de mí. ¡De mí!

Liam se levanta y me tiende una mano con gesto serio.

—Ven conmigo.

No digo nada, solo hago lo que me pide. Me levanto, cojo su mano y lo sigo fuera. Sin la protección de los ventanales, noto el frío de octubre en Inglaterra penetrar en mi cuerpo. Se sienta en un banco de madera sobre la cubierta, me acomoda en su regazo y nos tapa a ambos con una manta. La melodía que suena en el interior del barco se escucha ahora más lejana y se mezcla con el murmullo de voces de las pocas personas que pasean por las orillas del canal a estas horas de la noche.

Cuando su mano acaricia mi mejilla, todo mi cuerpo tiembla y me pregunto si estaré cometiendo la imprudencia de enamorarme de este hombre. ¿Se parecerá a esto el amor?

—Te hice una promesa respecto a esa chica, ¿la recuerdas?

Asiento.

—Prometiste intentar salvarla.

—Y lo haré. Lo haremos juntos.

—Cada día que pasa, Mara está en peligro, Liam. No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que Tao o el mismo Feng pueden hacer con ella. Necesito sacarla de allí cuanto antes, se lo prometí, prometí que ambas saldríamos y que le enseñaría a defenderse.

—Y lo harás. Estoy reuniendo la fuerza necesaria para enfrentar a Feng y, cuando lo consiga, rescataremos a Mara. Todo saldrá bien.

Lo miro a los ojos y siento que dice la verdad.

—La rescataremos juntos —susurro. Confío en él.

—Lo haremos.

—Lo digo en serio, Liam, no puedes dejarme fuera de esto. Quiero ir contigo cuando vayas a por ese hijo de puta y quiero asegurarme de que Mara viene con nosotros sana y salva. Prométemelo.

Gira la cara hacia la corriente de agua y vuelve a mirarme después de unos segundos, con el gesto endurecido. Por un instante, creo que va a decirme que no.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Vega. Siento la irritante necesidad de protegerte en todo momento, de saber dónde estás y comprobar que no hay peligro a tu alrededor y esto… —Su mano envuelve mi mejilla y veo un atisbo de vulnerabilidad en él—. Joder, esto no me había pasado nunca. Sé que eres capaz de defenderte sola, yo mismo he visto lo que puedes hacer con tus cuchillos o solo con tu cuerpo, pero aun así… No puedo permitir que nada te pase, yo… Creo que me he hecho adicto a ti, a tenerte en mi casa, a despertarme contigo en mi cama, a tus desplantes y borderías, a tus besos, a que me pongas en mi sitio incluso delante de mis hombres, tú… ¿Qué me has hecho?

Lo beso porque soy incapaz de responder a sus palabras sin escarbar en mis propios sentimientos. Jamás me he tenido que contener porque mis emociones siempre han permanecido dentro de una caja de cartón. Amo a la yaya Amparo y daría mi vida por ella de la misma forma que lo haría por cualquier miembro de mi equipo. Ella, mi tío, Lucas, Mark, Sebastián y Alba son mi familia, pero nunca he tenido la necesidad de decirlo en voz alta. Nunca he tenido la necesidad de abrazarles, más bien me he limitado a responder cuando ellos lo han hecho. Sin embargo, ahora mismo solo deseo

besar a Liam y fundirme en sus brazos hasta que se haga de día. Quiero permanecer tan cerca que pueda escuchar cada latido de su corazón y quiero que el tiempo se pare y que esta noche dure para siempre.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa? —propongo en lugar de responderle.

—Me gusta que la llames casa.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Venga, ahora no lo estropees. Nos vamos a casa.

Me sorprende que, en lugar de dirigirnos directamente a la habitación, hagamos una parada en el campo de tiro. Pero me sorprende todavía más cuando regresa del armero con su obra maestra, el arma que ha desencadenado una guerra entre su Hermandad y la organización de Feng.

—Vega, te presento a Amapola.

Saca una pistola poco más grande que una Glock y me la tiende para que pueda cogerla. No puedo creer que me la esté mostrando. Calibro el peso y la sujeto, amoldándola a mi mano.

—Es cómoda. ¿Qué la hace tan especial?

—No, esto es solo la carcasa, permíteme.

Le devuelvo el arma, saca el cargador y sujeta una de las balas entre sus dedos pulgar e índice. Lo primero que me llama la atención es su color anaranjado y su forma ligeramente más ancha en la base.

—Amapola no es el arma, sino la munición —pienso en voz alta.

—Correcto. Ponte esto. —Me tiende unas gafas transparentes y muy ligeras. Cuando me las coloco, lleva mis dedos índice y corazón

hasta la patilla izquierda y presiona un pequeño botón ubicado allí. Enseguida aparecen unas líneas blancas en mi campo de visión que quedan fijas en los bordes de la gafa—. Ahora solo apunta a los blancos, quita el seguro y pruébala.

Acciona la fila de muñecos de papel para que vayan pasando por delante de nosotros a una distancia bastante más lejana de la que solemos utilizar. Estoy a punto de disparar, cuando incrementa la velocidad al máximo.

—¿De qué vas? ¿Quieres reírte de mí cuando falle todos los tiros?

—Tú solo apunta y dispara.

Hago lo que me pide y doy un respingo al darme cuenta de que, cuando fijo la mirada en un objetivo, las líneas blancas forman una mira similar a la del fusil de un francotirador. No pregunto, apunto y, al accionar el gatillo, la bala sale a una velocidad que no espero, acertando justo donde quería hacerlo. El retroceso es similar al de mi Glock.

—Ahora aleja un poco la pistola del ojo, esfuérzate menos. Solo mira el objetivo y dispara.

Hago lo que me dice y la bala vuelve a impactar justo en el blanco deseado. Con el tercer disparo pruebo algo más difícil, fijo la mirada en la oreja derecha del muñeco, y acierto de nuevo.

—Joder, en esta ocasión ni siquiera había dirigido el cañón al lugar correcto. Esto es…

—Jodidamente increíble, puedes decirlo.

Sigo disparando, una y otra vez, emocionada con el juguete que tengo entre las manos. Ahora entiendo los intentos de robo y que Feng quiera hacerse con Amapola a cualquier precio. Es una puta mina de oro.

—Jodidamente increíble —confirmo—. Gracias por compartir esto conmigo.

—Solo con ver tu cara de emoción durante los diez minutos que has estado vaciando un cargador tras otro, ha merecido la pena.

Liam guarda el arma con delicadeza en su estuche, como si se tratase de un objeto frágil en lugar de uno capaz de acabar con cientos de vidas. Después, la introduce en una caja fuerte escondida tras un doble fondo del armero. Yo ni siquiera sabía de la existencia de esa caja fuerte y me doy cuenta de que posiblemente existan muchos otros escondites dentro de la propiedad que no salen en los planos que estuve estudiando meses atrás.

Apagamos las luces del campo de tiro y por fin entramos en casa. Subimos en silencio, compartiendo miradas y alguna que otra sonrisa hasta la habitación en la que dormimos, esa que tengo que esforzarme por recordar que no es nuestra, sino suya. Últimamente tengo que recordarme demasiadas cosas a mí misma.

Nos detenemos al pie de la cama, envuelve mi rostro con sus manos y me besa con una delicadeza que nunca antes había probado. Como si yo fuese algo valioso, algo realmente importante para él.

—Ha sido la mejor primera cita del mundo —susurro sobre sus labios, dejándome llevar por lo que siento.

—Eso no puedes saberlo, nunca antes habías tenido una —se burla, sonriendo.

—Lo sé y punto, así que cállate y no me lleves la contraria en esto.

—Como tú digas. ¿Tienes alguna orden más para mí, mi reina?

—Solo una. Bésame.

—No hay nada que me apetezca hacer más en este momento que besarte.

Su boca se acerca a la mía y puedo notar el calor de su aliento antes del contacto. Sus labios se hunden contra los míos envueltos en esa calidez. Me besa sin prisa, como si quisiese hacerlo durante toda la noche. Yo me sujeto a sus hombros para mantenerlo cerca mientras mi cerebro se funde en una nube de deseo y algo más en lo que prefiero no pensar.

Cuando nos separamos, lo hacemos apenas unos centímetros, sin dejar de aferrarnos el uno al otro. Sus manos rodean mi cintura y sus pulgares se deslizan bajo mi blusa y trazan círculos distraídos en mi piel. Jamás me había visto reflejada en la mirada de otra persona.

Tengo que cerrar los ojos para impedir que se cuele demasiado profundo y robe mi alma para siempre.

Soy yo quien comienza a besarlo esta vez. Beso sus labios, su cuello y la parte alta de su espalda mientras sus manos provocan escalofríos por allá donde pasan. Es la primera vez en toda mi vida que no tengo prisa por llegar hasta el final, la primera vez que el objetivo no es solo saciar mi deseo, sino sentir cada segundo que compartimos. Esta noche quiero disfrutar de los momentos previos, de los susurros, de su abrazo, de las cosquillas que me provoca cuando me roza la tripa con su barba.

Nos desnudamos a paso lento, observando las reacciones que provocan nuestros gestos y caricias en el otro y, cuando ya no quedan prendas que apartar, nos centramos en probarnos, en degustar el sabor de nuestras pieles, de nuestras bocas. Esta noche,

Liam tiene el poder de opacarlo todo, cada uno de mis pensamientos, cada reacción y cada anhelo.

Cuando se desliza en mi interior, lo hace poco a poco y mirándome a los ojos, como si quisiera absorber cada gota de mi ser. Sus embestidas son profundas pero lentas y noto cómo los ojos se me llenan de las lágrimas que llevan años contenidas.

—Eres tan hermosa. Mi guerrera. Mi reina. Mi mujer.

—Liam…

Su miembro llega hasta el lugar más recóndito de mi cuerpo y me estremezco cuando el placer está a punto de desbordar por mi piel. El orgasmo me alcanza y me engulle mientras cierro los ojos y me dejo transportar por las oleadas de placer que me recorren la carne y el alma.

Regreso a la vida y él todavía tiene los ojos cerrados. Beso sus párpados y, cuando intenta moverse, lo apreso con brazos y piernas.

—Ni se te ocurra moverte. Quiero quedarme así durante horas.

—Al único sitio al que voy a ir una vez que recupere el aliento es a la ducha, que tenemos apenas a unos metros de la cama, y pienso llevarte conmigo.

—Mmm, me da pereza. Aquí se está calentito —me quejo como una niña caprichosa.

—¿Y si preparo un baño de espuma para los dos? —Sonríe abiertamente como si hubiese tenido la mejor idea del mundo.

—Nunca me he dado un baño, no sé si me gustará.

Suelta una carcajada y, cuando ve mi ceño fruncido, se calla de golpe.

—¡No me digas que no era una broma! —Niego todavía seria. Jamás me he dado un baño, la verdad es que tampoco he vivido en

un lugar en el que hubiese una bañera. ¿Qué sentido tendría?—. No me puedo creer que vaya a poder disfrutar de otra primera vez contigo. Quédate aquí, mi pequeña reina, voy a prepararte el mejor baño de la historia y después de disfrutarlo juntos, pienso hacerte el amor entre la espuma.

—¿Es una promesa?

—Por supuesto que lo es. No te muevas de aquí.

Me da un beso sonoro en los labios y se aleja de la cama murmurando cosas que no soy capaz de entender mientras sonríe. Al parecer, mi inexperiencia le resulta graciosa y a mí me gusta ver cómo se esfuerza por hacerme feliz.

Pasamos el resto de la noche disfrutando el uno del otro y solo cuando cierro los ojos antes de dormir, me viene a la mente la pregunta del millón:

«¿Qué se supone que estoy haciendo?».

La culpa llama a mi puerta. Culpa por no estar centrando todos mis esfuerzos en avanzar en la misión; culpa por haberme olvidado de mi razón de vivir, la venganza, y también, una culpa más nueva, pero igual de dolorosa, la culpa por estar mintiéndole a él.

«Solo unas horas más —me digo a mí misma—. Permítete gozar, reír y soñar solo un poco más».

34

LIAM

Entro en el despacho y busco a mi primo con la mirada hasta que lo localizo de pie, a un lado del escritorio. Me ha despertado hace diez minutos exactos con un mensaje que he leído en el reloj, el cual no me quito ni siquiera para dormir por si surge alguna urgencia.

—Espero que sea importante, son las cinco de la mañana y he dejado a mi mujer en la cama.

Alcanzo el otro lado de la mesa y caigo rendido en el sillón, apenas he dormido una hora y no estoy de humor para gilipolleces.

—Lo es. —Sus facciones están endurecidas, aprieta la mandíbula y ni siquiera pestañea mientras habla, pero lo que realmente me llama la atención es la preocupación que veo en sus ojos. Alex rara vez se preocupa. Alex investiga, caza y tortura siempre con una sonrisa cínica en la cara.

—Siéntate —ordeno señalando la silla frente a mí y él la observa durante unos segundos antes de obedecer—. Ahora dime por qué coño traes esa cara.

—Antes prométeme que no cargarás contra mí por lo que voy a contarte.

—Te recuerdo que soy yo quien está al mando y no prometo cosas que no sé si voy a cumplir. También me conoces y sabes que no soy un hombre con paciencia, así que di lo que hayas venido a decir de una puta vez.

—Es sobre Vega.

Esta vez soy yo quien se tensa. Miro en dirección a la puerta cuando pienso que algo puede haberle pasado, sin embargo, enseguida recuerdo que hace apenas quince minutos la he dejado tranquilamente dormida en mi cama, en mi casa, uno de los lugares más seguros del Reino Unido.

—Di lo que tengas que decir sobre mi mujer, pero te lo advierto, mide tus palabras.

—Nunca ha estado en el ejército.

Contiene la respiración, tratando de ver cuál será mi reacción. Sabe que no perdono la traición y que considero cualquier mentira por parte de mis hombres como una. Pido sinceridad y lealtad a cambio de lo mismo por mi parte.

No sé por qué motivo Vega no dijo la verdad sobre su pasado, pero ella no es uno de mis hombres.

—¿Y bien?

—¿Cómo que «y bien»? Nos ha mentido sobre su pasado. Es una puta crack en la lucha cuerpo a cuerpo y también con los cuchillos y no tenemos ni idea de quién la entrenó. ¿Qué más puede estar ocultándonos?

Me mira expectante, esperando que le dé una serie de argumentos que expliquen mi pasividad. No es lo que recibe.

—¿Cómo te has enterado?

—Llamó Smith para avisarme de que no hay manera de acceder a los registros de la unidad especial de la que se supone que Vega formaba parte. Lo único que encontró fue su nombre en una lista, pero no pudo acceder a más porque era confidencial.

—¿Quién coño te dio permiso para indagar?

—¿En serio eso es lo que te preocupa? —Lo fulmino con la mirada y resopla—. Fue al principio, cuando me pediste que la investigara porque querías que se integrara en tu comitiva personal para la recaudación de fondos del British Museum. Le dije a Smith que escarbara un poco más hasta poder corroborar los antecedentes que nos dio y anoche nuestro hombre me llamó más enigmático de lo normal, pidiéndome que nos viéramos en persona para proporcionarme la información que había encontrado. Liam, no hay rastro de ella en las bases del ejército, ni siquiera estuvo en la academia militar; sin embargo, tiene contactos muy importantes dentro. Un alto cargo, el brigadier que supervisaba la dirección de la unidad de la cual supuestamente Vega formaba parte, fue el que corroboró su versión afirmando que ella fue miembro del equipo durante cuatro años. Un puto brigadier mintió por ella.

Cierro los ojos, pero mantengo el cuerpo relajado, es una fachada que he entrenado durante años. Nunca muestro mis emociones, ni siquiera a mi primo. Solo Vega ha conseguido sacarlas a la superficie y me niego a destrozar lo que estamos construyendo desconfiando de ella.

—Está bien, gracias por decírmelo.

Me levanto, dando por terminada nuestra pequeña reunión, pero Alex no está dispuesto a darse por vencido.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que vaya a hacer no te incumbe —respondo con dureza mientras le miro a los ojos.

—Liam —insiste una vez más, y mi paciencia termina por esfumarse—, no podemos dejar las cosas así. Entiendo que ella es importante, pero no sabemos quién es en realidad ni por qué nos lo ha ocultado. Tenemos que seguir investigando, acabamos de descubrir dos putos topos en la Hermandad. Josh llevaba toda la vida trabajando con nosotros y ni siquiera él era quien pensábamos que era. ¡No podemos fiarnos de ella!

—¡He dicho que basta! —grito acercándome y señalándolo con el dedo—. ¡Es un tema personal y lo trataré como me dé la puta gana! No te lo advertiré más, mantente al margen.

Me separo de él, conteniendo las ganas de estamparlo contra la pared, y salgo del despacho. Miro mi reloj y veo que todavía son las cinco y media de la mañana. Ahora mismo no puedo volver a la habitación con ella, aunque es lo que más me gustaría, tumbarme a su lado, abrazarla bajo el edredón y olvidarme de la maldita conversación que acabo de tener. También es demasiado pronto para ir a la oficina.

Diez minutos después, me encuentro haciendo abdominales en el gimnasio. Por suerte, guardo aquí ropa deportiva y no ha sido necesario subir a la habitación a cambiarme. En este momento no puedo enfrentarme a ella, no puedo mirarla a los ojos y reprocharle que me ha mentido en la cara. Joder, ¿cómo se me ha podido pasar por alto? Ayer mismo le pregunté por los años que estuvo en el ejército y evadió la pregunta sin hacerme sospechar siquiera.

Paso la siguiente hora matándome con el ejercicio, llevando mi cuerpo al máximo de su resistencia, intentando pensar y, a la vez,

queriendo dejar de hacerlo.

Estoy golpeando el saco cuando Vega aparece en la puerta, vestida con unas mallas negras, un top de entrenamiento y una sudadera del mismo color. Se ha hecho una trenza que recoge su pelo desde la parte alta de la cabeza y no lleva ni una gota de maquillaje. Camina hacia mí sin pretensiones, ni siquiera mueve las caderas más de la cuenta, pero es jodidamente sexy y me imagino follándomela sobre las colchonetas con nuestros cuerpos empapados en sudor.

—Así que es aquí donde te escondes. —Sonríe y se detiene delante de mí, pero yo no dejo de golpear el saco, necesito un momento para calmarme antes de mirarla de nuevo.

—Yo nunca me escondo, estoy en mi casa.

Noto su repentina rigidez por el rabillo del ojo y me arrepiento de haber sido tan cortante.

—¿Pasa algo?

Doy dos golpes más al saco y me agacho para coger la toalla y la botella que he dejado a un lado. Me limpio el sudor de la frente y me bebo la mitad del agua antes de tirar ambas cosas al suelo y enfrentarla.

—No, creo que me he excedido con el entrenamiento esta mañana, eso es todo. ¿Venías a buscarme o a utilizar el gimnasio?

—Si te digo la verdad, iba a salir a correr, pero he decidido entrar para ver si estabas aquí y podía darte los buenos días.

Se acerca y une su boca a la mía. Su lengua recorre mis labios para después adentrarse en mi boca y regalarme un beso que vuelve a calentarme. Se aprieta contra mí y sonríe cuando nota mi erección presionando en su vientre. No puedo soportar ser un mero

espectador, así que la agarro del culo con las dos manos, impulsándola para que se suba a mis caderas y sienta mi polla donde de verdad quiere tenerla.

—Te quiero dentro de mí, joder —afirma leyendo mis pensamientos a la vez que se deshace de mi camiseta. Lame mi cuello con hambre y yo muerdo su hombro, clavando ligeramente mis dientes en su piel.

—Ya sabes lo que me gusta complacerte, pequeña.

La dejo sobre la colchoneta y le quito las zapatillas, las mallas y la camiseta. Después me levanto y me desnudo mientras ella se sienta a observarme y tiene el descaro de relamerse.

—El sujetador y el tanga fuera —ordeno implacable.

—Por supuesto.

Obedece con rapidez y se pone de rodillas. Me mira con picardía, primero a mi polla, después a mí y, joder, quiero ordenarle que haga lo que me están prometiendo sus ojos.

Se acerca despacio, todavía de rodillas, y a pesar de la posición en la que nos encontramos, sé que es ella la que tiene todo el poder aquí. Resoplo y cierro los ojos un momento cuando me acaricia con sus cálidas manos y deja que su respiración caiga sobre mi punta.

—Joder. Sigue.

—No creo que estés en posición de exigir nada ahora mismo, pequeño. —La forma en que me llama, de la misma manera en que lo he hecho yo antes, me gusta y me pone cachondo.

Profundiza sus caricias, recorriéndome por completo con sus manos, y su lengua comienza a acariciarme al mismo tiempo. Gruño o gimo, no estoy seguro, pero eso la hace avanzar. Dios, escucharme la excita.

Cuando su boca me engulle por completo, anudo su trenza en mi puño y acompaño el movimiento de su cabeza, guiándola como la necesito. La escucho gemir y veo que una de sus manos está enterrada en su coño. A mi pequeña codiciosa le excita hacerme una mamada.

La imagen de ella arrodillada frente a mí, disfrutando mientras sus tiernos labios me envuelven y su boca juega a ponerme a mil es suficiente para que explote dentro de ella.

Cuando abro los ojos y la veo lamer mi polla, limpiando los restos de mi propio orgasmo, me doy cuenta de que no le he avisado.

—Joder, debería haberte preguntado si podía correrme en tu boca.

—¿Crees que lo hubieses hecho si yo no hubiese querido? —Se relame y se echa hacia atrás, tumbándose en la colchoneta, apoyada sobre los antebrazos. Después abre las piernas para que pueda ver su excitación y me sonríe—. No suelo llevar condones cuando salgo a correr. ¿Crees que puedes encontrar la manera de hacerme llegar al orgasmo sin ellos?

Me reta y desliza la mirada desde el centro de sus piernas hasta mis ojos.

—Puedo intentarlo.

Paseo la mirada por su cuerpo. Los mechones de pelo que han salido de su trenza, sus pechos que piden a gritos la atención de mis labios y su sexo húmedo y necesitado. Me acerco a ella despacio y en silencio, como un cazador lo haría con su presa y comienzo a besarla sin prisa, disfrutando de sus labios, pero también de cada milímetro de su piel. Lamo sus pezones, los muerdo y vuelvo a lamerlos. Quiero marcarla, quiero enterrarme en ella y gritarle al

mundo que es mía, solo mía. Y en este momento, me doy cuenta de que me da igual que me haya mentido, me da igual dónde haya estado durante los últimos años, porque ahora está conmigo y lo seguirá estando durante el resto de nuestras vidas. Haré que nunca quiera separarse de mí, le daré todo lo que quiera a cambio de que se quede conmigo. Solo conmigo.

La escucho gemir con fuerza cuando recorro su sexo con mi lengua y alcanzo su clítoris. Lo beso, succiono, le doy pequeños bocados y sonrío cada vez que escucho uno de esos sonidos que vuelven a ponerme a mil. Cuando se deshace entre mis manos, sigo lamiendo despacio, muy despacio, sintiendo los latidos que llegan tras su orgasmo y dejando que se recupere lentamente.

Poco a poco vuelve a moverse, a serpentear sobre la colchoneta mientras sus manos se cierran en puños tratando de aferrarse a algo que no encuentran. Meto dos dedos en su interior y su espalda se arquea a la par que un grito sale de su garganta. Bombeo y atrapo su clítoris entre mis labios buscando su segundo orgasmo.

—Joder —suelta mirándome a los ojos para después volver a apoyar la cabeza en el suelo, derrotada.

—Tomaré esa expresión como muestra de satisfacción.

—Totalmente.

Me dejo caer a su lado, los dos mirando al techo, mientras el sonido de nuestra respiración acelerada es lo único que se escucha en el gimnasio. Quiero alargar el momento, encerrarme con ella entre estas cuatro paredes y seguir follándola hasta que el mundo que hay fuera deje de importarme, pero no puedo olvidar, no puedo sacar de mi cabeza las palabras de mi primo. ¿Y si se está convirtiendo en una debilidad? ¿Y si es verdad que esconde algo y

yo estoy tan ciego que no quiero verlo? ¿Y si es la siguiente en traicionarme? Joder, no podría superarlo.

Me levanto, le acerco su ropa y comienzo a vestirme en silencio, evitando su mirada interrogante.

—Hoy estás más callado de lo habitual —responde tras ponerse el top de tirantes y la sudadera. Después, comienza a deshacerse la trenza y a armarla de nuevo.

—Con todo lo que ha pasado últimamente, estoy obsesionado con que alguien más pueda traicionarme. No soportaría enterarme de que otra persona de mi confianza no me es leal. Odio las mentiras. —Es casi imperceptible, pero noto como sus dedos se traban en su pelo antes de continuar con su labor, como si nada la hubiese alterado—. ¿Crees que me estoy volviendo paranoico?

—Bueno, todo el mundo tiene secretos, eso no significa nada.

—No las personas de mi entorno, ni mis hombres ni mi círculo, el cual considero muy estrecho. De todas formas, los secretos y las mentiras no son exactamente lo mismo. Todos a mi alrededor saben que no perdono las mentiras.

—Ya, creo que te entiendo. —Sonríe, pero algo me hace dudar de la sinceridad de su gesto—. En cualquier caso, no creo que sea bueno que te obsesiones con eso.

—Puede que tengas razón. —Me doy la vuelta para terminar de vestirme sin que pueda ver lo que me ha dolido su falta de sinceridad. La he enfrentado, le he dado una oportunidad de contármelo todo y no la ha aprovechado. Necesito pensar y necesito hacerlo lejos de ella—. Hoy no te necesitaré en la oficina, tengo programado un viaje rápido a Manchester. Saldré en un par de horas y seguramente estaré de vuelta mañana por la noche. —Me acerco y

le doy un beso en la frente. Después, la miro a los ojos, esperando percibir en su mirada algo que me diga que me equivoco, que las mentiras que esconde son insignificantes y que me hablará de ello cuando esté preparada. Sin embargo, no veo nada de eso—. Tómate un par de días libres. Descansa, lee, invita a algún amigo. Solo déjame saber dónde estás en cada momento, y si sales, llévate a Oliver y a Dan contigo.

—No necesito niñeras.

—Lo sé, pero me quedo más tranquilo si no vas sola. Te recuerdo que todavía no tenemos noticias de Feng y que no es el tipo de hombre que deja pasar por alto que te sacáramos de su club sin su consentimiento. Tarde o temprano aparecerá.

—Está bien, si hago algún plan, te informaré. Mantente a salvo, ¿vale?

—Lo haré.

Salgo de la habitación sintiéndome miserable por desconfiar de ella y, a la vez, enfadado porque no sea capaz de confiarme sus secretos.

Cierro los ojos e inspiro profundamente.

«Voy a descubrir lo que escondes, Vega, y después destruiré todo aquello que te aleja de mí y te demostraré que solo existe un futuro posible, aquel en el que reinamos juntos».

35

LIAM

Alex me intercepta cuando estoy bajando las escaleras. Comprueba que Vega no me esté siguiendo y suelta la bomba.

—Han incendiado el almacén de Regent's Canal. Ya habíamos conseguido distribuir más de la mitad de lo que llegó en el último cargamento, pero el resto lo hemos perdido.

—Joder, ¿cuánto? —pregunto cabreado.

—Menos de lo que habríamos perdido si esto hubiese pasado hace una semana.

—¿Cuánto? —Lo miro con dureza y sus hombros caen ligeramente.

—Unas veinte mil libras.

—Hijo de puta —siseo—. ¿Alguna baja entre el personal?

—No, hay varios heridos, pero ninguno de gravedad.

—¿Qué sabes de Morgan? ¿Se unirá a nosotros?

Niega en silencio y cierro los ojos antes de soltar todo el aire que estaba conteniendo.

—Me ha dado a entender que tiene negocios con el chino que no tiene intención de perder. Me apostaría a que el hijo de puta le consigue chicas para sus clubs.

Paso por delante de mi primo, avanzando en dirección a la puerta, sabiendo que solo me queda una opción para conseguir el respaldo que necesito para enfrentarme a Feng.

Haré lo que sea necesario, pero destruiré al hombre que se creyó con derecho de secuestrar y dañar a mi mujer. En mi mundo no hay colores intermedios, la sangre con sangre se paga y él debe morir.

—Avisa para que preparen el avión. Salimos en dos horas.

—¿Ahora? ¿Dónde se supone que vamos con la que está cayendo?

Me sigue, aunque yo no le miro. He tomado una decisión y no habrá nada que me detenga.

—Puede que con el apoyo de Díaz y Volkov seamos lo suficientemente fuertes como para encontrar a la rata y atraparla, pero no me conformaré con eso, no después de que me haya declarado la guerra. Voy a destruirlo, Alex, y para eso necesitamos también a Pietro de nuestro lado.

—Ese crío cambia de bando como de chaqueta. Aunque se comprometiera, no podríamos fiarnos de su palabra.

—Lo sé. Por eso viajaremos a Roma y le haremos una visita a Matteo.

—A Matteo… ¿Te refieres al tío de Pietro? ¿Al puto Matteo di Luna? ¿Al capo *di tutti i capi*?

—No hay otro Matteo por el que viajaría hasta Italia, de eso puedes estar seguro.

—¿Y crees que nos recibirá?

Me subo al coche, que ya nos está esperando en la entrada y Alex se sienta a mi lado. No es normal verlo tan nervioso y empiezo a preguntarme si no estaré cometiendo una locura.

—Lo hará. Aunque solo sea por la curiosidad de saber qué tenemos para ofrecerle.

—Nos va a exprimir vivos…

—No se lo permitiremos.

Cuando el coche arranca, Alex comienza a realizar las llamadas necesarias para organizar nuestro repentino viaje. Iremos solo seis hombres, él y yo. Me hubiese gustado ser más discreto, pero no puedo olvidar que estamos en guerra.

Antes de embarcar, llamo a Oliver y le digo que él y Dan están a cargo de la seguridad de Vega hasta mi regreso. También les dejo claro que les haré directamente responsables de cualquier cosa que le pase durante mi ausencia y, para mi gozo, responde que será un honor para ellos cuidar de la Reina.

En cuanto el avión despega, le doy a Alex vía libre para investigar a Vega. Debe de notar lo difícil que es para mí tomar esta decisión, porque solo asiente y me deja en paz durante el resto del vuelo.

Aterrizamos en Roma Ciampino, donde nos espera un vehículo privado. Alex se ha encargado de alquilar una casa a las afueras de la ciudad. Sabemos que es la adecuada porque ya hemos estado aquí otras veces, pero mi primo se queja de que es imposible organizar toda la seguridad del viaje en tan poco tiempo y de no sé cuántas cosas más.

No sé qué mierda le ronda por la cabeza últimamente, pero echo de menos al hombre cínico y despreocupado que suele ser.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa ahora?

—¿Que qué me pasa? ¿Pero tú has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Si te digo la verdad, hace un rato que desconecté porque pareces una de esas tías quejumbrosas a las que te gusta tirarte.

—¿Una como Mía, por ejemplo?

—Ni la mientes.

—Pues que sepas que está a punto de terminar el tour por tus negocios del norte, así que no creo que tarde en volver.

—No será un problema. Mía no es tonta y sabe lo que hay. Es una empleada, punto.

—Si tú lo dices…

La villa de Matteo di Luna es tan ostentosa como recordaba. Fachada de ladrillos con grandes columnas de piedra blanca en la entrada y molduras decorando cada una de las ventanas y balcones. También dispone de una fuente, una enorme fuente en la que recuerdo haber sufrido la tentación de ahogar a su dueño la última vez que tuve que enfrentarme a su chulería. Ese día juré no volver a pisar nunca esta mansión y aquí estoy.

El ama de llaves nos recibe en la entrada y nos acompaña a un extravagante jardín en el que Matteo nos espera sentado en una mesa redonda. Sus guardias permanecen a cierta distancia para darnos privacidad, pero son los suficientes para lanzar un mensaje: estáis en mi territorio, cuidado. Mi primo y yo, sin embargo, hemos entrado solos. Dos de mis hombres se han quedado fuera junto al coche y el resto aguarda en otro vehículo apostado cerca de la propiedad. Por primera vez en todo el viaje, Alex y yo hemos estado de acuerdo en algo: si queremos obtener la confianza del capo, necesitamos mostrar primero nuestra confianza hacia él, aunque no la tengamos.

Hace casi siete años que no veía a Matteo y ha envejecido bastante en este tiempo. Debe de rondar los sesenta años y, aunque sigue conservando su aura de hombre implacable, puedo detectar cómo el tiempo comienza a hacer mella en él. Sin embargo, no cometeré el error de subestimarle.

Tras los respectivos saludos, nos invita a sentarnos e inicia una charla trivial mientras el ama de llaves nos trae las bebidas que hemos pedido.

—No entiendo cómo los ingleses podéis aguantar la maldita lluvia a todas horas. Amo el sol de mi tierra —afirma recostado sobre el respaldo de su silla mientras da una calada a su cigarro.

—Me disculparás la interrupción, Matteo, pero soy un hombre de acción y no hemos venido desde Londres para hablar contigo del tiempo.

—Oh, los ingleses siempre tan fríos y directos —se queja intentando parecer gracioso, y su sonrisa se ensancha cuando su mirada capta algo por encima de mi hombro izquierdo—. Antes de comenzar con los negocios, os presentaré a mi bella Antonella.

Mi primo y yo nos levantamos cuando él lo hace y miramos en la dirección que nos señala con la cabeza. Frente a las puertas de cristal por las que hemos salido al jardín, hay una chica rubia, de pelo largo y piel clara. Lleva un vestido de firma en color claro que le llega hasta las rodillas y unos zapatos de tacón bajo. No tendrá más de dieciocho o diecinueve años y luce como si fuera un ángel. Es bonita, de una belleza frágil por la que cualquier hombre suspiraría, pero yo no soy cualquier hombre y no tengo que mirar dos veces para saber que esta muñequita italiana no desprende ni la mitad de la pasión y la fuerza que irradia mi mujer.

—Acércate. Quiero presentarte a unos viejos amigos.

Ella obedece como un lindo corderito y se detiene al lado de Matteo con la mirada ligeramente inclinada hacia el suelo, como si le avergonzara el simple hecho de encontrarse ante dos desconocidos.

—Os presento a mi hija, Antonella. Es la pequeña de los cuatro y cumplirá diecinueve el próximo diciembre. Está estudiando el segundo curso de diseño de interiores; también es una virtuosa del piano y da clases de equitación desde los cuatro años.

—Encantado de conocerte, Antonella.

No le tendemos la mano, pues tanto Alex como yo sabemos de la posesividad de los italianos con las mujeres de su familia. Nos limitamos a realizar un gesto con la cabeza en signo de respeto.

No le dedico más de una mirada rápida y es suficiente para que sus mejillas ardan. Dios, ¿de dónde ha salido esta niña? ¿Es que nunca ha visto a un hombre que no pertenezca a su maldita familia? No me jodas.

Matteo debe de darse cuenta de que no estoy interesado en charlar con su hija y la despacha ordenándole que vaya a hacer sus cosas. Me apuesto algo a que él ni siquiera sabe lo que de verdad interesa a su hija.

—¿Soy yo o el italiano estaba intentando venderte a su niñita? —susurra Alex con una sonrisa, lo suficientemente bajo como para que sus palabras no lleguen a nuestro anfitrión.

—¿No te parece una muchacha deliciosa?

«¿Deliciosa? ¿Quién coño habla de esa forma de su propia hija?».

—Es bonita, no lo negaré, pero no hemos venido hasta aquí para hablar de ella.

—Lo imaginaba —responde molesto—, los negocios siempre van primero para vosotros. Bien, pues hablemos de negocios, ¿qué es lo que queréis de mí?

Me apoyo también en el respaldo de la silla y lo miro a los ojos, dejando unos segundos de silencio antes de hablar.

—Quiero que ordenes a tu sobrino que me apoye en la guerra que Feng Bao ha iniciado en mi contra.

—Guau, no te buscas enemigos pequeños. Te has metido nada más y nada menos que con el rey de uno de los negocios más lucrativos del mundo.

—Tenía entendido que estabas en contra de la trata. Si no es así, creo que no he venido al lugar adecuado.

Hago amago de levantarme, sin embargo, me frena con un gesto de la mano.

—Sigo en contra, pero no estamos hablando de cualquier persona. Feng tiene poder, mucho poder, y a mí no me gusta meterme en las cosas de los demás. ¿Y puedo saber por qué te ha declarado la guerra?

—Quiere algo que no es suyo.

—¿Y eso sería?

—Un arma —respondo sin aportar más información de la necesaria.

—Oh, por un momento pensaba que hablábamos de una mujer. Un arma suena mucho más… aburrido. —Da un trago a su whisky y me observa como si hubiese perdido parte del interés en la conversación—. Bueno, ¿y qué tiene el arma de especial para que no se la quieras vender? Pensaba que ese era precisamente tu negocio

estrella. Yo mismo te he comprado un par de cositas en alguna ocasión, ¿no es así?

Vuelvo a acomodarme en mi asiento, sopesando si es buena idea contarle más sobre Amapola. En el último momento, decido correr el riesgo.

—Es un arma un tanto diferente a las que suelo vender, algo más… exclusiva, y ya sabemos lo excéntricas que son algunas personas en nuestro mundo. Quieren algo único y, a veces, ese deseo les vuelve un poco codiciosos.

—No me digas más, eso es justo lo que le ha pasado a Feng. Quiere el arma para él solo, te has negado y así ha empezado una guerra que no puedes ganar. Y esa excentricidad… ¿está en venta?

Doy el último trago a mi bebida y lo miro por encima del borde del vaso.

—Pronto lo estará.

Me devuelve la mirada y, aunque trata de restar importancia al asunto, puedo leer bajo su máscara y sé que tiene algo más que cierta curiosidad por Amapola.

—Volviendo al tema de tu guerra. Ya sé lo que quiero a cambio de la ayuda de Pietro.

—Dispara.

—Acceso a tus puertos durante cinco años sin comisión alguna, por supuesto. —Se ríe de su propia gracia y contengo mi expresión para que no note las ganas que tengo de terminar con esta pantomima—. Y una invitación a la presentación de esta nueva arma tuya que todavía no existe y ya ha iniciado una guerra. Porque habrá una presentación con posibles compradores, ¿no es cierto?

—Una invitación para la presentación de Amapola y tres años de acceso a mis puertos para tu mercancía, siempre que hablemos únicamente de drogas. No aceptaré armas, personas ni órganos.

—Liam. —Su tono de voz se endurece y se eleva por primera vez desde que hemos llegado. Por el rabillo del ojo detecto como dos de sus guardias dan un paso adelante—. Si vuelves a insinuar que trafico con cosas sucias, mi hospitalidad se va a volver algo bastante menos… agradable. Piensa bien tus próximas palabras si no quieres que mi cordialidad acabe justo en este momento.

Su crudeza no me molesta. Al contrario, me alivia y me da esperanzas de poder alcanzar un acercamiento con el italiano. Mi padre llevaba su reinado a su manera y me costó sudor y sangre limpiar mi herencia de sus negocios más turbios.

—Mis disculpas. Prefiero dejar las cosas claras antes de que pueda surgir algún tipo de duda. Me alegra ver que estamos en sintonía en este sentido.

—Serán cinco años, la invitación y…

—¿Y? Pensaba que estábamos llegando a un acuerdo.

—Verás, seguro que sabes que los italianos somos bastante… familiares. Para nosotros, nuestra tierra, nuestras costumbres y nuestra familia lo son todo.

—Lo entiendo y lo respeto del mismo modo.

—Me alegro, porque quiero ofrecerte una alianza duradera en el tiempo. La unión definitiva de nuestras familias.

La sonrisilla que luce no me gusta y empiezo a sentirme más acorralado de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Matrimonio, por supuesto. Te casarás con mi preciosa Antonella y, siendo familia, yo mismo enviaré parte de mis hombres a luchar en tu guerra contra Feng. Como tu suegro, contarás con mi apoyo siempre que lo necesites y esté justificado.

Mi primo se atraganta con el agua y está a punto de bañarnos a los dos, lo cual no creo que hubiese quedado muy bien como respuesta a la oferta de Matteo. Comienza a toser y a darse golpes en el pecho a sí mismo hasta que por fin nos mira con lágrimas en los ojos.

—Perdonad, caballeros. El agua no es tan buena para el ser humano como dicen —afirma con voz ahogada.

Nuestro anfitrión lo mira como si estuviese muy por encima y eso me cabrea.

—Matteo —lo llamo tratando de atraer su atención de nuevo hacia mí—, me siento tremendamente halagado de que quieras abrirme las puertas de tu familia, es una oportunidad que sé que le brindarías a muy pocos.

—Lo es. Me ha costado mucho tomar esta decisión; de hecho, llevo dos años siguiéndote la pista. Creo que sabrás agradecérmelo en el futuro.

—Lo que intento decir es que me siento honrado, pero no puedo aceptar casarme con tu hija.

—¿De verdad estás rechazándome? —espeta furioso.

—No creo que mi mujer estuviera de acuerdo con la idea.

—¿Estás casado? No puede ser. Mis hombres te investigaron.

—Todavía no es mi mujer legalmente, pero nunca incumpliría la promesa que le hice.

—¿Vale más esa promesa que la alianza que te ofrezco? —pregunta, todavía con los dientes apretados.

—Di mi palabra y para mí es tan vinculante como haber firmado un contrato.

—De acuerdo. —Pone ambas manos sobre sus muslos y nos mira a uno y a otro—. Entonces, creo que esta reunión ha terminado.

—¿Le darás la orden a tu sobrino?

Su teléfono suena justo en ese momento. Se disculpa y se aleja para atender la llamada. He visto su expresión antes de marcharse y sé que la respuesta a mi pregunta no va a ser la que espero.

—¡El italiano es un puto loco! ¿Matrimonio? ¿De verdad esperaba que dijeras que sí?

—No es algo descabellado, Alex. Los italianos llevan siglos cerrando alianzas con matrimonios. Forma parte de su cultura, y si Matteo nota, aunque sea ligeramente, que te burlas de alguna de sus costumbres, no podré asegurar que salgas con vida de esta casa. Los matrimonios concertados son a la vez la firma de un negocio y de una alianza.

—¿Y ella no tiene nada que decir al respecto?

—A las mujeres de la mafia se las cría para ser esposas y madres. Desde pequeñas, las van formando para convertirlas en seres sumisos y manejables. Antonella no será un problema para el hombre que se case con ella.

—Ahora parece que seas tú quien está intentando vendérmela a mí.

Lo miro a los ojos sin devolverle la sonrisa. Necesito que entienda lo importante que es esto para nosotros.

—Si obtenemos el apoyo de Matteo, podremos dar caza a Feng y destruirlo del todo.

—¿¿Estás sugiriendo que sea yo quien se case con la chica??

—No me negarás que es bonita, un poco frágil, pero ya se endurecerá con el tiempo.

—¡Me cago en la hostia! Pues nada, seré el sacrificio de este negocio. Ofréceme como si fuera solo un trozo de carne y cerremos el trato —acepta con dramatismo.

—Eres idiota. Solo tendrás que mantenerla a tu lado de cara a la galería. Podéis hacer vidas separadas siempre que los dos seáis discretos y aparezcáis juntos en los eventos a los que Matteo os invite como parte de la familia. Si su padre acepta que seas tú, no me meteré en tu matrimonio, solo te pediré que la trates con respeto.

—Ah, no, si encima voy a tener que darte las gracias por dejar que sea yo quien se case con la princesa.

—Bueno, tal vez ella sea la mujer que consiga enderezarte.

Pone los ojos en blanco y muestra una sonrisa exagerada cuando Matteo vuelve a la mesa.

—Disculpen, señores, hay asuntos que no pueden esperar ni un segundo. ¿Por dónde íbamos?

—Verás, mi primo y yo hemos tenido tiempo para hablar mientras atendías la llamada y creo que hemos encontrado una solución que puede ser válida para todos.

Me mira suspicaz, ya ha tomado su decisión y no pretende alargar esta conversación más de lo necesario.

—Tú dirás.

—Alex es mi mano derecha, mi consejero y también la persona más cercana a mí. Por los motivos que ya te he explicado, no puedo comprometerme en matrimonio con Antonella, pero sería un honor para él aceptar su mano en mi lugar.

Observa a Alex con detenimiento, como si estuviese evaluando un producto que no está seguro de comprar o no. Mi primo, para mi suerte, no dice nada al respecto y le devuelve la mirada con una seriedad que no suele ser habitual en él.

Unos segundos después, Matteo por fin da su aprobación y yo tengo que contenerme para no soltar un suspiro de alivio.

—La invitación para poder conocer y comprar tu nueva arma, cinco años de acceso a tus puertos —recalca el número para que no se me escape que esto no es negociable— y el matrimonio de mi pequeña Antonella con tu primo, que tendrá lugar en dos años, cuando ella haya terminado sus estudios.

—Acepto —afirmo y me levanto, tendiéndole la mano, que él estrecha sin vacilar para luego hacer lo mismo con el que será su futuro yerno.

Matteo nos invita a cenar en su casa para celebrar la unión de nuestras familias y también, según dice, para que los novios puedan conocerse un poco mejor.

Al día siguiente, almorzamos juntos en un restaurante de su propiedad para firmar el acuerdo y decidir de qué forma nos enviará su ayuda.

El viaje de regreso es menos silencioso que el de ida. Alex parece contento con nuestra alianza y me pregunto si realmente es consciente de que acaba de firmar una promesa de matrimonio que durará toda la vida; porque si hay algo que no existe para los

italianos es la palabra divorcio. Coquetea con la azafata, con la cual estoy seguro de que ha tenido más de un encuentro sexual en el pasado y ella le sonríe con picardía.

Sin embargo, en cuanto bajamos del avión, Alex recibe una llamada y soy testigo de cómo su sonrisa desaparece para dar paso a una expresión sombría.

—Tengo dos cosas que decirte, una te va a encantar y la otra no tanto.

—Sin rodeos.

—Después de años buscando, estamos a punto de atrapar a Sombra.

—Joder, ¿lo dices en serio?

—Totalmente. Lo que no te va a gustar tanto es saber que, de alguna forma, conoce cada uno de nuestros movimientos, por lo que esta conversación no puede salir de aquí.

—¿Pero qué coño…? ¿Me estás diciendo que tenemos otro puto topo en la Hermandad?

—Eso o que Josh coló algún micro en casa antes de que lo pilláramos y, de alguna forma, Sombra se ha hecho con la información. Personalmente, me inclino más por la segunda opción.

—Hijo de puta.

—Lo sé, pero piensa que ahora mismo todo está de nuestra parte, solo debemos tenderle una trampa y la tendremos.

—No podemos arriesgarnos a que descubra que lo sabemos. Organizaremos algo esta misma tarde… —Evito subir al coche que nos espera en la pista de aterrizaje antes de contarle a mi primo lo que pasa por mi mente. Ahora, toda precaución es necesaria—. Tiene que ser hoy, que les llegue la información, pero que no tengan

tiempo para prepararse demasiado. Diremos a nuestros hombres que sabemos dónde estará Feng en unas horas y que vamos a darle caza antes de que pueda escabullirse de nuevo. Asegúrate de dar instrucciones en distintos lugares, aunque estoy seguro de que el micro está en mi despacho. Lo comprobaremos al llegar. No quiero que nadie se entere de a quién pretendemos cazar hoy en realidad, ¿me has entendido?

—¿Ni siquiera Vega?

—Ella no formará parte del operativo.

—Me parece bien. Puede ser peligroso.

—¿Y crees que Sombra aparecerá?

—Eso espero. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Tu orden, mi ejecución.

Sonrío por primera vez desde que salí de casa, desde que me fui del lado de Vega.

—Esta noche, al fin, cumpliré mi promesa de venganza. Esta noche atraparé a la asesina de Dylan.

36

VEGA

Conduzco hacia casa de Liam pensando en las ganas que tengo de verle. Es extraña la forma en la que me he adaptado a su vida sin apenas esfuerzo y en tan poco tiempo.

El día que se fue se estuvo comportando de forma un poco rara, como si guardase algo dentro que quisiese compartir conmigo, pero tuviera dudas de hacerlo. Estuve tentada de preguntarle y me contuve solo por miedo a que me respondiera con alguna pregunta incómoda. Es lo que implica esconder mis propios secretos. No sé, tal vez estoy siendo un poco paranoica, pero es algo que viene de serie. Ocultarle quién soy en realidad me está pasando factura y me hace sentir que yo también le estoy traicionando.

Me he dedicado estos dos días a planear estrategias con los chicos. Una fuente fiable nos ha hecho saber que Feng volverá a Londres dentro de tres días y que viajará en su avión privado. Hemos contemplado cada posibilidad, por pequeña que esta sea, y trazado un plan a prueba de fallos. En cuanto ese imbécil ponga un pie en la ciudad, lo atraparemos. Y cuando eso pase, será el momento de confesarle a Liam toda mi verdad.

Suena mi teléfono y respondo a través del auricular que llevo integrado en el casco de la moto mientras paro en un semáforo en rojo.

—Sombra, tenemos un problema. —Es Lucas quien llama y puedo escuchar bastante alboroto al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre?

—Es Feng. No sé cómo coño ha pasado, pero ya ha vuelto.

—Joder, ¿cómo ha podido escapar de nuestro radar? Lo teníamos controlado. ¿Crees que la fuente nos la ha jugado?

—No lo sé. Alba estaba monitorizando las grabaciones del despacho de Liam y acaba de decirle a su primo que seleccione a sus diez mejores hombres para ir a por Feng esta misma noche.

—¿Piensan atacar con solo diez hombres? ¿Se han vuelto locos? ¿Y cómo saben dónde encontrarlo?

—No lo han dicho, pero parece que tienen claro en qué lugar estará dentro de dos horas, que es cuando planean atacar. Han hablado de hombres, armas y explosivos.

—¡Puta mierda! ¿Dirección? Lucas, ¡debemos llegar antes que ellos!

—Eso es lo malo, no tenemos ni idea, han salido del despacho en medio de la conversación y no hemos podido escuchar más. Alba está intentando conectarse a algún dispositivo de la casa.

—Joder, he de llegar hasta Liam para poder unirme a la cacería.

—¿Crees que es buena idea? Feng se los comerá vivos.

—Es la única opción que tenemos. Estaremos allí. Déjame llegar y enterarme de lo necesario. Te pasaré la dirección y los datos en cuanto los consiga. Llama al resto, que paren con lo que estén

haciendo y vayan a Atenea a prepararse. Necesitáis estar listos para salir en cuanto os dé la información.

—Lo estaremos.

Llego a la mansión en diez minutos. Por fuera todo parece tranquilo, pero nada más cruzar la doble puerta de madera blanca, me doy cuenta de que dentro es un hervidero de actividad. Algunos de los hombres están preparados con chalecos antibalas, ropa oscura y armas que permanecen unidas a sus cuerpos mediante cinturones. Alex les da órdenes claras de lo que deben y no deben hacer y Henry carga dos baúles hasta la puerta con la ayuda de otros compañeros.

Paso por delante de ellos sin que se percaten de mi presencia y llego hasta la habitación que comparto con Liam. Su imagen me impacta hasta el punto de dejarme clavada en el suelo. Tiene una expresión seria grabada en la cara mientras termina de colocarse el chaleco con movimientos firmes. Va vestido completamente de negro y su presencia irradia una solemnidad que llena todo el espacio.

—¿Qué está pasando? —musito sin moverme del sitio, y él alza la mirada como si no hubiese sido consciente de mi presencia hasta el momento en que he hablado.

—Me alegra que hayas llegado. Prefiero marcharme con la tranquilidad de saber que estás segura en casa.

—¿Te marchas? Acabas de llegar de viaje y ni siquiera me has dicho dónde has estado estos días. —No he de fingir que eso me molesta porque de alguna forma lo hace—. ¿Y por qué todo el mundo está nervioso? Liam, ¿qué está pasando? Parece que nos estemos preparando para un asalto.

—No es nada, pero necesito que te quedes en casa.

Observo su chaleco antibalas y después arrastro la mirada hacia abajo, terminando en sus botas militares.

—Pretendes que yo me quede aquí mientras vosotros os vais ¿dónde, a la guerra? Quiero saber lo que está pasando, Liam. Sin excusas ni mentiras baratas.

Termina de estirar las correas que ajustan los tirantes de su porta armas. La verdad es que hoy parece un gánster de película, uno de esos que te derriten y te hacen mojar las bragas con solo lanzarte una mirada. Sacudo la cabeza mentalmente. Joder, no puedo permitirme distraerme de esta manera.

—No voy a mentirte, Vega. —Se acerca, sus manos me envuelven las mejillas, y sus ojos me dicen que esta promesa es inquebrantable y que es para siempre—. Pero tampoco voy a responder a tu pregunta ahora.

Me besa y comienza a saborearme como si fuese el bocado más delicioso que ha probado nunca. Su lengua se desliza entre mis labios, recorriéndolos hasta encontrar un hueco y colarse dentro de mi boca. Su beso no es desesperado, pero contiene toda la pasión que puede albergar un beso y despierta en mí el deseo efervescente que lleva dos días dormido. Lo abrazo y me hundo en su cuerpo como si fuese el refugio más cálido en la tierra, el único en el que quiero esconderme para siempre.

Cuando se separa de mí, me quedo fría y algo confusa. Apenas he conseguido abrir los ojos cuando me doy cuenta de que ya está en la puerta, sujetando la manivela antes de salir.

—Espera, voy contigo. —Giro la mitad del cuerpo para recoger de encima de la cómoda la chaqueta que he dejado allí al llegar.

—Lo siento. Es por eso por lo que no puedo decirte dónde voy, porque querrías acompañarme y no puedo permitirme ponerte en peligro.

Doy un paso hacia él, pero no soy lo suficientemente rápida y, antes de que pueda alcanzarlo, ya se ha vuelto a disculpar y me ha cerrado la puerta en la cara. Por supuesto, con llave.

No me puedo creer que me haya vuelto a encerrar. No hoy. No el día más importante de mi vida. ¿Qué problema tiene este hombre con mantenerme dentro de las habitaciones?

A pesar de que sé lo que voy a encontrarme, me acerco a la puerta e intento forzarla sin éxito.

—Liam, sácame ahora mismo de aquí —grito con fuerza—. ¡Joder, no seas cabezón, puedo ayudarte y lo sabes! Liaaaaaaaaam.

Busco algo con lo que forzar la cerradura, pero no encuentro nada. Joder, ni siquiera he averiguado la dirección en la que estará Feng en un rato. Saco el teléfono desechable y llamo a Lucas.

—No he conseguido la dirección y el muy cabrón me ha encerrado en una habitación para que no pueda ir con ellos.

—¿Te han descubierto? —pregunta alarmado.

—No, solo que no me quiere en la cacería. Dime que habéis escuchado algo más.

—Tenemos la dirección, te la estoy enviando en este momento. Es un almacén abandonado cerca de Park Royal.

Escucho ruido de vehículos en el exterior y, al apartar las cortinas, veo que Henry y otros tres hombres están terminando de cargar los baúles en los maleteros de cuatro SUV negros con los cristales tintados. En ese momento, Liam, Alex y el resto salen de la casa y comienzan a subir a los coches. Trato de abrir el ventanal que

da acceso al balcón, pero descubro que también ha sido cerrado con llave. Cómo no.

—Joder, ha bloqueado también la puta ventana. Lucas, escúchame, necesito que salgáis hacia allí ya mismo. Sé que esto no es lo que habíamos planeado, pero no podemos perder la ocasión. Si no atrapamos a Feng hoy, es posible que no tengamos otra oportunidad en años.

—No crees que ellos puedan hacerlo, ¿verdad?

—No lo creo. Conocemos a Feng y sabemos que no jugará limpio. ¿Estáis preparados?

—Llevamos años preparándonos, no dejaremos que se escape.

—Joder, eso es lo que quería oír. Poneos en marcha. No sé cómo coño voy a salir de esta casa, pero estaré allí en cuanto pueda.

—Nos vemos en un rato, Sombra.

—Lucas. —Dudo si decir las palabras que presionan mi garganta. Después de un segundo, ellas ganan—. No permitas que le pase nada.

—Me encargo.

Cuando cuelga, siento la adrenalina por todo mi cuerpo y juro que nada me impedirá detener a Feng esta noche. Valoro romper la puerta a patadas, pero haría demasiado ruido y estoy segura de que mis niñeras no andarán muy lejos.

«Joder, Vega, piensa un poco».

Después de perder unos minutos registrando toda la habitación, saco una tarjeta de crédito e intento abrir la puerta a la vieja usanza. Esto nunca se me ha dado bien, así que me sorprendo cuando tardo menos de lo que había esperado en lograrlo.

Salgo a hurtadillas y consigo llegar al piso de abajo, esperando encontrarme con Dan y Oliver cada vez que giro una esquina. Casi me decepciona que Liam haya pensado que sería tan fácil retenerme en esta casa.

Salto sobre mi moto y marco el número de Alba.

—Situación.

—Es una nave bastante vieja. He obtenido los planos, aunque no estoy segura de que sean los originales, por lo que no podemos fiarnos cien por cien de ellos. Hay tres entradas. Mark y Sebastián han accedido por un lateral y han llegado al piso de arriba, tienen buena visibilidad desde su posición, pero de momento no han divisado movimiento.

—¿Lucas?

—Está intentando entrar por la parte delantera mientras le cubro las espaldas. Hemos traído a dos soldados.

—¿Qué has dicho? —pregunto sin poder creerlo. Sé que es una operación arriesgada y que cuatro activos pueden parecer pocos para la misión que tenemos entre manos; en cambio, no podemos arriesgarnos a meter por medio a cualquiera—. ¿Quién dio la orden?

—Fue el jefe. Lucas dijo que no lo aprobarías, pero sin estar tú para negarte, ninguno pudimos hacer nada.

—¡Maldito metomentodo! De acuerdo. ¿Dónde están?

—Tu tío dijo que eran los mejores reclutas y que tú misma los habías entrenado. Han entrado por detrás y están tratando de recabar información. Tienen instrucciones de no disparar si no se les da luz verde.

—¿Qué sabemos hasta ahora?

—Nada. Todo está en silencio, es como si todavía no hubiesen llegado.

—O como si nos estuviesen esperando… —musito rumiando un pensamiento que no me está gustando nada—. ¿Han aparecido ya Liam y Alex?

—Todavía no.

—Ya deberían estar allí. —Un escalofrío me recorre la espalda y miro mi reloj de muñeca, calculando que me encontraré a unos quince minutos del lugar—. Alba, no avancéis hasta que yo llegue a no ser que tengáis al puto Feng a tiro, ¿me has entendido?

—Sí, jefa. —Escucho disparos y el jadeo de Alba resuena en mi oído—. Mierda, alguien está disparando a Sebas y a Mark, los han descubierto.

—Mantente en línea y dime lo que está pasando —ordeno dando gas y saliendo acelerada cuando el semáforo todavía está en rojo.

—Yo… No sé de dónde llegan las balas. Lucas está intentando acercarse, pero diría que vienen desde puntos distintos. —Empiezo a escuchar pitidos y otros sonidos estridentes que me impiden entender lo que Alba está diciendo hasta que, después de unos segundos, la pierdo del todo cuando la línea se corta.

—¡Mierda, joder! —grito intentando soltar la frustración que me desborda, pero es inútil.

37

VEGA

Serpenteo entre los coches, utilizo el carril contrario y paso por alto cualquier señal o límite de velocidad hasta que llego a la zona en la que se encuentra el almacén. Aparco en un lugar apartado, sabiendo que una entrada triunfal solo pondría mi vida y la de mis compañeros en riesgo y me acerco corriendo, pegada a los laterales de la nave de al lado para evitar ser vista.

En cuanto me aproximo lo suficiente, veo los SUV negros de la Hermandad parados cerca de lo que parece ser la puerta principal del almacén, uno detrás de otro, perfectamente alineados como si hubiesen sido coordinados por un maldito general del ejército. Lo que me sorprende es que haya ocho en lugar de los cuatro que vi salir de la mansión de Liam. Me acerco un poco más y encuentro a dos de los conductores de pie junto al primero de los vehículos. Ambos sacan sus armas y me apuntan cuando notan mi presencia, pero dejan de hacerlo tan pronto me reconocen.

—Joder, Reina, menudo susto nos has dado. Podríamos haberte volado la cabeza.

—Smith, no vaciles. Ambos sabemos que no tienes tanta puntería —me burlo caminando hasta ellos con chulería.

—¿Qué haces aquí? No te he visto en el convoy de salida.

—Bueno, no sé si habéis escuchado los rumores —afirmo bajando la voz para que los dos tengan que acercarse a mí—, pero no soporto subirme a un coche, soy más de vehículos de dos ruedas, ya me entendéis.

Antes de que puedan hacer preguntas, los agarro de la nuca y empujo la parte trasera de sus cabezas para que el choque entre ellos sea lo bastante fuerte; afortunadamente lo es. No estaba en mis planes mermar el equipo de Liam, de hecho, es posible que lo necesitemos para acabar con los hombres de Feng, sobre todo si hemos perdido el factor sorpresa, pero no puedo entrar en ese puto almacén solo con mi juego de cuchillos.

Me agacho, busco entre su ropa y me guardo sus pistolas en la cintura del pantalón. Rezo para que sea suficiente porque no tengo ni idea de lo que voy a encontrarme en el interior de la nave.

Compruebo que no hay más hombres en el exterior con los que lidiar y me extraña no ver por ninguna parte los vehículos en los que deben haber llegado los hombres de Feng. Todo está resultando demasiado raro y no me gusta.

«¿Dónde coño están Feng y su comitiva?».

No se escuchan disparos, solo algunos gritos que alcanzo a oír cuando ya estoy pegada a la puerta. Me asomo a una ventana, el cristal sucio me da algo de cobertura, pero también me impide apreciar con claridad lo que sucede en el interior. Distingo a los primos en mitad de la nave, ambos de espaldas, mientras varios de sus hombres rodean a otro que parece estar de rodillas. No alcanzo a verle la cara, aunque por su complexión, estoy segura de que no es Feng.

Saco mi teléfono del bolsillo para llamar a Alba, pero no hay cobertura, así que solo me queda una opción, entrar a ciegas. Escondo uno de mis cuchillos en la palma de la mano derecha mientras observo cómo se turnan para golpear al pobre desgraciado que tienen en el suelo. Después, me pongo mi máscara habitual, levanto la cabeza y entro en el almacén con paso decidido, como si el jodido lugar me perteneciera.

Consigo acercarme lo suficiente antes de que noten mi presencia, y mi determinación se tambalea cuando descubro quién es en realidad la persona a la que tienen arrodillada entre ellos. Estoy a punto de tropezar con mis propios pies cuando veo la sangre brotar de las heridas que Lucas tiene en la cara. Se mantiene erguido a duras penas, pero no deja de sonreír de manera sarcástica; forma parte de su fachada, nunca conseguirán romperle.

Se me corta la respiración, pero por suerte, me recompongo a tiempo y desvío la mirada hacia Liam. Sus ojos están clavados en los míos y parecen a punto de estallar con una mezcla de furia e incredulidad. Va a decir algo cuando uno de los hombres situado junto a Lucas saca el arma y apunta en mi dirección a la vez que quita el seguro de su arma.

No reacciono a tiempo y sé que no podré evitar el impacto.

Mis ojos se abren como faros.

Escucho el sonido del disparo, sin embargo, no siento el dolor que tendría que venir después. Liam ha sido más rápido en apretar el gatillo y ha dejado un agujero en la frente del hombre que ha estado a punto de matarme.

El silencio se apodera de la nave, convirtiéndose en protagonista de la escena por unos segundos.

—Pero ¿qué coño? —Alex es el primero en hablar, mirando a su primo como si este se hubiese vuelto loco—. Era uno de nuestros mejores hombres.

—Nadie amenaza a mi mujer —sisea en respuesta.

—Joder, él ni siquiera la conocía. Llegó ayer con Mía. Ha levantado el arma porque ha pensado que venía a por nosotros.

La mención a la chica-anuncio me sorprende y me hace sentir incómoda, pero no puedo dejarme llevar por la curiosidad, no en este jodido momento. Mierda, hace un segundo había asumido que iba a perder la vida.

—Creí haberte dicho que te quedaras en casa —me advierte Liam sin ningún tipo de simpatía e ignorando a su segundo al mando.

—Bueno, ya sabes que se me da regular aceptar órdenes. Además, pensé… —Intento ganar tiempo mientras busco una salida para salvar a Lucas.

—Pensaste ¿qué? Joder, ¿no puedes hacerme caso por un día?

—Me encerraste en una puta habitación. ¡Otra vez! Además, imaginé que habías ido tras Feng y quería estar presente cuando acabaras con su vida.

Se pinza el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar y puedo ver que estoy llegando al límite de su paciencia, pero no logro entender qué está pasando aquí y, lo más importante, todavía no se me ocurre qué hacer para librarnos de esta.

—Acompañadla al coche —ordena haciendo un gesto con la cabeza. Dos de sus hombres se acercan a mí, flanqueándome uno a cada lado. Después, Liam me mira a los ojos y me lanza una última advertencia—. Espérame en el coche y, por el bien de estos dos, no intentes escapar de ellos.

Miro a Lucas de reojo y calculo las posibilidades que tiene de escapar si lo dejo solo. Está con las manos atadas, herido y sin ningún arma a su alcance. No podrá defenderse, estoy segura, pero me queda aún más claro cuando veo a Alex desenfundar un machete y sonreír como si estuviese en una tienda de chucherías. Miro a mi alrededor, buscando al resto de mi equipo y rezo porque su silencio signifique que están bien escondidos y no algo peor. También faltan hombres de Liam. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Liam —lo llamo cuando uno de sus hombres, al que tampoco conozco, cansado de esperar a que me mueva, me sujeta del brazo. La mirada que le lanza hace que me suelte de golpe—, deja que me quede.

—No vas a querer ver lo que va a pasar a continuación, abejita —sisea Alex.

—Soy más dura de lo que aparento, ¿cuántas veces os lo tengo que demostrar?

Ambos primos me miran con interés y, para mi suerte, deben de ver algo en mí porque Liam me pide que vaya a su lado.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta en voz baja cuando me sitúo junto a él. Asiento y sus ojos me escrutan, como si pretendiera examinar lo que hay en el fondo de mi alma, como si quisiese asegurarse de que estoy diciendo la verdad.

—¿Dónde están el resto de tus hombres? —Necesito averiguar lo que está pasando.

—Algunos vigilan, otros nos protegen y el resto ha salido de caza.

—No vas a encontrar a nadie más —afirma Lucas y grita cuando uno de los hermanos le da una patada en el estómago.

—¿Alguien te ha pedido que hables, maldita escoria? —Los músculos de mis brazos se tensan y tengo que hacer el mayor esfuerzo de mi vida para no dejar caer mi máscara y matar al hijo de puta que acaba de golpear a mi amigo—. ¿Acaso pretendes hacernos creer que has venido solo? —Otra patada impacta en el hombro de Lucas y, esta vez, no puede evitar desplomarse contra el cemento. Tose y, cuando intenta incorporarse, con las manos atadas a la espalda, Alex le coloca la bota sobre los omoplatos, aplastando su cuerpo contra el suelo e impidiendo prácticamente cualquier movimiento.

—No sé si pensar que nos tomas por imbéciles o es que el imbécil eres tú, pero me estoy quedando sin paciencia y suelo tener para rato. —Se agacha ligeramente, apoyando el antebrazo sobre la pierna que mantiene chafando a Lucas y en su cara aparece la sonrisa más macabra que he visto nunca. Sé que Alex disfruta con la tortura, lo vimos en las fotos que acompañaban a su informe, pero lo que percibo en sus ojos, en su expresión, va más allá del disfrute —. ¿Sabes lo que pienso? —pregunta bajando la voz, como si lo siguiente que fuese a decir formase parte de un secreto entre ellos dos. La forma en la que juega con la punta del machete en sus manos me da escalofríos—. Creo que, si empiezo a cortarte en trocitos, Sombra saldrá de su escondite para salvarte.

La conmoción cuando escucho mi nombre es instantánea. Es una farsa. No han venido a por Feng. No vamos a encontrarlo esta noche porque todo ha sido una maldita trampa para hacernos salir, para atraparme…, y hemos caído como putos principiantes.

Mis ojos se desvían primero a Liam y después a su primo y me doy cuenta de que, al menos, no tienen ni idea de a quién están

buscando en realidad. Mi cabeza comienza a funcionar a mil revoluciones, procurando hallar una manera en la que podamos salir todos vivos, pero todavía no he encontrado ninguna cuando Lucas decide responder a la amenaza de Alex y, desde ese momento, todo se precipita.

—Si de verdad piensas que está aquí, es que eres más tonto de lo que creía.

No hay lugar a réplica, ni siquiera tengo tiempo de pensar cuando veo que Alex levanta el brazo con el que sostiene el puñal y se lo clava en el muslo con fuerza. El alarido que sale de la garganta de Lucas parece llegar de otro mundo y mi cuerpo se mueve por instinto. Antes de que pueda pensar lo que estoy haciendo, me encuentro detrás de Alex, inmovilizando su cuello con mi antebrazo izquierdo mientras mi mano derecha presiona uno de mis cuchillos contra su garganta.

—¡Alejaos de él! ¡Todos!

Un puñado de ojos me miran como si estuviese loca y el silencio inunda la escena hasta que Alex comienza a reír.

—Abejita, para de jugar y suelta el cuchillo. Sabía que esto sería demasiado para ti.

—¡He dicho que os apartéis de él, joder! —Señalo a Lucas mientras presiono la punta del cuchillo sobre su garganta y noto como este vence la piel y deja salir un fino hilo de sangre caliente—. ¿Qué es lo que no entiendes, Liam? ¡Da un paso atrás!

Esta vez hacen lo que pido, pero noto su indecisión y veo como sus miradas se desvían con disimulo hacia su jefe.

—¡Los ojos en mí! ¡Soy yo la que tiene un puto puñal contra su garganta! ¿Me habéis oído?

—Vega —la voz de Liam es apenas un susurro—, esto ha sido demasiado para ti, pero ahora necesito que sueltes a mi primo para que podamos irnos a casa. Sé que no quieres hacer esto.

No le respondo. Todavía no encuentro la fuerza necesaria para enfrentarme a él.

—Te voy a soltar, Alex. Él tiene razón, no quiero hacer esto, pero necesito que vuestros hombres me obedezcan y esta es la única manera.

—Está bien, haced lo que os pide —ordena Liam sin quitarme los ojos de encima.

—¡Más lejos! —grito y ellos obedecen. Cuando están a suficiente distancia, me dirijo a Lucas—. ¿Puedes caminar?

Mueve los brazos y forcejea con las cuerdas hasta que consigue desatarse las manos, después, se quita la sudadera y la utiliza para vendar su pierna herida. Se pone de pie y me mira a los ojos. Sé lo que está pensando, pero nunca sería capaz de dejarlo atrás.

—Puedo.

—Bien, ahora vete.

—Vega, no podemos dejar que se marche. No es un inocente, está vinculado a la muerte de mi hermano.

—Pero no es a él a quien buscas en realidad.

Liam entrecierra los ojos, Alex se retuerce bajo mi agarre y yo presiono la hoja del cuchillo con más fuerza. Mi prioridad es que Lucas consiga salir de este almacén porque estoy segura de que no tendrá ninguna posibilidad de sobrevivir si se queda. ¿Yo…? Tal vez, solo tal vez.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

Liam me mira como si no hubiese nadie más en la habitación y como si acabase de descubrir todos mis secretos. Un escalofrío me recorre la espalda cuando me doy cuenta de que todo podría terminar en este instante. Entonces, para mi sorpresa, levanta su pistola y apunta a la cabeza de Lucas.

—¡No dejaré que se marche con vida! Baja el cuchillo, Vega.

—Debí haberlo imaginado… —La voz de Alex es apenas un murmullo bajo mi agarre—. Todo este tiempo has estado ocultándonos cosas, ¿verdad, abejita? No solo que no estuviste en el maldito ejército. Hay más, hay mucho más.

—Alex. —El tono de Liam baila entre la pregunta y la advertencia, pero cuando el aludido responde, soy plenamente consciente de que mi tiempo se ha esfumado.

—Alex no, primo, pregúntale a ella, es quien guarda las sorpresas esta noche.

—Juro que os conseguiré lo que estáis buscando si lo dejáis ir —me adelanto—. Lo juro por mi vida.

—Vega. Aparta el cuchillo. —La voz de Liam gana en rotundidad mientras yo pierdo la confianza y decido cómo jugar la última carta que me queda.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Deja que él se vaya. Deja que todos se vayan y te daré lo que has venido a buscar.

El silencio nos envuelve. El cuerpo de Alex sigue tenso contra el mío y me pregunto si ya ha descubierto hasta qué punto soy un fraude.

—Vete ya. Iros todos de una vez, ¿me habéis oído? —grito, llenando con mi voz toda la nave con la esperanza de que el resto de mi equipo pueda oírme.

Responden uno a uno con un silbido, para hacerme saber que han escuchado mi orden y que están obedeciéndola. Todos menos Lucas, cuyos ojos me atraviesan, dejándome claro cuánto odia lo que estoy haciendo.

—Ya he dicho que él no se mueve —sisea Liam, quien continúa apuntándole con el arma.

Tal vez esté leyendo en mis ojos que seré incapaz de matar a Alex, que seré incapaz de hacerle daño, al menos no un daño físico. Quizá se está planteando hasta qué punto soy la persona que cree o si todo en mí forma parte de un disfraz. No puedo culparle.

Estoy barajando mis opciones cuando Alex consigue distraerme, me agarra el brazo con las dos manos y, en un movimiento rápido, se escapa de la jaula en la que lo tenía apresado y se aleja un paso. Entonces yo levanto mi pistola y apunto directo a la cabeza de Liam mientras este sigue encañonando a Lucas.

—Vega, ¿qué coño estás haciendo? —me pregunta el único hombre que me ha hecho sentir amada.

—Creo que ya lo sabes.

Sus ojos se vuelven negros cuando, en su lucha interna, la oscuridad vence a la luz y mis secretos quedan expuestos para que haga con ellos lo que quiera.

Él lo sabe. Ahora conoce mi verdad, aunque le gustaría que fuera otra.

—Dímelo tú.

—Su libertad por la de la persona a la que llevas años buscando. Su vida por la de Sombra. —Me mantengo erguida, tratando de no perder el orgullo, es lo único que me queda.

Sin dejar de apuntarle con el arma, lo miro a los ojos y no reconozco ninguna de las emociones que reflejan. Lo he perdido, sé que lo he hecho y que el hombre que veo ahora no tiene nada que ver con el que conocí y que ha permanecido a mi lado durante los últimos meses. Frente a mí tengo a la bestia que hace apenas unos minutos ha matado a uno de sus hombres a sangre fría, tengo a la persona que lleva años buscando vengar la muerte de su hermano, tengo al traficante, al mafioso, al asesino.

El silencio se cuela entre nosotros y pasea por los rincones del viejo almacén. No me atrevo a respirar por si el sonido desencadena una reacción no deseada.

—Que así sea. Dejad que se vaya.

No miro en dirección a Alex, pero sé que debe de estar conteniéndose para no discutir la orden que acaba de recibir. No lo hace. En su lugar, se mantiene en silencio y su figura me parece cada vez más grande y amenazante.

—Lucas, vete de una vez —siseo sin quitar los ojos de Liam.

—No me iré sin ti.

La mirada de Liam se endurece todavía más y su voz suena atronadora, reverberando en las paredes de la nave y logrando que me estremezca por dentro.

—¡O te vas de una puta vez o te meto un tiro en la cabeza!

Los ojos de mi amigo gritan que no está de acuerdo con mi sacrificio mientras se llenan de preocupación, rabia, miedo, impotencia, aunque no le queda otra que resignarse y obedecer. Soy

su amiga, pero también soy su líder y eso es algo que siempre respetará.

Solo cuando su cuerpo ha desaparecido por la puerta, soy capaz de respirar con normalidad y pensar en lo que me espera.

El silencio nos engulle durante unos segundos más mientras la mirada de Liam me destruye poco a poco. Percibo el odio brillar en sus orbes grises y me mata saber que no puedo combatirlo. Lo merezco, merezco cada gota de resentimiento y desprecio. Le mentí desde el principio y seguí haciéndolo aun cuando supe que había comenzado a albergar sentimientos por él, seguí haciéndolo tras meterme en su cama y después de que le gritase a sus hombres que yo era su mujer.

Lo observo detenidamente y soy consciente de que el hombre que tengo delante es nuevo para mí, un completo desconocido. Alguien lleno de rencor y con una sed de venganza que ha ido alimentando durante años y que ahora comienza a verter sobre mí.

Sé que es el momento, pero me cuesta reunir el valor necesario para enfrentarme a él, así como a mi destino. A duras penas lo consigo. Bajo el arma despacio y la dejo caer al suelo, provocando un ruido sordo. Me deshago también de la que llevo sujeta a la cintura del pantalón y, por último, suelto el cuchillo con el que he amenazado la vida de su hombre de mayor confianza, de su primo.

No dejo de mirarle a los ojos en ningún momento.

Y, finalmente, lo hago.

Tomo aire, como si fuese mi último aliento, y me convierto en mi propio verdugo.

—Aquí me tienes. Yo soy Sombra.

38

LIAM

Alex entra en mi despacho cuando estoy sirviéndome una segunda copa de whisky y se queda plantado frente a mí. Que guarde las distancias y haya decidido no sentarse es señal de que algo no va bien, como también lo es el gesto impasible que trae grabado en el rostro. No quiero enfrentar esto y menos ahora.

—Me alegra ver que son las nueve de la mañana y todavía no te has emborrachado. Espero que dure, tenemos que hablar.

Me levanto y golpeo con el puño la mesa de madera maciza, haciendo temblar el vaso que acabo de llenar.

—¿Acaso me estás juzgando? —gruño—. No, perdona, ¿te estás atreviendo a decirme lo que puedo o no puedo hacer? ¿Quién coño te crees que eres? Porque hasta donde sé, yo soy el puto líder de esta Hermandad, yo la construí de las cenizas de mierda que me dejó en herencia mi queridísimo padre y yo me encargo de tomar cada jodida decisión aquí.

No puedo creer que se haya atrevido a hablarme como lo ha hecho, joder.

—Soy tu familia —afirma sin moverse del sitio— y también quien ha estado a tu lado mientras colocabas cada ladrillo de esta

organización. Liam, solo… me preocupas. —Sus hombros caen y vuelvo a sentarme, hastiado con la situación—. Te he dejado unos días de duelo, entiendo que lo que ha pasado puede joderle la cabeza a cualquiera, pero la Hermandad te necesita de vuelta, yo te necesito de vuelta. Hay cosas que no puedo retrasar por más tiempo, hay decisiones que no puedo tomar por ti. Han pasado tres días y ni siquiera has tomado una determinación sobre ella.

Me jode que tenga razón porque lo único que me apetece hacer en este momento es emborracharme y compadecerme de mí mismo.

Patético.

—OK —respondo sin más.

—No te estoy pidiendo que pases página ni que te olvides de todo lo que ha sucedido, solo que salgas de esa espiral de autodestrucción y… ¿Has dicho «OK»?

—Eso es exactamente lo que he dicho.

A ver, no soy estúpido. Llevo tres días bebiendo más de lo que debería, me pasé las primeras cuarenta y ocho horas borracho como una cuba, arriesgándome a que el puto Feng o cualquier otro de mis enemigos aprovechara la ocasión para atacarnos, pero ya basta. Alex tiene razón, mis hombres dependen de mí, la Hermandad depende de mí y se merecen mucho más de lo que les estoy dando. He actuado como un completo imbécil que se ha dejado manipular por la primera mujer por la que ha sentido algo que creía real, una mujer que solo es digna de mi odio, una mujer a la que debería haber destruido hace años.

La imagen de la última vez que la vi vuelve a mi cabeza. Iba vestida con unos vaqueros y un suéter negros, tal como la dejé en mi habitación antes de salir de casa. La encerré para protegerla y

por eso me sorprendió verla llegar al almacén, con el pelo estirado en una coleta alta, su chaqueta de cuero roja y caminando segura hacia nosotros. Noté la conmoción en sus ojos cuando descubrió al tío ensangrentado al que mis hombres trataban de sacar información, pero no fui capaz de detectar el reconocimiento en ellos. ¿Tan ciego estuve? Se supone que soy bueno observando y captando las emociones de la gente, pero esa mujer ha conseguido manipularme hasta el punto de no poder leer en ella. He sido un completo gilipollas en sus manos y lo peor de todo es que he perdido el respeto y la credibilidad de mis hombres. Debería bajar ahora mismo al sótano y arrancarle la piel a tiras hasta que no quedase nada de ella, debería torturarla hasta que me suplicase que la matara, pero no puedo. Sé que no puedo.

Se escuchan unos golpes en la puerta y doy paso a Mía, que entra como si fuese la dueña del lugar. Lleva puestos unos pantalones verdes ajustados y un suéter rojo con un pronunciado escote. La observo mientras aparta la silla frente a mi escritorio y, dándole la espalda a Alex, se sienta erguida y cruza las piernas. Es lo opuesto a Vega, una mujer exuberante que se esfuerza demasiado por sobresalir entre el resto. La miro y no entiendo cómo pudo atraerme en el pasado. Vega destaca sin proponérselo, aun cuando trata de pasar desapercibida. Siempre soy consciente cuando está cerca, como si mi cuerpo fuese capaz de reconocerla en cualquier lugar, aun sin verla.

«Joder, ¿por qué las estoy comparando?».

—Me alegra que me hayáis llamado. —Se adelanta Mía al ver que ando perdido en mis pensamientos—. Llevo aquí varios días y me voy a volver loca si sigo sin hacer nada.

—Analizar los informes de los hermanos mayores y resumir los aspectos que merecen la pena no es no hacer nada —se queja mi primo. No le gusta cuando ella se crece demasiado. Antes solían parecerme graciosos los piques entre ellos. Ahora me aburren.

—Creo que sirvo para algo más que para realizar esquemas y resúmenes, ¿sabes? —responde sin girarse a mirarlo.

—Tal vez te sobrevaloras.

—Basta ya —interrumpo, cansado de su absurda discusión—. Me alegra tanto interés por tu parte de recibir nuevos encargos porque tengo uno para ti.

—Sabes que siempre estoy dispuesta —afirma guiñándome un ojo. La ignoro, como también hago con el bufido que suelta Alex.

—Tenemos un visitante en el sótano. Quiero que te encargues.

Alex me lanza una mirada acusadora, y yo sigo ignorándolo.

—Oh, genial. ¿Quieres que… lo torture?

A mi primo se le escapa la risa y esta vez sí, Mía se gira para fulminarlo con la mirada. Es una especie de investigadora, se encarga de hacer estudios de mercado para mí, analizar datos y sacar conclusiones, y es buena en ello. Durante el último año también la he utilizado para cerrar algunos tratos; hay hombres que no negocian con mujeres por puro machismo, pero otros están más que encantados de cerrar una negociación si los argumentos contrarios llegan de los sensuales labios de una mujer como ella. Y a Mía le encanta hacer ese papel. Hace unos meses me pidió más acción, le ha picado el gusano de la adrenalina y ya no quiere esconderse entre pantallas y libros. Todavía no sé si su repentino interés tiene como segunda intención acercarse a mí, pero la verdad es que me trae sin cuidado.

—No. Aún no he decidido lo que voy a hacer con ella, pero de momento la quiero viva.

—¿Es una mujer? —pregunta sorprendida.

—Correcto y es por eso por lo que prefiero que te encargues tú y no cualquiera de mis hombres.

—Entiendo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Lo pienso un momento. Quiero que sufra, que se arrepienta de haberle puesto una mano encima a mi hermano y del día en que se le ocurrió que era buena idea colarse en mi organización. Quiero que confiese cada parte del puto plan que la llevó a hacer lo que hizo y quiero ver cómo se rompe en pedazos.

Cojo el vaso que tengo en las manos y me lo bebo de un trago. Después, vuelvo a llenarlo.

Debería dar la orden para que la torturase y, sin embargo…, no puedo. Joder, no puedo hacerlo.

—Solo vigílala.

—¿Eso es todo? —Mía casi parece decepcionada.

—La verdad es que no me importa lo que hagas con ella. Puedes intentar sacarle información —sus ojos brillan de emoción—, pero no la toques.

Asiente con una solemnidad que rara vez muestra.

—Te mantendré informado.

—Bien, puedes irte.

Se moja los labios como la seductora que es, lo lleva en la maldita sangre. Hace unos meses hubiese echado a mi primo del despacho para follármela sobre la mesa, pero no hoy. Hoy no me provoca absolutamente nada.

—¿Seguro que no puedo hacer algo más por ti, jefe?

—Márchate.

En cuanto cierra la puerta a su espalda, noto los ojos interrogantes de Alex sobre mí.

—¿De verdad acabas de pedirle a Mía que la vigile?

—¿Prefieres hacerlo tú? Creí que te estabas quejando de tener demasiado trabajo mientras yo me emborracho y me hundo en una… ¿Cómo has dicho? Ah, sí, en una espiral de autodestrucción.

—Eres insoportable —se queja.

—Lo sé. ¿Alguna otra obviedad?

—Creo que deberías bajar al sótano y enfrentar los hechos.

—Ya, pues ahórrate los consejos cuando no te los he pedido. Ahora, ponme al día.

Sé que quiere objetar y no lo hace por respeto.

Se acerca despacio y coloca las manos sobre el respaldo de la silla en la que antes estaba Mía sentada.

—Busqué a la friki del pelo rosa como me pediste, pero lleva días sin aparecer por casa. Según su vecina, se ha marchado unas semanas a Corea, a visitar a su familia materna.

—Qué condenada casualidad.

—Eso es justo lo que pensé. El problema es que estamos hablando de una jodida crack de la informática, así que todo está en regla: existen billetes de ida a Busan comprados a su nombre hace dos meses y utilizados la semana pasada, y también hay una grabación de una de las cámaras del aeropuerto donde aparece una chica muy parecida a ella pasando el control de seguridad. No hemos podido conseguir nada más y se ha esfumado.

—Hazte con nuestro contacto en el puesto fronterizo, necesitamos saber si realmente ha salido del país o no. Estoy seguro

de que la *pelirrosa* forma parte de esto.

—Cuenta con ello.

—¿Y Sebastián?

—Me encargué personalmente de interrogarlo.

—¿Y bien?

—No creo que tenga nada que ver —afirma sonriendo, lo conozco y sé que está recordando el interrogatorio.

—¿Estás seguro? No quiero más errores en esto.

—Si lo que estás sugiriendo es que lo torture hasta sacarle la última gota de información, sabes que no tengo problema en hacerlo.

Me paso la mano por el pelo. Joder, estoy en un puto callejón sin salida. Deseo descubrir cada cosa que haya que saber de Sombra y de su maldita organización secreta, pero no puedo actuar de forma impulsiva.

—No será necesario. Lo dejaremos estar de momento.

—¿Quieres que lo despida?

—Al contrario, prefiero que lo mantengas en nómina y que le hagas ver que no tenías otra opción que interrogarle. No te disculpes, pero insinúa que te fías de su palabra. Una vez que lo tengas, no quiero que le quites los ojos de encima. Si forma parte de Atenea, intentará algo para salvar a su líder y, cuando lo haga, estaremos preparados.

—Cuenta con ello. ¿Ahora podemos hablar del elefante en la habitación?

—No me toques los cojones. ¿Qué coño quieres?

—La chica, Vega, Sombra o como desees llamarla. ¿Vas a acabar con ella?

—Todavía no. Necesito sacarle información. Soy consciente de que tengo la venganza por la que llevo años luchando al alcance de la mano, pero no me dejaré llevar por mis emociones. Es momento de ser paciente y obtener respuestas. Necesito saber qué buscaba al infiltrarse en la Hermandad, cuál era el objetivo y cómo pensaba obtenerlo.

—¿Crees que tiene algo que ver con Feng?

—Intuyo que sí, aunque lo averiguaremos pronto.

39

VEGA

Hace horas que nadie entra y, sinceramente, creo que es mejor así. No le caigo especialmente bien a mis carceleros y no les culpo, son los mismos a los que me costó semanas convencer de que era uno más de ellos a pesar de ser la única mujer del equipo, los mismos que ahora deben de pensar que no soy más que una manipuladora que solo trataba de salirse con la suya. No me hablan, ni siquiera me dedican una mirada airada cuando abren la puerta para dejar comida en la entrada de mi celda. Ha sido así durante todo el tiempo que llevo aquí. Nadie ha venido a reclamarme nada, nadie se ha presentado para torturarme y ni siquiera me han interrogado. Simplemente me ignoran y no sé hasta qué punto eso es bueno.

En los planos de construcción de esta casa no figuraba ningún sótano, pero lo cierto es que no me extraña que haya partes ocultas, son habituales cuando los negocios que dirigen los propietarios no entran dentro del marco legal.

Cuando me encerraron en esta celda no conseguí ver más allá de ella, aunque intuyo que el sótano es más grande de lo que parece. Me mantienen a oscuras casi todo el tiempo y, a pesar de estar atrapada tras unos gruesos barrotes cerrados con candado, también

me colocaron cadenas en ambas muñecas, garantizándose así que no tendría ninguna oportunidad de escapar. Puede que Liam y Alex me hayan subestimado en el pasado, pero han dejado claro que no volverán a arriesgarse conmigo.

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, preguntándome cuánto tiempo durará esta sensación de calma, cuando percibo el sonido de la puerta al cerrarse, los pasos de alguien bajando las escaleras y después acercándose hasta la entrada de mi nuevo hogar. Mi visitante enciende una luz, y de pronto, mantener los ojos abiertos se siente doloroso.

Es fácil acostumbrarse a la penumbra. La penumbra me deja espacio para pensar, me permite escuchar mi respiración y hasta mis propios pensamientos. A la luz de los focos, todo parece más real.

—¡Eh, tú, levanta!

Desde mi lugar, en un rincón del suelo, me cuesta reaccionar a la voz de la intrusa, una voz que me resulta ligeramente familiar. Levanto la cabeza y pestañeo mientras mis pupilas siguen acostumbrándose a la claridad hasta que al fin la veo. Rubia, delgada, con un escote generoso y perfecta para salir en un anuncio de un resort de las Bahamas.

—No me jodas —suelto sin poder contenerlo.

«¿Esta no es la tía a la que Liam se follaba?».

Me maldigo por no haberla investigado, esta vez soy yo la que la ha cagado subestimando a alguien. La tomé por una niña tonta a la que Liam se habría acercado para satisfacer necesidades, o tal vez por los contactos de su papi, pero lo cierto es que no tengo ni puta idea de quién es en realidad.

La miro con fingida indiferencia mientras ella trata de ocultar su gesto de sorpresa. Me da a mí que tampoco esperaba que fuese yo quien estuviese en el sótano. ¿A qué ha venido entonces? Que yo sepa, no hay nadie más encerrado en este lugar.

—Me alegra volver a verte, Sonia. —Observa las esposas que adornan mis muñecas y se envalentona al abrir la puerta de mi celda. Una vez dentro, deja una bandeja con comida en el suelo, demasiado lejos para que yo pueda alcanzarla.

—Las dos sabemos que recuerdas mi nombre perfectamente, Mía.

—Para mí solo eres la putilla que Liam se ha follado un par de veces. Estaba segura de que le duraría poco el capricho, pero tampoco esperaba que te tratara tan mal, ¿sabes? Has debido de cabrearle mucho para que te encierre aquí y me dé carta blanca para jugar contigo. —Pone morritos como una maldita niña malcriada y se acomoda en una silla frente a mí. Sé que se siente empoderada, al fin y al cabo, yo estoy en el suelo, encadenada a la pared, mientras ella tiene en sus manos las llaves de mi libertad—. Muy mal has tenido que portarte, normalmente se deshace de las zorras de una manera mucho más sutil. ¿Te apetece contármelo? Debes de sentirte muy sola aquí abajo y dicen que se me da bien escuchar. Hasta puedo fingir que soy tu amiga.

—¡Que te jodan, perra!

—Ay, sí. Las dos sabemos lo bien que puede joder Liam a una mujer, pero ahora mismo está reunido, así que se me ha ocurrido entretenerme un rato con su antiguo juguete. ¿No es una gran idea?

—Por un momento he pensado que te subestimé la primera vez que te vi —escupo con desprecio. Las imágenes de esta mujer

tocando a Liam se amontonan en mi cabeza, impidiéndome pensar con claridad—, pero, definitivamente, veo que eres la misma marioneta inútil del primer día.

—Formo parte de su círculo más íntimo —exclama frustrada mientras se levanta de la silla.

—No te equivoques. Él mueve los hilos y tú bailas a su ritmo como la perfecta marioneta que eres.

No me espero la bofetada, pero es un daño colateral si prendiendo la mecha consigo lo que quiero, que no es otra cosa que se vaya y me deje tranquila. A poder ser, que lo haga antes de restregarme por la cara que Liam se rasca las ganas con ella, porque como vuelva a hacerlo y se acerque demasiado, no confío en mi propia reacción.

Tras echarme encima todo el odio que siente hacia mí, le da una patada a la botella de agua que hay sobre la bandeja en la que ha traído mi comida y deja que el líquido se vierta sobre el plato. Después, como golpe de efecto, aleja la bandeja de un puntapié hasta que esta queda en una esquina de mi celda, donde es obvio que no podré alcanzarla gracias a mis cadenas.

—Ups, menos mal que hoy no tenías mucha hambre. No te preocupes, me encargaré de traerte la cena yo misma. De hecho, a partir de ahora me ocuparé personalmente de todas tus comidas, así tendremos ocasión de conocernos mejor —afirma la muy cínica.

Suelto una enorme exhalación cuando escucho la puerta metálica cerrarse a su espalda.

Vuelvo a estar sola y a oscuras, y a pesar de que tengo la boca seca y moriría por unas gotas de agua, el silencio se convierte en mi

mayor aliado. Las palabras de Mía escuecen más de lo que me gusta reconocer, pero, al fin y al cabo, es lo que hay.

Visualizar a Liam con esa mujer insípida, vacía y tan diferente a mí me hace replantearme si alguna vez estuvo tan enganchado como decía, si no sería solo una forma de tenerme a su lado hasta que, como Mía ha dicho, encontrase a otro juguete más nuevo. ¿Acaso me imaginé lo que pasó entre nosotros?

40

LIAM

Amapola al fin está lista. La llamada del laboratorio se ha convertido en la buena noticia que todos necesitábamos y Alex me ha arrastrado al Darkness, una de mis discotecas en la ciudad, para celebrarlo. Hemos fijado la presentación para el próximo viernes y ese será también el día en que acabemos, de una vez por todas, con el mismísimo Feng. Sabemos que estará allí y la ubicación es una de nuestras bazas. Todavía no hemos desvelado dónde se desarrollará el evento, el misterio forma parte del juego, y tenerlo en la ignorancia será, sin duda, un as a nuestro favor.

El próximo viernes todo el caos de los últimos meses habrá llegado a su fin. Todo, excepto el que tiene que ver con la mujer que mantengo atrapada en el sótano, porque cuando lo demás ya no esté sobre la mesa, no me quedará otra que tomar una decisión sobre mi prisionera.

Pido que nos traigan otra botella de ginebra al reservado mientras simulo disfrutar de nuestro nuevo triunfo con un puñado de mis hombres de mayor confianza. Esta es la buena noticia que necesitaba para que olvidasen lo lamentable que ha sido mi comportamiento durante las últimas semanas y volviesen a confiar

en mí como su líder. He estado a punto de perder mi puto lugar y no permitiré que algo así vuelva a suceder jamás.

La Hermandad está por encima de todo.

La bebida no deja de llegar y tampoco faltan las chicas ni las drogas. Esto es una celebración, aunque mi mente se empeñe en marcharse a un espacio mucho más frío y oscuro.

Mis hombres beben y se ríen mientras yo permanezco sentado, fingiendo que todo está bien. Doy otro trago a la botella cuando veo aparecer la melena rubia de Mía en el reservado.

—Fingiré que no me molesta no haber sido invitada a esta celebración si me dejas quedarme contigo. —Tiene los brazos en jarra y los labios fruncidos en un gesto muy suyo. Lleva puesto un vestido rosa corto, muy corto, tanto que casi puedo ver el color de su tanga.

—Claro que puedes quedarte. Hoy es un día especial. Sírvete algo y disfruta.

Espero que coja una bebida y se aleje, pero sus ojos me dicen que es una mujer con un objetivo y que ese objetivo soy yo. Se sienta a mi lado, con sus piernas rozando las mías, coge la botella de ginebra de la cubitera que tenemos en la mesa y nos sirve dos copas.

—¡Por los triunfos! Estoy deseando ver esa arma de la que todavía no quieres hablarme.

—Por los triunfos —respondo sin darle lo que quiere.

Brindamos y seguimos bebiendo y charlando mientras su coqueteo se vuelve menos sutil. Cuando me pide que bailemos, estoy a punto de enviarla a casa, pero la imagen de Vega confesando quién es en realidad sin ningún tipo de remordimiento

aparece en mi cabeza y la necesidad de borrar cada puto recuerdo suyo se convierte en algo ineludible. Me levanto, agarro a Mía de las caderas y uno nuestras bocas, volcando en ella toda la rabia y frustración que llevan días comiéndome por dentro. Clavo los dedos en su carne mientras mi lengua batalla, furiosa, con la suya. Cuando me empuja para separarse de mí, no sé qué espero ver en su mirada, tal vez confusión, pero lo que llena sus ojos es el deseo más crudo.

Antes de que pueda decir nada, me sonríe y tira de mi mano para que la siga. Sé que he bebido demasiado cuando las luces estroboscópicas del club comienzan a alterarme la visión, pero eso no me detiene. Entramos en un baño privado y cierro la puerta a mi espalda. Ella se quita las bragas por debajo del vestido y me las lanza al pecho. Después se acerca, me susurra algo al oído que no entiendo y se roza contra mí mientras me aferro a su culo como si llevase meses deseando esto. Se ríe bajito y me besa despacio, demasiado despacio, en el cuello, en la mandíbula, en la boca. Le sujeto del pelo para profundizar el beso, buscando más fuerza, anhelando algo que no consigo encontrar.

Mía pega su cuerpo al mío, rozándose a la par que desabrocha mis pantalones y cuela una mano dentro. Gimo y cierro los ojos, pero al abrirlos, la imagen que tengo delante me golpea. La veo a ella, a Vega, extendida sobre mi cama mientras se toca y me pide que la ayude a liberarse; escucho su risa, sus gemidos y gruño de rabia, odiándome por no ser capaz de sacármela de la cabeza.

Me pongo un preservativo y me follo a Mía rápido y con los ojos cerrados. No soy un completo gilipollas, así que me aseguro de que termine poco antes de hacerlo yo. Escuchar mi nombre saliendo de

sus labios cuando llega al orgasmo me sienta igual que si me hubiese dado un puñetazo en el estómago. Al abrir los ojos, observo la escena en el espejo y solo siento asco. Asco de mí mismo.

Salgo de su interior tan rápido como he entrado, me acomodo la ropa y me lavo las manos actuando como si estuviera solo en este minúsculo cuarto de baño. El alcohol que he bebido se mezcla con mi sangre y, a pesar de saber que estoy medio borracho, sigue sin parecer suficiente.

Mía se acerca con cautela una vez que termina de arreglarse el vestido y trata de besarme en los labios, pero me aparto antes de que me alcance.

—Esto no volverá a repetirse —sentencio mirándola fijamente a los ojos para que no haya lugar a dudas.

—Vamos, Liam, no hay de qué preocuparse, ya sé que es algo casual. No le doy más vueltas, así que no lo hagas tú tampoco.

Salgo del baño sin responder y sin mirar atrás. Si no quiere entenderlo, allá ella, pero esto es todo lo que obtendrá de mí.

Envío un mensaje a mi primo y dejo que mis hombres me lleven a casa. Una vez allí, el silencio es ensordecedor y molesto.

Voy directo a la cocina, le digo al tío que está vigilando que se marche, abro una nueva botella de ginebra y me siento en un taburete desde donde puedo observar la puerta de la despensa que oculta el acceso al sótano.

Sé que es una mala idea bajar ahí, sobre todo por la cantidad de alcohol que llevo encima, así que me resigno y me mantengo donde estoy. Sigo bebiendo, evocando cada puta mentira que Vega me ha soltado a la cara sin siquiera pestañear.

Recuerdo la noche que fuimos a cenar en barco:

«Jamás pensé que serías un romántico».

Sus ojos entornados, sus labios pintados de rojo pidiendo que los besara…

Estampo la botella contra la pared y, unos segundos más tarde, dos de mis hombres aparecen en la cocina con las armas desenfundadas, apuntando a todas partes mientras comprueban dónde está el peligro.

—Todo va bien. Marchaos de aquí —gruño intentando sonar firme para que no noten que estoy borracho, para que no se den cuenta de lo patético que me siento esta noche.

Cuando vuelvo a quedarme solo, el silencio se hace insoportable y huyo, solo que lo hago en la dirección equivocada.

Estoy a punto de caerme por las escaleras cuando noto que el suelo sube y baja bajo mis pies, pero me las arreglo para llegar al último escalón en posición vertical.

Me digo a mí mismo que solo me quedaré un minuto. Lo suficiente para ver cómo duerme, para comprobar que todavía está viva.

—¿Qué quieres ahora? —La voz de Vega suena diferente, más débil y menos segura, pero eso no evita que me recorra un escalofrío al escucharla. Mis ojos se adaptan a la oscuridad y distingo el bulto en el suelo, dentro de la celda en la que ordené que la metieran—. No tengo ganas de jugar, estoy cansada.

«¿Jugar? ¿Qué mierda quiere decir con jugar?».

—¿Con quién crees que estás hablando? —pregunto en un tono más alto de lo que pretendía. Mis graves reverberan por las paredes del sótano.

Enciendo la luz y me llevo una mano a los ojos hasta que consigo acostumbrarme. La imagen que tengo delante no se asemeja a la que esperaba ver. Vega está sentada en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en la pared que hay detrás de ella. Viste la misma ropa de hace cinco días, la ropa que llevaba la noche del almacén. Está sucia y parece agotada.

La observo con angustia, buscando desde la distancia algún signo de violencia en su cuerpo y respiro aliviado cuando no hallo rastro aparente de hematomas. Sin embargo, sé que algo no va bien. Vega pestañea sin parar, tiene los labios agrietados y apenas puede sujetar la cabeza erguida.

—¿Estás enferma?

Creo que intenta reírse, pero de su garganta solo sale un graznido, seguido de un ataque de tos.

—Por fin… —Llena los pulmones de aire como si le costase hacerlo, pero me mantiene la mirada, con ese brillo de orgullo que siempre la acompaña—. ¿Por fin has encontrado cinco minutos de tu tiempo para cobrar tu venganza?

Me cuesta entender sus palabras, pero lo hago. Piensa que he venido a matarla y seguramente sería mi mejor decisión. Hace días que sé de su traición, hace días que debería haber vengado la muerte de mi hermano y, sin embargo, aquí estamos. Nada resultaría más fácil y a la vez más difícil que terminar de una vez por todas con el problema.

—Creo que estoy demasiado borracho para matarte esta noche.

—Entonces, vete.

La contemplo a cierta distancia. Es curioso, sigue siendo preciosa. No sé qué esperaba encontrarme, quizá creía que después de su

traición vería otra cosa en ella, una nube negra y espesa a su alrededor, pero nada ha cambiado.

—No eres tú quien da las órdenes.

Me acerco al armario en el que están las llaves y cojo la de su celda. Me cuesta más de lo normal abrir y, cuando entro con ella, su presencia me envuelve y me pregunto si ha sido buena idea. El alcohol me obliga a tambalearme y, finalmente, encuentro un hueco donde sentarme en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, en la misma postura que mantiene ella.

Me mira extrañada, aunque opta por guardar silencio. No me incomoda, nunca me molestaron los silencios entre nosotros.

Observo a mi alrededor y encuentro una bandeja inundada de agua. Está llena de comida, pero es un desastre.

Estoy intentando interpretar lo que veo cuando escucho de nuevo su voz.

—Parece que el servicio anda cada vez más torpe.

Vuelvo a mirar la bandeja y entonces me doy cuenta de lo que pasa. La comida está demasiado alejada y Vega, al hallarse encadenada, no podría alcanzarla por mucho que se estirase. Además, alguien ha volcado sobre ella la botella de agua que encuentro vacía a unos metros de mis pies. Miro de nuevo a Vega y me fijo en sus labios agrietados y en las bolsas que hay bajo sus ojos. ¿La estoy matando de hambre?

—¿Quién te trae la comida?

—Liam. —Suspira cansada—. ¿A qué has venido?

¿A qué he venido? Creo que ni yo mismo lo sé. Sé que no he venido a matarla, aunque una parte de mí desearía tener el coraje de hacerlo, de sacar mi arma en este jodido momento y terminar

con todo, de actuar como sé que debería actuar. Sin embargo, hay otra parte que quiere olvidarse de la noche del almacén, acercarse a ella y abrazarla hasta el fin de nuestros días, algo que ya jamás podré hacer y que necesito sacar de mi cabeza.

«Es la maldita asesina de mi hermano, joder».

—A por respuestas.

—¿Y has tenido que beberte todo el bar para ello?

—Créeme, he hecho cosas peores esta noche. —Si antes me arrepentía de haber tocado a Mía, ahora que tengo delante a Vega me doy cuenta de que ha sido una auténtica gilipollez intentar olvidarme de ella utilizando a otra. La huella que ha dejado será imposible de borrar.

—¿Quieres contármelo?

—Ya te lo he dicho. Estoy aquí para que tú hables. Te estoy ofreciendo una oportunidad que rara vez doy.

—Lo sé, normalmente sacas las respuestas que necesitas de otra manera, ¿no es así?

—¿Es eso un reproche? ¿En serio?

—Yo… En realidad, no quería que sonase de esa forma.

Noto el ahogo en su voz y no lo soporto más. Me levanto y subo como puedo hasta la cocina. Cuando bajo, le tiendo la botella de agua que he ido a buscar y vuelvo a sentarme en el mismo sitio de antes.

—Bebe despacio. —Me mira mal—. Sé lo que piensas, pero no es mi intención matarte de sed.

Se toma media botella a pequeños sorbos, después cierra los ojos. Creo que se está quedando dormida cuando la oigo hablar. Su

voz es apenas un murmullo, así que tengo que concentrarme para escucharla.

—Casi todo lo que te he contado durante este tiempo es cierto. Mis padres murieron en un accidente de coche en el que también viajábamos mi hermana y yo. Isabel tenía una función de ballet esa mañana y estaba un poco nerviosa. Jugábamos en el asiento trasero cuando todo empezó a dar vueltas. Mis padres no reaccionaban y las piernas de mi hermana habían quedado atrapadas bajo el asiento delantero, así que me pidió que saliese a buscar ayuda. —Mantiene los ojos cerrados, pero la veo tragar con fuerza—. El coche voló por los aires poco después y, al ingresar en el centro de menores, me dijeron que los tres habían muerto y que tratarían de buscarme una nueva familia. Eso nunca pasó. Estuve allí hasta que cumplí los quince. Digamos que me había vuelto un poco conflictiva y, quitando a la abuela Amparo, nadie daba nada por mí.

—Así que la abuela Amparo existe.

—Existe, pero te juro que, si intentas vengarte de mí a través de ella, moriré matando.

—Vaya, ¿ahora me amenazas? —Sonrío, casi divertido—. Creo que no estás en buena posición para hacerlo.

—No te atrevas a subestimarme, Liam.

—Tranquila, no volveré a cometer ese error.

Se encoge por una fracción de segundo, mostrando que mi comentario le ha dolido. Resulta extraño, pero es la primera vez desde que la conozco que puedo leerla con facilidad. Es eso o está interpretando el papel de su vida.

—A los quince años, la directora del centro me comunicó que había aparecido un hombre en Londres que afirmaba ser mi tío y

que debía ir con él. No me dieron elección, así que dije adiós al centro y a todo lo que había conocido hasta ese momento y me mudé con el único familiar real que tenía. Me había convertido en una adolescente rebelde, odiaba al mundo porque no encajaba en él… hasta que llegué a Londres.

—¿Dónde aprendiste a luchar y a utilizar las armas? —Abre los ojos y me mira confundida—. Sé que no fue en el ejército y también sé que trabajas para una organización llamada Atenea.

—No, nunca ingresé en las Fuerzas Armadas, ni en las inglesas ni en las de España. Fue en Atenea. Ellos me enseñaron a defenderme, a potenciar mis fortalezas, a buscarme la vida por mí misma y a canalizar el dolor. También me instruyeron para trabajar en equipo, creo que eso fue lo más complicado después de quince años sobreviviendo sola.

Joder, es una puta superviviente, una mujer que se ha hecho a sí misma…, pero no he bajado aquí para empatizar con ella ni para que vuelva a embaucarme con palabras bien estudiadas.

Necesito respuestas, después me iré.

—Mi hermano, ¿cómo llegaste hasta él?

—Descubrí que Isabel no había muerto en el accidente en el que fallecieron mis padres, eso ya te lo conté y también es cierto. De alguna forma, Feng se hizo con ella antes de que el coche explotara y se la llevó a uno de sus burdeles. No sé a qué edad la obligó a empezar a trabajar, pero sí sé que lo hizo. La convirtió en una de sus putas, la vendió una y otra vez hasta que murió por culpa de un…

Noto que se le quiebra la voz, como si fuese un esfuerzo enorme seguir hablando.

—Continúa —la presiono.

Traga saliva y cierra los ojos de nuevo.

—Vuelve otro día, Liam, estoy cansada. O mejor, acaba conmigo, los dos sabemos que te diga lo que te diga, terminarás matándome. No tienes otra opción después de lo que he hecho.

—He dicho que continúes.

—Está bien, pero no me culpes si no te gusta lo que vas a escuchar a partir de ahora. Hubo un hombre. Uno que se encaprichó de mi hermana y comenzó a pedir sus servicios de forma frecuente. Le compraba ropa que solo podía ponerse con él y pagaba auténticas fortunas para poder llevársela durante un fin de semana o incluso una semana entera. La última vez que apareció por el club él estaba como ido; al menos, eso afirman quienes se encontraban allí. Le dijo a mi hermana que esa noche sus amigos se encargarían de darle una lección y la obligó a entrar en una habitación con dos hombres. —Su voz se apaga y, después de un tiempo, pienso que no continuará hablando, pero lo hace, demostrándome una vez más que es más fuerte de lo que parece—. Ella jamás salió de esa habitación.

—¿Qué pasó con los hombres?

—El tipo que la había obligado a pasar la noche con ellos les pegó un tiro por extralimitarse con su juguete y después desapareció como si nada. Nunca más volvió a dejarse ver por el club.

—No sé a dónde quieres llegar con esto.

—Bueno, no hay mucho más sobre esta parte. Cuando me enteré de lo que había pasado, años después de que sucediera, juré que encontraría al tipo y le haría pagar.

—¿Lo hiciste?

—Me costó, era un hombre muy bien relacionado, tenía contactos peligrosos y siempre llevaba protección. El muy hijo de puta había tenido varios «juguetes» como Isabel, mujeres de las que se encaprichaba. Todas terminaban muertas por su culpa. Cuando lo encontré, quise matarlo con mis propias manos. Lo golpeé una y otra vez mientras él se reía diciendo que ni siquiera recordaba quién era Isabel.

—Me cuesta creer que no lo mataras en cuanto lo tuviste delante.

Vega enfoca su mirada en la mía y levanta la barbilla, mostrando un brillo en sus ojos que hace un segundo no estaba ahí.

—Encontré una cárcel en la que cumplían condena varios familiares de una de las chicas que él había violado y asesinado. Se llamaba Mercedes y tenía solo diecisiete años cuando aquel monstruo se encaprichó de ella. Dos de los hermanos de esa niña pertenecían a un cartel mexicano y estaban en prisión. Tiré de contactos, conseguí que metieran a aquella bestia en la misma cárcel y me aseguré de que supieran quién era el nuevo recluso que había ingresado en su mismo módulo. Murió como debía.

La noticia me impacta de golpe y trato de asimilar lo que acaba de contar.

—¿Estás diciendo que…?

—Estoy diciendo que tu hermano era una bestia que ni siquiera tendría que haber nacido. Era un psicópata que jugaba con mujeres en contra de su voluntad convirtiéndolas en juguetes que él mismo se encargaba de romper cuando se aburría de ellos.

Me levanto del suelo de un salto y me sujeto de la pared para estabilizarme, pero ni un mareo ni toda la ginebra que me he bebido van a frenarme.

—¡No te permito que hables así de él! ¡De hecho, no te permito que lo nombres siquiera! ¿Me has entendido?

—Lo que entiendo es que es difícil para ti ver a tu hermano como la persona que era realmente.

—¡Te he preguntado si me has entendido! —grito y, por primera vez desde que nos conocemos, siento que se estremece de miedo ante mí. Bien, así es como debe ser—. ¡Pagarás por lo que hiciste, Sombra! Te arrepentirás de haberte cruzado en mi vida. Debiste huir después de aquel día, debiste esconderte en el agujero más negro del mundo porque juré encontrarte y ahora estás en mis manos.

—Liam —suplica.

—¡Que no me hables, joder!

No soporto escucharla, no soporto que Vega y Sombra sean la misma persona.

Mató a mi hermano, se metió en mi cama y me manipuló, haciéndome creer que era otra persona.

Salgo de su celda y del sótano tambaleándome e hirviendo de rabia. Debo alejarme de ella, debo centrarme en lo importante. Alex tiene razón, mis hombres me necesitan, la Hermandad me necesita.

41

VEGA

Llevo aquí nueve días y casi he dejado de tener hambre. Casi. Desde que Mía apareció en mi celda prometiendo hacerse cargo de mis comidas y mis cenas, no ha fallado ni un mísero turno. Viene exactamente a las dos y a las siete y media de la tarde; lo sé por el reloj que hay colgado junto a la escalera y que solo alcanzo a ver cuando encienden la luz. Sus visitas se han convertido en algo rutinario. Se burla de mi aspecto, intenta humillarme y vuelca la botella de agua sobre la bandeja de comida que trae en las manos. Cada maldita vez. Podría simplemente no bajarme comida, pero le gusta hacerme mirar mientras la echa a perder.

El desayuno es lo único que me mantiene con vida: una tostada acompañada de un café solo y un vaso de agua. Me lo trae un soldado de bajo rango diferente cada mañana, ninguno con el que me haya tocado trabajar antes. Supongo que es la forma que tiene Liam de evitar que intente congraciarme con alguno de ellos.

Paso las horas sentada en el mismo lugar en el que me encontró Liam anoche. Los primeros días hacía ejercicio para matar el tiempo y mantenerme activa: yoga, estiramientos, abdominales y flexiones. Eso fue antes de la visita de Mía y la consiguiente retirada de

alimentos. Ahora las fuerzas me llegan para poco más que para arrastrarme de un lugar a otro de mi reducida celda.

Llevo todo el día pensando si Liam volverá a aparecer pronto. Tal vez envíe a su primo en su lugar, pero es raro que todavía no hayan venido a interrogarme sobre Atenea. Estoy segura de que no se contentarán conmigo. No, nos querrán a todos. Lo que no saben es que tengo una alta capacidad para soportar el dolor y que, durante años, me he preparado para lo peor. Alex deberá emplearse a fondo en mi tortura y, aun así, nunca diré nada que pueda ponerlos en peligro. ¿Llegará mi equipo antes de que uno de los primos acabe conmigo? ¿Sería capaz Liam de matarme él mismo?

Estoy cansada de dormir. No es que lo haga durante mucho rato seguido, pero permanecer las veinticuatro horas del día a oscuras, sola y sin nada que hacer me provoca cierta somnolencia y acabo dormitando la mitad del tiempo. Estoy mirando un punto fijo de la pared cuando escucho el sonido de la puerta al abrirse y algo en mi interior me grita que es él.

Baja las escaleras despacio, sus pasos son pesados y contundentes. Cuando enciende la luz, ambos nos llevamos una mano a la cara.

Su aspecto no tiene nada que ver con el de anoche. Hoy luce impecable. Ha cambiado el traje arrugado por un pantalón cargo y una sudadera verde oscuro con capucha y cremallera. La camiseta que lleva debajo es blanca, al igual que las zapatillas. Parte del pelo le cae desordenado a un lado de la frente y puedo notar cómo le ha crecido la barba en los últimos días. Está guapo y sexy, jodidamente sexy.

No es hasta que entra en mi celda que me doy cuenta de que lleva una bolsa de papel marrón en la mano.

—Es hora de que aclaremos algunas cosas.

—Creo recordar que ayer no salió demasiado bien. —La frase que escapa de mis labios suena demasiado mordaz y me arrepiento en cuanto lo veo tensar la mandíbula—. Siento el tono, permanecer encerrada en este lugar está acabando con mis habilidades sociales.

En lugar de responder, se sienta en el mismo sitio de anoche. Flexiona una pierna y apoya un brazo en ella mientras que, con la otra mano, rebusca en la bolsa y saca una botella de agua.

Le da un sorbo y me mira, después se gira para observar el rincón donde luce abandonada mi cena encharcada y frunce el ceño.

—¿Nadie se ha llevado esa mierda todavía?

—Creí que aquí las órdenes las dabas tú. Tendrás que hacer memoria para recordar lo que has pedido y lo que no al servicio.

Si le sorprende mi respuesta, no dice nada. En su lugar, saca una hamburguesa de la bolsa y comienza a desenvolverla mientras yo lo miro embelesada. El olor inunda cada rincón del sótano y empiezo a salivar sin poder quitarle los ojos de encima a su comida.

—¿Quieres una? —Saca otra hamburguesa de la bolsa y me la tira. Cuando la alcanzo, dudo por un momento si es buena idea comer algo que viene de él—. Si hubiese decidido que es tu hora de morir, te aseguro que no te mataría con una hamburguesa. Te mereces más que eso.

Da otro bocado a su comida y yo me lanzo a por la mía, ignorando su amenaza. Lleva kétchup, queso y huevo. Está pringosa y absolutamente deliciosa.

Termino mi comida en menos de cinco minutos y solo entonces recuerdo que no estoy sola en la habitación. Liam me observa enfadado y sé que mi tiempo de gracia ha llegado a su fin.

—Antes de responder a tus preguntas, ¿puedo pedirte algo? —Levanta las cejas sorprendido, ambos sabemos que no estoy en posición de exigir nada, así que me adelanto a su negativa—. No podrás compartir también la botella de agua, ¿verdad?

Parece confundido cuando saca de la bolsa una segunda botella de medio litro y me la pasa rodando sin decir nada. Me bebo la mitad y decido guardar el resto para mañana, aunque muero por terminármela entera. El agua alivia el escozor de mi garganta. No le echo en cara que me esté matando de hambre y de sed, tampoco entiendo a qué viene que ahora se presente con una cena hipercalórica. ¿Acaso está tratando de volverme loca? ¿Pretende manipularme con una jodida hamburguesa?

—¿A qué se dedica Atenea?

—Cumplimos encargos.

—Una respuesta un poco escueta. Amplíala. —Él exige y ordena, es a lo que está acostumbrado, y sé que mi respuesta, la única que puedo darle, no hará que mejoren las cosas entre nosotros.

—Haz otra pregunta.

—Me parece que no has comprendido las reglas del juego. Mira a tu alrededor, *pequeña*. ¿Qué es lo que ves? —El apelativo cariñoso está dicho con tanta rabia que duele, pero no dejaré que lo note—. Puedo tenerte aquí días, semanas o incluso meses y nadie vendrá a por ti, así que entiende la situación: yo pregunto, tú me das las respuestas que necesito.

—Los dos sabemos que hay cosas de las que no hablaré bajo ninguna circunstancia. —Levanto la cabeza y le muestro que no me doblegará tan fácilmente. Puede que me sienta débil, puede que esté desesperada por ver la luz del sol y saber si todos en mi equipo consiguieron escapar; sin embargo, no manifestaré debilidad—. Puedes torturarme, puedes enviar a Alex para que lo haga, pero no hablaré sobre Atenea.

—¡Me dirás los nombres del resto de tu equipo! —ruge.

—No lo haré. Siento haberte metido en esto, Liam. Te juro que no es a ti a quien buscaba, solo me acerqué porque tenías tratos con Feng, no tuvo nada que ver con tu…

—Así que de él sí que quieres hablar —me corta de malas maneras—. Muy bien, hazlo. Cuéntame todo lo que sabes, dime por qué lo buscáis y qué mierdas queréis conseguir de él.

No me gusta su tono, la forma en que me exige como si ya no valiese nada para él; odio la situación en la que estamos, pero se lo debo. Y si existe algún punto de acercamiento entre nosotros, ese es Feng, nuestro enemigo en común. Así que recojo mis pedazos y vuelvo a abrirme a él como no lo he hecho antes con ninguna otra persona.

—Después de… lo que te conté ayer, solo me quedaba un objetivo para completar mi venganza: dar caza a la persona que secuestró a mi hermana y la obligó a convertirse en lo que nunca debió ser. Arrebatarle la vida a Feng ha sido, durante años, el centro de mi existencia. Solo vivo para ello, cada paso que doy, cada decisión, están orientados a acercarme a mi meta. No soy nada más que esto, Liam. Sin amigos ni familia, ni siquiera tengo una vida a la que volver cuando todo termine.

—¿Pretendes que te tenga lástima?

—Para nada, porque si de algo estoy segura es de que cumpliré mi objetivo.

—¿Por qué te acercaste a mí? ¿Qué sentido tenía infiltrarte en la Hermandad si al que realmente buscabas era a Feng? —pregunta pasando por alto que la promesa que acabo de hacer implica que escaparé de aquí con vida.

—Al principio pensé que él y tú teníais una relación más estrecha. —Utilizo el singular de forma intencionada, no quiero meter a mi equipo en medio, aunque sé que no es tonto y no va a tragarse que haya actuado sola en todo momento—. Poco a poco fui descubriendo que no era así.

—Por eso nos ayudasteis en el almacén cuando sus hombres nos atacaron.

—Te necesitaba vivo.

—Entiendo. —Su mirada se vuelve gélida y me doy cuenta de que ha malinterpretado mi afirmación.

—No he querido decir…

—¿Qué es lo que pretendíais escuchar a través de los micros? —me corta.

—Feng tiende a desaparecer durante meses. Esperábamos interceptar alguna conversación o llamada entre vosotros que nos ayudase a localizarlo, por eso acudimos esa última noche al almacén de Park Royal. Íbamos a por él, no a por vosotros.

No sé si me cree, no está respondiendo a ninguna de mis explicaciones.

—¿Y por qué no matarlo cuando tuviste la oportunidad? Todavía recuerdo el odio que irradiabas mientras le apuntabas a la cabeza en

aquel restaurante.

—Porque no solo se trata de mí y de mi venganza. Atenea persigue algo más grande. Queremos desmantelar su organización, evitar que siga secuestrando a mujeres para luego prostituirlas sin su consentimiento.

—¿Quién era el hombre del almacén? —presiona refiriéndose a Lucas.

Bajo la cabeza y suspiro.

—Haz otra pregunta.

—He dicho que quién era el puto hombre del almacén —repite marcando cada sílaba con rabia.

—Liam…

—¿Es tu amante? ¿Tu novio?

—¿Qué?

De repente, lo tengo encima de mí. Sus piernas aprisionan las mías contra el suelo, inmovilizando la única parte del cuerpo con la que podría defenderme. Su mano derecha me aprieta las mejillas con fuerza. Sus ojos están llenos de rabia.

—Te he hecho una maldita pregunta. ¡Responde!

—No es mi novio ni nada que se le parezca.

—Mentirosa —sisea.

—Te juro que nunca ha habido nada entre él y yo y nunca podría haberlo. ¡Es mi compañero! —grito—. Ya estaba en Atenea cuando llegué allí por primera vez. Él fue uno de mis entrenadores y me enseñó a canalizar toda la ira que sentía en algo útil. ¡Es como un hermano para mí! ¿Contento?

Sonríe de forma cínica y yo aguanto la respiración al percatarme de que le he dado justo lo que quería. He traicionado a Lucas y lo he

puesto en peligro al hacerle ver a Liam lo importante que es para mí.

—¿Ves? —Me suelta la cara y se aparta, volviendo a su sitio, donde se sienta, aparentemente más tranquilo—. No era tan difícil darme una respuesta. Solo necesitaba que me confirmaras que también forma parte de Atenea, pero por la manera en que lo defiendes, intuyo que tu amigo es importante, y seguro que te ayudó a atrapar a mi hermano, ¿no es así?

—No sabes lo que dices. Fui yo sola la que capturé a tu hermano y me encargué de buscarle el final que merecía.

—¡¡Te dije que no hablaras de él!!

—¡No puedo evitarlo! —grito en su mismo tono—. Tu hermano hizo todo lo que te conté, violó a mi hermana una y otra vez, la trató como a un juguete durante meses y, sí, puede que no estuviera en aquella habitación cuando ella murió, pero puso allí a los hombres que la mataron sabiendo el tipo de monstruos que eran. Él no es la víctima en esta historia y da igual las vueltas que quieras darle porque nunca lo será.

—¿Acaso lo eres tú? —espeta con desprecio.

—No, yo tampoco. Reconozco que no soy una buena persona, pero hay límites que nunca cruzaría. Liam, yo… lo siento, siento no haber sido sincera contigo respecto a Feng. Ojalá hubiera podido contarte más, ojalá hubiera confesado que me acerqué a ti para llegar a él. Te juro que no esperaba que me gustases, no esperaba sentirme atraída por un hombre como tú, no esperaba sentir… esto.

Lo miro a los ojos, anhelando que sea capaz de leer la verdad en ellos y, por un momento, creo ver algo de calidez en su mirada y pienso que tengo una oportunidad, una que muere poco a poco

conforme sus gestos se vuelven más duros y su expresión casi helada.

—Es divertido observar cómo todavía crees que puedes manipularme. —Se ríe sin gracia—. Una parte de mí te admira. Eres tenaz y juraste hacer todo lo que fuese necesario para conseguir tu objetivo, incluso te metiste en mi cama. Dime, Sombra, ¿a cuántos hombres te has follado para cumplir una misión? ¿Acaso vas a decirme que soy el único? Ahora mismo solo me das asco.

Sus palabras me hacen daño, pican, escuecen y presionan una herida que lleva días sangrando. Aun con todo, no me rindo, esta es mi última oportunidad, lo sé.

—No es verdad. Estás herido y lo entiendo, pero te juro que lo que ha pasado entre nosotros no formaba parte de ningún plan. Sí, debería haber hablado contigo antes, cuando las cosas comenzaron a volverse más intensas entre nosotros, sin embargo, tenía miedo, miedo a arriesgar la misión y miedo a que me rechazaras después de conocer mi pasado. Los dos sabemos que si te hubiera confesado lo que pasó con tu hermano no hubieses dudado en matarme.

—Y por ese motivo decidiste seguir jugando a las casitas conmigo. He de admitir que eres buena, porque te creí, y no es fácil engañarme.

—¡No! No me estás escuchando —grito desesperada e intento acercarme a él, pero las cadenas que llevo en las muñecas tiran de mí, dejándome demasiado lejos—. Por favor, créeme.

Se pone de pie y me mira desde arriba con desprecio.

—Deja de suplicar, no te pega.

—Tienes razón, no me pega. Soy demasiado orgullosa para suplicar y estoy acostumbrada a estar al mando, pero creo que la

situación merece la pena, creo que tú mereces la pena. Si he de suplicar para que me escuches, para que me des la oportunidad de demostrarte que no miento, entonces lo haré.

El silencio se hace largo hasta que él decide romperlo. Estoy segura de que puede ver la esperanza en mis ojos.

—Lo cierto es que yo también estaba confundido. Creí que significabas más de lo que en realidad lo haces. Me cegaron tus agallas y tu fuerza. Joder, verte enfrentar a hombres que te doblaban el tamaño me la ponía dura. Después me cegó tu coño, pero no es el único con el que puedo saciar mis necesidades. Al fin y al cabo, hay muchos como el tuyo en la calle.

Me quedo sin respiración, es como si su mano estuviese envolviendo mi tráquea.

Lo miro a los ojos y lo que veo en ellos es el más puro desprecio hacia mí, nada más. No hay cariño, no hay clemencia y, desde luego, no hay amor. Cierro los míos y admito mi derrota. Pensé que lo que sentía por mí podría ser suficiente para salvarnos, pensé que podría llegar a aceptar mi perdón, pero ahora soy consciente de que he estado navegando en un barco de papel.

El hombre que tengo delante es el jefe de la Hermandad que gobierna Londres y parte de Inglaterra, es el traficante de armas y el tipo despiadado que vi en el primer informe que me mostró mi tío antes de que todo este jaleo empezara. ¿En serio pensé que podía ser otra cosa?

—¿Vuelves a estar con Mía?

No sé por qué lo pregunto. Supongo que ya me da igual humillarme un poco más. Sonríe y sale de la celda en silencio, encerrándome con llave después. Cuando creo que ya no va a

contestar, lo hace, y te juro que hubiese preferido tragarme las malditas dudas.

—Si lo que me estás preguntando es si me la he follado, la respuesta es sí.

Las luces del sótano se apagan y con ellas desaparecen también mis esperanzas. Liam ha tomado su decisión, ha elegido el odio por encima de cualquier otra cosa. Sé que no todo fue fingido, algo en mi interior quiere creerlo, pero su venganza eclipsa lo demás y una parte de mí es capaz de entenderlo.

El desprecio que he visto en sus ojos me da una pista del destino que me espera si no consigo salir de aquí. Es solo cuestión de tiempo que se deshaga de mí. No sé si será capaz de apretar el gatillo, pero tampoco lo hubiese creído capaz de matarme de hambre y de sed y es justo lo que ha estado haciendo desde que me encerró en este lugar. Joder, se ha acostado con la maldita Mía y encima la manda a humillarme día tras día. Y duele. Duele como no creía que pudiera hacerlo. Siempre he considerado los celos como algo enfermizo y más propio de gente débil, y mírame ahora. Si pudiera soltarme de mis cadenas, agarraría a esa tipa del pelo y le estamparía la cara contra la bandeja de la cena.

Lo peor de todo es que, a pesar de las barbaridades que acaba de decirme, a pesar del desprecio en su mirada, sigo esperando que vuelva.

42

VEGA

Han pasado dos días y dos noches y Liam no ha vuelto a aparecer por mi nuevo y desolador hogar; tampoco la botella de agua que venía acompañando a su presencia y que tanta falta me hace. Tengo la garganta seca y me cuesta despegar los labios.

Por alguna razón, hoy no se ha presentado ningún soldado con mi desayuno. Estoy segura de que ya es casi media mañana, pero no quiero gastar fuerzas en arrastrarme hasta el único rincón de la celda desde el que, si me esfuerzo, puedo distinguir las agujas del reloj que hay colgado junto a las escaleras. Además, tengo demasiado frío para moverme. Estoy temblando y creo que es de fiebre.

Sigo pensando en cualquier cosa que me ayude a salir de aquí. Ayer me tragué el orgullo e intenté congraciarme con Mía para conseguir una manta y un poco de agua, pero esa arpía se lo pasa en grande buscando distintas formas de humillarme, así que no resultó. Tampoco es que tuviera muchas esperanzas.

Hoy había ideado un nuevo plan. Pensaba hacerme la muerta para que el soldado que me trajese el desayuno se acercase lo suficiente como para abalanzarme sobre él y quitarle las llaves de la

celda, que espero que sirvan también para abrir mis esposas, pero al no venir nadie, mi plan ha quedado frustrado, así que tendré que ponerlo en marcha con Mía cuando me traiga la comida.

Escucho el sonido de la cerradura y dejo caer la cabeza sobre mis rodillas. «Joder, si no paro de tiritar, mi plan se va a ir a la mierda antes de haber empezado».

Escucho sus pasos al bajar la escalera y noto la claridad cuando enciende la luz.

—¡Santa puta!

—¿Sebas? —Alzo la cabeza y veo a mi compañero agarrado a los barrotes.

—¿Qué coño te han hecho? ¿Estás bien?

—Estoy bien —confirmo acercándome todo lo que me permiten las cadenas.

—Escuché a algunos hermanos mayores quejarse de que Liam todavía no hubiese acabado contigo.

Intento levantarme, pero me cuesta horrores, así que decido quedarme en el suelo.

—Solo me está matando de hambre y de sed. ¿Cuál es el plan? —pregunto confiando en que haya venido a rescatarme.

—¿Dónde está la llave de la celda?

—En aquel armario. Segunda fila, tercera posición. Busca también algo con lo que partir la cadena. No estoy segura de que la llave sirva también para esto, sería demasiado fácil. ¿Cómo has entrado?

—Alex me ha dado a entender que se ha creído mi historia de que no tengo nada que ver contigo más allá del trabajo, pero es mentira. Me vigilan durante todo el día, incluso han puesto a un hombre bajo mi casa por las noches.

—Mierda.

Abre la puerta y se lanza a por mí, pasando mi brazo izquierdo sobre sus hombros para ayudarme a incorporarme. Después saca una botella de agua y me da de beber como si fuese un niño.

—Joder, estás ardiendo.

—Creo que tengo fiebre. Necesitamos salir de aquí antes de que alguien más venga.

Asiente y saca una cizalla de la mochila que lleva a la espalda. Lo miro asombrada y él sonríe con suficiencia.

—La idiota de Mía se jactaba de que te habían encadenado a la pared, así que quise venir preparado. Nunca me he alegrado tanto de cruzarme con esa bocazas.

—Vamos, no sé lo que tardarán en volver.

—Bueno, eso lo hemos arreglado. He tenido que encargarme del hombre que vigilaba en la cocina. Han puesto a alguien día y noche en la puerta del sótano. Si alguna vez te subestimaron, créeme que no piensan hacerlo de nuevo.

—¿Muerto?

—No, solo durmiendo un ratito. Por cierto, te he traído un par de regalos. —Saca de la mochila una pistola y un juego de tres cuchillos, bastante parecidos a los míos. Cuando los veo no puedo hacer más que sonreír.

—Tú sí que sabes qué regalarle a una chica.

Me ayuda a subir las escaleras y, al llegar arriba, da unos golpecitos en la puerta. Alguien abre del otro lado y me emociona encontrarme de frente con el enorme cuerpo de Lucas. La última vez que lo vi estaba herido y resentido conmigo por obligarlo a salvarse mientras yo me quedaba sola ante el peligro.

—Te hemos echado de menos, Sombra.

—Joder, y yo a vosotros, pero ni se te ocurra abrazarme ahora. No tengo ni idea de cómo vamos a salir de aquí sin que nos pillen.

—Por eso no te preocupes, lo tenemos controlado. —Aprieta el dispositivo en su oreja y lanza un mensaje que conozco muy bien—: Mark, ya puede empezar la fiesta.

Se oye un estruendo al otro lado de la casa y seguidamente empezamos a escuchar el alboroto de los guardias gritando y corriendo hacia allí. Antes de que nos movamos siquiera, estalla una segunda detonación.

—Esa era nuestra señal para salir. ¡Vamos!

Sebas sale primero, apuntando con su arma en todas direcciones. Yo lo hago en segundo lugar, manteniéndome en pie a duras penas, y Lucas nos cubre las espaldas. Solo necesitamos avanzar unos pasos hasta alcanzar la puerta de la cocina que da al jardín lateral de la casa, donde una camioneta negra ya nos está esperando. Casi hemos llegado cuando alguien comienza a gritar y a dispararnos desde atrás.

—Mierda, ¡Mark! —grita Sebas. La ventanilla del conductor de la camioneta desciende y por ella asoma un Mark sonriente que comienza a disparar y a dar gritos cada vez que acierta en el blanco.

Conseguimos lanzarnos a los asientos traseros y cerrar la puerta sin que nadie salga herido y Mark abandona el jardín quemando ruedas.

—Eres un puto loco, tío. ¿Cuántas veces tengo que decirte que la vida real no es parte de uno de tus videojuegos? —gruñe Sebas enfadado mientras baja la ventanilla y empieza a devolver los disparos que siguen lloviéndonos, ahora desde todas partes. Se ha

debido de correr la voz de alarma sobre mi fuga y en nada tendremos detrás a todo el maldito ejército de Liam.

—Bah, no irás a decirme que no te ha gustado mi puesta en escena. Las detonaciones han sido absolutamente perfectas, tienes que reconocerlo.

—Chicos, siento interrumpir, pero nos están alcanzando —grita Alba desde el asiento del copiloto.

Los observo a todos un momento y sonrío. Estar rodeada de ellos me hace sentir en casa.

Me bebo media botella de agua que Lucas me tiende y miro hacia atrás. Alba tiene razón, si no nos sacamos un puto as de la manga, nos alcanzarán más pronto que tarde. Veo dos coches detrás de nosotros. No, ya son tres, joder.

—Mark, necesito que te centres en conducir. ¿Dónde vamos?

—Tenemos un helicóptero esperando a once kilómetros al sur por la nacional tres. Debéis encontrar la forma de distraerlos mientras llegamos.

—Bien, el resto de la diversión nos toca a nosotros. ¿Algún arma interesante a bordo?

—Creí que nunca lo preguntarías. Mira el maletín debajo de tu asiento. Nos dará para deshacernos de uno o dos coches.

Lo saco mientras él sigue conduciendo como un loco y Lucas y Sebas devuelven los disparos cuando alguno de los coches se acerca demasiado. Dentro del maletín hay un artefacto con un detonador. No sé la potencia que esto tendrá, sin embargo, deberá bastar.

Avanzamos con los hombres de Liam pisándonos los talones. Disparamos nuestras armas, pero a la velocidad que vamos es casi imposible acertar un blanco.

Mark derrapa a unos metros de distancia del helicóptero, que está esperando con las hélices ya en funcionamiento. La camioneta queda en paralelo, protegiendo nuestra huida mientras corremos, yo ayudada por Lucas.

He dejado el explosivo dentro y acciono el detonador justo en el momento en que saltamos sobre el helicóptero y este comienza a elevarse.

La onda expansiva nos alcanza y estamos a punto de chocar contra el suelo cuando el piloto consigue enderezar el aparato y comenzamos a ascender de nuevo.

La camioneta en la que hemos llegado ha estallado formando una nube de fuego y humo negro a su alrededor, impidiendo la visión y el paso a los hombres de la Hermandad que nos seguían.

—Joder, Sombra, un poco más y nos fríes vivos —exclama Mark entre carcajadas—. ¡Ha sido brutal!

No respondo al momento, ni siquiera puedo respirar con normalidad hasta que nos encontramos a suficiente altura como para tener la certeza de que no nos alcanzarán. Es entonces cuando lo veo. Liam ha llegado en uno de sus deportivos junto a Alex y ambos se bajan del coche mirando en nuestra dirección. Va vestido con un traje oscuro de tres piezas, como si acabase de salir de una reunión o de un anuncio de ropa cara. No lo escucho, aunque siento su grito en mis entrañas. Entonces, para mi sorpresa, la puerta de atrás del coche se abre y tras ella aparece Mía. No sé si es mi imaginación o forma parte de los delirios que me provoca la fiebre, pero esa mujer me observa con una sonrisa deslumbrante y un aire de confianza que no le había visto hasta ahora, pone la mano en el hombro de

Liam y se acerca mientras él mira en mi dirección con los puños cerrados y una promesa oscura en la mirada.

Tengo que olvidarme de él. Le he explicado mi versión de la historia, me he tragado el orgullo y he suplicado perdón, pero no ha servido de nada. Liam ha decidido no creerme.

Esto se acaba aquí. Cumpliré la promesa que me hice a mí misma. Llevaré mi venganza hasta el final. Acabaré con Feng y destruiré su organización, aunque tenga que morir para conseguirlo.

43

LIAM

Estoy terminando de ajustarme la corbata cuando llaman a la puerta de mi habitación. Sé que es mi primo, nadie más se atreve a molestarme desde hace días y lo prefiero así.

—Ha llegado el momento. ¿Cómo te sientes?

—De putísima madre. Cargarme a unos cuantos chinos me sentó de maravilla.

—No tendríamos que haberlo hecho justo un día antes de la presentación. Eres consciente de que el plan de Feng será conseguir Amapola y después vengarse de tu fiestecita de anoche, ¿verdad?

—¡No me importa una mierda! Los hombres de Matteo están preparados para atacar y los nuestros también. No sabrá de dónde le vienen los golpes. Además, me consta que está teniendo más problemas aparte de los que nosotros le causamos.

Me acerco a la cómoda y me coloco los gemelos que he elegido para hoy.

—¿A qué te refieres?

—He oído que los cinco clubs que tenía entre Manchester y Liverpool han sido intervenidos por la policía.

—¡No me jodas!

—Han detenido a siete personas, pero no creo que los abogados de Feng tarden mucho en sacarlos del calabozo.

—¿Piensas que ha sido…?

—No lo creo, lo sé. Sombra juró que acabaría con él y con su organización. Apuesto a que esto es solo el principio.

—¿Sigues convencido de que estará allí esta noche?

—Con toda certeza. Asegúrate de que todos se ciñen al plan, nadie se mueve hasta que yo dé la orden. Dejaremos que Sombra y su equipo hagan el trabajo y, una vez que tengan a Feng, los cogeremos a todos.

—¿Te atreverás a matarla esta vez?

Me giro para encararlo.

—¿Acaso me estás cuestionando?

—Solo me pregunto si serás capaz de hacerlo. Nunca he mezclado sentimientos con placer, pero terminar con la vida de quien hace apenas unos días considerabas tu mujer no debe de ser fácil.

—Métete en tus putos asuntos. Ella es cosa mía.

—Solo digo que, si quieres, yo podría hacerlo por ti. No es necesario que tú…

—¡He dicho que ella es cosa mía! —rujo acercándome a él—. ¿Ha quedado claro?

Sé que tiene mucho más que decir, pero me conoce y sabe que no es el momento.

—Cristalino.

Le doy la espalda, debatiéndome en si compartir o no mis dudas con él. Es mi primo, el mismo que ha permanecido a mi lado desde que comencé a construir la Hermandad y la única persona en la que puedo confiar del todo.

—He investigado su versión de los hechos —afirmo bajando la voz mientras me pongo la chaqueta del traje y paso mis manos sobre ella para que no quede ninguna arruga.

—¿Su versión? —pregunta con cautela esta vez.

—Lo que dijo es cierto. Dylan frecuentaba varios clubs de Feng y en cada uno tenía una chica favorita, la hermana de Sombra era solo una de ellas.

—Sabes que eso no significa nada.

—Todas acabaron muertas o desaparecidas y todas necesitaban varios días de reposo cada vez que mi hermano las visitaba. ¿Cómo pude no darme cuenta de lo que hacía?

—No te correspondía vigilarlo, Liam. Os llevabais solo un año y él era tan capaz como tú o como yo de tomar sus propias decisiones.

—Joder, ¿tan poco lo conocía?

—Si sirve de algo —dice colocando una mano sobre mi hombro y mirándome a los ojos—, siempre pensé que era un cabrón, pero no lo creí capaz de maltratar a una mujer y mucho menos de matarla a sangre fría. ¿Cómo has conseguido la información tan rápido?

—Llamé a Walls. Algo me decía que Vega no estaba mintiendo, pero no podía fiarme de mi instinto, no con ella. —Muestra una medio sonrisa y me tenso, apartándome hasta que su mano cae entre los dos—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Solo que vuelvas a llamarla por su nombre.

—No me jodas, Alex, y vete a hacer tu puto trabajo.

Sale de mi habitación silbando como si estuviese feliz y relajado, como si no nos esperase una de las noches más importantes de nuestras vidas.

Recojo el abrigo que he dejado sobre la cama, me lo coloco con cuidado de no arrugarme el traje y me miro en el espejo. La mayor parte de lo que pasará esta noche está calculado al milímetro. Hemos estudiado todas las posibles opciones y tenemos un plan de acción para cada una de ellas. No dejaremos que se nos adelanten esta vez y, por supuesto, no volveremos a subestimar a nadie.

Salgo con la cabeza alta y bajo las escaleras que llevan al vestíbulo de mi casa con paso firme y la espalda erguida.

—¿Está todo listo? —pregunto a Alex mientras cojo el reloj de la mesa de la entrada y me lo coloco.

—Todo listo, jefe. Siete de nuestros hombres están preparados en los coches y doce más en sus puestos asignados dentro del edificio, esperando nuestra llegada.

—¿Los hombres de Pietro?

—En el lugar acordado. También los francos que envió Matteo como regalo…

—… de compromiso —afirmo con una burla divertida—. Vamos, puedes decirlo, Alex. Nos ha enviado algunos de sus mejores hombres como regalo por tu compromiso con la bella Antonella.

—Todavía no sé cómo acepté esa gilipollez. —Pone los ojos en blanco y lo freno, colocando la mano sobre su hombro.

—Lo hiciste para poder coger al hijo de puta que creyó que podría destruirnos, no lo olvides, porque yo no lo haré nunca.

Subimos al tercer coche de la fila de SUV negros que hay frente a la entrada de casa y emprendemos la marcha en un silencio casi solemne.

Llegamos a The Brewery cuarenta minutos después. No es un local que hubiese elegido para hacer negocios, al menos, no para

gestionar la parte ilegal de ellos, y esa es una de las razones de que estemos aquí. La ubicación de la presentación ha sido un secreto hasta hace dos horas. Los invitados sabían que sería cerca de Londres, pero apuesto a que todos pensaban en un lugar alejado de la ciudad, donde poder pasar desapercibidos. Si alguien no está contento con el sitio elegido, no es que lo sienta. Amapola es mía y lo que ninguno de ellos sabe es que lo seguirá siendo después de esta noche. Todos tienen la esperanza de poder marcharse a casa con un contrato para disponer de un arma revolucionaria, una que les hará ganar mucho dinero. Lo que ninguno de ellos sabe es que esos contratos vienen ligados a una dependencia de por vida con la Hermandad y, por ende, conmigo.

Los ingenieros han sido más eficientes de lo que pensaba y no han diseñado un arma, sino dos, pero que no valen ni una libra sin la munición que solo mis chicos son capaces de fabricar.

Entramos al edificio y mis hombres nos acompañan hasta la sala en la que realizaremos la presentación. Hemos alquilado todo el edificio por cuestiones de seguridad, pero Alex y yo escogimos uno de los espacios medianos y más formales para nuestro evento.

Cuando llegamos, el murmullo de voces mengua ligeramente. Caminamos hasta la barra que mandé ubicar en un lateral y uno de mis hombres me alcanza una botella de agua cerrada. Solo después de haber saciado la sed, me permito echar un vistazo a mi alrededor. He invitado a once de mis mejores y más fiables clientes y, obviamente, también a Feng.

Antonio Gómez, uno de mis socios más antiguos, es el primero en acercarse a saludar. Ha traído consigo a dos guardaespaldas y a su mujer. Hablamos durante unos minutos. Intenta sonsacarme

información sobre Amapola y me excuso diciéndole que no sería justo para el resto que él tuviera detalles en exclusiva.

—Sé que no eres un hombre paciente, pero enseguida se desvelará el misterio y podrás pujar por ella en las mismas condiciones que el resto.

Alex se acerca y me habla al oído.

—Feng acaba de entrar en la sala. Lo acompañan dos de sus hombres y una mujer joven. El que está a su derecha es Tao.

—¿Dónde se había metido?

—En el baño.

Lo miro con suspicacia. Ninguno de los dos somos tan tontos como para creer que lo del baño no ha sido más que una excusa para ocultar algo más. Sin embargo, no estoy preocupado. Todo el edificio está controlado por mis hombres, tanto por dentro como por fuera. Cualquier cosa que tenga planeada, la detendremos antes de que lo intente.

—¿Sombra?

—Todavía no hay rastro de ella. ¿Y si no aparece?

—¿Sigues dudando? Vendrá. Ella y su equipo no pasarán por alto la oportunidad de atrapar a Feng.

Alex hace de maestro de ceremonias esta noche. Su humor negro y ese toque sarcástico y algo sádico que lo caracteriza son el acompañamiento perfecto para nuestro público. La mayoría de los asistentes le ríe las gracias, pero algunos comienzan a impacientarse cuando al fin da paso a nuestro jefe de laboratorio.

Aprovecho el momento para localizar a Feng, que ha decidido sentarse junto a sus acompañantes en las sillas más cercanas a la puerta. ¿Casualidad? No lo creo.

La voz de Archie suena distorsionada y su imagen aparece pixelada tras la pantalla gigante que enviamos colocar sobre la tarima. Alex se hace a un lado después de cederle la palabra, y nuestro brillante ingeniero realiza una breve pero necesaria explicación técnica. Después, da paso a unas grabaciones realizadas durante las últimas pruebas donde se puede ver todo el potencial de Amapola.

Las caras de mis invitados no muestran gesto alguno de sorpresa; sin embargo, si alguien es capaz de ver detrás de sus máscaras, ese soy yo. Pongo todos mis sentidos en captar esos pequeños detalles que me dicen que están más interesados de lo que quieren aparentar, como la forma en la que Antonio ha desviado la mirada hacia su mano derecha durante una milésima de segundo, los dedos de la mano derecha de Díaz tambaleando sobre su rodilla o el gesto de Volkov al frotarse la oreja. Todos ellos, en mayor o menor medida, ya se han encaprichado de Amapola.

Cuando la grabación de Archie termina y la pantalla se queda en negro, Alex vuelve al centro de la tarima con dos maletines, uno en cada mano. Los coloca sobre una mesa de cristal que uno de mis hombres ha dispuesto en el centro y los abre frente a todos, mostrando al público los dos prototipos de arma semiautomática que hemos traído esta noche: una nueve milímetros bastante ligera y otra algo más grande y pesada, pero con capacidad para albergar diecisiete balas.

Alex saca las armas y las muestra al público como si fueran un tesoro y, poco a poco, el murmullo de voces comienza a extenderse por todo el salón.

—Este es el momento de las preguntas, señores. No sean tímidos, digan lo que quieran en voz alta, estamos entre amigos —exclama mi primo sin dejar de lado ese tono burlón que enerva a algunos de los presentes.

Ian Volkov es el primero en intervenir.

—¿Solo los que hemos asistido aquí hoy tendremos acceso a ellas?

—Correcto —responde Alex—. La idea es ofreceros un producto especial y semiexclusivo.

—¿Y qué pasará con esa semiexclusividad cuando alguno de los presentes decida revender las armas a cualquiera? —interviene uno de mis mejores compradores en Irlanda.

—Vamos, hombre, tengamos un poco de confianza los unos en los otros —pide mi primo con una sonrisa torcida.

—¡Y una mierda! Yo no me fío ni de mi puta sombra.

—Bueno, confieso que yo tampoco confío al cien por cien en ninguno de vosotros, pero creo que revender no beneficiaría a nadie, además de que mi primo estaría profundamente decepcionado si se enterase de algo así y no querremos decepcionar a quien después ha de proveernos, ¿verdad? —El muy cabrón hace una pausa para crear mayor suspense. El brillo en sus ojos muestra lo bien que se lo está pasando con todo esto—. Creo que es hora de que os presente al verdadero protagonista de esta noche, el corazón de Amapola.

Las caras de los presentes van desde la confusión al mosqueo cuando Alex mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca una bala de color naranja metalizado. La sostiene entre los dedos índice y pulgar y la muestra despacio para que todo el público pueda verla.

Observo a Feng de reojo y, a pesar de que los músculos de su cara parecen ser de piedra, detecto un atisbo de interés. El muy jodido se ha enamorado de Amapola, tal como sabía que pasaría.

—Señores, señoras y señoritas, les presento la verdadera revolución. Las dos armas que acaban de ver no son más que el vehículo que hace brillar a nuestra preciosa e innovadora Amapola. —Sonríe abiertamente—. Sí, es lo que estáis pensando. La verdadera Amapola no es el arma, sino la munición. Obviamente, una munición que no encaja con ninguna otra pistola en el mundo, salvo las que han sido creadas por nuestros expertos específicamente para ella. Estaréis de acuerdo conmigo en que nuestra preciosa flor merecía esto y mucho más.

El murmullo se eleva en la sala. Antonio se levanta ofendido y se dirige directamente a mí, que estoy apoyado en la barra como un mero espectador más de este show.

—Liam, esto es una tomadura de pelo. ¿Pretendes que compremos tus armas y que después dependamos de ti para conseguir la munición?

Me yergo, doy un paso al frente y hablo para todos, no solo para Antonio. Entiendo el cabreo que puede sentir, esto no es lo que esperaba y mi primo se ha encargado de crispar el ambiente, pero no toleraré su conducta.

—Lo primero de todo, no permito que nadie me falte al respeto, así que os pido que penséis bien antes de dirigiros a mí. Si alguno de vosotros no está interesado en el producto que la Hermandad presenta, este es el momento de marcharse. Los negocios que tengamos vigentes seguirán en pie independientemente de la decisión que toméis sobre Amapola.

Nadie se mueve de su asiento, pero la mirada desafiante de Feng se clava en mí. Recuerdo sus amenazas, quiere a Amapola en exclusiva, sobre todo después de descubrir cuál podría ser su alcance.

—No pretendía faltarte al respeto, Liam —continúa Antonio—, pero entiende que esto es poco usual.

—Es más fácil de lo que parece. Los que estéis interesados en cerrar un contrato para los dos próximos años, os pondréis en contacto con Alex la semana que viene. Organizaremos una reunión privada en la que tendréis la oportunidad de probar el producto vosotros mismos y, si lo consideráis pertinente, pasaremos a hablar de cantidades, envíos y precios. Es todo lo que diré por hoy. Y ahora, si os apetece, en la sala de al lado hemos organizado una pequeña recepción donde podréis disfrutar de bebida, comida y la posibilidad de acercar posturas e incluso llegar a algún trato extraordinario entre vosotros.

Volkov es el primero en realizar un gesto de aprobación y se dirige hacia la puerta que comunica con el otro salón acompañado de su hermano y sus dos hombres. Otros le siguen, pero algunos permanecen escépticos, dudando si continuar con la fiesta o dar por terminada la velada. Feng se queda unos minutos entablando conversación con uno de mis invitados mientras que su mano derecha, Tao, abandona la sala con la chica que han traído con ellos. Me extraña que deje a su jefe solo con la protección de uno de los guardaespaldas, pero no seré yo quien se queje. Lo único que me tiene alterado es que Sombra todavía no haya dado señales de vida.

Alex y yo pasamos a la sala contigua, donde la gente ya está conversando mientras los camareros reparten bebidas y canapés en

sus bandejas. Las conversaciones fluyen y me pregunto si no será buena idea organizar más reuniones como esta, solo para crear sinergias entre mis socios.

—Feng está demasiado tranquilo. Trama algo —me advierte mi primo, leyéndome el pensamiento.

—Quizá solo trata de ponernos nerviosos, hacer lo contrario a lo que esperamos.

—Y lo que esperábamos era que entrara en cólera porque hemos ofrecido a más personas lo que él codiciaba en exclusividad.

—Correcto.

—¡Está marchándose de la sala!

—Tranquilízate, Alex. El pasillo está controlado y este edificio es un puto búnker, no saldrá de aquí si no queremos que lo haga.

—No me gusta esto. Feng no es de los que se dejan atrapar ¿Dónde coño va?

Estoy de acuerdo con Alex en esto último. Feng no es de los que se dejan encontrar a no ser que eso sea lo que él quiere. Es manipulador, esquivo y demasiado inteligente para haber caído en una trampa. Mierda, ¿y si los que hemos caído somos nosotros?

44

VEGA

—Sombra, el objetivo va hacia ti. Le acompaña uno de sus hombres. —Es la voz suave de Alba la que escucho a través del auricular en mi oreja.

Estoy en la parte oculta del techo desmontable del baño, justo encima del único cubículo que tiene la puerta abierta, ya que he cerrado el pestillo del resto, uno por uno. Todo mi peso se sujeta en una pequeña viga metálica, y cualquier movimiento que haga podría delatarme.

—¿Tao?

—No, Tao fue con la chica al baño de mujeres. Creo que ella bebió de una de las copas que tenía que ser para Feng.

Tres de los cinco camareros que sirven esta noche son soldados de Atenea y su misión no es otra que la de conseguir que una de las bebidas adulteradas llegue hasta nuestro objetivo. Hemos vertido en ellas una sustancia tóxica que no llegará a matarlo, aunque sí lo hará vomitar hasta la primera papilla. Sabemos que no suele beber nada que no sea agua, nos costó obtener esta información, pero es una de las pocas cosas personales que hemos averiguado sobre él en casi diez años de investigación.

—No te muevas, está a punto de entrar. El guardia se queda en la puerta —susurra en mi oído—. No puedo ver nada desde donde estoy, pero oigo el sonido de la puerta al abrirse y, segundos después, el agua del lavabo corriendo. Alba tiene visión a través de las cámaras que hemos colocado hace apenas unos minutos—. Está enjuagándose la cara. El muy cabrón no luce buen aspecto.

Contengo el aliento e intento no mover ni un solo músculo. Mi postura es incómoda y no veo el momento de que le entren las primeras arcadas y tenga que besar la taza del váter.

Mis deseos se cumplen segundos después, cuando oigo el inconfundible sonido de un hombre vomitando. Un instante más tarde, vuelvo a escuchar la voz de Alba a través del auricular.

—Listo, ha entrado en el cubículo que tienes justo debajo de ti. Recuerda que debes darle tiempo para que pida ayuda, si no, no sé cómo leches vamos a sacaros de ese cuarto de baño.

Con sumo cuidado, consigo elevar mi tronco y apartar la placa de escayola que sostenía parte de mi cuerpo. Después, adelanto las piernas hasta dejarlas colgando en el aire mientras mi culo apoya en la viga de hierro y mis manos tratan de soportar parte de mi peso haciendo fuerza contra las paredes laterales.

«Es ahora o nunca».

Salto sobre el hombre que se está deshaciendo en el suelo, pillándolo desprevenido. Me levanto rápido y lo encaro, preparada para luchar si es necesario.

—Mierda, creo que nos hemos pasado con la dosis.

Los ojos de Feng están inyectados en sangre mientras me observa con la confusión reflejada en sus pupilas dilatadas. Tiene

restos de vómito en la barbilla, huele a huevo podrido y tengo que luchar por contener una arcada.

Le doy un golpe en el hombro, intentando despertar alguna reacción en él, pero no funciona.

—Hola, cabrón. ¿No me esperabas?

Un atisbo de lucidez atraviesa su mirada y, de forma torpe, extrae su móvil del bolsillo y pulsa un número en marcación rápida. No sé cómo están sucediendo las cosas en su cabeza, pero la realidad es que sus movimientos parecen sacados de un vídeo a cámara lenta.

—No… *puegdesss*. Tú… —balbucea sin sentido y la espera se me hace eterna hasta que, segundos después, me llega la confirmación de Alba que estaba esperando. Esta vez habla para todos.

—Listo. La entrada se ha llenado de asiáticos. Algunos de ellos están cayendo como moscas. No estoy segura de cuántos francos tiene Liam aquí fuera, pero son más de dos. ¡Chicos, tenéis que entrar ya! He dejado una distracción en el callejón.

Dejo inconsciente a Feng de un solo golpe que ni siquiera ve venir y me asomo al cuarto de baño para comprobar que sigue vacío. Escucho el alboroto que comienza a desatarse también dentro del edificio y me coloco detrás de la puerta, por si alguien decidiese que este es un buen lugar en el que esconderse.

Lucas, Sebas y Mark ya deben de haber entrado por la ventana del callejón que hay justo sobre la tapa de la alcantarilla en la que han tenido que esconderse. Todavía puedo escuchar las quejas de Mark en mi oreja por lo mal que olía.

La puerta se abre solo un palmo, lo suficiente para que pueda ver la punta de una de las botas de Lucas asomándose desde el otro

lado. Me aparto para que pueda entrar y hago un gesto con la cabeza para señalar el cubículo en el que continúa Feng.

Dos minutos después, nos encontramos corriendo por el pasillo hacia la puerta metálica que nos separa de las antiguas escaleras que bajan al sótano del edificio. Este acceso ha permanecido bloqueado durante más de diez años, los mismos que la planta subterránea lleva cerrada.

Lucas lleva a cuestas a Feng, aunque se mueve como si no estuviera cargando más que un paquete de harina. Sebas es quien nos espera con la puerta abierta y entra detrás de nosotros cerrándola con una gruesa cadena y un candado. Sabemos que eso no detendrá a los hombres de Feng y mucho menos a los de Liam, pero al menos los retrasará un poco.

Bajamos las escaleras y Sebas saca su arma, se posiciona de cara a la puerta y apunta.

—Estoy preparado, Sombra. Es tu momento, disfrútalo.

Es en este preciso y jodido segundo en el que me doy cuenta de que lo hemos conseguido. Es muy posible que no salgamos con vida de aquí. Este ha sido el trabajo más largo de nuestra carrera juntos y probablemente se haya convertido en una misión suicida. Es por eso por lo que ayer le di la oportunidad a cada miembro de mi equipo de abandonarla. Todos se negaron. Por una parte, me alegro, significa mucho para mí que se mantengan a mi lado hasta el final, pero también tengo miedo. Miedo a que no sobrevivan.

Me giro y veo que Lucas y Mark ya han preparado a Feng para mí. Lo mantienen arrodillado, sujeto de ambos brazos y despierto. Por si no lo estuviera lo suficiente, Mark vacía el contenido de una botella de agua sobre su cabeza y después le asesta un puñetazo en

la sien. Lucas le da otro en el estómago y continúan así durante un par de minutos. Cuando me doy cuenta de que no van a parar por sí solos, me acerco hasta quedarme a dos pasos de la persona que más odio en el mundo. He soñado tantas veces con este momento que casi parece irreal.

—¡Ya basta!

Nuestro prisionero escupe en el suelo y cuando levanta la cabeza para mirarme, descubro una sonrisa en sus labios. Una puta sonrisa.

—Sé que tenéis muchas ganas de deshaceros de mí, pero tampoco hay por qué ir con prisas, ¿no? —pregunta en tono divertido y más recuperado de lo que esperaba.

—Me encantaría saber qué es lo que te hace tanta gracia solo para poder arrebatártelo también antes de acabar contigo. Me ha encantado jugar con tus clubs, ¿sabes?

Sus ojos se clavan en los míos y, en lugar de la rabia que espero encontrar en ellos, vuelvo a captar un atisbo de diversión. Sé que hay algo que se me escapa, pero me niego a mostrar cualquier tipo de vulnerabilidad ante él. En su lugar, me mantengo en mi sitio y aguanto estoica cuando comienza a reír con fuerza.

—No te pareces en nada a ella.

Así que es eso, lo sabe. Sabe que Isabel era mi hermana.

—¡Cállate!

—Todavía recuerdo lo suave que era su piel. Dime, ¿es cosa de familia? Apenas me había dado tiempo a rozarte cuando el inoportuno de Liam se metió por medio.

Antes de que pueda seguir hablando, le doy una patada en la cara, descargando parte de la frustración que me corroe por dentro.

Si no cae al suelo es porque Lucas y Mark lo mantienen agarrado de las axilas.

—¡Te he dicho que te calles! —Saco el arma y le apunto directamente a la frente—. No haré esto más largo de lo necesario. Me encantaría que sufrieras lo mismo que mi hermana, pero no tengo el tiempo ni el estómago necesarios.

—Yo me ofrezco voluntario, jefa —afirma Mark con una sonrisa ladeada—. Lo disfrutaría enormemente, de hecho.

Quito el seguro a mi pistola y cojo aire. Es el momento de terminar con todo.

—Siento aguaros la fiesta a ti y a tus matones, Reina, sin embargo, no creo que desees hacer eso. Todavía tengo algo que tú quieres. Bueno, igual aún no sabes que lo quieres, pero estoy seguro de que lo querrás cuando sepas lo que yo sé.

—Me aburre tu palabrería —advierto, empezando a cansarme de la situación—. Di lo que tengas que decir o muere con un poco de dignidad, joder.

Sé que me voy a arrepentir, pero la seguridad que hay detrás de su tono de voz, esa actitud prepotente como quien sabe que está a punto de darle la vuelta a la tortilla, no me deja otra opción.

—Creo que conociste a una linda niña durante los días que fuiste mi invitada.

—¿Tu invitada? Fui tu prisionera —escupo.

—Cuestión de puntos de vista, supongo. A lo que iba, creo que le cogiste cierto cariño a mi bastarda y hasta me he enterado de que intentaste meterle algunos pájaros en la cabeza, ¿no es así?

—Dime de una vez a dónde quieres ir a parar porque ambos sabemos que tu hija te importa una mierda.

—No te quito razón —afirma relajado—. Me importa lo mismo que lo hacía su madre, aunque creo que no será tan buena puta como ella.

Saco la cuerda que llevo en la mochila y la coloco alrededor de su cuello, apretando lo suficiente para que note la falta de oxígeno.

—Escúchame bien, imbécil. Puede que hayas estado jugando con la vida de cientos de mujeres, pero tu reinado de mierda se termina en el momento en que acabe con tu vida. Todos tus negocios en Europa serán destruidos, tus propiedades serán quemadas y tu gente acabará muerta o será trasladada a cárceles de máxima seguridad. Me encargaré personalmente de que nadie que haya participado en tus sucios negocios vuelva a ver la luz del sol. Tu asquerosa vida se termina aquí. Y no te preocupes por tu hija, yo cuidaré de ella y lo haré como merece, porque no es responsable de tener a un monstruo como padre.

—No existe salvación para ella.

Lo miro a los ojos mientras lucha por aguantar la respiración. Tiene las pupilas dilatadas y su piel blanca se está tornando morada por la falta de oxígeno. Quiero seguir apretando hasta ver cómo la vida se le escapa del cuerpo. Pero no puedo. No con la amenaza que acaba de lanzar.

Lo suelto a duras penas y lo observo mientras se dobla sobre sí mismo a la vez que tose y aspira todo el aire que admiten sus pulmones. Mis hombres no dejan de sujetarlo en ningún momento.

—¡Habla! —exijo en cuanto se recupera lo suficiente.

—Sabía que no podrías resistirte, gatita. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que la defiendas como lo haces cuando ni siquiera te has dado cuenta de quién es en realidad.

Lucas le da un puñetazo en el estómago que no veo venir. Feng cae al suelo de espaldas y mi amigo aprovecha para lanzarse sobre él. Mark intenta detenerle y, por unos segundos, me embarga una sensación de total desconcierto, como cuando ves el final de una película después de haberte perdido la escena más importante.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Para! —Lucas ni siquiera se gira para mirarme, parece haber entrado en una especie de trance. Tiene a Feng bloqueado en el suelo y lo mira con un odio que incendia su mirada.

—No lo escuches, Sombra. Deja que acabe con él.

La cara de Feng se asemeja a un mapa repleto de hematomas y heridas y, aun así, una risa descontrolada sale de su garganta, llenándolo todo como si estuviese en medio de un episodio maniaco.

—Las tres os parecéis bastante —afirma tras escupir sangre en el suelo—, no en lo evidente, pero hay algo inconfundible que os une. Seguro que también serías una buena puta como el resto de las mujeres de tu familia.

Y con esta última frase, la última pieza del rompecabezas encaja. Miro a Lucas, supongo que buscando en su expresión algo que reafirme mis pensamientos. Y lo encuentro. Está detrás del asco y la compasión, pero lo veo.

Mara es la hija de Isabel. La adolescente que se arriesgó para ayudarme sin conocerme de nada, aquella a la que juré salvar, es mi sobrina, fruto de una de las muchas veces que este salvaje violó a mi hermana.

Docenas de ideas pasan por mi cabeza y recuerdo lo que vi en el club, cómo Tao la acosaba, el momento en que me contó acerca del hijo de puta de su padre vendiéndosela a su mano derecha para

mantenerlo controlado. Pienso en la infancia que ha tenido, o más bien que no ha tenido, y solo puedo sentir un profundo odio hacia la persona que yace a mis pies.

Cuando lo observo riendo sin descanso, saco uno de mis cuchillos y, de un movimiento rápido, lo lanzo directo a su hombro izquierdo. Su risa se convierte en un alarido de dolor mientras sus ojos se abren de par en par y, por un momento, imagino que salen de sus cuencas.

«Oh, cómo me gustaría eso».

La sangre mana a borbotones de la herida y Feng se revuelve entre los brazos de Lucas, sin conseguir soltarse.

—¡Hija de puta! —grita y por fin veo rabia en su mirada—. ¡Mátame y estarás firmando su sentencia de muerte!

45

LIAM

—¡Liam, en el sótano! —Alex llama mi atención desde el otro lado del pasillo.

Nos ha costado casi quince minutos contener la marea de chinos que comenzaron a salir de todas partes, pero al fin lo hemos conseguido. Siguen quedando unos cuantos dentro del edificio, aunque hace rato que dejaron de entrar más, por lo que es cuestión de tiempo que acabemos con todos ellos.

Los invitados a la presentación se están defendiendo sin problema, así que dejo que se hagan cargo y corro hacia la entrada del sótano seguido de mi primo y cinco de mis hombres. Tardamos un par de minutos en abrir la puerta metálica y lo primero que nos recibe del otro lado son varias balas que a punto están de alcanzarnos.

—Parece un solo tirador.

Cuando los disparos cesan, comienzo a bajar las escaleras con la espalda pegada a la pared y mi arma apuntando al frente.

Escucho a Alex quejarse por no haberlo dejado entrar primero y casi me dan ganas de reír. Al llegar al piso inferior, la escena que encuentro es más o menos la que esperaba.

Más o menos.

Había imaginado algo menos rocambolesco que hallar a Feng arrodillado, chorreando sangre y con un cuchillo clavado en el hombro.

Suspiro al comprobar que Vega no parece herida, como tampoco parece necesitar nuestra ayuda para controlar la situación. Levanto el arma en dirección a Feng, quito el seguro, y lo que pasa a continuación me deja totalmente descolocado.

—¡No, no, no! —El grito de Vega provoca el eco en las paredes del sótano.

De un salto, se sitúa delante de Feng, como si quisiera protegerlo de mí, lo cual no tiene ningún sentido. Mi arma queda apuntando a su pecho mientras la suya apunta al suelo. No hace nada para defenderse a sí misma y eso me cabrea.

Trato de descifrar en qué coño está pensando, pero su máscara está tan bien colocada como siempre.

Uno de sus hombres, el que atrapamos en el almacén de Park Royal y que casi dobla en tamaño a cualquiera de nosotros, empuja a Feng y pone la bota sobre su espalda para mantenerlo pegado al suelo. Tanto él como Sebastián y el otro tío que los acompaña levantan sus armas en mi dirección, lo que provoca que las de mis cinco hombres lo hagan en la suya. Somos siete contra cuatro si contamos a mi primo, aunque este parece tan divertido con la situación que ni siquiera sé si tomaría partido en la pelea. Aun así, les superamos en número, pero no muestran ademán de rendirse; de hecho, creo que están a años luz de hacerlo. La determinación en sus miradas me asegura que morirán esta noche si es necesario, y

en lugar de cabrearme por eso, siento un ligero alivio al saber que Vega cuenta con personas dispuestas a morir por ella a su lado.

—Chicos, somos mucha gente aquí y seguro que sabéis que tenemos refuerzos arriba. —Es mi primo el que rompe el hielo, con ese tono burlón que lo caracteriza—. Creo que lo mejor sería que bajaseis las armas y empezásemos a hablar como personas civilizadas.

—No cuentes con eso —sisea el tipo enorme sin dejar de apuntarme.

Observo a la mujer que tengo delante sin perderme una palabra del intercambio que llevan a cabo mi primo y los hombres de Vega. Sé que es una conversación que no llevará a nada, no hasta que ella tome una decisión.

Veo el esfuerzo que debe hacer para mantenerse impasible y las grietas en su máscara empiezan a mostrar algunas de las emociones que trata de ocultar, como el miedo.

—¿Qué está pasando? Ambos sabemos que no has venido aquí hoy para salvar a Feng, sino todo lo contrario. ¿Quieres ser tú quien apriete el gatillo? Si es eso, adelante. Al fin y al cabo, creo que eres quien más lo merece.

—Él no va a morir.

—Me… enternece comprobar que… has entrado en razón, g-gatita.

—¡Cállate! No vas a morir ahora, pero te juro que lo harás pronto.

Antes de que pueda preguntar nada, una hilera de asiáticos irrumpe en el sótano disparando a todo lo que se mueve. Apenas tenemos sitio donde escondernos, por lo que no nos queda otra que

utilizar las columnas como refugio y devolver el ataque lo mejor que podemos. Busco a Vega con la mirada mientras no dejo de disparar y suspiro al comprobar que no le han dado.

Unos minutos más tarde, cuando la munición se termina, pasamos a la lucha cuerpo a cuerpo. Mis hombres son buenos, pero también los de Feng y, sin embargo, son Vega y su equipo quienes consiguen deshacerse de más enemigos. Trabajan de forma coordinada y la mayoría de sus golpes resultan letales.

«Es una jodida guerrera».

De repente, me mira a los ojos y grita.

—¡Al suelo! —No sé si hago caso a la orden porque viene de ella o si es la adrenalina del momento la que me hace actuar, pero me lanzo a tierra tal como me ha pedido y, en una milésima de segundo, uno de sus cuchillos atraviesa el cuello del hombre que había a mi espalda y del cual no me había percatado.

Me centro en la pelea y, poco después de que ella me haya salvado la vida, porque eso es lo que ha hecho, conseguimos terminar con el último de nuestros atacantes.

Me giro para comprobar que todos estemos bien.

—Pero ¿qué coño estás haciendo? —grito cuando escucho un alarido de dolor y encuentro a mi primo liando una de las suyas. En algún momento, dentro del caos de la pelea, Alex ha atrapado a Feng y le está dibujando una A en la frente—. ¿De verdad andas con esto ahora?

—Ha intentado escapar en medio de todo y casi lo consigue —se excusa sin perder la sonrisa—. Esto no es más que un pequeño castigo por lo mal que se ha portado nuestro invitado, ¿no es así? —

pregunta dándole un golpecito en la cara para que espabile, pero parece a punto de desmayarse.

—Mierda, ha perdido mucha sangre —interviene Vega con verdadera preocupación y aparta a mi primo de un manotazo para taponar la herida de su hombro sin sacar el cuchillo de su carne.

—Vega —la llamo, pero está tan nerviosa que no me escucha—. ¡Vega! —grito esta vez y ella gira la cabeza en mi dirección sin dejar de atender a Feng.

—No puede morir.

—¿Por qué no? Creía que esto era lo que querías. Todo lo que has hecho ha sido precisamente para llegar a este momento, ¿o hay algo más?

—Tiene a Mara y la matarán si algo le pasa a él. —La miro confundido porque no me suena el nombre—. La chica que me cuidó cuando estuve en su club, su hija, ella es…

—Sombra, no —la interrumpe Lucas—. No podemos fiarnos de ellos.

Vega traga saliva. Ha escuchado las palabras de su compañero, aunque no ha dejado de mirarme a los ojos ni un segundo.

—Ella es también mi sobrina.

Parpadeo sorprendido. Estaba preparado para muchas cosas, pero esta no la he visto venir, como tampoco esperaba que, a pesar de todo, ella siguiera confiando en mí.

Saco mi teléfono del bolsillo y llamo a uno de mis hombres que permanece en la planta de arriba. Le pregunto cómo se encuentra allí la situación y me confirma que la amenaza ya está controlada.

—Tao y la chica se hallaban en el baño de mujeres cuando todo empezó, ¿los tenéis? —Responde que la mano derecha de Feng ha

muerto en el tiroteo y que la chica sigue viva, pero muy asustada—. Tráela. También al médico.

—¿Ella estaba aquí hoy? —pregunta Vega sin darme tiempo a colgar.

—Feng ha venido a la presentación con Tao, una chica joven con el pelo de color violeta y otro de sus hombres. No sé si es tu sobrina, pero encaja con la descripción y traerla esta noche es algo que él haría. Ella era su salvoconducto.

Miro en dirección al despojo humano en el que se ha convertido el hombre que me ha estado quitando el sueño durante tanto tiempo. Ahora mismo no es ni la sombra de aquel al que una vez temí enfrentarme.

La vida va escapando de su cuerpo y aunque Vega sigue empeñada en taponar su herida, ambos sabemos que ya nada puede hacerse por él. Sus gemidos son casi imperceptibles y su cara se ha vuelto de un color blanco mortal.

—No estamos seguros de que sea ella. ¡No puedes morir hasta que compruebe que está a salvo! ¿Me oyes? —Vega lo zarandea y después le da una bofetada, pero él no reacciona y temo que ya haya muerto—. ¿Me has escuchado, maldito sádico de mierda? ¡Despiértate de una puta vez! Vivirás, encontraré a la hija de Isabel y después volveré a matarte, ¿lo has entendido? Te mataré y reviviré cien veces hasta que te arrepientas de todo el daño que has hecho.

Sus gritos desesperados se filtran por las paredes del sótano para después volver a salir e impactar en nuestros oídos. Nadie se atreve a intervenir, aunque todos sabemos que ya es demasiado tarde. Vega continúa golpeando y gritando al hombre al que lleva tanto

tiempo persiguiendo, al monstruo que puso en el centro de toda su existencia.

Dos de mis hombres bajan la escalera arrastrando a la chica que ha venido con Tao. Apenas puedo verle la cara entre la maraña de pelo color violeta mientras se revuelve, grita e intenta soltarse, y no la culpo, pues esos dos brutos la llevan a la fuerza. Cuando la obligan a pararse delante de mí, levanta la cabeza y puedo distinguir una única emoción en sus ojos: miedo.

Apenas me había fijado en ella esta noche, para mí era solo una más de las chicas de Feng.

Dirijo la mirada hacia Vega, que sigue arrodillada gritándole al cuerpo que tiene a su lado. La chica imita mi gesto y entonces deja de temblar para quedarse petrificada en el sitio.

—¿Vega? ¿Eres tú? —musita con la voz ahogada de tanto gritar.

Vega se da la vuelta y observa a la que ya sé que es su sobrina con asombro, como si en el fondo no creyese que la tiene delante. Después, su mirada se posa en mis hombres y la calidez de la que había empezado a empaparse se enfría de golpe.

—¡Soltadla! —grita amenazante mientras se pone en pie y adquiere una postura de lucha. Mis hombres dudan ante su orden directa y yo no puedo más que sentirme orgulloso de la mujer que tengo delante.

—¿No la habéis oído? —Se me adelanta Alex—. Soltad a la chica.

Cuando lo hacen, sale corriendo y salta a los brazos de Vega. Ella la abraza con fuerza y yo me quedo contemplando lo que se me antoja la fotografía perfecta para poner fin a esta pesadilla.

46

VEGA

No puedo creer que esté abrazando a mi sobrina, que una parte de mi hermana todavía continúe viva y que esta vez sí haya podido salvarla. Hundo los dedos en su pelo y aspiro su olor mientras cierro los ojos. Su cuerpo todavía tiembla contra el mío.

—Shhh, estás a salvo. Te tengo, te tengo.

La mezo mientras trato de calmarla y no entiendo cómo no me di cuenta antes de que había algo especial en ella.

Cuando nos separamos, veo el pánico en su mirada al percatarse de que Feng yace muerto en un charco formado por su propia sangre.

—Él no…

—Siento que hayas tenido que verlo.

Su mirada vuelve a mí. Lleva manchas de rímel bajo los ojos y su pelo parece haber pasado por mucho esta noche, como ella misma.

—No… No me molesta. Quiero decir, es raro verlo tan… quieto, pero lo merecía. —Pestañea varias veces y vuelve a observarlo, esta vez de forma curiosa—. Tao también ha muerto, así que no tengo… ¿Dónde iré a partir de ahora?

La sujeto de los hombros con ambas manos y me aseguro de que me presta atención antes de decir nada.

—Mara, tenemos mucho de lo que hablar. No soy de hacer promesas a la ligera, pero te diré algo de lo que estoy segura: nunca más volverás a estar sola. Nunca, ¿me oyes?

La acerco y la abrazo de nuevo, sintiendo que recupero algo de mí misma que ignoraba que había perdido, una pieza que nunca supe que me faltaba. Ella se aferra a mi cuerpo con fuerza y noto sus manos haciéndose puños en mi ropa, como si temiera que pudiera esfumarme de un momento a otro. Es la primera vez que un inocente depende de mí y el sentimiento de protección crece en mi pecho con una fuerza inesperada.

Ella es ahora parte de mi vida.

Es familia.

Escucho un ruido a su espalda y, cuando levanto la mirada, veo que todos nos observan en silencio y sé que no puedo dilatar más el momento.

—Mara, ellos son mis amigos. El grandote es Lucas, este de aquí es Mark y él es Sebas —pronuncio sus nombres mientras los voy señalando uno a uno—. Quiero que vayas con ellos.

El pánico se refleja en su mirada y da un paso atrás. Entiendo que tema a los hombres después de todo lo que ha vivido, pero no tenemos otra opción.

—Prefiero quedarme contigo.

—No… No es posible.

Siento la mirada de Liam sobre mí, pero la ignoro. Mi prioridad es sacar a Mara de aquí y ponerla a salvo.

—Por favor.

—Salid todos —interviene Liam y la habitación entera queda en silencio, mis hombres y los suyos—. Vega y yo necesitamos aclarar unas cosas. Alex, llévalos arriba. Que nadie salga del edificio hasta que yo diga.

Todos los ojos de la sala se clavan de pronto en mí, esperando una señal de aprobación a la orden de Liam.

Miro a Lucas y asiento. Por la forma en la que aprieta la mandíbula, sé que no comparte mi decisión, pero que la acatará sin contradecirme. Da un paso hacia nosotras y endulza su expresión antes de hablarle a Mara.

—Te prometo que nadie se acercará a ti mientras estés conmigo. Ni siquiera yo te tocaré si así lo decides.

Contra todo pronóstico, ella acepta y todos, mis hombres, los de Liam, su primo y mi sobrina, salen del sótano en absoluto silencio, como si fuesen parte de la comitiva de un funeral.

Cuando el último en marchar cierra la puerta de metal, los murmullos cesan y lo único que soy capaz de escuchar es mi propia respiración. Busco en los ojos de Liam una pista, una señal que me permita adivinar su próximo movimiento. Estamos solos y este parece ser el día del juicio final.

Después de lo que se me antoja una eternidad, me pierden los nervios. A mí, a la mujer de acero, a esa que nunca le ha interesado nada lo suficiente, a no ser que estuviese relacionado con su venganza.

—Quiero que me prometas que la dejarás fuera. Mara no tiene nada que ver con esto, nunca conoció a tu hermano ni te conocía a ti. Feng nunca la hizo partícipe de ninguno de sus planes y ella ni siquiera sabe el lazo que la une a mí.

—Lo juro —responde con tanta facilidad que me hace preguntarme si no me lo habré imaginado.

—Lo digo en serio. Ella está fuera de discusión. Es intocable.

—Ya te he dado mi palabra. Nadie le pondrá un dedo encima. ¿Qué más?

Entorno los ojos y cierro los puños. No soy capaz de leer nada en su mirada. Se le ve tranquilo, como si supiese cómo va a terminar este encuentro, cuando yo ni siquiera sé cuál será mi siguiente movimiento.

—Mis hombres. —Lo reto con la mirada—. Los dejarás salir de aquí sin represalias y nadie de la Hermandad los seguirá para hacerles pagar por nada de lo que ha pasado esta noche o el día en que me rescataron de tu casa. Esto también va por Sebas.

—Dalo por hecho —responde sin siquiera pensarlo un segundo—. ¿Qué más?

—¿Qué más?

—Eso he dicho. Continúa.

No sé de qué va esto, pero sigo haciendo peticiones.

—Atenea, quiero que te olvides de ella por completo, que no indaguéis más.

—Me costará convencer a Alex, pero al final, él también tiene que responder ante mí, así que sí, nos olvidaremos de Atenea. ¿Qué más?

—¿De verdad estás preguntando qué más? —Su actitud comienza a desesperarme. Le estoy pidiendo imposibles y parece que nada le afecta—. ¿De qué va esto, Liam? ¿Quieres que nombre una a una las cosas que me importan para luego arrebatármelas todas de golpe? ¿Es una especie de juego macabro?

—No me has hecho la pregunta correcta.

—¿En serio? Está bien, te seguiré la corriente. ¿Cuál se supone que es la pregunta correcta?

—Esto es una negociación —afirma mucho más tranquilo que yo —. Has expuesto tus peticiones, pero no me has preguntado por las mías.

Lo miro sin poder creer lo que está haciendo. Esta situación es surrealista y empiezo a pensar que no es más que una forma de burlarse de mí. Aun así, le sigo el juego, tengo poco que perder.

—Está bien, Liam —pronuncio despacio y sin dejar de mirarle a los ojos—. Dime, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué puedo darte yo a cambio?

—Todo —sentencia.

—Tendrás que concretar un poco.

—Joder, no aguanto más.

Sus labios se estrellan con los míos sin que me haya dado cuenta de cuándo se ha acercado tanto. Están fríos, pero no tardan en calentarse. Sus manos van a parar a mi cabeza y a mi espalda mientras las mías quedan atrapadas entre nuestros cuerpos. Abro las palmas y siento el latido acelerado de su corazón contra ellas.

«Tum, tum. Tum, tum».

Su lengua pide acceso a mi boca y la recibo encantada. Su olor me envuelve, su calidez. Sus caricias sobre mi ropa son suaves y, poco a poco, todo se va volviendo más intenso.

—No sabes cuánto te he echado de menos —suspira sobre mis labios entre beso y beso.

Al escucharlo, no sé por qué, la imagen de Mía saliendo de su coche y colocándose a su lado mientras yo los observaba desde el

helicóptero viene a mi cabeza y es como un jarro de agua fría. Corto el beso y me cuesta un poco conseguir que deje de tocarme.

—¿Qué significa esto, Liam?

Me mira confundido, como si acabase de despertarlo en mitad de un sueño.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero. ¿A qué ha venido el beso?

Se pasa una mano por el pelo y se despeina más de lo que ya lo está.

—Creía que no hacían falta explicaciones, pero si es lo que quieres, te daré todas las que necesites. Has puesto tus condiciones, me encargaré de proteger a Mara de cualquier persona que intente hacerle daño, no tocaré a tus compañeros ni dejaré que nadie de la Hermandad lo haga y no buscaré más información sobre Atenea, te doy mi palabra. A cambio, quiero lo que teníamos. No, lo que teníamos no, quiero más, quiero todo de ti, Vega. No me importa que te acercaras a mí como parte de una misión, no me importa que me hayas utilizado para llegar hasta Feng, porque sé que te quiero a mi lado y con tenerte me basta.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que siempre lo he estado, pero ahora me siento más cuerdo que nunca.

—Y tu venganza, ¿qué pasa con ella? ¿De verdad pretendes que crea que serás capaz de hacerla a un lado?

—Sé que lo que me contaste es cierto. Lo investigué. Vega, mi hermano no era un santo y aunque me duele haberlo perdido, entiendo por qué lo hiciste.

—¿Estás diciendo que me perdonas?

—Estoy diciendo que no tengo autoridad para perdonarte o culparte.

Esta vez soy yo la que me llevo las manos a la cabeza y me agarro del pelo. Se ha vuelto loco, no puede estar sugiriendo que lo olvidemos todo.

—¿Y qué hay de Mía? ¿Esperas que te comparta con ella o algo así? —ataco, porque a pesar de todo, yo también me siento traicionada.

—Salió por la puerta de mi casa en cuanto la rabia dejó de cegarme y me di cuenta de lo que había estado haciendo contigo.

—Oh, ¿te refieres a dejarme morir de hambre?

—Te juro que ni yo ni Alex le ordenamos que lo hiciera. Solo le dije que te vigilara y le di permiso para intentar sacarte información siempre que no te tocara. Le advertí que no podía tocarte —puntualiza.

—Para eso ya te tenía a ti, ¿no?

Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda sostenerlas. Acabo de demostrarle que estoy celosa, así que ya no me quedan cartas que esconder. Levanto la cabeza y lo reto a burlarse.

—Lo siento —afirma, bajando la mirada al suelo—. No voy a negar lo que hice. Me acosté con ella. Fue solo una vez y terminó casi antes de haber empezado. Sé que no es excusa, pero estaba enfadado y herido. No podía dejar de pensar que me habías utilizado, que no sentías nada por mí cuando yo… —Levanta la cabeza y enfrenta mi mirada, haciéndome estremecer—. Cuando yo me había enamorado hasta las trancas por primera vez en mi vida.

Es como si una bomba hubiese estallado a mi lado. En mi cabeza, solo escucho un siseo sordo que lo opaca todo. «Enamorado». ¿De verdad me está hablando de amor?

Me alejo un paso y después otro.

—Liam, yo…

—Ni de coña.

—¿Qué? —Doy otro paso hacia atrás mientras él lo da hacia delante y, de pronto, el sótano me parece demasiado pequeño para los dos.

—Que no vas a huir. Que te quiero y sé que sientes lo mismo, igual que sé que es demasiado pronto para ti y aún no lo has aceptado. No me importa. Esperaré.

—Perdona, ¿qué?

—Vega, no vamos a seguir jugando al gato y al ratón. Estoy seguro de lo que siento y sé que podemos apartar todo lo que nos separa y seguir adelante juntos. No pretendo cambiar lo que eres, no quiero que trabajes para mí y tampoco ser uno de tus objetivos. Lo que deseo es estar a tu lado y que juntos seamos un equipo. Solo tienes que decir que sí.

Sus manos cálidas me envuelven las mejillas y la cercanía de su cuerpo me hace sentir una paz que desconocía hasta el momento. Mi respiración se regula como si el nudo que sentía en los bronquios se hubiese deshecho por arte de magia y mi corazón se tranquiliza lentamente al sentir la presencia del suyo. Me está ofreciendo algo con lo que nunca había soñado, algo que no estoy segura de poder manejar. Me ofrece apoyo incondicional, confianza. Amor.

Sus pulgares acarician mi sonrisa y las palabras salen solas.

—Sí. No estoy segura de poder cumplir con tus expectativas, tampoco estoy segura de que puedas soportar las partes de mí que todavía no conoces, pero si estás dispuesto a arriesgarte, aquí me tienes. Te lo advierto, soy mandona, perfeccionista y muy muy exigente. ¿Crees que podrás con eso?

—Nunca un reto me había resultado tan seductor.

Epílogo

VEGA

Cinco meses después

Es extraño vivir sin odio. Cerrar los ojos sobre la almohada y no darle vueltas a las mil formas en las que podré ejecutar mi venganza, pensar en el futuro sin hacer planes para acercarme un poco más a mi objetivo. En cambio, ahora vivo con algo que nunca tuve: amor. Me duermo sintiéndome segura entre el abrazo más cálido que jamás me han dado, despierto con sus besos y, a veces, con sus travesuras. Río. Río tanto que en ocasiones me duele la mandíbula y el estómago. Río con su risa, con sus bromas, con su manera de hacerme rabiar y con su forma de ver el mundo, ese que ha puesto a mis pies.

Las cosas con Mara van lentas, más de lo que me gustaría. Liam no deja de repetirme que he de ser cauta y no forzar las situaciones, pero parece que mi paciencia se esfumó el día que logré el objetivo que llevaba toda la vida persiguiendo: atrapar a Feng y vengar a mi hermana.

Cuando le hablé a Mara del vínculo que nos une lo tomó bien, me abrazó con fuerza y yo le prometí que estaría a su lado siempre que

me necesitase. Ambas nos mudamos a casa de Liam al día siguiente de encontrarla. Ninguna de las dos teníamos demasiadas pertenencias, pero él se esfuerza cada día para que veamos su hogar como el nuestro. Da igual las veces que le diga que iré allí donde ellos vayan. Nunca tuve un sitio al que llamar hogar, no desde la muerte de mis padres, así que esta mansión luminosa y rodeada de jardines me parece un bonito lugar en el que intentar echar raíces.

Mara ha comenzado a estudiar desde casa. Varios profesores particulares vienen a diario para enseñarle todo lo que no pudo aprender de las mujeres que la criaron lo mejor que pudieron mientras estaban siendo esclavizadas por un monstruo. Sabe cosas básicas como leer, escribir y realizar algunas operaciones matemáticas. También conoce algo de la historia de Reino Unido y tiene nociones básicas de geografía, pero su terapeuta asegura que todavía no está preparada para ir a un instituto común. En cambio, nos recomendó que la apuntásemos a alguna actividad que le cause curiosidad para que pueda relacionarse con gente de su edad en un entorno controlado, aunque, de momento, se niega en rotundo a salir de casa. Ella dice que aquí tiene todo lo que necesita, pero a mí me da miedo que se esté aislando del mundo.

—No me ha costado mucho encontrarte. ¿Dándole vueltas a esa cabecita otra vez? —pregunta una voz que reconozco demasiado bien a mi espalda.

He venido al gimnasio todos los días desde que regresé. Poner al límite mi cuerpo siempre me ha ayudado a despejar la mente.

—Solo necesitaba un rato a solas.

—Destrozándote los nudillos, por lo que veo —reprocha Liam observando mis manos, que he olvidado vendar antes de ponerme a golpear el saco—. ¿Qué ha rechazado hoy? —Se acerca y me tiende la toalla y la botella de agua que había dejado en el suelo.

—Equitación, dibujo y teatro. —Levanta las cejas y sé por dónde va a salir, así que me defiendo antes de que llegue el ataque—. Susan dijo que el arte dramático le ayudaría a canalizar sus emociones.

—Vega…

—No, no voy a tirar la toalla ni a darle más tiempo. Ya le he dejado tiempo suficiente y lo único que ha hecho con él ha sido meter la cabeza bajo tierra más y más profundo. No permitiré que se aísle.

—No me refiero a esto, a que no la ayudes. Todo lo que estás haciendo, lo mucho que te esfuerzas para que se abra, dice mucho de ti y de lo que ella te importa, pero ¿equitación, dibujo y teatro? Vamos, si se parece un poquito a su tía, se escabullirá de esas clases en cuanto te des la vuelta. —Sonríe y me coge la mano derecha, acariciando mis nudillos magullados—. ¿Por qué no le enseñas a defenderse?

—No creo que después de verse en medio de un tiroteo y encontrar el cuerpo de su padre ahogado en su propia sangre, deba meterla en medio de más violencia.

—Pero te lo pidió, tú misma me lo contaste. Le prometiste que le enseñarías a cuidar de sí misma. Lleva toda la vida intentando volverse invisible para que ningún hombre se fijase en ella. Fue vendida a Tao sin que pudiera hacer nada para remediarlo. Dale la fuerza para elegir por ella misma, dale confianza, dale seguridad,

dale coraje. Está bien que la protejas, pero enseñarle a protegerse a sí misma es lo que la hará ser libre, y tú más que nadie sabes lo importante que es eso.

—Mierda, ¿dónde te has metido durante toda mi vida?

Lo miro a los ojos y mi reflejo en ellos muestra a una mujer más grande, más plena de lo que nunca me he sentido.

—Estaba esperando el momento oportuno para aparecer. Y ahora, tengo una sorpresa que sé que te va a encantar. Date una ducha y ven a casa.

—¿No te gusto sudada? Acabo de recordar que una vez lo pasamos muy bien en este gimnasio —insinúo acercándome a él y coloco una mano alrededor de su cuello.

Acaricio el pelo de su nuca y me muerdo el labio de forma provocativa, esperando una respuesta que pronto llega. Liam pega sus labios a los míos y su lengua pasea por mi boca como si estuviese saboreando su helado favorito. Me levanta y yo coloco las piernas alrededor de su cintura, buscando el roce de su sexo en el mío. Joder, lo necesito tanto que duele. Le tiro del pelo para tener acceso a su cuello y lo cubro de besos desde la base hasta detrás de la oreja. Succiono el lóbulo como sé que le gusta y gime, apretándome el culo a la vez.

No me doy cuenta de que hemos llegado al baño del gimnasio hasta que me deja en el suelo y noto el frío de las baldosas en las plantas de mis pies. Intento trepar de nuevo por su cuerpo, pero entonces suspira y se separa de mí un paso, agarrando el pomo de la puerta.

—Dúchate, ven a por tu sorpresa y ten por seguro que esta noche te voy a hacer pagar por el calentón con el que acabas de

dejarme.

—Dúchate conmigo —lo reto.

—Joder, ¿vas a parar de ponérmelo difícil? Hazme caso por una vez en tu vida, mujer. Y no tardes.

Cierra la puerta con fuerza y no puedo creer que se haya ido dejándonos a los dos más calientes que la llama de un mechero.

Me tomo mi tiempo en la ducha y cruzo la puerta de la mansión más de veinte minutos después, con una cara de cabreo que me llega al suelo, porque sí, me habré aliviado el calentón yo misma bajo el chorro del agua, pero sigo necesitándolo tanto o más que cuando se ha marchado del gimnasio. Me acerco a la cocina y me sorprendo al escuchar las risas.

«Es la voz de Mara… ¿riendo?».

Lo que me encuentro al llegar me llena el corazón de una forma que creo que no cabrá ni una sola emoción más dentro. Mara intenta aguantar la risa mientras mastica, poniéndose la mano delante de la boca para que la magdalena que se está comiendo no salga disparada, y Alex está arrinconado contra el banco de la cocina, con cara de horror, mientras la abuela Amparo lo amenaza con una espátula llena de masa de la que supongo será la segunda hornada de magdalenas.

—Me encanta tu abuela, creo que es la única mujer en el mundo capaz de meter a mi primo en vereda —susurra Liam a mi espalda, sobresaltándome.

Me giro para mirarle cuando se pone a mi lado.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Ajá.

—¿Por qué?

—Porque ella es tu familia y la necesitas.

—Mara está sonriendo.

—Sí, creo que tu abuela tiene un encanto especial. Por cierto, la espátula esa la carga el demonio, no sabes lo que duele.

—Vega, ¿se puede saber qué haces ahí parada? Ven ahora mismo a ayudarnos y dile al impresentable este que salga de mi cocina.

—Oiga, señora —responde Alex sin levantar mucho la voz, creo que le tiene miedo a mi abuela—. Que hasta donde yo sé, esta es la cocina de mi primo.

—Claro, porque seguro que él elabora docenas de recetas aquí. Anda, deja de decir tonterías y siéntate de una vez o te quedas sin probarlas. Y que sea la última vez que intentas robar una sin mi permiso.

—Yaya… Me acerco a ella y la abrazo.

—Mi niña, ven aquí. ¿Tú ves normal dejarme cinco meses sin saber nada de ti? ¿Cinco meses?

—Lo sé y lo siento.

Me da un golpe con la espátula en la nuca y me quejo, llevándome la mano al lugar en el que me ha pegado para masajearlo. A Mara se le escapa la risa y es inevitable no contagiarse.

—Te perdono solo porque has traído a esta niña tan dulce a la familia y porque por fin me has hecho caso y te has echado novio.

Miro a Liam. Se ha sentado a la mesa junto a su primo y observa la escena con una sonrisa en los labios que estoy deseando comerme.

Todavía no le he dicho que pronto tendré que viajar. Hemos conseguido desmantelar por completo la red de Feng en Europa,

aunque sabemos que hay alguien ganando posiciones en Pekín para hacerse con lo que queda de sus negocios allí. Pensábamos que no saldría adelante sin las conexiones en nuestro continente, pero al parecer, alguien poderoso le ha estado ayudando y debemos pararle los pies antes de que su plan, sea el que sea, prospere lo suficiente. No sé cómo voy a gestionar mi ausencia con Mara; sin embargo, ahora que la abuela está aquí, quizá pueda convencerla para que se quede un tiempo con nosotros.

Liam encuentra mi mirada y, durante unos segundos, me pierdo en ella sin decir nada. Por primera vez desde que recuerdo, siento que pertenezco a un lugar. No tengo una familia perfecta y sé que todavía nos queda un gran camino por recorrer, pero hoy, cuando me meta en la cama y todo permanezca en silencio, sabré que tengo algo por lo que luchar.

Mi familia.

Agradecimientos

Es emocionante haber salido de mi zona de confort para encontrar un mundo cautivador en el que explorar y descubrir aspectos de mí misma que no sabía que me atraían tanto; ser testigo de esa chispa que un día prendió y que, poco a poco, quiso incendiarlo todo. La sorpresa fue enorme cuando no solo me sentí cómoda, sino también libre, y dejé de ponerme barreras, de etiquetarme, de no dejarme «ser».

Quiero dar las gracias a mis lectores cero, Moni, Bego, David, Tere y Esther, por respetar mis tiempos, por devorar cada capítulo, por vuestros comentarios, consejos y palabras de ánimo.

Gracias a todo el equipo de Grijalbo y Penguin Random House por aceptarme entre vosotros y dedicarle tanto cariño a esta novela y, sobre todo, gracias a mi editora, Marta Araquistain, por encontrarme y abrirme las puertas de su hogar.

Doy las gracias a mi hermana, por ser mi soporte desde que tengo uso de razón, por vivir mis alegrías y mis momentos duros como si fueran los suyos propios y por enseñarme que ningún sueño es demasiado grande. Gracias a mi madre, porque pase lo que pase, sé que siempre estará cubriéndome las espaldas y diciéndole al mundo lo bonitas que son mis novelas. «Mamá, quizá esta bonita, lo

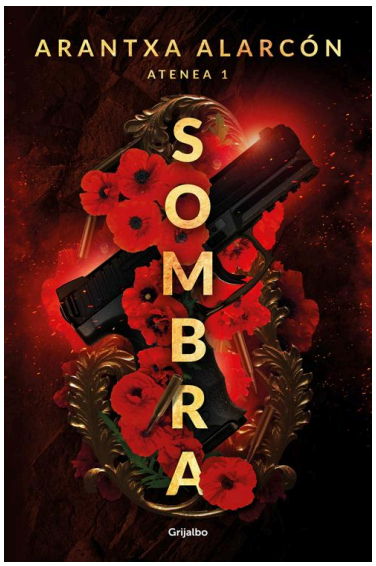
que se dice bonita, no es». A mi padre, que escucha mis historias porque ya no puede leerlas.

Quiero agradecer a mi ser de luz, Elen, por recordarme, con tu sonrisa, que el mundo no es tan temible como a veces parece; y a mi niña de los audios largos, Puri, por hacerme sentirte cerca, aunque estemos lejos.

Gracias en especial a ti, mi espacio seguro, por sujetar mi mano y acompañarme siempre, vaya donde vaya. Gracias a mi Príncipe caballero y a mi Pequeño guerrero, por regalarme tanto con cada beso, con cada abrazo. Os quiero infinito.

Y, por último, gracias a todos aquellos que le habéis dado una oportunidad a *Sombra* y a los que esperáis con ilusión la llegada del siguiente libro de la serie Atenea. A los que me buscáis en redes para dejar vuestros comentarios o hablar de alguna escena. Me dais vida.

No hay nada tan adictivo ni peligroso como la venganza…
Excepto tal vez el amor.



VEGA ha crecido con una obsesión: vengarse. Cuando era una niña, una organización criminal raptó a su hermana y nunca ha vuelto a verla. Tras años de investigación, descubre que la única forma de acercarse a esos mafiosos es infiltrándose en la Hermandad, un grupo dedicado al tráfico de armas y a otros negocios turbios.

LIAM, el líder de la Hermandad, queda tan impresionado con las habilidades de su nueva agente de seguridad que decide convertirla en su guardaespaldas personal. Aunque también tiene otros motivos: la fascinación que siente por ella y la creciente sospecha de que le oculta algo.

Entre ambos empieza un juego de secretos y seducción que pronto se les va de las manos y que podría poner en peligro tanto su vida

como su corazón.

Déjate llevar por una atracción surgida de la venganza, del poder y de las pulsiones más oscuras.

Arantxa Alarcón nació en Valencia en 1984. Desde niña devora casi cualquier libro que cae en sus manos, aunque son las historias románticas las que suelen mantenerla despierta hasta altas horas de la noche. Compagina su labor al frente de un equipo de importación marítima con su pasión por la escritura. Publicó su primera novela en 2021 y, desde entonces, no ha dejado de crear nuevas historias.

Sombra es su primera obra en Grijalbo y el inicio de la serie Atenea.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Arantxa Alarcón
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Maria Spada
Imágenes de portada: composición fotográfi ca a partir de las imágenes de © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7302-2

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Sombra

Nota de la autora

1. Vega

2. Vega

3. Vega

4. Liam

5. Liam

6. Vega

7. Vega

8. Liam

9. Vega

10. Vega

11. Liam

12. Vega

13. Vega

14. Liam

15. Vega

16. Vega

17. Liam
18. Vega
19. Liam
20. Vega
21. Liam
22. Vega
23. Vega
24. Liam
25. Vega
26. Vega
27. Liam
28. Liam
29. Vega
30. Liam
31. Vega
32. Liam
33. Vega
34. Liam
35. Liam
36. Vega
37. Vega

38. Liam

39. Vega

40. Liam

41. Vega

42. Vega

43. Liam

44. Vega

45. Liam

46. Vega

Epílogo. Vera

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Arantxa Alarcón

Créditos

Table of Contents

Sombra
Nota de la autora
1. Vega
2. Vega
3. Vega
4. Liam
5. Liam
6. Vega
7. Vega
8. Liam
9. Vega
10. Vega
11. Liam
12. Vega
13. Vega
14. Liam
15. Vega
16. Vega
17. Liam
18. Vega
19. Liam
20. Vega
21. Liam
22. Vega
23. Vega
24. Liam
25. Vega
26. Vega
27. Liam
28. Liam
29. Vega
30. Liam

31. Vega
32. Liam
33. Vega
34. Liam
35. Liam
36. Vega
37. Vega
38. Liam
39. Vega
40. Liam
41. Vega
42. Vega
43. Liam
44. Vega
45. Liam
46. Vega
Epílogo. Vera
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Arantxa Alarcón
Créditos